



This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

- + *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
- + *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
- + *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
- + *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at <http://books.google.com/>



Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

- + *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
- + *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
- + *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
- + *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página <http://books.google.com>



Alonso Martínez de Espinar

ARTE

DE



BALLESTERIA

Y

MONTERIA







Ejemplar núm. **175**



Prólogo del Duque de Medinaceli . *a la nueva edición*

Mi querido amigo D. Alberto Comenge ha tenido la laudable iniciativa de proponer a E. P. E. S. A. lance una edición del libro El Arte de Ballestería y Montería, de Alonso Martínez de Espinar, publicado en Madrid, en la Imprenta Real, el año de 1644, poniendo con ello al alcance de todos esta obra maravillosa, cuyos ejemplares originales son cada vez más difíciles de encontrar. Al pedir le haga un prólogo a esta nueva publicación, tengo el mayor gusto en complacerle, poniendo en ello todo mi afán para que resulte digno de la importante obra que encabeza y de la amistad que le profeso.

A pesar de ser muy amplio el tema a desarrollar, procuraré ser lo más breve posible, sin pecar de demasiado escueto, pues estimo es deber mío, cuando se trata de tan importante trabajo, ofrecer de él una visión de conjunto y que el prólogo sirva como de preparación para que su lectura resulte más provechosa.

Es este libro de Alonso Martínez de Espinar una verdadera enciclopedia venatoria que encierra entre sus páginas todas las reglas y derroteros que se han de seguir en la práctica del muy noble ejercicio de la caza "para excusar la fatiga que ocasiona la ignorancia", según reza en su portada.

Alonso Martínez de Espinar, "el que da el arcabuz a su majestad y ayuda de cámara del Príncipe Nuestro Señor", fué, sin duda alguna, un verdadero técnico de la caza, que conocía en casi todos sus aspectos y sirvió en estos menesteres cinegéticos durante cuarenta y cuatro años a los Reyes Felipe III y Felipe IV.

De este último hace grandes elogios en su obra, considerándolo no sólo como tirador excelente y muy diestro en el manejo del arcabuz, sino además como un rastreador de primera clase, capaz de cazar él solo con el sabueso de trailla y de matar así las reses sin ayuda de nadie.

Dice se atreve a asegurar que no existió en su tiempo, en ningún país, un montero como Su Majestad, que, por lo menos en la época en que este libro se publicó, llevaba muertos con bala más de 600 venados y mayor cantidad de gamos, más de 150 jabalíes, pasando de 400 los lobos que derribó con sus certeros disparos.

Además tiraba muy bien al vuelo, y son famosas sus cacerías de palomas torcaces y zuranas en El Pardo, en tiempo de bellota, con señuelo, y en el río, en los bebederos y otros aguardos. También mataba los vencejos con gran destreza, lo cual es muy de admirar, dada la velocidad de vuelo de estas aves y las armas de que se disponía en aquel entonces.

Al dedicar Alonso Martínez de Espinar su obra al Príncipe Baltasar-Carlos de Austria, hijo de Felipe IV y de Isabel de Borbón (1629-1646), le manifiesta que, si bien se publican otros libros análogos y hasta escritos en lenguas extranjeras, muchas veces encierran más teoría que práctica, mientras que el suyo sólo se basa en la propia experiencia y es tanto más digno del Príncipe cuanto que al mismo Rey debe gran parte de las enseñanzas que en él van recopiladas.

Manifiesta que su propósito es el que todos puedan aprender, y con este objeto divide su obra en varias partes, para que así cada cual, según sus aficiones y preferencias dentro del arte cinéptico, consulte aquella que a su especialidad se refiere.

No duda que Su Alteza, siguiendo el ejemplo de su augusto padre, será un gran cazador, ya que, a pesar de sus pocos años, va demostrando gran habilidad en el manejo del arcabuz.

Después de hacer una apología de la caza, calificándola de ejercicio sano y fuerte y excelente preparación para la guerra, se despide con el mayor respeto del Príncipe.

Desgraciadamente, Su Alteza no pudo aprovechar tan saludables enseñanzas, pues murió a los diecisiete años en Zaragoza, el año 1646.

La caza es el arte de apoderarse de los animales salvajes. Constituye, en efecto, un arte, pues con este nombre se designa al conjunto de reglas o preceptos para hacer bien una cosa. Es tan antigua como el hombre, pudiéndose vaticinar que durará lo que éste dure. Mientras existan animales salvajes o silvestres, habrá cazadores dispuestos a perseguirlos: unos por lucro, otros por afición, y muchos también por ambas cosas a la vez.

Alonso Martínez de Espinar, como hemos dicho, divide su obra en tres libros, o sea en tres partes, pues toda ella va encerrada en un solo volumen.

Examinemos, pues, en primer lugar, los cuatro diferentes aspectos de la caza en la época en que se publicó este libro, y que se denominaban, respectivamente, ballestería, montería, volatería y chuchería.

Con los nombres de "Ballestería" y "Montería" se designaba antiguamente a la caza en general en todos sus aspectos, mientras

que se daba el nombre de montero al que sólo practicaba con éxito una modalidad particular, sin que esto implicase tener la misma ciencia y destreza en todas las demás.

La "Volatería" no era sino lo que nosotros llamamos "Cetre-ría", o sea el arte de cazar valiéndose de aves de rapiña, utilizando los halcones y los azores para el alto y bajo vuelo, respectivamente.

La "Chucheria" es la caza de pájaros, pequeños en general, con "liga", o sea esa materia viscosa de muérdago con la que se untan espartos, mimbres, juncos o ramas de árboles u otras plantas, atrayéndolos con reclamos o imitando cada uno a su manera y con instrumentos especiales el canto peculiar de cada especie.

Hecho este rápido bosquejo de la caza, conviene saber los elementos con que contaba el cazador para ayudarle en su empresa de apoderarse de los animales salvajes, fuesen cuadrúpedos o aves.

Hablaremos, pues, en primer lugar, de las armas; después, de los distintos animales, domésticos o amansados, considerados como instrumentos de caza, entre los que incluimos los cimbeles o señuelos vivos, artificiales o naturalizados, y también del reclamo (macho o hembra) de perdiz.

Las armas de que se disponía en aquella época de los Austrias fueron tres: la ballesta, el arcabuz y la lanza.

La ballesta, llamada "cross-bow" por los ingleses, y "arbaleté" en Francia, fué inventada en la Edad Media. Consistía en un arco con cuerda, en sentido horizontal y perpendicular al eje del arma, denominado cureña o tablero, en el que había un sujetador llamado nuez, que ponía en tensión a la cuerda. Una palanca o llave mandaba la nuez, y al presionar sobre aquélla se ponía al nivel de la cureña, y la cuerda, al distenderse, lanzaba el proyectil.

Existían muchos sistemas o mecanismos para poner en tensión el arco y la cuerda, tales como el cranequín, la pata de cabra, la gafa y el armatoste, que no describiré para no extenderme demasiado. Los proyectiles o "lances" empleados para la ballesta recibían diferentes nombres, tales como pasadores, virotones, viras, virotos, jaras, rayones, rostrones, flechas, cuadrillos, etc.

A pesar de existir muchos tamaños y modelos de ballestas, sólo se empleaban para la caza las más pequeñas y manejables.

Los cazadores ballesteros envenenaban sus lances o flechas con ciertos vegetales tóxicos llamados "hierbas de balletero", con lo cual lograban que cualquier herida producida fuera mortal en un plazo más o menos largo. Así, pues, una vez que había sido tocada una res, seguían su huella y casi siempre la cobraban, pues eran unos rastreadores de gran pericia.

La ballesta se usó mientras no se intentó tirar al vuelo, lo cual pudo realizarse cuando se empezó a emplear el arcabuz para la caza. No obstante, y como suele suceder siempre que surge una innovación en cualquier orden de la vida, empezó a encontrársele serios inconvenientes, entre ellos el ser más ruidoso que la ballesta, y por ello se le llamaba al principio "ballesta de trueno". También se le achacó al arcabuz el que, por defecto de la inflamación, no se produjese siempre el disparo, considerándosele además peligroso por escaparse los tiros con frecuencia, lo que podía ocasionar desgracias, que, dicho sea en honor a la verdad, no dejaron de producirse.

A pesar de todo, el tiempo y el uso se encargaron de comprobar las grandes ventajas que ofrecía sobre la vestusta ballesta.

Aunque las armas de fuego portátiles hicieran su aparición a final de la Edad Media, el arcabuz propiamente dicho fué inventado a principios del siglo XVI y marca un acentuado progreso

con respecto a aquéllas, pareciéndoseles únicamente en que a veces se apoyaba sobre una horquilla o gancho para disparar.

El perfeccionamiento más saliente de esta arma sobre las que le precedían fué al principio que el sistema de inflamación, o sea la mecha, estaba adherida a ella por encontrarse sujeta por un serpentín que más tarde se convirtió en el perrillo de las armas de batería, y que se acercaba al orificio que comunicaba con la pólvora mediante una palanquita, que más tarde fué el gatillo o disparador en todas las armas hasta nuestros días. Presentaba este arcabuz de mecha serios inconvenientes, no teniendo, pues, nada de particular que el ingenio humano se aplicara a modificarlo.

En el curso del siglo XVI hizo su aparición en Alemania primero, y bastante después en los demás países, la batería de rueda en los arcabuces, y con esta innovación fué como los usaron los reyes de España Felipe III y Felipe IV. Para dar una idea de lo que es este sistema de rueda como medio de inflamar la pólvora, basta decir que está basado en el mismo principio de los encendedores que todos usamos. Se trata, pues, sencillamente, de producir fuego o chispas frotando una pirita con un cuerpo metálico. Así, pues, la batería de rueda, inventada en Nurenberg (Alemania) en el año 1515, consistía en una rueda dentada y ranurada con un resorte que se montaba merced a una llave o manivela postiza.

Una palanca sostenía con unas pinzas un pedazo de pirita. Al disparar se distendía el muelle, giraba la rueda y se acercaba la pirita, y al sacar chispas prendía la pólvora en la cazoleta y, por ende, la carga del cañón, produciéndose la explosión y, por lo tanto, la salida del proyectil.

Estas armas de rueda, por ser mucho más costosa su construcción que la de los arcabuces y mosquetes de mecha, se utilizaron

solamente al principio para la caza y el tiro a caballo, para cuyos fines ofrecían serias ventajas sobre los antiguos artefactos; entre otras, el de poder emplear con ellas balas de plomo.

Las armas de fuego durante los siglos XVI y XVII, y muy particularmente en este último, llegaron a ser verdaderos objetos de arte, por sus labrados, cincelados, incrustaciones de marfil y nácar y esculturas en las culatas, descollando en la fabricación de sus cañones, además de los alemanes, los italianos y los españoles.

La tercera arma empleada por nuestros reyes en el siglo XVII fué la lanza, arma ofensiva compuesta de un palo largo, a cuya extremidad va fijo un hierro puntiagudo y cortante a manera de cuchillo, y que se usaba para cazar jabalíes a caballo, y en cuyo manejo, según Martínez de Espinar, el Rey Felipe IV mostraba singular habilidad.

Ningún animal es más útil para la caza que los perros. Son éstos de muestra (pachones), de rastro (sabuesos, podencos y zarzaleros) y de presa (alanos, y también a veces los mastines).

Como supongo que todos los lectores las conocen, no me entretendré en describir aisladamente estas razas, ya que en este libro han de leer todo cuanto a ella se refiere.

De los animales que ahora como entonces prestaron valiosa ayuda al hombre en el ejercicio de su arte venatorio, es, sin duda alguna, y después del perro, el caballo uno de los principales, pues no solamente lo utiliza como medio de transporte, sino que además le sirve para perseguir la caza, matarla con lanza o capturarla con lazo.

Martínez de Espinar nos habla de la caza "del cabestrillar con el buey", que nosotros llamamos "del cabestrillo", y tiene su mejor aplicación y más seguro éxito en los terrenos en que abunda el ga-

nado de toda clase; pero muy especialmente el vacuno y el caballar. La caza en estos sitios está familiarizada con estos animales que por allí pacen, siendo esto el fundamento de esta estratagema del arte cinegético, que con la mayor brevedad posible vamos a explicar.

De lo anteriormente dicho se deduce que el buey puede considerarse también como uno de los auxiliares del hombre en sus faenas venatorias. Veamos, pues, cómo se procede.

Se empieza por atar a los cuernos de una res vacuna una cuerda, con la que se la sujeta, y tapándose con su cuerpo, se dirige el cazador hacia aquellos cuadrúpedos o aves a los que pretende acercarse. Una vez a distancia conveniente, dispara contra ellos su ballesta o arcabuz.

Según nos dice Martínez de Espinar, se empleaba este sistema de caza tanto para las reses como para las aves; o sea que así se mataban venados, gamos, corzos, liebres y conejos, y también volátiles de las más diversas especies, como perdices, palomas, sisones, avutardas, grullas, gangas y ortegas, sin excluir las rapaces, como los buitres y águilas de diversas clases.

Lo mismo que en el siglo XVII, en los tiempos actuales cazan las aves acuáticas con el "cabestrillo", empleando el caballo en vez del buey los furtivos de las marismas del Guadalquivir, usando al efecto unas escopetas de gran calibre y de antecarga, cuyo retroceso les ocasiona a veces accidentes muy lamentables.

La teoría de la caza con "cabestrillo" tiene también su aplicación en la de carro, de la que nos habla Martínez de Espinar como de gran utilidad para matar grullas y avutardas.

Muchos de los lectores la conocerán por haberla practicado en Castilla para lograr ponerse a tiro de las aves ya citadas.

Otro de los animales de gran utilidad y eficacia para la caza de conejos es el hurón (*putorius furo*), mamífero carnívoros de la familia de los mustélidos, parecido a las garduñas, turones y comadrejas, y con el que los cazadores obligan a los conejos a salir de sus madrigueras para apoderarse de ellos, poniendo en las bocas unas redes en forma de bolsa, en las que estos roedores, al salir despavoridos, se enredan y quedan aprisionados.

Por último, y para terminar la lista de los animales que son poderosos y hasta a veces indispensables auxiliares para la práctica de la caza, hablaremos de los señuelos o cimbeles, así como también de los reclamos de perdiz.

Llámanse cimbeles o señuelos a unas aves iguales a las que se pretende matar o capturar, con el fin de que, aprovechando el atractivo que ejercen entre sí los individuos de la misma especie, acudan, bien sea a las redes que han de sujetarlos entre sus mallas, o al alcance del arma que los mate. Pueden los cimbeles ser vivos, disecados y artificiales, y se emplean para gran número de aves como las palomas torcaces, los patos, las alondras, etc.

En cuanto al buho, utilizado como cimbel para rapaces diurnas, sólo de paso lo cita Martínez de Espinar, diciendo que los halconeros no disponen de otro señuelo mejor que él para cuervos y milanos.

Así, pues, y según puede leerse en uno de mis trabajos, una vez señalada la presencia de uno de estos últimos, lo primero que había que hacer era lograr abandonar las altas regiones donde se desarrollaba su poderoso vuelo. Un hombre especialmente dispuesto para ello soltaba un buho o gran duque, a cuyas patas se había previamente atado un rabo de zorro, de manera que al arrastrar por el suelo, no le dejase volar sino a ras de tierra, para que el

milano, que como todas las rapaces diurnas siente odio a muerte hacia los buhos y sus congéneres, descendiera rápidamente, momento que se aprovechaba para lanzar contra él de dos a cuatro halcones de primer orden.

También se conocía la caza con reclamo de perdiz en el siglo XVII, y, lo mismo que ahora, se enjaulaba un ave de éstas, macho o hembra según la época del año, que con su canto atraía a las del campo, poniéndolas al alcance del arma del cazador.

En el libro segundo de su obra nos habla el autor, en primer lugar, de la influencia del viento en la caza y del conocimiento que ha de tener el ballestero del tiempo, dando a entender que ha de poseer plenamente una verdadera asignatura que nosotros llamaríamos "meteorología venatoria".

Cita las reses de montería, venado, gamo, corzo, jabalí, y las diversas maneras de "concertarlas" o, como vulgarmente diríamos, localizarlas, bien sea en la atalaya o puesto de observación, con el sabueso de trailla o siguiendo los rastros a ojo sin el auxilio de perro alguno.

Cuando trata del venado, después de describir y de dar una idea de sus costumbres, refiere cómo el Rey Felipe III mató uno de 30 puntas en la dehesa de Monasterio, junto a El Escorial, lo que prueba que existían en aquel tiempo reses de estas de gran tamaño, y además que la caza tenía entonces en nuestro país una gran área de extensión.

También podrá ver el lector cómo se matan, remedando su voz y aguardándolos en sitios convenientes, los venados y gamos en la "brama" y en la "ronca", respectivamente.

Después de hablar del gamo, corzo y cabra montés, y de cómo

han de cazarse, pasa a extenderse más cuando trata del jabalí y del método a seguir para matarlo, bien sea con lanza, perros, aguardos debajo de las encinas en tiempo de bellota al caer la tarde o, mucho mejor aún, en noches de luna.

Lo que más mató en su vida de cazador Felipe IV fueron lobos, lo cual no es extraño, pues para que tengamos idea de su abundancia en aquellos tiempos, basta con mencionar que en un soto que está en la ribera del Tajo y peretenecía entonces a la Santa Iglesia, llamado "Ventosilla" (la finca de la actual Duquesa viuda de Santoña), tiró Su Majestad 13 lobos en un puesto en menos de una hora, y 11 en otra ocasión, ojeando un cerro que se llama de San Pedro, situado entre Colmenar Viejo y Guadalix, cifras ambas que ahora consideramos poco menos que astronómicas.

No solamente en las batidas se cobran lobos, pues también se consiguen esperándolos en los restos de los animales que ellos mismos han matado, aunque nos parece más eficaz el primer sistema, a pesar de ser más aparatoso y complicado.

En la actualidad, los ceptos (quizá más perfeccionados que entonces) figuran como el mejor medio para desembarazarse de tan dañinos animales, así como de las alimañas menores: zorros, gatos monteses, tejones, garduñas, turones y otros.

La liebre se caza a caballo, con galgos, a pie, con podencos y en ojeo con arcabuz o ballesta, sucediendo lo mismo con los conejos. También da resultado con uno y otro roedor la espera en las noches de luna.

El libro III de su obra lo dedica Martínez de Espinar a las aves. Empieza por hablar de las rapaces, y en primer lugar de las águilas, de las que sólo parece conocer bien la real, insistiendo mucho en la osadía y voracidad que ésta demuestra, como lo

prueba lo que le sucedió al rey Felipe III en El Pardo en cierta ocasión.

Salieron una vez a dar un paseo por la referida real posesión el Monarca y la Reina doña Margarita, cuando de repente vieron una águila que se lanzó desde gran altura sobre una presa que supusieron sería un conejo. Ordenaron los reyes a uno de sus ballesteros que acudiera al sitio donde habían visto bajar el águila, y pudo el servidor comprobar que la rapaz estaba devorando una perrita propiedad de la Reina y que ésta tenía en gran estima.

Habla después el autor del libro que nos ocupa de otras águilas; pero no concreta su clasificación, tal como ahora la conocemos, lo que demuestra que no es la ornitología la rama de la Historia Natural en la que más descuella.

En cuanto a las rapaces empleadas en cetrería, modalidad del arte venatorio, en la que él mismo confiesa no estar muy ducho, observamos que, además de las indígenas, describe especies de halcones y azores completamente exóticas en nuestro país. No nos oculta que cuanto a esto se refiere lo consigna en su libro después de haberlo leído en otros autores, a quienes, por lo tanto, debe las nociones que sobre este particular posee.

Pasa a tratar de los buitres, y después de describirlos y dar una idea de sus costumbres, cuenta que el rey Felipe IV era muy aficionado a matar esta clase de volátiles, y para ello ordenó al Marqués de Flores, alcaide de El Pardo, la construcción de un puesto, al que se le dió el nombre de "buitrera", que describiré en breves palabras.

Tenía este puesto o aguardo una bóveda de ladrillo de quinientos pies de largo; era subterráneo, suficientemente alto para que

cupiera un hombre en pie, y estaba dotado de varias troneras. Cerca de él ponían un animal muerto, al que acudían los buitres. matándolos el Rey, unas veces cuando estaban devorando la carne, y otras al posarse en las encinas que la rodeaban. Dice el libro que de este modo cobró el monarca muchos buitres en su real monte de El Pardo.

Al entrar en el estudio de las rapaces nocturnas, dice que considera al buho como un gran destructor de caza, lo cual es perfectamente exacto; pero no lo es cuando, al referirse a la lechuza, la califica de ave de mal agüero, atribuyéndole la costumbre de posarse sobre las sepulturas y una marcada afición a beberse el aceite de las lámparas que hay en las iglesias, absurdas supersticiones que ni siquiera merecen tenerse en cuenta, pero que, por desgracia, aún subsisten en nuestros días.

No he de continuar analizando con detalles este libro III, limitándome a hacer constar que en él nos enumera y describe su autor gran parte de las aves que pueden cazarse, siendo lo más interesante la explicación de los medios que conoce para apoderarse de ellas y revelándose en esto, como en todo, el cazador de primer orden que lleva anexo a su destacada personalidad, muy superior a toda ponderación.

Temo haber fatigado con exceso a mis lectores y doy por terminado este prólogo. En él he querido demostrar que con el correr de los siglos nada se ha adelantado en la técnica de la caza, y, por lo tanto, nada nuevo tampoco podríamos enseñar a nuestros antepasados que ellos no supieran con creces.

Pero si bien no se nota el progreso en lo que pudiera llamarse "la estrategia de la caza", es evidente que entre las armas que se usaban en el siglo XVII y las que poseemos en éste en que vivimos,

media un abismo poco menos que insondable. Con esto podrá uno explicarse mejor el hecho de que entonces se agudizara más el ingenio y no hubiera ardid o artimaña que no se pusiera en práctica para compensar con esta ciencia campera y cazadora las deficiencias inherentes a una ballesta o un arcabuz.

Esta es la razón que me ha impulsado a insistir sobre el tema de estas armas antiguas, ya estudiado por mí en un trabajo precedente, pasando después a tratar del arte venatorio según Martínez de Espinar, no sin añadir observaciones y detalles de mi propia cosecha, fruto de la experiencia adquirida en una ya larga vida de cazador.

No me queda más que agradecer a los que me lean la atención que me puedan prestar, al par que hago votos porque este prólogo sea algo así como un aperitivo para enfrascarse recorriendo las páginas escritas por este maestro de maestros que se llamó Alonso Martínez de Espinar, "el que da el arcabuz a Su Majestad y Ayuda de Cámara del Príncipe Nuestro Señor".

EL DUQUE DE MEDINACELI

De la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales.

Madrid, 11 de diciembre de 1945.

Comentario del Conde de Yebes

Digna del mayor aplauso y aliento es la iniciativa de Ediciones y Publicaciones Españolas, S. A., al acometer la presente reedición de la obra de Martínez de Espinar. Con ello se reanuda, al cabo de muchos años, la plausible idea de vulgarizar en ediciones al alcance del público los incomparables y escasos clásicos de la cacería española. Se inició esto por primera vez a finales del siglo pasado, cuando D. José Gutiérrez de la Vega, en su biblioteca venatoria, reeditó el libro de Argote de Molina. Posteriormente, la Sociedad de Bibliófilos Españoles hizo lo mismo con el famoso Origen y dignidad de la caza, de Juan de Mateos; Las aves de caza, de Pero López de Ayala, y Los diálogos de montería. Ojalá tan feliz idea tenga su continuación con nuestros restantes y espléndidos clásicos desconocidos, por escasos y aun raros, precisamente, entre los cazadores.

Un comentario a esta nueva edición no es cosa fácil, pues el que sabe leer el libro en sí es suficiente para juzgarlo y para que el lector verdaderamente aficionado se deleite con sus páginas. Lección admirable del arte venatorio, con la que el que se encuentre verdaderamente versado sobre el tema podrá no sólo apreciarla en lo que en sí vale, sino además aprender; aprender y admirar la importancia que en aquella época, de oro para las ciencias y para las artes de la historia patria, se le daba al difícil arte de la montería. Se dará cuenta de la meticulosidad con que se procedía en

todas sus fases y de la existencia de un innumerable personal adecuado, que no tenía más que esa misión, entre el que cabría distinguir lo que hoy, en vocabulario de guerra moderna, entendemos por "especialistas". Toda esta minucia, toda esta especialización vienen claramente justificadas, habida cuenta de algo que tiene una importancia primordial. Es ello el arma que empleaban; arma que, por su escaso alcance y poder ofensivo, obligaba a aquilatar al límite el arte del monteo, al punto que permitiera hacer carne con tan deficientes medios. Frecuentemente he pensado, hoy en día, las proezas de que sería capaz cualquier aficionado de calidad, tirando como es debido, si a su afición y arma perfecta pudiera añadir las facultades, la dureza, la tenacidad y el conocimiento de nuestros furtivos. Pues bien, ¿qué no habríamos llevado a cabo en aquella época gloriosa si, en vez de emplear la ballesta o el arcabuz, hubiéramos podido disponer de la moderna arma rayada!

Naturalmente, no hay acción sin reacción, y quiero decir con ello que si hoy día somos como monteros tan inmensamente inferiores a aquella famosa familia de los Sendin, la razón obedece principalmente a que esa deficiencia montera queda compensada con la superioridad del arma que empleamos, que nos permite montar tan mal, si comparamos esta época con aquélla.

Hasta tal punto es esto cierto, que ya aquellos clásicos criticaron duramente, en el tránsito de la ballesta al arcabuz, el empleo de éste, por las ventajas que ofrecía en detrimento del bien montar. Así, tenemos al notable Mateos que en su obra nos dice: "En el tiempo que se tiraba con ballesta, era necesario tirar cerca para matar la caza; hubo entonces grandes ballesteros que, el que no era, no mataba; que para tirar lejos, como ahora todos lo hacen, con el arcabuz, todos matarán; sale un mal cazador que nunca

entendió de ballestería, con su señor que sabe poco de este arte, y en viendo una res a mil pasos hace que la tira; así, digo, que el tirar ha de ser de cien pasos adentro."

Alonso Martínez de Espinar, de facciones correctas y enérgicas, que delatan al hombre de campo, rudo y curtido en sus rasgos, acusados de mirada penetrante, habituada a la observación, seco y membrudo, con su gran mostacho y perilla a la usanza de la época, fué uno de los varios monteros incomparables que en aquella época se llamaron Hurtado de Mendoza, Colin Bauxame, Pero López de Ayala, Alonso Marcos, Diego Pérez, etc. Provisto de sus vastos conocimientos, los vierte al papel, explicando cuanto a su leal saber y entender debe ser el arte de la montería. Las páginas de este libro son, como queda dicho, un perfecto curso sobre la materia, en lo que es mucho lo que se aprende; pero que en algunos aspectos conviene leer con cierto cuidado y reserva, debido quizá a un exceso de imaginación y fantasía, del que escribe sabiendo que difícilmente se ha de ver rebatido en letra de molde o que quizá cuenta con un exceso de ignorancia por parte del lector.

Cuanto queda expuesto brevemente podría parecer suficiente para salir del paso en el trance de poner discretamente un comentario a la obra de Martínez de Espinar. Pero es tal la importancia de esta obra, que el comentario no puede quedar ahí. Considero del mayor interés, desde el punto de vista bibliográfico y venatorio, preparar al lector, tratando de explicar cómo nació este libro. Con ello voy a intentar un resumen cronológico de la bibliografía venatoria de la época, resumen que de un modo más o menos completo he hallado en Huagón y Leguina, Lafuente y Alcántara y Gutiérrez de la Vega, en los admirables estudios y ensayos realizados por ellos al abordar este aspecto de la bibliografía española.

Pido de antemano perdón por los errores u omisiones que pudiera cometer en tan delicada tarea (I).

La obra de Martínez de Espinar nace, pudiéramos decir, con el terreno abonado; en una época en que la cosa cinegética en España está perfectamente encauzada. Época de verdadero auge para las ciencias españolas, que no tardará en declinar con la llegada de los finales del siglo XVII.

Martínez de Espinar tuvo buenas fuentes para su libro. Ello es indudable y se desprende claramente de su lectura. Quizá apura algunos temas con mayor detalle que sus predecesores; tal como ejemplo cuando técnicamente nos habla del arcabuz; posiblemente, a otros temas les da menor importancia o los elimina; pero no cabe duda que a la vista tuvo los escasos pero admirables tratados sobre la materia escritos con anterioridad. Destaca en su obra principalmente, como hemos dicho, la perfección con que describe las armas: bailesta y arcabuz; especialmente este último cuando se refiere a pólvoras, cargas, proyectiles, características y explicación de por qué un arcabuz es bueno y otro malo, etc., con el mismo detalle, minucia y competencia que hoy podría hacerlo un técnico en armas rayadas y balística.

Autor tan capacitado como el Duque de Almazán, en su famosa y espléndida Historia de la Montería en España, nos dice: "En este completísimo tratado se abarca todo lo que afecta al Arte; métodos de montería, nociones de ballestería y arcabucería, fórmulas para la preparación de la pólvora y algunas anécdotas. Aparte de los Diálogos de la Montería ya referidos, puede que sea éste

(I) Para su confección, he recurrido a la amabilidad del médico insigne, notable cazador y eminente bibliófilo D. Dámaso Gutiérrez Arrese, poseedor de la más espléndida biblioteca particular venatoria de España.

el libro más completo que existe." Vemos, pues, que tan notable escritor admite una supremacía casi absoluta de la obra de Martínez de Espinar sobre las restantes de su época.

Escribió su obra en 1644, es decir, diez años después que el famoso Origen y dignidad de la caza, de Juan de Mateos. Tanto Martínez de Espinar como Mateos fueron arcabuceros de Felipe IV.

El resumen cronológico de la bibliografía venatoria española hasta finales del siglo XVIII podría establecerse esquemáticamente como sigue:

El Príncipe DON JUAN MANUEL: "El libro de la caza".— Su autor nace en Escalona en 1282, por lo que puede suponerse lo escribiera hacia 1330. Edición con un discurso y notas del Excmo. D. José Gutiérrez de la Vega, en 8.º Madrid, 1879. Tomo III de la Biblioteca Venatoria.

Otra edición Halle 1880, en 4.º y 208 páginas.

SANT FAGUN (Johan de): "Libro de las aves que Caçan, con las glosas de D. Beltrán de la Cueva, Duque de Alburquerque, seguido del libro de Pero López de Ayala. "Manuscrito de la Biblioteca Nacional. Publicado en "La Ilustración Venatoria".

PERO LÓPEZ DE AYALA: "Libro de la caza de las aves et de sus plumajes et dolencias et melecinaamientos". Siglo XIV.

Se conservan hasta veinte códices en diversas bibliotecas españolas (la mayoría, en la Biblioteca Nacional). Publicada en el tomo III de la Biblioteca Venatoria y también por la Sociedad de Bibliófilos. Madrid, 1869. Un vol. en 4.º mayor, con 28 páginas preliminares y 244 de texto.

VELÁZQUEZ DE TOBAR (Alons): "*Libro de caza de halcones*".
Manuscrito de la B. de la Academia de la Historia. Siglo XV.
(Contiene reglas para aleccionar las aves de cetrería.)

NÚÑEZ DE AVENDAÑO (Pero): "*Aviso de cazadores y de caça*".
Impreso en Alcalá de Henares en la imprenta de Johan de Bro-
car, 1543. Letra gótica.

Existe un códice en la Biblioteca Nacional y otra edición en
Madrid, en casa de Pedro Madrigal; 1593. Folio de 34 páginas.

MERCADER (Matías): "*Breve trasunto sacado de los originales*
libros que los Sres. Reies de Aragón tenían para el conocimiento
de las aves de caça, etc." 1689, B. Nacional.

Según Gutiérrez de la Vega, existen dos MSS en italiano: uno
en la B. Nacional y otro en la de El Escorial. Para L. Alcántara,
"es un brevísimo extracto de la Grande Obra del Emperador Fede-
rico sobre caza, y del libro del Canciller AYALA.

VALLES (Mossen Juan): "*Libro de la cetrería y montería com-*
puesto por ... MS de 370 folios, siglo XVI (diez y seis)" Biblio-
teca Colombina. En la Nacional existen otros dos códices.

ZAPATA (Luis): "*Libro de Cetrería. MS 1583. Existen cinco*
MSS en la Biblioteca Nacional.

ZÚÑIGA Y SOTOMAYOR (Fadrique): "*Libro de Cetrería de*
caça de acor, etc." *En Salamanca, en casa de Juan de Canova, 1565;*
en 4.º, 6 hojas preliminares, 126 de texto.

Para Uhagón y Leguina, el de mayor rareza de los libros espa-
ñoles de caza.

PÉREZ (Luis): "*Del Can y del Caballo y de sus calidades: dos animales de gran instinto, fidelísimos amigos de los hombres.*"

En Valladolid, por Adrian Ghermart, 1568. En 4.º menor, portada, 5 hojas preliminares, 274 de texto y 4 al final, con una poesía del autor.

Otra edición de solamente 50 ejemplares, con un prólogo de Gutiérrez de la Vega y publicada a expensas de D. José María de Hoyos y Hurtado. Sevilla. Imp. El Orden, 1888. Buena edición en excelente papel y grandes márgenes.

XAMARRO (Juan Bautista): *Conocimiento de las diez aves menores de jaula, su canto, enfermedad, cura y cría*". Madrid. Imp. Real, 1604. En 4.º y seis hojas preliminares y 50 de texto.

Intento de estudio ornitológico que es editado nuevamente por Gabriel Barrio en Madrid (sin fecha) y otra en 1775.

FERNÁNDEZ FERREIRA (Diego): "*Arte de caça de altanería composta por... LISBOA.*" Jorge Rodriguez. Anno 1616. En 4.º, con anteportada grabada, 5 hojas preliminares, 118 de texto y 2 de índice.

Edición en la Biblioteca de Classicos Portuguezzes. Lisboa, 1899.

JUNES (Diego): "*Historia general de aves y animales de Aristóteles Eslagerila*". Valencia, 1621. Portada en 4.º, 25 hojas preliminares, 441 de texto y 4 de tablas de animales en castellano, latín y griego.

DIÁLOGOS DE MONTERÍA: *MS Siglo XVI en la Biblioteca de la Academia de la Historia. Publicado por la S. de Bibliófilos. Madrid, 1890.*

Otro de la Biblioteca de Palacio, también anónimo, con variación en el seudónimo de dos de los dialogantes. Impreso por el Duque de Almazán, con un prólogo del P. Zarco, en Madrid, 1935. Tirada numerada en papel japon y de hilo: 355 ejemplares.

TRATADO DE MONTERÍA DEL SIGLO XV: *Anónimo MS del Museo Británico, publicado y anotado por el Duque de Almazán. Madrid, 1936. Lujosa ed. numerada en gran papel; 311 ejemplares.*

ARGOTE DE MOLINA (Gonçalo): *"Libro de la Montería, que Mandó Escribir el muy Alto y muy Poderoso Rey Don Alfonso de Castilla y de León, Ultimo de este nombre." Impreso en Sevilla por Andrés Pescioni, 1582. Folio menor, 6 hojas preliminares, 91 de texto y 25 con el discurso de ARGOTE DE MOLINA. Grabados de ambos.*

Se conocen de esta obra hasta siete códices en varias bibliotecas nacionales y extranjeras. Ocupan los tomos I y II de la Biblioteca Venatoria de Gutiérrez de la Vega. Madrid, 1877.

JUAN MATEOS: *"Origen y dignidad de la caza". Madrid. Por Francisco Martínez; 1634. En 4.º Portada grabada por Pedro Perete, 8 hojas preliminares, 120 folios, 4 de índice y 7 láminas. Otra edición de la Sociedad de Bibliófilos Españoles, 1928.*

TAPIA Y SALCEDO (Gregorio): *"Exercicios de la gineta". En Madrid, por Diego Díaz; 1643; 4.º Portada grabada; 10 hojas*

preliminares, 116 de texto, dos de índice, un retrato y 28 láminas numeradas. Tanto el texto como varias de las láminas son interesantes asuntos de caza.

MARTÍNEZ DE ESPINAR (Alonso): "*Arte de ballestería y montería*", escrita con método para excusar la fatiga que ocasiona la ignorancia.

En Madrid. Imprenta Real, 1644. En 4.º Anteportada grabada por Juan de Noort; 15 hojas preliminares, 252 páginas, 2 retratos y 5 láminas.

Otra edición en Nápoles por Francisco Ricciardo, 1739; en 4.º, 6 hojas preliminares, 420 páginas y 5 láminas.

TAMARIZ DE LA ESCALERA (Fernando): "*Tratado de la caza del vuelo*". Madrid, por Diego Díaz, 1654; en 8.º, 5 hojas preliminares y 32 de texto. Libro rarísimo.

El restaurador de la Biblioteca Nacional, Sr. Camarón, hizo en 1887 doce reproducciones fidelísimas, constituyendo un verdadero alarde caligráfico.

Otra edición en 1798. Madrid. Por Antonio Santa María; pero sólo en número de dos ejemplares, con caracteres tipográficos de la época, uno para el Sr. Uhagón y otro para el reimpresor Sr. Leguina. Prólogo, 3 hojas y 45 de texto.

Otra edición Sevilla. E. Rasoo, 1889; tirada limitada a 100 ejemplares, con un discurso, apéndice y notas por el señor Gutiérrez de la Vega y a expensas del Excmo. Sr. Marqués de Jerez de los Caballeros. En 4.º menor. XV hojas por Gutiérrez de la Vega y 68 hojas de texto.

Del clima en que vivía la literatura cinegética española por entonces bastará esta incompleta lista y el hecho elocuentísimo de

que "la primer traducción del primer libro de caza conocido, escrito por JENOFONTE, hecha a un idioma europeo moderno, fué la del griego al castellano, por Diego Gracián". Imprenta de Juan de Junta en Salamanca, 1552. Bajo el título de las obras de Xenophon, trasladadas del griego en castellano...

Sólo le habían precedido cuatro traducciones al latín, y las de italiano y francés son: el primero, por Gandini, en Venecia, 1588, y el segundo, por Simón Goulard-Cologny o Yverdin, 1619.

Pero aquí termina nuestra edad de oro de nuestra literatura cinegética, pues poco después, 1658, FERRER DE VALDECEBRO (Andrés), escribe sobre GOBIERNO GENERAL moral y político hallado en las aves más generosas y nobles. Un libro editado en Madrid, en 4.º, con 19 hojas preliminares, 205 folios y grabados, en que ya ha desaparecido todo rigor de observación y da rienda suelta a la fantasía en tan serio capítulo de ciencias naturales.

Otro tanto ocurre con otro libro del mismo autor, "Gobierno General, Moral y Político hallado en las fieras y animales silvestres", etc. Madrid, 1680, en 4.º, 7 hojas preliminares y 368 de texto, grabados e índices.

Después necesitamos saltar a la segunda mitad del siguiente siglo XVIII, con la aparición de "La Diana o arte de cazar", de Nicolás F. de Moratín. Poema de 65 hojas, editado en la oficina de Miguel Escribano, año 1765. Para hallar un renacimiento, aunque harto discreto, en la bibliografía cinegética española.

En el prólogo admirable puesto a esta nueva edición de la obra de Martínez de Espinar por pluma tan autorizada en el campo de las letras y de la caza como es la del Duque de Medinaceli se describe y se aclara al lector a la perfección la esencia de

cuanto Martínez de Espinar menciona en su obra. Por tanto, huelga intentar añadir nada a cuanto figura en dicho prólogo. Unicamente no resisto a la tentación de comentar lo que para mí, como aficionado a la montería "a la española", tiene hoy día mayor interés, atractivo y dificultad en lograr, y que Martínez de Espinar aborda en su obra en forma tan completa y documentada, que forzosamente tiene que causarnos a los aficionados a la caza mayor moderna una admiración sin límites. Es ello el perro, y dentro del perro, el perro de bandera. A cualquier aficionado de mediana calidad, cuanto describe y relata sobre el perro de montería no sólo Martínez de Espinar, sino también sus predecesores, ha de causar verdadero asombro. Además, desde un punto de vista puramente personal, debo confesar que del contenido de estos clásicos de la montería, lo que acepto sin el menor regateo es precisamente cuanto se relaciona con el perro. Analizando la importancia que le dan, las distintas clases de perros y diferentes misiones que encomiendan a unos y otros, la cantidad y categoría del personal responsable de su cuidado y entrenamiento y las hazañas que relatan algunos de ellos, ¡qué podremos pensar y comentar los que hoy día continuamos en la brecha comparando nuestras modestas rehalas, a las que dedicamos un gasto y una atención mínima, con aquellos formidables monteros de trailla: monteros de lebel, monteros de ventores, etc. ¡Cabe nada más admirable que lo que ellos entendían por perro de trailla!...

La única comparación que se me ocurre es, a la inversa, la que más arriba menciono como armas entre el arcabuz o la ballesta comparada con un rifle moderno de alta velocidad. Pues bien; nuestros perros son la ballesta o el arcabuz, y los de aquellos felices tiempos, el rifle de alta velocidad.

Era tan grande la importancia que le concedían, considerándolo casi como protagonista principal de la montería, que no resisto a la tentación de terminar estas líneas reproduciendo una carta que en más de una ocasión he sacado a relucir; tal es su interés y la elocuencia de su contenido. Hurtado de Mendoza, guarda mayor de Cuenca, escribía al rey de Aragón nada menos que lo que sigue: "Señor: Mendoza, Guarda Mayor de Nuestro Señor el Rey de Castilla, vuestro servidor, beso vuestras manos con tanta reverencia como a mí me es posible et me encomiendo en vuestra merced que vi una carta que vuestra Señoría me envió, por la cual me enviades mandar que Vos enviare seis podencos buenos. Señor hablando con reverencia Vos mandaste como Rey, mas no como cazador: que seis podencos buenos es duda si en la mitad de vuestro Reino se fallan, cuanto más en mi casa sola."

Admirable oración.

CONDE DE YEBES

xxx

**ARTE
DE BALLESTERIA, Y
MONTERIA, ESCRITA CON METO-
DO, PARA ESCVSAR LA FATIGA,**
que ocasiona la ignorancia:

DIVIDIDA EN TRES LIBROS.
EN EL PRIMERO SE DECLARAN LAS DI-
finiciones de la Ballesteria, Monteria, Chucheria, y Cetreria, Se
trata de los Elementos, y de todos los instrumentos
necesarios para el yso deste Arte.

En el segundo, se dizé las naturalezas de los Animales. Como se ha
de valer el Ballestero de los vientos. El modo de echar el
laço a las Refes: y como se han de concertar
con el Sabueso, y fin el.

En el tercero, se declaran las calidades de las Aues, y el modo de ca-
çarlas. Códos Capítulos curiosos al fin. El vno, de la caza del Per-
ro de Muestra. Y el otro, del Cabestrillar con el Buey. Hallará el
curioso al fin deste libro vn Índice, que le declarará
las cosas notables, y vocablos extraordi-
narios de la caça.

D E D I C A L E

AL SERENISSIMO SEÑOR DON BALTASAR
Carlos Filipe de Austria, Principe de las Españas, y
Nuevo Mundo,

Alonso Martinez de Espinar, que dà el Arcabuz a su Magestad, y
Ayuda de Camara del Principe Nuestro Señor.

CON PRIVILEGIO.

En Madrid, En la Imprenta Real. Año de 1644.

EL Licenciado D. Gabriel de Aldama, Lugarteniente de Vicario General de la villa de Madrid y su partido, etc. Por la presente sometemos a D. Francisco de Quevedo, Caballero del Hábito de Santiago, vea este libro, y con su censura, si es, o tiene o no cosa contra nuestra santa Fe Católica y buenas costumbres, lo remita. Madrid y Noviembre, 20 de 1643 años.

Lic. D. Gabriel de Aldama.

Por su mandado.
Diego de Velasco.

APROBACION DE D. FRANCISCO DE QUEVEDO
*Villegas, Caballero del Hábito de Santiago y Señor
de la Torre de Juan Abad.*

POR comisión del señor Licenciado D. Gabriel de Aldama, Consultor del Santo Oficio y Lugarteniente de Vicario General de esta Villa Corte de su Majestad, he visto este libro, cuyo título es: *Arte de Ballestería y Montería, escrita con método, para excusar la fatiga que ocasiona la ignorancia*, escrito por Alonso Martínez de Espinar, Ayuda de Cámara del Príncipe N. Señor, y quien a su Majestad da el Arcabuz, habiendo servido a su Alteza, Padre y Abuelo con toda satisfacción en la Ballestería; en él he hallado mucho que aprender, ninguna cosa que advertir. Promesa que afianza la utilidad a los curiosos. No hay en él cosa que disuene a la verdad de nuestra santa Fe Católica, ni a la decencia de las buenas costumbres. Es un maestro descansado para el ejercicio más honestamente varonil, y la más apacible y bien acondicionada introducción al Arte Militar. Ocupación calificada por tantos Príncipes, y más esclarecidamente por la destreza y agilidad con que la ha ejercitado nuestro gran Monarca. Razones todas eficaces para dar al Autor la licencia que pide. Así lo siento. Madrid, 21 de Noviembre 1643.

D. Francisco de Quevedo Villegas.

LICENCIA DEL ORDINARIO

EL Licenciado Don Gabriel de Aldama, Consultor del Santo Oficio de la Inquisición, y Lugarteniente de Vicario General de la Villa de Madrid y su partido, etc. Por la presente, habiendo hecho ver este libro, intitulado *Arte de Ballestería y Montería*, compuesto por Alonso Martínez de Espinar, y no contiene cosa contra nuestra santa Fe Católica y buenas costumbres; y así, por lo que a Nos toca, se le puede dar licencia para que se imprima. Dada en la villa de Madrid a 24 días del mes de Noviembre de 1643 años.

*El Lic. D. Gabriel
de Aldama.*

Por su mandado.
Diego de Velasco.

***APROBACION DEL MARQUES DE MIRABEL,
Ayo del Príncipe nuestro Señor, etc.***

POR orden de V. A. he visto un libro intitulado *Arte de Ballestería y Montería*, y por la larga experiencia del autor, y lo curioso del libro y no haber en él cosa que no sea digna de saberse, me parece se le puede dar licencia para que lo imprima. En Madrid, 15 de Abril de 1644.

*El Marqués
de Mirabel.*

APROBACION DEL CONDE

de Alba de Liste, etc.

POR mandado de V. A. he visto el libro intitulado *Arte de Ballestería y Montería*, cuyo desvelo y curiosidad publican la mucha experiencia de su autor en lo que contiene; la obra es digna de la noticia de todos, para que los aficionados a ejercicio tan loable se hallen con la comprensión de este tratado más hábiles en los empleos de la caza y la facilidad de su estudio, para obrar con destreza en este ministerio, atraiga ocupación tan lucida a muchos con el aprecio que pide cosa a que se ha inclinado siempre lo más ilustre de los Reinos de V. A., y particularmente en los de España; conque siendo V. A. servido se podrá conceder licencia para la impresión de este libro, por la utilidad de lo referido. Madrid, 19 de Abril de 1644 años.

El Conde de Alba.

SUMA DE PRIVILEGIO

TIENE privilegio por diez años Alonso Martínez de Espinar para poder imprimir un libro intitulado *Arte de Ballesteria y Monteria*, como más largo consta de su original, su fecha en dos de Mayo de 1644 años.

ERRATAS

FOL. 14, pág. 1, lín. 17, el no va derecho, lee, el lance no va derecho; fol. 57, pág. 2, lín. 2, sin esto, lee, son estos; fol. 96, pág. 1, lín. 21, seguirla, lee, su huella; fol. 115 pág. 2, lín. 1, la ballesteria, lee, la ballesta; fol. 144, pág. 2, lín. 17, compete, lee, compite; fol. 143, pág. 2, lín. 6, perro, lee, puerco; fol. 155, pág. 1, lín. 23, los ballestros, lee, los ballesteros; fol. 151, pág. 2, lín. 7, a hacer noche, lee, a tercer noche; fol. 187, pág. 2, lín. 2, capear, lee, campear; fol. 243, pág. 2, lín. 19, conforme las tienen, lee, conforme las sienten; fol. 247, pág. 1, lín. 2, o roca, lee, o broza; fol. 73, pág. 2, desde este fol. hasta 76, dice la inscripción lib. 2, lee, lib. 1; fol. 114, pág. 2 a 21, renglones falta un no, cuando a la primera vista consiente la caza, ha de decir, no consiente la caza, que muda el sentido; fol. 9, pág. 1, dice: del Elemento del Sol, ha de decir: del Elemento del fuego. Morcillos estos, ha de decir: morcillos itos; fol. 50, pág. 2, lín. 9, desde el núm. 143 están errados los folios con un 3 por 1 hasta el núm. 149, donde dice espera, ha de decir: esperara, fol. 111, lín. 21, vuelta.

ESTE libro, intitulado *Arte de Ballesteria y Monteria*, con estas erratas corresponde con su original. Dada en Madrid, 23 de Septiembre de 1644 años.

El Doct. D. Francisco Murcia
de la Llana.

SUMA DE TASA

LOS señores del Consejo tasaron este libro, intitulado *Arte de Ballestería y Montería*, a seis maravedís cada pliego; el cual tiene sesenta y tres pliegos, sin principios ni tablas, que al dicho respeto monta trescientos y setenta y ocho maravedís en papel; y a este precio mandaron se vendiese, y no más, como consta de su original despachado en el oficio de Francisco de Arrieta, su fecha en 1 de Octubre de 1644 años.



DEDICATORIA AL PRINCIPE nuestro Señor.

*P*OR servir a V. A. no sólo con cuarenta y tres años que he servido a las Majestades Católicas del Rey Don Felipe III, que santa gloria haya, y al Rey nuestro Señor, Dios le guarde, sino con los que me restan de vida, escribo este libro en materia que otros han escrito en otros tiempos y en diferentes lenguas; más ostentosa es en ellos la erudición en que se aumenta el volumen, pero más segura y más descansada doctrina es la de la experiencia; ni se puede negar que quien escribe lo que ha obrado y visto lo enseña mejor que quien curioso lo estudia: éste da el arte que presume, el otro el que profesa; lo que más califica esta obra para hacerla digna de la Serenisima y Real persona de V. A. es que le doy a leer más lo que en la Ballestería y Montería he aprendido de su Majestad, Dios le guarde, que el caudal con que le he servido en ella. Mi fin, Señor, ha sido facilitar el que puedan todos aprender lo que dispongo con el método que empieza, dividiendo las mate-

rias, para facilitarlas he añadido, según afirman personas doctas, cuya lima he solicitado, la composición y fábricas de los instrumentos de la caza, noticia de los Maestros más eminentes y advertencias para el uso de todo, no tocadas de otro.

Cuando no fuera herencia el ser V. A. Eminente en este ejercicio, lo asegurara la suma destreza y rara agilidad con que ha empezado a manejar los arcabuces, ensayándose V. A. en las fatigas del campo y ejercicio de las armas de fuego, y en la victoria de las fieras para las que le aguardan en las Campañas de enemigos y rebeldes, que calzarán de trofeos los pies de V. A., que humildemente beso. Cuya Soberana, Real y Católica Persona guarde y ampare Dios nuestro Señor, como viva imitación de su gran Padre el Rey nuestro Señor.

Alonso Martínez
de Espinar.

DON FRANCISCO DE QUEVEDO VILLEGAS:

Al que leyere este libro.

LOS que enseñan el Arte nobilísimo de la Caza y Montería no sólo disponen los espíritus generosos a ejercicio honesto y saludable, sino también al uso militar, de tal suerte que los que pasan de la fatiga de los bosques y montes a la disciplina de los Ejércitos, no extrañan el afán de su desvelo ni la incomodidad de la Campaña, de tal manera van doctrinados en la paciencia adquirida, desenvolviendo las malezas en el ardor de los soles y el rigor de los hielos, que ninguna inclemencia de marchas y sitios los experimenta bisoños. A esto se añade el ser capaz de méritos de caridad este ejercicio de la ballestería, disminuyendo en muchos animales la siega a las cosechas de los labradores, a cuyas hoces se adelanta su hambre, y justificando en la voracidad del lobo el menoscabo de los ganados, que como ladrón de los rebaños enteros asuela con hurtos; esta piedad encendió las entrañas clementísimas del Rey nuestro Señor a perseguir con mayor continuación los lobos que las otras reses, librando de las más delincuentes y facinerosas el caudal de sus vasallos, más importante a la República. Todos estos fines pretende conseguir Alonso Martínez con este libro, facilitando la enseñanza con el método de doctrina en que dispone los preceptos; cosa en que es solo y único entre tantos autores que en todos idiomas y naciones han escrito esta Arte, de tanta estimación a los Príncipes y Monarcas, que el Emperador, por su libro en versos de Venatione, escrito en griego, le dió tan gran cantidad de oro a Opiano, que apreció en monedas de este metal cada renglón; ni en España se dignó el Señor Rey D. Alonso de escribir libro de la Montería, que hoy tenemos impreso. No es nuestro Autor el primero ni el segundo que ha escrito en esta facultad; em-

pero, en el orden con que escribe, en las noticias que da, en las novedades que enseña, no tiene antecesor ni primero. Dedicar Alonso Martínez esta obra al Príncipe N. Señor, que Dios bendiga y guarde muchos años, no sólo por obligación de criado, sino por deuda, confesando deber el mejor conocimiento de estos primores a la atención con que ha asistido en los bosques a la Majestad soberana de Don Felipe Cuarto Rey nuestro Señor. El estilo es descansado de afectación y demasías sobradas; las palabras, propias y decentes, que significan lo que tratan con decoro y claridad, lenguaje de persona que se crió en la Corte del mayor Monarca del mundo, con perpetua asistencia en su Palacio, sirviendo de dar el arcabuz a su Majestad, y de su Ballestero principal, y de Ayuda de Cámara del Príncipe nuestro Señor, oficios de grande y preferida confianza; pues solos asisten con armas de fuego a la persona Real desacompañada de otros criados en la soledad de los bosques; a cuya causa fuera de su ejercicio los honró tanto el Señor Rey Don Alonso el Onceno, que en la carta que escribió al Abad de San Pedro de Cardeña D. Juan de Campo, dice estas palabras, pidiéndole la Cruz del Cid, que se entiende la Espada: *Don Alfonso, etc. Al Abad de San Pedro de Cardeña, salud y gracia. Sepades que por la gran devoción que habemos con la Cruz del Cid, la cual llevamos la otra vez cuando fuimos sobre Gibraltar, tenemos por bien de enviar por ella para llevarla con nosotros en esta ida que imos a Portugal, y enviamos allá para que nos la traigan a Alvaro Rois y a Juan García, nuestros ballesteros, y vos, que embiades dos Monjes con ellos. Y para mostrar la estimación que hizo de este servicio, añade: Otrost, bien sabedes en como todos los Prelados y las Ordenes de nuestro Señorío nos sirven cada uno de ellos con quitanças ciertas de maravedís para estas guerras que habemos: habíamos ordenado que vos el dicho Abad y Convento nos sirviésedes con tres mil maravedís, y por la devoción que habemos en ese lugar y en la dicha Cruz, tenemos por bien de vos las quitar y que las no pagueades.* Por la utilidad de estas cláusulas, de importante erudición, pueden los lectores perdonar el rato que mi prevención les ha sido estorbo a la lección de esta obra.



EL AUTOR, A TODOS

LA principal columna, que sustenta, defiende y aumenta la Monarquía, es las armas; conocido este útil, para que los hombres se hagan capaces, hay mucho escrito en esta profesión; mas porque en el ocio y la paz sólo pueden servir los documentos para la teórica, habiendo reconocido que para la práctica es el más útil ejercicio el de la caza, Escuela perfecta de milicia, viva imitación de la dureza de las armas y de la guerra; pues en su uso se hacen vigilantes los sentidos, se agilitan las fuerzas, se endurecen los miembros, se alientan los espíritus, se engrandecen los corazones, se pierde el horror de la sangre y escándalo de la muerte.

Deseoso del bien común, porque la juventud española tenga modo en que con facilidad se halle diestra en tan útil ocupación, y connaturalizada en la robustez y dureza, tan necesaria a los hombres para defensa y aumento de su patria, medio por donde han crecido y engrandeciéndose tantas casas en nuestra Espa-

ña y todo el orbe. De las experiencias que he alcanzado, sólo ha sido mi intento en este libro que, haciendo mis trabajos el gasto a la noticia de los curiosos y de la juventud noble y virtuosamente inclinada, sin gasto de tantos años, que me fueron estudio costoso, los sea mi discurso maestro apacible y barato, que lo que habían de aprender en las asperezas de los montes y en la fiereza arriesgada de las fieras, lo lleven entendido, para obrarlo como si lo hubiesen obrado.

Y porque la claridad y distinción dispusiese este fin, sigo el orden de doctrina, dividiendo, definiendo y diferenciando unas cosas de otras; y habiendo dicho las calidades que han de tener el buen ballestero y montero, y cómo deben usar de los elementos, reparé en que el conocimiento de los instrumentos, sin los cuales el arte carece de acción, era forzoso; lo cual me movió no sólo a dar a conocer los mejores, sino los maestros que con más perfección los obraron, sus nombres y las marcas con que los firmaron; y singularmente trato las diferencias de los encaros, sin los cuales, con dolor y sin utilidad, han perdido muchas las ocasiones, cobrando horror a las armas de fuego, errando el tiro, sin reconocer el defecto. Digo asimismo la composición de la pólvora y la proporción de

las cargas. No menos he querido que me deban los cazadores en las noticias que los examino de los revocos del viento, que es el chisme contra la caza. Doy conocimiento y modo fácil para desenvolverse el balletero de los errores confusos del monte, para no perderse en él. Escribo con prolija novedad la ballestería del caballo y lazo; e informo con particulares avisos cómo se han de concertar las reses y cómo se ha de usar de los sabuesos y conocer la vivacidad de su olfato, punto que para averiguar su verdad me ha obligado a escudriñar la filosofía natural y juntarla con la experiencia, por no poderme ajustar con lo que he oído y visto escrito. Doy a conocer la propiedad, instinto y astucias con que los animales se defienden y cómo se les ha de engañar y reducir. Espero que los que con experiencias hubieren practicado este arte y modo de caza, hallarán mejoría en la novedad, porque no he observado en el campo ni en la ballestería primor que no comunique liberal al que me leyere, reservando para mí solo el premio de que los curiosos que estudiaren este arte no aguarden la prolijidad de sus experiencias para ser maestros, sino que con leerlo para sí, lo sean contra la caza, y maestros para la enseñanza de otros. Y no es pequeño

alivio profesar con descanso y facilidad en esta lección, para no tener el noviciado en los rigores de los bosques y en el engaño de las fieras. Y protesto con toda verdad que si alguna cosa contradigo de otros, es celo de encaminar el desengaño útil, no emulación, pues a lo que faltamos no se excusa el proverbio: No todo lo pueden todos. Vale.

TABLA DE LAS COSAS QUE SE contienen en este libro.

A.

Avutarda: qué aves son y cómo se cazan. A, lib. 3, cap. 22.

Azor: dónde se cría y su inclinación. B, lib. 3, cap. 10.

Azufre: cómo ha de ser y se ha de refinar. A, lib. 1, cap. 15.

Agilidades del Rey nuestro Señor. B, lib. 2, cap. 33.

Aleto: dónde se cría y su inclinación. A, lib. 3, cap. 11.

Alfaneque: dónde se cría y su natural. B, lib. 3, cap. 8.

Alcotán: su talle y modo de cazar. A, lib. 3, cap. 14.

Alcaraván: cómo se cazan. A, lib. 3, cap. 22.

Anades reales: su talle y propiedades. B, lib. 3, cap. 31.

Ansares bravos: su natural. B, lib. 3, cap. 31.

Arcabuz: por que se hace de hierro más que de otros metales. A, lib. 1, cap. 9.

Arcabuz: cómo se forjaban antiguamente. B, lib. 1, cap. 9.

Arcabuz: quién fué el primero que forjó en pedazos. B, lib. 1, cap. 9.

Arcabuz: cómo se ha de barrenar y limar. B, lib. 1, cap. 11.

Arcabuz: requisitos del cañón hasta ponerle en la caja. A, lib. 1, cap. 11.

Arcabuz: causas por que da más con una vez que otra. A, lib. 1, cap. 11.

Arcabuz: cómo se ha de cargar. A, lib. 1, cap. 8.

Arcabuz: causas por que da con la munición mejor uno que otro. A, lib. 1, cap. 12.

Arcabuz: causas por que revientan. A, lib. 1, cap. 13.

Aguila y sus calidades. A, lib. 3, cap. 1.

Aguardo: cuándo es el mejor tiempo de cazar con él. A, lib. 2, cap. 18.

Alcándara: es una rama donde acostumbran a dormir las águilas. B, lib. 3, cap. 1.

Apretura de la tierra: es cuando por peñas, por barrancos, quiebras, o ríos se hacen cañadas y pasos angostos por donde es fuerza pasen las reses. A, lib. 2, cap. 23.

Arruar: es un gruñido del jabalí cuando por el viento se ha certifi-

cado del hombre. B, lib. 2, cap. 30.

Atalaya: es un cerro alto, peña o árbol de donde se señorea y vela tierra o monte. A, lib. 2, cap. 8.

Antepecho y traspecho son dos huesos con que se guarnece la nuez de la ballesta. B, lib. 1, cap. 7.

Arpella es ave de rapiña. A, lib. 3, cap. 15.

B

Ballestero: qué partes ha de tener. B, lib. 1, cap. 2.

Ballestero: cómo se ha de haber en los montes para no perderse en malos temporales. B, lib. 1, cap. 3.

Ballestero: su etimología. A, lib. 1, cap. 4.

Ballesta: que instrumento es. A, lib. 1, cap. 7.

Ballesta: los mejores maestros de ellas y sus nombres. A, lib. 1, cap. 7.

Ballesta: los maestros que mejor labraron vergas. B, lib. 1, cap. 7.

Ballesta: los nombres de los hierros y demás aderezos de que se compone. A, lib. 1, cap. 7.

Ballesta: calidades que ha de tener para ser buena y causas por que no lo es. A, lib. 1, cap. 7.

Ballesta: los lances que tira. A, lib. 1, cap. 7.

Ballesta: los maestros que mejor hicieron estos lances. B, lib. 1, cap. 7.

Ballestero: cuándo y cómo se ha de arrimar a la caza. A, lib. 2, cap. 2.

Ballesta: cuándo se ha de dejar en lo claro del monte. Lib. 1, cap. 7.

Birote: es lance que arroja la ballesta; tiene guarnecida la cabeza de suela de zapato con un hierro en medio. B, lib. 2, cap. 14.

Birotos herrados: hay dos maneras: unos largos, llaman palomeros; otros cortos, para perdices. A, lib. 1, cap. 7.

Bira: es un lance guarnecido de punta de hierro con que se tira al blanco. A, lib. 1, cap. 7.

Buey de caza: cómo ha de ser. Lib. 2, cap. 18.

Buey: cómo se caza con él. A, lib. 3, cap. 40.

Buey: la color y partes que ha de tener. B, lib. 3, cap. 40.

Buitre: su natural y cómo se matan. A, lib. 3, cap. 16.

Buho: señuelo de los cazadores de halcones, su talle y propiedades. A, lib. 3, cap. 34.

Brama: qué es y cómo se cazan entonces los venados imitándoles la voz. A, lib. 2, cap. 17.

Batida: cómo se hace. A, lib. 2, cap. 36.

Baharí: dónde se crían y su natural. B, lib. 3, cap. 5.

Borní: dónde se cría y su natural. A, lib. 3, cap. 7.

Ballestero: cómo se ha de gobernar en tiempo de calor con la caza. B, lib. 2, cap. 14.

Ballestero: cuándo ha de volver hacia atrás por encima de la ballesta que tiene puesta. B, lib. 2, cap. 14.

Badenes: son unos arroyos secos que quedan hechos de las corrientes de las aguas. B, lib. 2, cap. 24.

Barcil: agua o laguna de manantial donde se bañan las reses. A, lib. 2, cap. 29.

C

Cazoleta: es una pieza cóncava que está soldada y fija con la plantilla en que se echa la pólvora para disparar el arcabuz, que se dice cebarle. B, lib. 1, cap. 9.

Casquillo: es un cerco degollado, con su cabeza cuadrada y aguda y guarnecida la jara. A, lib. 1, cap. 12.

Canal: es un hueso largo y cóncavo que tiene el tablero y sobre él se pone el virote. A, lib. 1, cap. 12.

Cabra montés: su natural y cómo se cazan. A, lib. 2, cap. 19.

Caza: en qué tiempo se encubre más. A, lib. 2, cap. 14.

Caza: no se ha de rodear, si es posible, y por qué. B, lib. 2, cap. 14.

Calzos: es un muelle que sale una cabecilla de él por la plantilla sobre que ajusta el pie del gatillo, y tiran-

do del disparador se retira y cae el gatillo y desarma el arcabuz. A, lib. 1, cap. 9.

Carbón para hacer la pólvora: de qué ha de ser y cómo se ha de hacer. A, libro 1, cap. 15.

Casos sucedidos en Ventosilla en la brama de los venados. B, lib. 2, cap. 17.

Caja de arcabuz: cómo y de qué ha de ser. A, lib. 1, cap. 10.

Caballo: sus partes y señales para ser bueno. A, lib. 1, cap. 17.

Cabra: cuántas diferencias hay de ellas. A, libro 2, cap. 19.

Caballos: cuáles son los colores más a propósito para la caza. A, libro 2, cap. 14.

Cernícalo: su natural. B, lib. 3, cap. 15.

Chochaperdiz: su natural y modos de cazarlas. A, lib. 3, cap. 29.

Chorlitos: su natural y modo de cazarlos. A, lib. 3, cap. 22.

Codornices: su natural y cómo se cazan. B, lib. 3, cap. 28.

Corneja: su natural y modo de nacer particular. B, lib. 3, cap. 18.

Comadreja: su natural. A, lib. 2, cap. 41.

Cómo se han de conocer las heridas de la reses. B, lib. 2, cap. 10.

Conejos: los modos que hay de cazarlos y su natural. B, lib. 2, cap. 43.

Concertar reses: cómo se hace y

de cuántas maneras. A, lib. 2, cap. 6.

Concierto: cómo se estrecha cuando está espacioso y otras advertencias. B, lib. 2, cap. 7.

Concierto desde atalaya. B, lib. 2, cap. 8.

Concierto: otros modos que hay de hacerlo. A, lib. 2, cap. 8.

Coz de la caja del arcabuz: es la parte de la caja que se arrima al pecho, y se llama así porque cuando el arcabuz está muy cargado, da golpe en él. A, lib. 1, cap. 10.

Corzo y su natural. A, lib. 1, cap. 18.

Cuerva y graja: sus naturales. B, lib. 3, cap. 20.

Cuervo marino: sus particularidades y modo de cazarlos. B, lib. 3, cap. 30.

Cuervo carnívoros: su natural. B, lib. 3, cap. 17.

Calderuela es una luz con que se tira y hacen otra cazas de noche. A, lib. 1, cap. 7.

D

Definición de la caza. A, lib. 1, cap. 1.

Definición de la ballestería y montería. B, lib. 1, cap. 1.

Definición de la volatería. A, lib. 1, cap. 1.

Definición de la chuchería. A, lib. 1, cap. 1.

Discurso en que se trata del conocimiento del rastro de la res herida o sana, y cuál sigue el perro mejor. B, lib. 1, cap. 27.

Dardabacés: ave de rapía. A, lib. 3, cap. 15.

E

Esmerejón, halcón: su modo de cazar. A, lib. 3, cap. 13.

Estríbo: cómo se mata la res al estríbo. B, lib. 2, cap. 14.

Explicación de algunos vocablos de la Ballestería. A, lib. 2, cap. 12.

Erizo: su natural. B, lib. 2, cap. 44.

Escudero: es un jabalí nuevo que trae consigo el jabalí viejo; y escudo se llaman las espaldas del jabalí, porque cuando andan en celo se las fortifican y arman con el barro que se le pone tan dura aquella parte que no se les puede herir por ella. A, lib. 2, cap. 21.

F

Faisán: dónde se cría, su natural y cómo se caza. B, lib. 3, cap. 23.

Francolín: su traza y cómo se caza. A, lib. 3, cap. 24.

Frailecillos, aves: cómo son y se cazan. A, lib. 3, cap. 22.

Fieles: son dos hierros que tienen la llave de la ballesta. A, lib. 1, cap. 7.

Flores: son dos hierros que guardan un agujero que atraviesa el tablero por cerca de la cabeza con que se encabalga la verga. A, lib. 1, cap. 7.

Fieles de la llave del arcabuz: son unos hierrecillos como clavos sin cabeza, que no obstante que el tornillo con sus roscas tiene y ajusta el gatillo, y el rastrillo con la plantilla, después de ajustado se taladra el tornillo por las mismas roscas y, estando ajustado con la plantilla, se mete el fiel, para que siempre esté firme y ajustado. A, lib. 1, cap. 9.

Fogón: es un agujero pequeño que se abre a raíz de la vid, por donde entra el fuego que se enciende en la cazoleta con que se dispara el arcabuz, y gastándose, se hace otro en un grano de hierro o de oro. A, libro 1, cap. 9.

G

Gamos: su celo, que se llama ronca. B, lib. 2, cap. 17.

Gamos: cómo se cazan con las telas y su carrera. B, lib. 2, cap. 20.

Gavilán: su talle e inclinación. B, lib. 3, c. 12.

Garza: su talle, propiedades y modos de cazarla. B, lib. 3, cap. 32.

Gangas: cómo se cazan. A, lib. 3, cap. 22.

Gato montés: su natural y modo de cazar. B, lib. 2, cap. 39.

Gerifalte: dónde se cría, sus calidades y vuelo. B, lib. 3, cap. 2.

Grullas: su natural y modo de cazarlas. B, lib. 3, cap. 21.

Garcetas: se llaman las puntas bajas de las cuernas de los venados, y las altas, candil. B, lib. 2, cap. 17.

Gatillo: es una pieza que consta de tres, que son: el pie del gatillo, y la quijada, que le cubre y ajusta con él, y anillo, que es con el que se aprieta la piedra, y de donde se levanta para armarle. B, lib. 1, cap. 9.

Grano: es un tornillo que se abre y echa en la parte del fogón cuando se ha gastado y hecho demasiado de grande con el uso del fuego, y ajustado este tornillo, se vuelve abrir el fogón por medio del tornillo y se suele echar de oro, porque duran mucho y no los quema el fuego. A, lib. 1, cap. 9.

H

Halcón montano: por qué se llama así y sus calidades. A, lib. 3, cap. 6.

Hierba de ballestero: cómo se hace. A, lib. 1; cap. 8.

J

Jabalí: sus propiedades y natural. B, lib. 2, cap. 21.

Jabalí: sus recatos y descuidos por el ocio. B, lib. 2, cap. 22.

Jabalí: cómo se ha de aguardar después de concertado. A, lib. 2, cap. 23.

Jabalí: cómo se ha de aguardar levantándole de donde está encamado. B, lib. 2, cap. 23.

Jabalí escudero: qué es. B, lib. 2, cap. 21.

Jabalí: cómo se ha de buscar para matarle en su querencia. A, lib. 2, cap. 27.

Jabalí: cómo se ha de aguardar en los bañiles y encinas y en qué tiempo. B, lib. 1, cap. 19.

Jabalíes: cómo se han de aguardar cuando andan levantados por al tarde y de noche. A, lib. 2, cap. 30.

Jabalí: cómo ceban los monteros después de muerto, los perros a las ventanas del Rey. A, lib. 1, cap. 32.

Jara: es la más sutil arma que arroja la ballesta. A, lib. 1, cap. 7.

L

Llave: es un hierro largo que está de la parte de abajo de la ballesta, con que se desarma; lo que entra en el tablero se llama pie de llave, y lo

que arrima a la quijera se llama celada. A, lib. 1, cap. 7.

Lance: se entiende todos los virotes, jaras y demás armas que arroja la ballesta. B, lib. 1, cap. 7.

Llave de arcabuz: cómo ha de ser para ser buena. B, lib. 1, cap. 9.

Lazo: qué es y cómo se pone en ejecución. B, lib. 2, cap. 12.

Lazo: particularidades que se han de observar en él. A, lib. 2, cap. 13.

Lazo: cómo se ha de poner la ballesta y echar el lazo. A, lib. 2, cap. 14.

Lazo ciego: qué es y cómo se ha de echar. A, lib. 2, cap. 14.

Lechuza: las diferencias que hay de ellas. B, lib. 3, cap. 35.

Liebre: su natural y modos de cazarla. B, lib. 2, cap. 42.

Lobo: su calidad y naturaleza. B, lib. 2, cap. 34.

Lobo: con qué instrumento se cazan. B, lib. 2, cap. 34.

Lobo: cómo se mata con el arcabuz, habiéndole cebado con carne. A, lib. 2, cap. 35.

M

Maestros de hacer arcabuces y sus marcas. A, lib. 1, cap. 14.

Mira: es una piececilla de hierro que se pone a poco más de una tercia del remate de la cámara del cañón y suele ser a modo de media luna

con una hendidura pequeña en medio para ajustar con el punto y hacer más cierto el tiro. A, lib. 1, cap. 9.

Montero: su etimología. B, lib. 1, cap. 4.

Montería de jabalíes con perros de noche y día. A, lib. 2, cap. 31.

Montería de jabalíes a caballo con lanza. A, lib. 2, cap. 33.

Montería del hoyo: qué es y cómo se ha de ejecutar. A, lib. 2, cap. 37.

Modos para entrar a la caza sin ser sentido. B, lib. 2, cap. 3.

Moedas: son los encinares viejos espesos y cerrados de maleza. A, lib. 1, cap. 5.

Muelle: es una pieza de acero que está templada de fuerte, que siempre hace fuerza y obliga al gatillo a que con violencia, llegando al disparador, hiera contra el rastrillo el pederal y saque lumbre. B, lib. 1, cap. 9.

N

Neblí: dónde se cría y su natural. B, lib. 3, cap. 4.

Navajas: son los colmillos con que se defiende y hiere el jabalí, y estando celoso, hace unas señales en la tierra que llamamos aguzadero. A, lib. 2, cap. 21.

Navajas en la ballesta: son dos hierros de la gafa que hacen fuerza sobre los fieles que están en el tablero. B, lib. 1, cap. 7.

Nuez: es un hueso en que arma la ballesta, tiene un hierro que se llama calzo, en que hay un encaje en el hueso que se llama batalla, y donde rueda se llama caja. B, lib. 1, cap. 7.

O

Ortegas: cómo se cazan. A, lib. 3, cap. 22.

Oquedades: son los montes de pies gruesos y ramas altas, y que por debajo están limpios y claros. B, libro 1, cap. 5.

P

Pasadores: son unos lances más gordos que la jara, y el hierro de la forma que el de la jara. B, lib. 1, cap. 7.

Paviotas: las diferencias que hay de ellas. B, lib. 3, cap. 33.

Palomas: las diferencias que hay de ellas, sus naturales y modos que hay de cazarlas. A, lib. 3, cap. 26.

Patialbillo: su calidad. A, lib. 2, cap. 4.

Perro de caza: la diferencia que hay de ellos y sus naturales. B, lib. 1, cap. 21.

Perro: la edad en que se ha de enseñar a cazar. B, lib. 1, cap. 22.

Perro: el olfato que tiene para distinguir la caza. B, lib. 1, cap. 26.

Perro: cómo se han de curar de

las heridas de reses, de hierro y de fracturas de huesos. A, lib. 1, capítulo 28.

Perro de muestra: cómo se ha de criar y enseñar y cuáles son los mejores. A, lib. 3, cap. 39.

Perro: cómo se ha de castigar y en qué ocasiones. B, lib. 3, cap. 39.

Perro: cómo se ha de cazar con él. A, lib. 3, cap. 39.

Perro de muestra: cuáles son mejores. A, lib. 3, cap. 39.

Pólvora: los materiales de que se hace. A, lib. 1, cap. 15.

Pólvora: cómo se ha de hacer. B, lib. 1, cap. 16.

Pólvora: cómo ha de ser para que haga buenos efectos. A, lib. 1, cap. 16.

Perdiz: su natural y propiedades. A, lib. 3, cap. 25.

Perdiz: los modos que hay de cazarlas. B, lib. 3, cap. 38.

Picaza: su natural y costumbres. A, lib. 3, cap. 19.

Picadero: es un hoyo que hacen los gamos con las uñas cuando andan en celo. B, lib. 2, cap. 17.

Plantilla: es la pieza principal donde se fijan y guarnecen todos los demás hierros de la llave. A, lib. 1, cap. 9.

Punto: es una pieza como grano de trigo que se pone sobre la boca del cañón en la parte alta; suele echarse de plata para ver de noche

mejor, por ser con el que se hace la puntería. A, lib. 1, cap. 9.

Q

Querencia: cuándo se ha de poner en ella la ballesta. B, lib. 2, cap. 14.

Quijeras: son los hierros que, embutidos en el tablero, le guarnecen en la nuez y en la cabeza de la ballesta. B, lib. 1, cap. 7.

R

Rallones: es un lance que tiene la cabeza con un hierro ancho, como escoplo. B, lib. 1, cap. 7.

Ranera: se llama el tablero de nuez abajo. B, lib. 1, cap. 7.

Rastrillo: es una pieza de acero templada que ajusta con la cazoleta y la cubre, y cuando desarma el gatillo, hiere en él con la piedra y se levanta, y de camino da lumbré, con que enciende la pólvora, y dispara el arcabuz. B, lib. 1, cap. 9.

Raposas: su natural y astucias. A, lib. 2, cap. 38.

Rastro: cómo se ha de conocer de qué res sea. B, lib. 1, cap. 4.

Recetas para hacer pólvora de diferentes pesos. A, lib. 1, cap. 16.

Redes de caza ordinarias: las que hay y cómo se platican. B, lib. 1, cap. 20.

Reses: advertencias para antes de

concertarlas. B, lib. 2, cap. 15.

Res: cómo se conoce la parte en que va herida en el monte. B, lib. 2, cap. 10.

Res herida: cómo se le ha de echar el lazo. B, lib. 2, cap. 14.

Res concertada: cómo se sabrá dónde está. A, lib. 2, cap. 15.

Res: cómo se ha de guardar. A, lib. 2, cap. 15.

Res concertada: si la quieren batir, cómo se ha de hacer. B, lib. 2, cap. 16.

Reses maliciosas y recatadas: cómo se matan. A, lib. 2, cap. 24.

Resalto: qué es y cómo se caza con él. A, lib. 2, cap. 17.

Remolones: son dos dientes contra los cuales agüza el jabalí los colmillos que llamamos navajas. A, lib. 2, cap. 21.

Rempujar la caza: es arrimarse a ella para que huya. A, lib. 2, cap. 14.

S

Saetones: es un lance muy largo con su casquillo de hierro puntiagudo, y a una tercia de la punta tiene un hierro atravesado para que no acabe de pasar el conejo con que no puede entrar en la vivera. B, lib. 1, cap. 18.

Sabueso: de la importancia que es para la caza. B, lib. 1, cap. 26.

Sacre: dónde se cría y su natural. B, lib. 3, cap. 3.

Sabueso: cuándo se ha de soltar para tirar al jabalí. A, lib. 2, cap. 26.

Salitre: cómo se hace y se refina. A, lib. 1, cap. 15.

Señales de llover: A, lib. 1, cap. 6.

Señales de viento: B, lib. 1, cap. 6.

Símil para dar a entender que es lazo. A, lib. 2, cap. 22.

Sostrones: son unos lances con que se tira de noche y son de gran cabeza. B, lib. 1, cap. 7.

T

Tablero: tiene dos nombres: tablero y cureña. A, lib. 1, cap. 7.

Tagarote: dónde se crían y su natural. A, lib. 3, cap. 9.

Telas: qué son, cómo se arman y la montería que se hace con ellas. A, lib. 2, cap. 32.

Tejón: su calidad y costumbres. B, lib. 2, cap. 40.

Tierra: su distinción y división de montes y llanos. B, lib. 1, cap. 5.

Tierra: cómo la debe el balletero conocer para echar el lazo y cómo se enmienda el lazo por algunas circunstancias. A, lib. 2, cap. 14.

Tiempo: señales por donde se puede conocer el que ha de hacer. B, lib. 1, cap. 6.

Tórtola: su natural y modo de cazarlas. B, lib. 3, cap. 27.

Trailla: se llama la cuerda con que va el perro atado, y es de cerdas de buey; esta misma se pone al buey para acabestrillar. B, lib. 1, cap. 22.

V

Venado: su natural. B, lib. 2, cap. 12.

Vientos: su número, nombres, observaciones. B, lib. 1, cap. 5.

Viento: cómo se ha de entrar con él a la caza para que no sienta al cazador. B, lib. 2, cap. 1.

Vientos y los revocos que tienen B, lib. 2, cap. 2.

Hurón y su natural. A, lib. 2, cap. 41.

Viento demasiado es malo para la ballestería. A, lib. 2, cap. 14.

Vid, o culata, es un tornillo muy ajustado con el remate de la cámara del arcabuz, sin el cual no tuviera uso. A, lib. 1, cap. 9.

Z

Zarapicos: cómo se cazan. A, lib. 3, cap. 22.

TABLA DE LOS CAPITULOS

de este libro.

Libro primero.

Cap. 1. De la definición de la caza y cómo se caza en España. Pág. 1.

Cap. 2. En que se trata de la ballestería y montería, dando el primer lugar al Ballestero. Pág. 3.

Cap. 3. Del gobierno que han de tener el Ballestero y Montero para no perderse en los montes con malos temporales. Pág. 6.

Cap. 4. De donde se originan los nombres de Ballestero y Montero. Pág. 8.

Cap. 5. De lo que debe saber el Ballestero y Montero y Cazador de los cuatro Elementos para su ejercicio; tiene este capítulo cuatro párrafos. Pág. 11.

Cap. 6. En que se ponen algunas advertencias para conocer la mudanza de los tiempos. Pág. 16.

Cap. 7. De la ballesta por instrumento de caza; tiene este capítulo tres párrafos. Pág. 19.

Cap. 8. Cómo se hace la hierba de Ballestero, como instrumento de caza. Pág. 32.

Cap. 9. Del arcabuz y sus requisitos, como instrumento de caza; tiene este capítulo tres párrafos. Pág. 35.

Cap. 10. De la manera que han de ser las cajas de los arcabuces para que puedan tirar con ellos los que tuvieran diferentes encaros. Pág. 54.

Cap. 11. En que se da a entender por qué los arcabuces dan unos más cox en el rostro del que tira que otros. Pág. 56.

Cap. 12. Cómo se han de cargar los arcabuces. Pág. 58.

Cap. 13. De las causas que hay para que revienten los arcabuces. Pág. 68.

Cap. 14. De los Oficiales que en España y Alemania han labrado los mejores cañones de arcabuces y son conocidos por sus marcas. Pág. 71.

Cap. 15. De los requisitos necesarios para hacer pólvora, y en particular cómo se refina el salitre. Pág. 74.

Cap. 16. Cómo se ha de hacer la buena pólvora. Pág. 79.

Cap. 17. De la nobleza y propiedades del caballo como instrumento de caza. Pág. 85.

Cap. 18. Del buey como instrumento de caza. Pág. 90.

Cap. 19. De los instrumentos de telas y redes que tiene Su Majestad

en su Real Montería y de otras redes con que se coge caza menor. Pág. 92.

Cap. 20. De las redes y otros instrumentos que comúnmente se usan para todo género de caza. Pág. 95.

Capítulo 21. Del amor y fidelidad que el perro tiene con el hombre por instrumento de caza. Pág. 97.

Cap. 22. De qué edad se han de empezar a enseñar los perros en la caza que han de seguir según su raza. Pág. 103.

Cap. 23. Que el buen Ballestero hace buen sabueso. Pág. 107.

Cap. 24. De las astucias y lealtad del sabueso. Pág. 108.

Cap. 25. Cómo el sabueso hace que sepa el hombre los montes como los sabe la caza. Pág. 111.

Cap. 26. Del olfato del perro y cómo se prueba que las reses son de diferente olor unas que otras, siendo de una misma especie. Pág. 113.

Cap. 27. En que se prueba que lo menos que hacen los perros es sacar las reses heridas. Pág. 118.

Cap. 28. De las curas de los perros. Pág. 123.

Libro segundo.

Cap. 1. Cómo se ha de conocer cuando echa el hombre el viento a la caza. Pág. 135.

Cap. 2. De los revocos del viento. Pág. 138.

Cap. 3. Cómo se ha de entrar a tirar a hurto a la caza. Pág. 142.

Cap. 4. Cómo debe el Ballestero o Montero conocer los rastros de la caza. Pág. 148.

Cap. 5. De lo que se debe advertir cuando se ha de concertar. Pág. 153.

Cap. 6. Cómo se han de concertar las reses y cuántas maneras hay de concertar. Pág. 157.

Cap. 7. Cómo se ha de partir el monte para estrechar el concierto, y si se levantan las reses, volverlas a concertar. Pág. 162.

Cap. 8. De la segunda manera de concertar desde el Atalaya. Página 167.

Cap. 9. De la tercera manera de concertar. Pág. 170.

Cap. 10. Cómo se han de conocer las heridas de las reses. Pág. 171.

Cap. 11. De los provechos y daños de la trailla. Pág. 176.

Cap. 12. De la naturaleza del venado. Pág. 177.

Cap. 13. De las cosas y particularidades que se han de observar en la ballestería del lazo. Pág. 183.

Cap. 14. De la ballestería del lazo y sus circunstancias; tiene este capítulo trece párrafos. Pág. 189.

Cap. 15. Cómo se han de aguardar las reses cervunas o los gamos, teniéndolos concertados, al levantarse a la tarde; tiene este capítulo dos párrafos. Pág. 217.

Cap. 16. *Cómo se han de batir estas reses concertadas.* Pág. 223.

Cap. 17. *Cómo se matan los venados contrahaciendo su voz.* Pág. 226.

Cap. 18. *De la naturaleza del corzo.* Pág. 232.

Cap. 19. *De la cabra montés.* Página 234.

Cap. 20. *De la carrera de gamos que hace la montería de su Majestad con sus telas.* Pág. 237.

Cap. 21. *De la naturaleza y calidades del jabalí.* Pág. 239.

Cap. 22. *En que se advierten los recatos del jabalí por su naturaleza y los descuidos que tiene por su ociosidad.* Pág. 243.

Cap. 23. *Cómo se ha de aguardar el jabalí a la tarde después de concertado.* Pág. 245.

Cap. 24. *De lo que se ha de hacer para matar las reses recatadas y maliciosas.* Pág. 248.

Cap. 25. *Cómo se ha de aguardar el jabalí levantándole de donde está concertado.* Pág. 251.

Cap. 26. *Donde se declara en qué ocasión se ha de soltar el sabueso para tirar al jabalí.* Pág. 254.

Cap. 27. *Cómo se ha de buscar el jabalí para matarle en su querencia.* Pág. 256.

Cap. 28. *Cómo se han de aguardar los jabalíes de noche en los panes o viñas y en las entradas y salidas del monte, de día.* Pág. 258.

Cap. 29. *Cómo se han de aguardar los jabalíes en las encinas que se hallan tomadas de ellos y en los bañiles y aguas.* Pág. 262.

Cap. 30. *Cómo se han de buscar los jabalíes cuando andan levantados por la tarde y de noche en sus comidas.* Pág. 266.

Cap. 31. *Cómo se matan los jabalíes con monterías de perros, sabuesos y lebreles, de día y de noche.* Pág. 269.

Cap. 32. *De la montería de telas que tiene su Majestad y de la manera que se ponen para coger los jabalíes y otra cualquiera caza.* Pág. 271.

Cap. 33. *Cómo se matan los jabalíes a caballo con lanza.* Pág. 278.

Cap. 34. *De la naturaleza y calidades del lobo.* Pág. 288.

Cap. 35. *Cómo se matan los lobos en la carne que ellos han muerto o hallándoles sus hijos.* Pág. 303.

Cap. 36. *Cómo se han de batir los montes con perros y gente.* Página 306.

Cap. 37. *De la montería del hoyo.* Pág. 314.

Cap. 38. *De la raposa y su calidad.* Pág. 319.

Cap. 39. *Del gato montés.* Página 324.

Cap. 40. *Del tejón, su calidad y costumbres.* Pág. 326.

Cap. 41. *De la comadreja, turón, hurón y patialbillo.* Pág. 329.

Cap. 42. De la liebre y su calidad. Pág. 332.

Cap. 43. De los conejos. Página 339.

Cap. 44. Del erizo. Pág. 346.

Libro tercero.

Cap. 1. Del águila y sus propiedades y otras aves de rapiña. Pág. 349.

Cap. 2. Del halcón gerifalte. Página 353.

Cap. 3. Del halcón sacre. Página 355.

Cap. 4. Del halcón nebli. Página 356.

Cap. 5. Del halcón bahari. Página 358.

Cap. 6. Del halcón montano. Página 359.

Cap. 7. Del halcón Borni. Página 360.

Cap. 8. Del halcón alfaneaque. Pág. 360.

Cap. 9. Del halcón tagarote. Página 361.

Cap. 10. Del halcón azor. Página 362.

Cap. 11. Del halcón aletto. Pág. 363.

Cap. 12. Del halcón gavilán. Página 364.

Cap. 13. Del halcón esmerejón. Pág. 365.

Cap. 14. Del halcón alcotán. Página 365.

Cap. 15. Del halcón cernícalo. Página 366.

Cap. 16. Del buitre, abanto y quebrantahuesos aves que se sustentan de carne que hallan muerta. Página 367.

Cap. 17. Del cuervo carnícano, que se sustenta de carne que halla muerta. Pág. 371.

Cap. 18. De la corneja. Página 373.

Cap. 19. De la picaza. Pág. 375.

Cap. 20. De la cuerva y graja. Página 377.

Cap. 21. De las grullas. Página 378.

Cap. 22. De las avutardas, siones, gangas, ortegas, alcaravanes, xarapitos, frailecillos y chorlitos. Pág. 382.

Cap. 23. Del faisán. Pág. 387.

Cap. 24. Del francolín. Pág. 389.

Cap. 25. De la perdiz. Pág. 391.

Cap. 26. De las palomas. Pág. 394.

Cap. 27. De la tórtola. Pág. 403.

Cap. 28. De la codorniz. Página 405.

Cap. 29. De la chochaperdiz, gallinaciega o coalla, que todos estos nombres tiene esta ave en España. Página 407.

Cap. 30. Del cuervo marino. Página 409.

Cap. 31. De las ansares, ánades reales y otros géneros de aves de agua. Pág. 410.

Cap. 32. De la garza. Pág. 413.

Cap. 33. De las gaviotas. Página 416.

Cap. 34. Del buho, ave nocturna. Pág. 417.

Cap. 35. De la lechuza y otras aves nocturnas. Pág. 418.

Cap. 38. De los modos que hay de cazar las perdices. Pág. 420.

Cap. 39. De la caza del perro de muestra. Pág. 432.

Cap. 40. Del buey, su modo de cazar con el de cabestrillo. Pág. 447.

N. del E.—Observará el lector que faltan los capítulos 36 y 37; pero faltan también en el original.

LIBRO PRIMERO

ARTE DE BALLESTERIA
Y
MONTERIA

CAPITULO PRIMERO

*De la definición de la caza y modos cómo se caza
en España.*

SIGUIENDO el orden que he propuesto para que no se deje de decir lo que pertenece a la caza, comenzaré por su definición, y lo primero definiéndola en general y común, digo que es una acción de buscar, seguir y perseguir a las fieras o a las aves, para rendirlas y sujetarlas el hombre a su dominio; la cual definición se toma de la etimología del verbo *cazar*, que siendo de su naturaleza arábigo, como sienten algunos autores, significa en nuestro vulgar castellano sujetar; y así, esta palabra *caza*, tomada por el ejercicio de que aquí tratamos, significa

la acción de sujetar, y tomada por las aves o las fieras, que con esta acción se rinden, significa cosa sujeta.

Y como la astucia de los hombres ha inventado muchos y diferentes modos de engaños y violencias para cazar las fieras, de aquí nace que la razón universal de caza se divide en cuatro especies o diferencias, que son: ballestería, montería, volatería y chuchería. De las cuales, para que se entiendan y conozcan, pondré aquí sus particulares definiciones.

Definición de la ballestería y montería.

Diferéncianse tan poco estas dos suertes de caza en el modo, que me ha parecido comprenderlas debajo de una misma definición. El balletero es universal en todos los géneros de caza mayor y menor, y el montero está limitado a cualquiera de ellos en particular, sin tener igual ciencia y destreza en todos. Ballestería, pues, y montería son un acto en que el hombre con maña y violencia reduce a su dominio los más silvestres y fieros animales, valiéndose para esto de diferentes engaños e instrumentos, como son ballesta, arcabuz, lanza, venablos, lebreles, sabuesos, caballos y buey.

Definición de la volatería.

La volatería es un acto que con desvelos y astuta enseñanza consigue el hombre que a las aves que están en su libertad vagueando los vientos, otras que él ha enseñado la reduzcan a su dominio.

Definición de la chuchería.

La chuchería es una fullería mañosa con que el hombre engaña muchas maneras de aves y animales con cenaderos, con señuelos vivos y muertos, con redes, lazos y otros muchos instrumentos para todo género de aves.

CAPITULO II

En que se trata de la Ballestería y Montería, dando el primer lugar al balletero.

HABIENDO definido todos los modos de cazar, es mi principal intento tratar de la ballestería y montería como más bizarras y nobles. Caza real, propio ejercicio de príncipes, que por lo que tiene de belicoso,

templan con él en la paz el ardor de sus reales y heroicos corazones, acostumbrados en la guerra a domar diferentes naciones, y quisiera que los tiempos del ocio se gastasen en acción de tanta utilidad y estorbo de tantos vicios. Hame parecido reducir la ballestería y montería a un miembro; pero dando el primero lugar al balletero, como más capaz y para que tenga las partes que se requieren, necesita de tres cosas. La primera, inclinación a este ejercicio, que sin ella jamás lo alcanzará, y teniéndola, se le harán fáciles las incomodidades, que es fuerza pase el que le sigue, levantándose antes que sea de día a buscar la caza, cuando ella se recoge a sus querências, sujeto al rigor de los tiempos, durmiendo muchas veces en el campo, sin más albergue que las matas, trayendo el afecto a la caza, tan divertido de sus comodidades, que no ocupa su memoria más que la ejecución de su intento.

Lo segundo, ha de tener buena vista, que es esta parte tan considerable en los balleteros y monteros, que el que no la tuviere, no tiene que seguir este ejercicio, porque hallará poco gusto en él, perdiendo cada instante las ocasiones en que pudiera lograr su trabajo y desvelo.

Lo tercero, ha de tener buen tino, que es la parte

principal con que se consigue el premio de lo que se ha trabajado. ¿De qué le servirá el madrugar, el ver la caza y sus rastros, y el pasar las incomodidades referidas, si en metiéndose en el monte y perdiéndola de vista le falta tino para acertar dónde la ha de hallar; que los animales bravos su común habitación es las mayores espesuras, y los hombres, que son faltos de tino, en metiéndose en ellas, todo es confusión, andando mirando a todas partes, sin atinar a la que han menester; por lo cual muchas veces tropiezan con la caza y la espantan; y visto esto, se les acorta el ánimo de manera que, aunque la puedan seguir, no se atreven a acertar a los puertos y pasos por donde ella ha de pasar, que en el momento no hay sendas que puedan llevar al hombre donde se le ofrece, que la caza tiene en las espesuras muy diversos caminos, y sólo los saben quien tiene buen tino, y para no perderse, se ha de ayudar del sol y viento, y siendo de noche, del norte.



CAPITULO III

*Del gobierno que ha de tener el ballestero y montero
para no perderse en los montes con
malos temporales.*

LOS que siguen la caza están expuestos, más que otros hombres, a perderse, por la diversidad de montes que andan, y junto con esto les puede venir un temporal cuando menos lo esperan, como les sucede a los marineros; darles una tormenta, que a no tener aguja con que gobernarse, era fuerza perderse. Pues para que no le suceda esta desgracia al ballestero, sujeto al rigor de los tiempos, y particularmente en los que hay niebla y nieve, que son los que más desatinan al hombre, porque en ellos no se puede valer del sol de día ni del norte de noche, que por estas cosas se puede gobernar para no perderse y no goza de ellas por el temporal. Para remediar este daño, le daré un modo de gobierno, que aunque no sea tan ajustado como el del marinero, porque la tierra no tiene la igualdad de los mares, que está llena de quiebras y barrancos; pero de cualquiera manera le servirá de .

eficaz remedio para que en la confusión que se hallare no se pierda y perezca.

Ha de vivir el balletero incesantemente muy cuidadoso en los montes que nuevamente pisare, y en particular en los muy llanos y cubiertos, en qué paraje le cae la casa o choza, dónde se ha de recoger, si está al oriente, poniente, norte o mediodía. Y no sólo se ha de gobernar por estos cuatro vientos principales, sino por los otros cuatro que corren entre uno y otro. Para este conocimiento es importante valerse de un reloj de sol, con el cual ha de hacer una observación para la inteligencia de este caso. Ya sabemos que la aguja de él señala el Norte y se afija en él; puesta ella en aquel punto, se ha de mirar el viento que entonces corre y ajustar en los rumbos o rayos del reloj en cuál de ellos viene más derecho. Hecha esta diligencia, conocerá en qué paraje tiene su habitación y posada; y si le sobreviniere en el monte algún temporal de los dichos y se viere en peligro de perderse, repitiendo la observación dicha, conocerá si está el viento fijo o lo que se ha mudado, y sabrá el paraje en que se halla y el camino que ha de tomar para llegar a su albergue. El reloj de sol y aderezo de encender lumbre debe traer todo balletero y montero, que

estas dos cosas en muchas ocasiones le son de utilidad y provecho, y ellas ocupan tan pequeño lugar y pesan tan poco, que no las pueden excusar por embarazo.

CAPITULO IV

De dónde se originan los nombres de balletero y montero.

LA ballesta es un instrumento que se usó antes mucho que hubiese arcabuces. Los que cursaban el ejercicio de la caza mayor y menor con ella mataban; y mientras no se tiró al vuelo, siempre fué estimada en mucho, y este instrumento fué causa de hacer hombres muy hábiles en el arte de Ballestería, que como no es tan belicoso como el arcabuz, había de tener el hombre mucha destreza para matar la caza con ella. En los tiempos presentes cesó la ballesta, y asimismo se acabaron con ella los grandes balleteros; porque ya los hombres no buscan delgadezas, después que no les aprovechan a las aves sus alas, ni a los animales su astucia y ligerezas, ni las intratables espesuras donde se esconden, que el arcabuz le facilita todo al hombre; y así, en cualquier parte animales y aves rinde a la muerte. La ballesta es tan limitada, que

en no teniendo el hombre la caza cerca y parada y desembarazado el monte para tirarla, no ejecutan el tiro, y los que conseguían esto, eran consumados en aquel arte. Y cuando alguno, entre muchos, se aventajaba por hombre insigne, le llamaban balletero, tomando el nombre del instrumento con que mataba la caza; y hoy no está perdido este lenguaje, que calificando a los que entienden este arte, aunque sean príncipes, es muy común decir es el rey gran balletero, grande honor que se les sigue a todos los que le sirven en este ejercicio.

Asimismo se toma el nombre de montero de los mismos montes, y como al que cultiva una huerta o jardín el nombre común que le dan es hortelano o jardinero, así al que sigue la caza mayor y la concierto con el sabueso y mata, le dan nombre de montero. Pero es justo dar a entender en qué se diferencia el balletero del montero y de los demás cazadores. El que merece nombre de balletero ha de ser general, como está dicho, que no es bien le tenga el que no sabe más de una cosa, ya de este, ya de aquel género, que por esto da diferentes nombres a los que usan el ejercicio de la caza, y esto conforme la que cada uno sigue. Unos llaman chucheros, porque cazan todo

género de pájaros menudos con liga y reclamos, redes, ballestillas, oncejeras y otros instrumentos. Hay otros que llaman cazadores, y matan aves mayores, conejos y liebres con arcabuz, ballesta, lazos de alambre, cazan con el perdigón manso las perdices, poniendo lazos de cerdas, que llaman perchas; y asimismo de noche con una luz que llaman calderuela, y con el buey de cabestrillo, cazan con hurón y redes y con perro de muestra; todos éstos son cazadores. Hay otros que llaman monteros, que siguen la caza mayor y la conciertan, y matan con su arcabuz y sabueso. Otros se llaman ballesteros, que son generales en todo género de caza, como queda dicho: lacean con el caballo los venados y gamos; saben concertar las reses y conocer sus salidas y pasos, donde las matan; hacen monterías para todo género de animales, conociendo la vivienda y habitación de cada uno, conforme su naturaleza, y todo lo demás que se le puede ofrecer al montero y cazador.

Habiendo dicho lo que toca al balletero y montero y cazador, y el origen de sus nombres, por la necesidad que todos tienen de los elementos para el uso de su arte, le informaremos de lo necesario de ellos consecutivamente.

CAPITULO V.

De lo que deben saber el ballestero, y montero y cazador de los cuatro elementos para su ejercicio.

De la tierra: sus nombres y divisiones.

AUNQUE me pudiera alargar en este discurso de los cuatro elementos valiéndome de autores que han escrito esta materia latamente, mi intención es sólo que se sepa lo necesario para el buen uso de la ballestería. La que produce, conserva y sustenta en sí todo viviente es la tierra; es indiferente por sus sitios, tiene sierras, valles y llanos; está compuesta de laderas, collados y cumbres; cría diversos géneros de montes; los más comunes en nuestra España son: encina, roble, alcornoque, pino, quejigo, haya, boj, fresno, acebo. A todos los montes que son de pies derechos y que por lo bajo no tienen otra espesura llamamos oquedades, y a los que tienen jaras y encinas altas, moedas y montes cerrados. Hay otros montes espesos que no se levantan tanto y por lo bajo son todo rama; éstos son de muchos géneros: jara, estepa, madroño,

piorno, ladierno, lantisco, orzaga, charneca, chaparra, coscoja, pimpollares de pino y roble, sabinas, enebros, tojos, aulagas, todos éstos son ramas, llamámoslos montes bajos; y a los que se han quemado y vuelven a tener mucha espesura, decimos verdugales. Hay otras malezas en riberas y vegas de tarahales, zarzas, espinos, acebuches, adelfas, álamos negros y blancos, mimbres y sauces, éstos llamamos sotos; campiñas se llaman las tierras rasas, que sólo crían hierba; a las tierras altas, páramos. Las vegas y tierra cultivada, tierras de labor; los valles abiertos en medio de los montes, cañadas y prados; lo más alto de estas cañadas y sus remates, collados; las veredas que en ellos hace la caza y el ganado en lo alto de los montes y páramos, trochas; las traviesas de ellos y caminos, encrucijadas; las partes donde comúnmente se recoge la caza mayor, querencias. Lo demás particular para la ballestería se dirá donde le tocara.

§ I

Del viento y los comunes para el uso de la caza.

Aunque los marineros, como más necesitados de este elemento, más entendidos en él, dicen que hay

ocho vientos principales, ocho medios y dieciséis cuartos, que hacen treinta y dos; para nuestra profesión basta que se sepa de los cuatro comunes de que tienen noticia la gente del campo, y de sus travesios, que son otros cuatro. Los principales: Norte, que llamamos cierzo. Mediodía su opuesto, que es el ábrego. Levante, el solano. Poniente, su opuesto el gallego. Cuando estos vientos corren entre uno y otro, se dice travesio entre tal y tal viento; y aunque dan otros nombres a éstos, como regañón, descuerna cabras, bochorno y cierzo negro, es confusión; y así, el ballestero se debe gobernar por los cuatro vientos principales, conociendo la calidad de cada uno, y conforme al que corriere buscar la caza. El viento cierzo es frío y seco; particularmente se ha de observar esto en el invierno, para buscarla en los abrigos del mediodía, en la tierra más reservada y que menos la coja aquel viento. Cuando corre su opuesto el ábrego, ha de observar lo mismo, advirtiéndole que éste es caliente y húmedo, y que aunque la caza busca los abrigos de él, no se mete en tierra tan espesa y honda como lo hace con el cierzo. El solano es muy caliente y seco; encámanse la reses al contrario de como corre donde hiere el viento cierzo y gallego en partes altas y de poco

monte, huyendo de todo lo que pueden, porque les es muy molesto; lo mismo se ha de observar cuando corre el gallego, que éste asimismo es muy frío, y así se han de buscar los abrigos de él. Cómo se ha de gobernar el balletero para no echar el viento a la caza se dirá donde le tocare.

Del agua.

El elemento del agua es el que fertiliza la tierra de todas plantas, aves y animales, y de él necesita todo viviente para su conservación; es más apetecida de todo género de caza en unos tiempos que en otros; de este conocimiento se ha de valer el balletero para buscarla cerca o lejos de ella, con inteligencia de las calidades de la que sigue, y del tiempo caliente o frío, húmedo o seco; y esto en particular siguiendo los jabalíes, que son muy rogosos y lo más del tiempo se sustentan de lo que sacan debajo de la tierra; y así, su mayor habitación es en las partes húmedas y abundantes de este elemento.

Las demás reses, venados, gamos y corzos, con su mucha habilidad, buscan el agua, aunque sea lejos de sus querencias; esto es necesario observarlo en el ve-

rano más que en el invierno, que es cuando más necesitan la reses de ella. Cómo se ha de aguardar la caza en las aguas se dirá en el capítulo que le tocare.

§ III

Del elemento del sol para nuestro propósito.

No es mi intento tratar aquí del fuego, sino del calor del sol para enseñar al balletero lo que debe advertir en orden al seguimiento de la caza, para que la busque conforme al tiempo en que anduviere tras ella, como está dicho. En el verano, en la sombra, donde esté defendida de la vista del sol y su calor; en partes más altas, donde goce del viento, y esto conforme la caza que buscare, conociendo las calidades de ella; los venados y corzos toman la tierra que está dicha, y los jabalíes lo más hondo, húmedo y oscuro; los gamos, la tierra más clara y llana; fuera de esto, en verano se ha de cazar por la mañana, y por las tardes, cuando tenga el sol menos fuerza. Con lo cual el hombre, caballo y perros podrán hacer buena diligencia, habiendo descansado en lo riguroso del calor.

CAPITULO VI

En que se ponen algunas advertencias para conocer la mudanza de los tiempos.

SIENDO forzoso en esta profesión estar sujetos los que la siguen a la variedad de los tiempos, es necesario observar los semblantes del Sol y de la Luna y también algunas cosas domésticas; porque en el anochecer y amanecer se puede hacer juicio de qué día hará el presente y el que se sigue, y de la misma manera se podrá conocer por las aves y animales; para lo cual pondré aquí algunas observaciones, que aunque en lo futuro no hay certeza, muchas veces se alcanza el conocimiento de estas cosas.

Señales de buen tiempo.

Si cuando quiere amanecer hay poco viento y al nacer el sol se muestra su luz serena y clara sin arrojar de sí en su nacimiento unos rayos muy resplandecientes, y la tarde antes, cuando se puso, no hubo nubes en aquella parte, habrá serenidad aquel día. Si cuando se pone el sol no hay nubes al poniente y las de oriente

se arrebolan, es señal de serenidad el día siguiente. Si al amanecer corre viento solano y arroja las nubes a poniente, hará día claro. Si al amanecer hay nieblas en los valles y están las sierras sin ellas, es señal de serenidad aquel día.

Señales de llover.

Si al ponerse el sol es el viento ábrego, y él se pone cubierto tras de un barrón de nube negra, es señal de agua antes de amanecer el día siguiente, y si se aviva el viento, llueve antes de medianoche.

Si al salir el sol hay arreboles con viento ábrego y luego se ponen las nubes de color entre amarillo y colorado, es señal de agua todo el día. Si al amanecer empieza a cubrirse el cielo y sólo al levante, donde nace el sol, queda una abierta por donde él se descubrió al nacer, y arrojó de sí muchos rayos, es señal de agua aquel día hasta la noche, y ésta es de las mayores. Cuando la luna sale con cerco y se descubren en medio de ellas unas manchas muy oscuras y tiene las puntas bajas y romas, es señal de temporal de agua.

Cuando las aves de agua, gansos bravos, labancos, zarcetos, garzas, cuervos marinos y otras aves de ri-

bera se espulgan y, batiendo las alas, graznan, es señal de tempestad.

En las cosas domésticas, cuando el fuego está pálido y arroja de sí chispas, es señal de tempestad. Cuando las luces hacen más pavesa que lo ordinario y los platos de la comida reciben mucha humedad, es señal de agua.

Señales de viento.

Cuando el Sol tiene cerco, y asimismo la Luna, y éste toca en amarillo, es señal de vientos recios. Cuando la caza mayor, venados y gamos, retozan, señal es de aire; y si huyen de la gente más que otras veces, mudanza de tiempo frío. Cuando las vacas y toros retozan y braman, es señal de vientos y tiempos fríos. Otras muchas cosas pudiéramos decir; pero por no cansar al lector no las refiero, que las dichas bastan para el intento de que se tenga alguna noticia de ellas, en orden al ejercicio de la caza.

Ya que hemos informado al balletero de los elementos para el uso de la ballestería y conocimiento de los temporales y cómo se ha de gobernar en ellos, le armaremos de los instrumentos que necesita, y por ser la ballesta el más antiguo, le daremos el primer lugar.

CAPITULO VII

De la ballesta por instrumento de caza.

EL manejo de la ballesta es más seguro para la vida del hombre que el arcabuz, porque no se ha visto que con ella haya sucedido desgracia de muerte por quebrarse la verga o cuerda, que son las dos cosas que tienen peligro y que suelen faltar muchas veces; recibir de ellas algún daño sucede alguna, mas no cosa considerable. Tiene la ballesta muchas cosas mejores que el arcabuz; más secreta, y entre la caza mata y no espanta, que es lima sorda, si el que la trae es diestro, cosa que no se puede hacer con el arcabuz, que con su estrépito atemoriza y espanta la caza, y dondequiera que se tira es sentido luego; tiene asimismo la ballesta más limpieza en su uso y menos gasto.

Es más ejecutiva, y una vez armada, nunca falta el tiro, queriendo su amo que dispare; lo contrario sucede muchas veces en el arcabuz, y en ocasiones de peligro para el que tira; pues yendo a valerse de él, por su defecto faltó el fuego y no pudo conseguir su hecho, habiendo declarado el intento, de lo cual han sucedido muy grandes desdichas. Asimismo la ballesta

mata todo género de caza mayor y menor, y tira diferentes armas, con que alcanza a ciento y cincuenta y más pasos.

En España se usó antiguamente este instrumento más que en todo el orbe, y así tuvo los mejores maestros de labrarle que en los otros reinos. Y para que el curioso de aquí adelante pueda conocer la ballesta en las marcas del maestro, los que fueren señalados con una ✠ son lo mejores, como fueron por su antigüedad. Y asimismo se dirán los nombres de los aderezos, hierros y huesos de que se compone.

Azcoitia el viejo labró tablero y gafa, y puso su nombre en la llave del tablero, y asimismo en la gafa. ✠

Pedro de la Fuente labró tablero y gafa, y puso los letreros de su nombre en la misma parte que Azcoitia; y asimismo hizo algunas vergas, con que labró ballesta entera. ✠

Cristóbal de Azcoitia, nieto de Azcoitia el viejo, labró tablero y gafa, y puso en la dicha parte que los otros su nombre, nombrándose Azcoitia Cuarto. ✠

Juan Hernández labró tablero y gafa, y puso su nombre, como los otros, en entrambas partes. ✠

Juan Pérez de Villadiego labró tablero y gafa, y puso su nombre en las mismas partes que los otros. ✠

Juan de Azcoitia labró tablero solo.

Uzedo labró tablero y gafa.

Juan Criado, tablero solo.

Ortega, tablero y gafa.

No ha quedado de tan grandes maestros más que Juan de Lastra, que vive y puede ser contado entre ellos: sirve a su Majestad en el oficio de hacer balles-tas. Otros muchos ha habido que no pongo porque éstos son los que han tenido fama.

§ I

Los maestros que ha habido de hacer vergas de ballesta.

El primero y mejor, Luis Moreno. ✚

Juan Blanco. ✚

Puebla el viejo. ✚

Alanís.

Grajeras.

El Sordo de Zamora.

Santamaría.

Muñoz el de Getafe.

Y otros las han hecho en este reino y en Vizcaya; mas los primeros en tableros, gafas y vergas, son los mejores, como van puestos por su antigüedad.

§ II

*Los hierros y huesos de que se compone la ballesta
y sus aderezos.*

El palo de la ballesta tiene dos nombres, cureña o tablero, que es lo mismo uno que otro. Los hierros, que guarnecen este tablero por donde está la nuez, y la cabeza, se llaman quijeras; éstas están embebidas en la madera y ajustadas a flor. Unos hierros que guarnecen un agujero que atraviesa el tablero por cerca de la cabeza se llaman las flores, y tiene una en cada parte. La llave que desarma la ballesta es aquel hierro largo que está de la parte de abajo de la cara del tablero, y todo lo que de ella entra en él se llama pie de llave, y lo que de ella arrima a la quijera, celada. Debajo de la llave está un palillo, el cual se llama muelle y hace que suba y baje la llave cuando se arma y desarma la ballesta. Tiene asimismo el tablero un hueso, en que se arma la cuerda, y éste se llama nuez; el qual se labra de uno que tienen los venados en la cabeza, en el nacimiento de los cuernos, y no los hay tan fuertes para este efecto de otro animal. Tiene la nuez en medio un calzo de acero, que por dentro se encuentra con la llave, y se asen el uno al otro cuando

la ballesta está armada. Donde rueda y anda esta nuez en el tablero se llama caja; está guarnecida de dos huesecillos, uno por la parte de arriba y otro por la de abajo, y se llaman antepecho y traspecho.

En la cara del tablero, más arriba de la nuez, hay otro hueso largo que se llama la canal, y el tablero de la nuez abajo, rabera. Un hierrecito que tiene la ballesta en la cabeza a modo de sortija se llama estribo. Tiene asimismo dos fieles de acero: uno embutido en el tablero y quijeras, en que se tiene la llave; otro que está fuera de ellas, lo que basta para que puedan rodar en él las navajas de la gafa, cuando se arma la ballesta. Estos son los huesos y hierros de este instrumento, fuera de la gafa y verga; y para estar en perfección, ha de tener las cosas siguientes:

Sabrosa en el rostro del que la tira, para que no le haga daño en él; blanda de desarmar y segura de no soltarse cuando esté armada. Que saque derechos los lances que la pusieren, que ésta es la mayor excelencia de la ballesta y en lo que consiste su fuerza y certeza. Que cuando el virote o jara u otro lance de los que ella tira no van derechos, sino que culebrean en el camino, no tira la mitad, ni son ciertos donde el hombre los envía, y cuando los saca derechos, se con-

sigue lo uno y lo otro. Aquí diremos las causas que suele haber para que no se consiga lo dicho. Cuando la verga no se asienta bien en el tablero y están los brazos de ella más alto el uno que el otro, al desarmar no da la fuerza pareja, porque el brazo que está más alto vence al otro, y por esto él no va derecho; ésta es falta del maestro que la encabalgó. Cuando está parejamente atada y tiene esta falta, es defecto de la verga, que tiene un brazo más bajo que otro; y aunque el maestro procure sentarlos parejos, poniendo más bajo en el tablero el que vence al otro, en siendo esto mucho, recibe otro daño muy considerable, que es no hollarse bien la cuerda; y en teniendo esta falta, no puede andar ajustada, si viene a tenerla por falta de quien la asentó; esto se llama altibaja: remédiase volviéndola a desatar y ponerla pareja, que los brazos lo han de estar en el asiento del tablero, de suerte que no discrepe el grueso de un hilo el uno del otro. Para conocer lo dicho se hacen dos medidas: la una desde la nuez, donde se asienta la cuerda cuando está armada la ballesta. Pónenla la ramera en la tierra y la cara de ella al hombre, y cogiendo con un hilo las navajas de la nuez, como les coge la cuerda, ponen en la esquina la uña del dedo pulgar que esté allí fijo, y con

la otra mano se toma el mismo hilo y se va a buscar la empulgüera del brazo contrario de la verga, pasándole por la nuez, como está dicho; y ajustado bien esto, trocar las manos y hacer la misma medida en la otra empulgüera contraria, para saber si está igual por entrambas partes; que lo ha de estar de manera que sea lo mismo lo uno que lo otro; y estando esto ajustado, estará la ballesta bien encabalgada, y cuando no lo está, es fuerza se huelle mal, que se entiende no señalarse bien de medio a medio las navajas de la nuez en la cuerda, cogiendo parejamente en medio el encaje que tiene la nuez, que llamamos la batalla, donde se pone el lance para que le dé la cuerda cuando desarma la ballesta, que esta señal no se ha de cargar un hilo más a un lado que a otro, en la mitad de las que hace la nuez en la cuerda; porque habiendo en esto disparidad, sacará mal los lances que le pusieren. Puede asimismo estar juntamente medida y tener este defecto, si los fieles en que arma la gafa no están parejamente asentados en el tablero; porque lo que estuviere más bajo o alto de su lugar, cargará la cuerda más a un lado que a otro, cuando la mete la gafa en la nuez; y puede estar bien enfielada y tener el mismo defecto, por no estarlo la gafa, que las mane-

zuelas de ella, cuando meten la cuerda en la nuez, los paraderos que la suben están desiguales, y la cargan más a un lado que a otro; y la certeza de este instrumento consiste en que la verga esté asentada pareja; que los fieles del tablero y las manezuelas de la gafa asimismo lo estén, y que todos obren con igualdad.

Algunas ballestas están desabridas y hacen mal al que tira; esto nace de dos causas. La principal es ser la verga de mucho acero y el tablero de poca madera, y la fuerza demasiada del acero vence al palo y le hace se venga al rostro, con que lastima y ofende; y así se ha de atender que el tablero tenga la madera conforme la verga tiene el acero, y procurar para la seguridad de la ballesta y para que no esté desabrida, que no esté subida de puja, sino holgando más que trabajando todo lo que ella puede tirar, para que esté segura, que ésta es la causa por que da coz; y cuando en esto no hay disparidad, el instrumento está seguro, y el hombre gustoso cuando tira.

Ajustadas estas cosas, suele estar desabrida, y es la causa estar lo ancho de la verga mal sentada en el tablero, cargando más hacia atrás o adelante, y aquello que huelga en una u otra parte se mueve cuando

la ballesta desarma y da mucha coz; esto se llama tener diente, y para enmendarlo se ha de volver a desatar y poner la pareja. Asimismo hay otras dos causas para que la ballesta saque mal los lances. La primera es por estar la cuerda más arrimada a la cara del tablero de lo que ha de estar, con lo cual oprime los brazos de la verga de manera que no los deja jugar libremente. Y asimismo cuando dispara la ballesta no da la cuerda en el lance, que ha de arrojar en medio del tendal, porque lo que está más cargada en la cara del tablero, eso mismo hace que dé más bajo en él, y como no recibe la tuerza pareja, no va derecho, sino culebreando; esto se llama estar cargada. El mismo daño se sigue de estar la cuerda levantada más de lo que ha de estar de la cara del tablero, porque al dar en el lance, le da más alto de la mitad del tendal, y en lugar de arrojarle, le abate. Cuando está cargada, es cuando se arrima mucho, y lozana, cuando no se arrima, y el mismo daño se sigue de lo uno que de lo otro; para esto hay medida fija, que la cuerda ha de estar cuanto se arrime al tablero, porque en cargándose mucho, o no llegando, tiene el daño dicho. Saca asimismo mal los lances, por topar ellos en el tablero cuando los arroja la cuerda, que para

que los saque bien sólo se han de asentar en la batalla de la nuez, que es aquel encaje que ella tiene donde se pone el lance, y no todo él se ha de asentar allí, sino en la distancia que hay desde aquel hierro que tiene en medio hasta la cuerda; allí ha de estar de macizo, y lo demás del lance hasta el cintadero ha de estar en hueco, sin topar en otra parte; también se ha de asentar desde el cintadero hasta la cabeza de la ballesta, y con esto dará bien.

Hay diferentes encaros en las ballestas, porque generalmente los hombres no tiran por uno, y así las mandan hacer como cada uno gusta; la más perfecta es la que tiene el tablero derecho desde la rabera hasta la cabeza; éstas se han de tirar para que dé bien el hombre, poniendo el dedo pulgar en el remate de la ballesta, y luego, cogiendo con la mano el tablero y llave, poner el dedo arrimado al ojo, cuanto él quede libre y por encima se descubra la cabeza del lance, virote o jara, y ponerle en la parte que quisiere y dispararla, que desde aquel lugar dará justamente. Otras hay que llamamos muertas, porque los tableros desde la nuez abajo son más bajos de madera hasta la rabera, y se tiran desde el carrillo, sin subirlas al ojo; porque todo lo que tienen de menos madera les falta

para el derecho que tiene el tablero desde la nuez a la cabeza; y así es fuerza tirarlas de más bajo encaro, para que todo aquello que está baja la madera suba la cabeza, bajando la rabera en el carrillo; con lo cual se empareja y viene a dar como si el tablero fuera derecho; no hay regla en esto ajustada, y así hay unas más muertas que otras, y conforme ellas son, es necesario bajarlas en el encaro; pero en esto no hay la certeza que en las que son derechas; porque, como está dicho, en descubriendo el ojo, no hay otra diligencia que desarmar donde quieren dar, y siempre con las muertas se hace el encaro con menos certeza, y un canto de real de a ocho, que baje o suba más del derecho en que ha de estar, dará el tiro alto o bajo un dedo; y si por tan pequeña cosa se deja justa, en siendo esto mucho, no tendrá ninguna certeza. Es necesario saber que generalmente el tiro de la ballesta con virote es a veinticinco pasos, y desde allí adentro ha de dar justamente; y en pasando otros cinco pasos adelante, ya descae la fuerza de ella y dará bajo el tiro, según tuviere la fortaleza la verga; las flojas con solos estos cinco pasos más darán dos dedos bajo, y las más brisas uno; y ello le ha de dar de ventaja el que tira en el encaro o desarmando allá más alto, como conociere

la fuerza de la ballesta y la distancia donde tira, que esto no es cosa que se puede ajustar aquí.

Está tan perdido el uso de este instrumento en España, donde antiguamente hubo tanto primor en él, que he querido decir sus vocablos, huesos, hierros tan por menudo para que siquiera en la memoria de algún curioso no se pierda, y porque es el mejor modo para enseñar a los príncipes en sus niñeces; porque en la ballesta aprenden las delgadezas de la puntería para cuando ejercitan el arcabuz y tirar la bala, cosa que se debe saber con todo primor, que siempre es de su real grandeza ocupar el ocio en matar fieras, y siendo diestros en el instrumento de la ballesta, con facilidad lo son en los instrumentos de fuego, sin temerle, ni su movimiento.

§ III

Los lances que tira la ballesta para matar la caza mayor y menor: venados, gamos, jabalíes y otros animales pequeños.

Hay jaras, que es el lance más fútil, y llámanlas jaras porque de aquel palo se hacen las mejores, tira con ellas a ciento cincuenta y más pasos; untan éstas

con un veneno que llaman hierba de balletero, mojan en la jara desde el degüello del casquillo abajo cinco o seis dedos, y con un poco de lino tendido la van envolviendo a la redonda de la jara, y allí se conserva, sin que sea necesario otra ligadura; es el casquillo que tiene la jara de hierro; la cabeza, cuadrada y puntiaguda y muy degollado de cuello; tira asimismo virotes sostrados y sostrones para de noche; son mayores y de más peso, para que no los pueda arrojar lejos la ballesta, que se tira con la luna a los conejos y liebres, y serían malos de hallar; y asimismo se tira con luz, que llaman calderuela, a las palomas en las dormidas en los árboles, y por eso los hacen muy pesados. Hay virotes herrados para las perdices, y otros virotes, que llaman palomeros, son un palmo más largos que los otros y tienen en la cabeza una virola de hierro. Hay otros lances que se llaman pasadores; son más gruesos que la jara. Otros hay que llaman rallones; éstos tienen la punta como corte de escoplo. Hay otros que llaman saetones; éstos son para tirar a los gazapos; hácenlos muy largos y puntiagudos, y pónenles en medio una tranquilla, para que no los puedan los gazapos meter en la vivera. Hay asimismo viras, con que se tira al terrero. Todos

setos lances se tiran con la ballesta, y los que tienen la cabeza puntiaguda son guarnecidos en ella de hierro.

Los mejores oficiales que en España han hecho estos lances son los siguientes:

Cristóbal de Escobar: sirvió a los señores reyes Felipe II y III, que hayan gloria.

Juan de Escobar, su hijo, que asimismo sirvió a los señores reyes Felipe III y Felipe IV, nuestro señor.

Juan Martínez.

Julián Pérez.

Dos Renedos: padre e hijo.

Acacio.

Estos, como van por su antigüedad, han sido los mejores oficiales de esta profesión, y los han hecho otros en Vizcaya.

CAPITULO VIII

Cómo se hace la hierba de ballestero como instrumento de caza.

ESTA hierba se hace de las raíces de la vedegambre; cógense en la menguante de agosto, por estar entonces en su mejor sazón y fortaleza; para

hacer este veneno son mejores las raíces más pequeñas y las que son más morenas, que tiran a amarillo; las blancas no son tan fuertes; cógense en las sierras de Guadarrama y en las de Béjar; son como nabillos menudos, y los más barbadillos y delgados son los mejores; la diligencia que se hace es quitarles toda la tierra y otra cualquiera bascosidad, y lavarlas muy bien; después de esto se machacan y ponen en una prensa para sacarles el zumo, el cual, muy bien colado, lo ponen a que hierva, y le quitan la espuma y bascosidad que le ha quedado; y hecho esto, le vuelven a colar y le ponen al sol desde las diez del día hasta que va cayendo la tarde; y lo mismo se ha de hacer tres o cuatro días o más, y cada día, antes de ponerlo al sol, se ha de colar, como queda dicho, y cuando está en su punto, queda como arrope, de aquella misma color, pero más espeso, de manera que si le meten una paja o palillo dentro, se pegue a él; la que hace más largo hilo, y cuando se quiebra, se encoge más aprisa, y oliéndola, provoca con violencia a estornudar, es la más fuerte. Otros hacen esta hierba dándola, en lugar de sol, hervores; mas no es tan fuerte como la que cura el sol.

Pruébese este veneno en un pollo o palomino:

toman una aguja con una hebra de hilo, el cual mojan en la hierba; pásanle al pollo por la planta del pie entre cuero y carne, cuanto haya sangre, y luego, al instante, antes de un Credo, tulle y da algunas cabezadas, y en muy breve espacio muere. Lo mismo hace en un gato u otro animal, si la hierba es buena. Yo he visto algunas tales que dándole una faetada a un venado o gamo, en huyendo cien pasos, poco más o menos, suelen estos animales volver la cabeza a donde recibieron el golpe, y en un muy breve espacio que está parado, cuanto puedan hacer lo dicho, cuando se quieren volver a menear para huir, ya la hierba ha llegado al corazón y le va asiendo. Conócese esto en que el animal empieza a toser y da algunas cabezadas y gorma, y en un instante está muerto. Y no se ha de entender que es de la herida, que por parte la pudiera tener, que se muriera sin este veneno; mas aunque la tenga en una pesuña, como haya sangre en que la hierba se bebe, hace el dicho efecto. Otras hierbas hay que tardan más y también matan, y otras que, aunque desatinan la reses y las hacen gormar mucho, no es poderoso el veneno para matarlas, y mientras más gorman, más aprisa están libres.

Las peores heridas, para que la hierba se tarde en

hacer su efecto, son las del vientre de la res; porque como allí no hay sangre, el veneno se ceba en la inmundicia y dilata su fuerza mucho más tiempo. A los animales a quien más aprisa mata, es a los más coléricos, y así el jabalí, el lobo y el gato mueren más brevemente.

CAPITULO IX

Del arcabuz y de todos sus requisitos como instrumento de caza.

LA pólvora es un compuesto de tres materiales: azufre, carbón y salitre, que juntos y unidos, en llegando a encenderse, es un fuego muy presto y violento, y en la parte que no se halla oprimida, sino que tiene lugar donde ensancharse, cuando se enciende no es más que un soplo y llamarada de fuego que se consume en el aire; pero si éste no le puede dar sin desembarazo, le convierte en trueno y violencia, y para esto no necesita de gran cantidad, pues cuatro adarmes de pólvora en un arcabuz vemos el efecto que hacen.

El hombre con este conocimiento hizo el arcabuz y demás instrumentos donde la pólvora muestra su

rigor y fortaleza, que no hay cosa que más propia similitud tenga con el rayo; porque así como en éste se halla fuego, viento y trueno, y efectos de gran rigor, lo mismo se experimenta en el arcabuz, en cuyo estrépito y trueno tan violento vemos los efectos de su fortaleza, pues arroja de sí lo que tiene en el cuerpo, de manera que doquiera que llega, es su efecto como de rayo.

Muchas muertes desgraciadas han sucedido con estas armas de fuego: unas por venganza, otras por burlarse con ellas quien no las conoce, y otras por malicia del oficial que las hizo y vende. Esto debiera ser castigado rigurosamente poniendo penas la República, no dando lugar a que ningún oficial pudiera tener tienda pública sin ser examinado, y que hubiera veedores en este oficio, como los hay en los demás, y no dar lugar a que cualquiera la tenga y venda a su próximo por más de lo que vale, quien le quite la vida, que esto es muy cierto, y lo experimentamos cada día, que hay oficial de tan poca experiencia que aún no sabe la seguridad de lo que vende, y le sucede lo mismo al que compra. Y habiendo tanta policía en los demás oficios, ¿por qué había de faltar ésta en cosa que no importa menos que la vida? Y si hay para curar

un animal tantos examinadores, ¿por qué no los ha de haber para que no muera desgraciadamente un hombre? Cosa es ésta que debería causar muy grande escrúpulo, pues por faltar la policía en este oficio, puede ser causa de infinitas desgracias y desastrados sucesos como cada día experimentamos, que no quiero cansar con ellos. Lo que aconsejo a los que hubieren de usar este instrumento es que vivan con él con perpetuo cuidado, pues es tan conocido su rigor; donde con más destreza se maneja es en España, y muchos en ella sustentan con él en el ejercicio de la caza, después que se tira al vuelo, que hay destrísimos hombres; de manera que no se les escapan aves ni animales; para quien lo sabe manejar es de grandísimo provecho, y asimismo guarda y defensa de su persona, que muchos hubieran perdido la vida si no le tuvieran consigo, que por su respecto su enemigo no se atrevió a ejecutar su dañado intento.

Es medio asimismo por donde el hombre satisface de sus ofensas y deshonor, no pudiendo alcanzarlo por otro camino. Todas estas cosas tiene el arcabuz, tratado con el cuidado que se requiere; pero usando mal de él, es traidor a su mismo dueño, porque con amigo ni enemigo jamás sabe de burlas, y el que le tuviere

en poco, perderá como necio la vida. De las partes que ha de tener este instrumento, y del metal que es más a propósito para él, iremos tratando ahora, porque quede más cabal y cumplida esta materia.

Hácense estos instrumentos de hierro, porque se ha conocido que sólo este metal es a propósito para que ellos tengan la seguridad necesaria; y aunque vemos que el mayor instrumento en que se quema la pólvora es el cañón de artillería, y que éste es más seguro de bronce que de hierro, la experiencia ha mostrado que el bronce sólo es para instrumentos tan grandes, y el hierro para los mosquetes y arcabuces, que en todos los demás metales se hallarán imperfecciones, para que no se haya de labrar de ellos.

El oro y la plata son preciosos, y su cantidad menor que la de los otros metales, y si se labraran de ellos los arcabuces, no pudieran, por su mucho valor, ser comunes para todo género de gente rica y pobre como lo son siendo de hierro; además, que el oro y plata son metales muy blandos y faltos de la fortaleza necesaria para resistir la mucha fuerza de la pólvora. Asimismo el cobre, aunque es muy franco, él por sí no tiene el valor que es menester para hacer de él mosquetes ni arcabuces; y aunque de cobre y estaño

se hace el bronce y la artillería tan fuerte como se ve, hechos un cuerpo esto metales, vienen a ser muy fuertes; mas tienen esta fortaleza con mucha bronquedad, respecto que su unión es en la fundición; y así, el demasiado fuego del crisol los deja vidriosos, y sin la correa que es menester para hacer arcabuces, respecto de ser ellos tan delgados, y para que la artillería tenga la seguridad necesaria, la cargan de metal, porque de esta manera no sería segura; y como este instrumento no se ha de manejar desde los brazos del hombre, no es defecto que pese mucho; y si se hubieran de hacer los mosquetes y arcabuces de bronce en fundición (que de otra manera no es posible) para que fueran seguros, respecto de que este metal no sufre ser caldeado en la fragua como el hierro, se hallarán muchas faltas en ellos. La primera, siendo un arcabuz de bronce y otro de hierro, entrambos de un largo y munición, hechos en un molde, el de bronce pesará más que el otro, y por esta causa no se pudiera manejar con facilidad. Lo otro, por ser el bronce tan bronco, siempre estuviera a peligro de quebrarse el cañón por lo delgado, llegando a tenerle de torcerse y no sufriera ser enderezado; y esta es la causa por que se hace la artillería tan reforzada. El manejo de estos dos metales

es diferente, porque el bronce requiere el crisol, y el hierro la fragua y martillo; el cual en la fundición no es de provecho, porque es el más liviano de estos metales, y todo lo que le falta de peso es menos macizo que ellos y de más flaqueza, y metido donde se derriera, lo fuera mucho más; porque se apoderara de él el fuego y lo sofocara y esponjara, dejándole como un vidrio, sin correa y fortaleza para resistir poca cantidad de hierro como tiene un arcabuz a la fortaleza de la pólvora.

Este metal no quiere para unirse e incorporarse tanto fuego como la fundición; en la fragua le dan el que ven ha menester para que se ablande, y le van refrescando con arena muy menuda hasta ponerle en el estado que necesita, para que con los golpes de martillo se junte, una e incorpore, como si fuera de cera; lo cual sólo el hierro y el acero lo sufren. El acero no es bueno para hacer cañones, porque de su naturaleza es muy fuerte y vidrioso, y así sólo lo aplican para hacer de él piezas de corte y que molleen; y si fuera posible que las piezas de artillería se pudieran forjar de hierro, como los cañones de mosquetes y arcabuces, fueran mucho más seguros que de bronce; mas no es posible que se pueda manejar cosa de tanto peso

ni caldearse perfectamente tanta cantidad de hierro junto como es necesaria para una pieza de artillería; porque caldear es unir y juntar un hierro con otro, y para esto es necesario más fuerza que la que tiene un hombre, y ésta es la causa porque esto no está puesto en práctica. Asimismo es necesario para esta unión conocimiento del estado en que el fuego ha de tener el hierro para que se mezcle, porque si no lo tiene, no se caldeará ni juntará, y no quedará más que pegado uno con otro, que por faltar el maestro en alguna de estas cosas, queda falsa la obra, y en los cañones es la mayor falta que pueden tener, porque el hierro no queda unido, sino pegado, es fuerza tenga hendiduras, que es a lo que llamamos culebrillas, por las cuales re-vientan los cañones.

En los muchos años que ha que se usa el arcabuz, ha habido grandes oficiales que los hayan labrado, mas no con el conocimiento y seguridad que hoy; porque los hombres van cada día tomando mayor inteligencia de las cosas, y así se van haciendo más capaces y científicos en ellas, y previniendo el daño tan considerable que se le sigue a un hombre de reventársele un arcabuz en las manos, donde no se aventura menos que la vida, han procurado todos los medios

posibles para esta seguridad. Yo querría dar a entender en qué consiste la bondad del buen cañón y asimismo sus defectos, porque deseo que el aficionado y curioso conozca lo perfecto en el uno y lo defectuoso en el otro.

La antigua manera de forjar los cañones era tirando y alargando una barra de hierro, la cual iban volviendo hasta que se venía a juntar la una orilla con la otra, con lo cual quedaba hecha la forma del cañón, y luego aquella juntura la iban caldeando para unir aquel hierro; esto se hace metiéndole en lo hueco unas brocas de acero, sobre que dan los golpes para que el hierro se una. Mas hase de advertir que este metal no se une e incorpora tan bien cuando el martillo da entre dos hierros, que éstos se han de mezclar con lo que les ensancha el golpe que da entremedias de uno y otro, donde hay hendidura, como se une cuando el hierro está puesto uno encima de otro, que entonces sobre la broca que está dentro coge el martillo el hierro en firme y le hace se pegue e incorpore, sin que le pueda quedar hendidura ni culebrilla, a lo cual están expuestos los cañones que están forjados a tope, sin sobreponer y traslapar el hierro uno encima de otro, que es como se forjaban antiguamente.

Juan Sánchez de Mirueña, maestro de mucha experiencia, empezó a forjar los cañones de pedazos, haciéndolos de seis o siete piezas, y cada una de por sí la labraba, según la parte donde le había de servir, con lo cual hacía dos cosas: fortalecer el hierro con el mucho trabajo del martillo y asimismo limpiarle de algunas malezas, que con esta diligencia se le descubren por de fuera, que las que tiene metidas en las entrañas no las puede ver el maestro; y cuando algún pedazo le salía con daño considerable, le era fácil poner otro en su lugar, cosa que no pudiera hacer si forjara el cañón de una barra en un pedazo; y conociendo que las malas vetas que salen al hierro son a la larga, y cuando le caldean y unen no le dejan pegar, para que fuese menos considerable este daño, atravesaba los pedazos, para que no le pudiesen salir culebrillas, buscando todos los remedios contra este daño; que en el cañón cualquiera hendidura atravesada no es de peligro para que reviente, y si la tiene por lo largo, sí; que no es como la espada, que con cualquiera pelo que tiene atravesado está sujeta a quebrarse, y si lo tiene a la larga, no. La causa es que la fuerza que con ella se hace es dando golpe o haciéndola contra el derecho de ella. En el cañón del arcabuz es al contrario, por-

que la fuerza que hace el fuego en él es por lo hueco y largo, y aunque tenga pelo o hendidura atravesada, por esto no reventará; porque al pasar el fuego por él halla fortalecido el cañón contra la fuerza que va haciendo, y si la tiene a la larga, como él la hace, en hallando flaqueza, es mayor su violencia para abrirlo. Estas diligencias contra este peligro previno el dicho Juan Sánchez de Mirueña, como quien tan bien entendía este oficio, y forjó siempre sobreponiendo y traslapando el hierro uno encima de otro, de manera que no pudiese quedar falsa la obra; estas delgadezas en la forja y las de enderezar y barrenar se le deben al dicho Juan Sánchez de Mirueña, por lo cual hay hoy en este y otros reinos los mejores arcabuces que hasta su tiempo se han labrado con otras muchas medidas, y herramientas que para limarlos y dejarlos en perfección inventó. Trújole de Salamanca el señor infante D. Fernando, que haya gloria, para que le sirviese, y asimismo le hizo merced de su maestro de arcabuces el rey Nuestro Señor. Hiciéronse grandes pruebas en ellos y fueron conocidos por los mejores. Murió en Madrid.

Además de lo que tengo advertido para la seguridad del cañón, digo es circunstancia que sea forjado

con poco hierro, para que pueda quedar mejor caldeado y tenga menos que le quiten con la lima; porque lo más fuerte del cañón es la corteza donde da el martillo, y cuando son forjados con mucho hierro, es fuerza quitárselo con ella, y viene a quedar el cañón en el migajón del hierro, habiéndole quitado lo que le habían fortalecido los golpes. Asimismo se les descubre mejor cualquier defecto que a los que son cargados de este metal, en el cual se hallan los requisitos necesarios para que de él se hagan los cañones de mosquetes y arcabuces; tiene valor para resistir la fuerza de la pólvora; es liviano para poderlo manejar el hombre; es duro para conservarse derecho. Aunque sea el cañón de poco hierro, si se tuerce, sufre volverse a enderezar, sin quebrarse, porque junto con la fortaleza es correoso; es metal que sufre muchos martirios, y el fuego dado con sazón lo remoja y fortalece, y de él solo se hacen más instrumentos para el servicio del hombre que de todos los demás. De lo dicho podrá tener inteligencia el curioso aficionado, y de lo que se dirá adelante, para conocer en este instrumento lo bueno y defectuoso de él, que yo no escribo para los maestros sabios, sino para dar noticia a los que no conocen su bondad.

§ I

Cómo se ha de limar y barrenar el arcabuz.

Después de forjado el cañón, se ha de barrenar y enderezar, y estas dos cosas las va haciendo el maestro casi a un tiempo. El barrenar se hace metiendo dentro del cañón una barrena cuadrada de acero, que corta con cuatro esquinas; esta la mueve una rueda, teniendo el cañón firme en una prensa de hierro que llaman galápago; vanle metiendo esta y otras barrenas hasta que ensanchándose por de dentro y quitándose los tropezones que sacó de la forja, viene a emparejarse y a ponerse claro, para empezarle a enderezar con la cuerda por de dentro; ésta es de vihuela, la más delgada y pareja que se halla; tiénenla tirante con dos pesas, una por la boca y otra por el remate del cañón, y la cuerda por de dentro le enseña al maestro la vagas y tropiezos de él, los cuales le va quitando con los golpes que ha menester, y luego con la barrena; y cuando es la vaga grande, que no necesita de golpes, le tuerce a la parte conveniente para que esté derecho; estas diligencias hace hasta que le

deja tan derecho, que por cuatro, ocho y dieciséis partes de lo hueco del cañón se le asienta esta cuerda, de manera que la vista, que es tan sutil, no vea luz por debajo de ella, sino que macizamente esté asentada por todo lo hueco de él, y entonces viene a estar perfectamente derecho y redondo por de dentro. La mayor delgadeza del barrenar consiste en dos cosas. La una, en saber poner los filos de la barrena de manera que corte el hierro tan dulcemente y tan menudo como harina muy cernida, y que venga a ser tan poca cantidad, que en dos veces que pase o corte en lo hueco del cañón el grueso de medio papel, que al acabar de barrenar es necesario esta sutileza, que por querer abreviar en esto y hacer en medio día lo que no se puede hacer bien en uno, se echan a perder muchos cañones, quedando por de dentro con anillos y resaltos de la barrena. Cuando el cañón está acabado de barrenar, ha de estar por de dentro tan claro como un espejo, que no tenga la vista cosa en que pueda reparar en él, aunque sea tan menuda como un grano de mostaza. En este estado se ha de probar, echándole dentro la pólvora, que pesare la bala, que a él le viene ajustada, y el peso de cuatro balas de postas, que son unos perdigones como garbancillos, y

ha de quedar, después de haberle probado tres veces con esta carga, como estaba antes.

Ahora llega el limarle por defuera; esto se ha de hacer con mucha cuenta y razón, repartiéndole el hierro, que le ha de quedar, como lo ha menester en cada parte, para que por todas las que le quisieren cortar, le hallen el hierro parejo, que es la parte más esencial que puede tener el cañón para su seguridad. Para esto, los grandes oficiales, como Mirueña y Gaspar Fernández, su discípulo y yerno, usan unas medidas, reglas y chantillones, con que se lima perfectamente; y antes de esto reparten al cañón lo que ha de tener de ochavado y redondo, y haciendo este repartimiento en cinco partes, dan las dos a lo ochavado, y las tres, a lo redondo.

§ II

Los demás requisitos de este cañón hasta ponerle en la caja y tirar con él.

Ha de ser la culata hecha en terraja y no a lima para que desde la primera rosca entre pareja en el cañón, y no se han de abrir más de las que ella hinche, y éstas muy ajustadas, sin estar hornagueras ni ala-

beadas, y que ella abra la postrera rosca. El fogón se ha de abrir en el cañón, un canto de real de a dos del asiento que la culata tiene por de dentro, y abrirle algo más bajo de la mitad de la ochava. La mira se ha de poner una tercia, dedo más o menos, del remate del cañón. El punto, en lo alto de la boca de él, muy de medio a medio, hase de degollar por el asiento, para que se ajuste mejor con la hendidura de la mira, porque los empareje y pase la vista con facilidad.

El cañón ha de ser grueso por la boca, para que le puedan poner los puntos rasos y bajos, que es de mucha importancia para tirar ajustadamente, lo cual no se puede conseguir siendo delgado de ella, porque lo que allí tiene de menos hierro es necesario sea el punto más alto, y es de grandísimo daño, particularmente si el cañón es grueso de la cámara, que es fuerza haberle de poner la mira muy baja para que no dé alto. Y cuando el que tira se pone el arcabuz al rostro, la vista topa en el principio del cañón y le hace allí visos, de manera que no le deja ajustar el un punto con el otro, y así no es posible dé bien, que para conseguir esto ella los ha de emparejar. La regla general para apuntarlos es que la mira y el punto han de estar asentados en el de un mismo alto, ajustán-

dolos de esta manera: Que medidos ambos desde el centro y hueco del cañón por lo alto de él, sean una línea paralela, midiendo lo alto del punto con lo profundo de lo hendido de la mira; que estando con esta conformidad, y derecho el cañón por de dentro, y siendo la caja conforme tiene el encaro el que ha de tirar, es fuerza dé este arcabuz ajustadamente.

Como el cañón tiene la munición, se le ha de dejar el hierro para que sea seguro, que siendo de once adarnes y largo de cinco cuartas y tres o cuatro dedos, con cuatro libras y media tiene suficiente; en esto no hay regla, más del gusto de cada uno: unos quieren mucho hierro, otros muy poco; a los primeros me atengo, que andan a lo seguro y de provecho, porque los cañones que están faltos de hierro están expuestos a más peligros que los que le tienen. El delgado se tuerce con facilidad, por mucho cuidado que se tenga con él, y si le falta alguna tierra, que es cosa muy contingente, hay mucha dificultad para sacársela, por la poca capacidad que tiene; si le quieren cargar la mano y echarle algo de más munición, no se puede hacer con la seguridad que al que tiene hartos de hierro; y cuando fuese muy seguro, no dará tan bien con ella, porque en estando sucio y caliente, la fuerza de la pólvora

vora la sujeta, cimbra y estremece por la flaqueza que halla en él, y por este accidente no llevará tan bien la munición y matará mal la caza. Los cañones que tienen suficiente hierro sufren mejor cualquiera demasía que les hacen, y así soy de parecer que tengan de más media libra de hierro, que faltarles ésta de lo que ellos han menester, conforme la munición que tienen.

§ III

Cómo han de ser las llaves del arcabuz.

Las piezas de la llave han de ser de buen garbo, airosas y no pesadas; han de estar muy bien ajustadas: los muelles del gatillo y rastrillo conformes, y no soberbios; que estén tratables; que tenga cada uno la fuerza necesaria para su oficio, molleando sin ser broncas, que en teniendo este defecto no hacen cosa buena. La cazoleta ha de ser ancha y no muy larga, ni honda, que si hace mucha pólvora, son humosas y queman el rostro. Los descansos del gatillo, en su lugar, que se puedan llevar con facilidad donde quisieren, atrás o adelante, y que en cualquiera parte estén seguros, para que no se puedan mover ellos de

allí; que por no estar bien puestos y ser el descanso más fácil de lo necesario, han sucedido muchas desgracias. Los calzos han de estar muy bien ajustados; han de ser anchos, y que lo que está dentro de la plantilla entre en ella de cuadrado, sin estar hornaguero ni alabeado, que por estar mal ajustados se disparan cada instante, y es cosa de grandísimo peligro, y cuando están hechos con esta cuenta y razón, son muy seguros, aunque no calcen más que un canto de real sencillo. La plantilla ha de ser gruesa, para que no la venza la fuerza del muelle grande, y asimismo para que asgan muchas roscas de los tornillos que entran en ella. La patilla del gatillo ha de estar muy bien ajustada con el calzo y plantilla; los dos tornillos del gatillo y rastrillo, pasados cada uno con su fiel, para que estas piezas estén siempre ajustadas, que en no teniendo estos fieles, se destuercen los tornillos y se desajustan ellas. El gatillo ha de peinar por parejo en el rastrillo, para que entre bien la lumbré en la cazoleta, que hay llaves que esparcen las chispas, y es porque dan golpe y no peinan; la causa es ser el gatillo alto de cuello o estar abierto el agujero en que él anda en la plantilla más alto de lo que ha de estar, y por esto da golpe y no cae la lumbré en la cazoleta, es-

parciendo las chispas, como queda dicho. Asimismo ha de tener buen acero en el rastrillo, que esté templado de manera que por blando no se asga la piedra en él, ni por duro deje de sacar mucha lumbre; han de ser blandas de desarmar y largas, que armadas estén seguras de no dispararse. Usanse ahora cuatro maneras de llaves: de patilla, de agujeta, de invención y de calzo; las mejores son la de patilla, porque tienen menos piezas y menos riesgo de quebrarse, y son más seguras para no dispararse, estando bien concertadas. Las de agujetas son de más piezas y de unos muellecillos que la calzan; descompónense con facilidad. Las de invención tienen este mismo defecto, que los calzos son de una misma manera; pero son muy blandas de desarmar, y por ello las usan algunos. Las llaves de calzo atrás son las peores, porque no hay seguridad en ellas armadas; si calzan mucho, no hay quien las dispare; si poco, son mal seguras, porque cada instante les sucede lo dicho.



CAPITULO X

*De la manera que han de ser las cajas de los arcabuces
para que puedan tirar con ellas los que tuvierén
diferentes encaros.*

ES muy a propósito para las cajas de los arcabuces la madera de cerezo, que es buena de labrar, guarda bien el derecho, toma buen lustre y color; otras hay de saz gatillo y de álamo blanco y otras maderas, mas no tienen las calidades que la de cerezo. Hanse de hacer conforme para la persona que ha de tirar con ellas, porque generalmente no tiran todos los hombres bien por un mismo encaro, y es necesario que conforme la disposición de cada uno se le dé el largo, derecho o corvo, a la caja para que se halle bien con ella. Los que son altos de hombros y cortos de cuello, necesitan sean las coces de los arcabuces más derechas, porque siendo de mucha vuelta lo que tiene de corvo la caja, le hiere al que tira en el rostro, porque no puede subir la coz en el hombro lo que necesita para que esté derecho el encaro, y esto tiene dos

daños: si se queda la cox baja en el hombro, dará alto el tiro, porque no se puso en su lugar, y habiendo llegado a él, es fuerza hiera en el rostro, como está dicho; que el arcabuz es un peso de balanzas, que cuando sube la una baja la otra; y así, cuando queda baja en el hombro la cox, da el tiro alto, y al contrario, subiendo la cox, bajará la boca. Los que son bajos de hombros y largos de cuello han menester las coces de las cajas más corvas, para que lo que ellos tienen más de cuello lo supla lo corvo de la cox, para que pueda llegar derecho el encaro; porque siendo derechas las coces, es fácil salirse por encima del hombro, y para tomar los puntos han menester bajar la cabeza sobre la misma caja, y como no tienen el arcabuz firme, les hiere en el rostro, y las más veces hacen alto el tiro, con lo cual andan siempre desabridos y desatinados, no sabiendo de dónde les viene el daño; cuando la caja es al modo del que tira con ella, halla el arcabuz sabroso y tira con él concertadamente, porque no recibe daño. El largo o corto de la cox, sea conforme tuviere el hombre los brazos cortos o largos, y estando las cajas como está dicho y el cañón derecho por de dentro y ajustados los puntos, dará bien el que tira.

CAPITULO XI

*En que se da a entender por qué los arcabuces dan unos
más coz en el rostro que otros.*

EL estar los arcabuces desabridos y dar más coz que lo ordinario tiene sus circunstancias, porque aunque es verdad que la pólvora cuando se quema en ellos es fuerza los mueva; mas ellos, por las causas que aquí se dirán, duplican este movimiento. Da coz el arcabuz por estar mal asentado en la caja, y con el movimiento de la pólvora, como no está macizo en ella, lo mueve y hace sea mayor el golpe de lo que fuera, si estuviera bien ajustado, y así lo siente más el hombro del que tira. Da coz por no estar el cañón derecho y parejo del barreno por de dentro, siendo más ancho en unas partes que en otras, y al quemarse la pólvora en él hace dos movimientos al ensancharse y estrecharse el fuego en su desigualdad, que es causa que esté más desabrido. Da coz por ser la culata corta y cuando la pusieron en el cañón abrieron en él alguna rosca más de las que ella puede henchir, y en

ella se detiene el fuego y hace mayor violencia. Da coz por tener el fogón más delantero que lo ordinario y estar abierto en el cañón más alto que la mitad de la ochava, y cuando se enciende la pólvora ha de hacer el fuego dos caminos detrás del fogón y debajo de él; y como su natural es ir a su esfera sin dilación, en aquella detención de volver a quemar la que se queda atrás y la que está de la parte de abajo, de donde la enciende el fuego, la ocasionan a mayor rigor, porque no la dejan salir de allí tan presto como ella quisiera, y ésta es la causa de su desabrimiento. Dan coz los cañones que están faltos de hierro, porque los sujeta la pólvora, y si lo tienen mal repartido, será mayor este accidente, particularmente cuando están degollados en el remate de la cámara, que la pólvora al salir hasta allí halló resistencia en el cañón, porque es lo fuerte de él, y cuando llega a este remate halla flaqueza de allí adelante; con lo cual se cimbra y estremece de manera que es mucho su desabrimiento. Todas estas cosas les hacen dar coz, fuera de la que ellos dan por mal cargados, echándoles más pólvora y munición de la que es su peso y medida, y tacos muy recios y apretados, con que el cañón se halla oprimido.

CAPITULO XII

Cómo se han de cargar los arcabuces.

LA regla de cargar los arcabuces es pesar la bala que viene ajustada a la boca del cañón, y la tercia parte de lo que ella pesa es lo que justamente se le ha de echar de pólvora fina. Asimismo los perdigones que pesaren dos balas de las dichas, y si le echaren peso y medio de la bala, saldrá más sabroso el arcabuz, y matará más lejos la caza. Esto es lo que les han de echar desde seis adarmes hasta dieciséis; en teniendo más munición, ya son mosquetes, y la tercia parte de la pólvora es poca, particularmente para tirar con munición, que en la bala poco se echaría de ver la falta, que como ella tiene peso y es sola, llega donde la encaminan. Los perdigones son muchos y cada uno de por sí es muy ligero, y para que maten la caza han menester más fuerza, y así, en pasando de la munición dicha, se le ha de añadir pólvora; esto conforme viere el que tira que hace el efecto su arcabuz. Cuando lo halla desabrido y no mata la caza,

puede ser que tope en que la carga del frasco no está bien ajustada con esta regla o en que se le echa más munición, que es muy falso adagio el de "pólvora poca y perdigones hasta la boca". Los que llevará bien, sin resistencia, son los dichos. Los que echan mucha munición en los arcabuces están faltos del conocimiento que de esto se sigue, porque en saliendo la munición de la boca del cañón se empieza a quedar, porque la pólvora no tiene fuerza para llevarla, y si es un poco lejos, no llegan allá la mitad de los perdigones, y los que llegan, con la mitad de menos fuerza, de manera que no matan la caza cuando se echa la munición y pólvora, como queda advertido, surte mejor efecto, porque se le da a cada cosa lo que necesita para conseguirla.

Hase de advertir que, fuera de lo dicho, hay cañones que matan la caza unos mejor que otros, y esto está en que llevan la munición más recogida y concertada, y los que dan mal con ella, aunque sea la pólvora muy buena, y se carguen muy bien, no la matan y está en ellos el defecto, y esto no sucede en los cañones, que tienen poco valor, hechos de malos oficiales, mal derechos y barrenados; ni importa sean largos o cortos, de poca o mucha munición, de más o

menos hierro, que con estas cosas vemos que unos dan mucho mejor que otros, y suele hallarse esto mismo en los que son hechos de grandes maestros, y que están labrados con mucha cuenta y razón y acabados perfectamente. Cosa es ésta que el mismo maestro que lo hace no puede alcanzar en qué consiste este defecto, porque no se puede saber esta falta hasta que se tira con el cañón, y es muy difícil averiguar de dónde procede, porque se obra dentro del mismo, y así no es probable.

He visto hacer varios discursos sobre esto entre muchos hombres curiosos y aficionados a este instrumento, y hasta hoy no he hallado quien dé razón que concluya; mi parecer es que está la falta en el hierro y no en la manufactura del maestro, porque en este mismo metal se halla uno más bronco y duro que otro, y de tres tercios que tiene el cañón, pueden ser del hierro más duro los dos primeros y el postrero blando; y como es aquélla la parte más flaca y delgada, porque para darle buena forma va desde el principio de él labrándole en disminución, y particularmente en este tercio a una cuarta o poco menos de la boca, le degüellan y adelgazan más que en lo restante, y desde este degüello va creciendo el hierro

hasta la boca para que quede airoso y con buena forma.

Júntanse aquí estas dos cosas: menos hierro y más blandura que en lo restante del cañón, y como la violencia del fuego empieza por lo recio de él y halla en las dos partes resistencia por la dureza y cantidad del metal, cuando llega a ésta, que por la falta y blandura de él, halla allí menos resistencia, vence su fortaleza este tercio postrero del cañón y le cimbra y estremece de manera que arroja de sí la munición atropellada y mal compuesta; y así, en saliendo de la boca, va cada perdigón por su cabo, y por esta causa mata mal la caza, que donde habían de dar muchos juntos, no da sino cual o cual. Esto no es común; mas hállese en algunos cañones, en que puede concurrir lo que tengo advertido.

El remedio más probado para enmendar este daño es ensancharlos por la boca dos o tres dedos adentro, sin tocar a lo demás; de manera que éste ensanche venga a serlo de adarme, o adarme y medio, de más hueco de lo que tiene lo restante del cañón. Esto hace a mi propósito y da fuerza a mi concepto, pues este ensanche que se le hace sirve de dos cosas, que el apremio y fuerza que hace la pólvora en lo delgado y blando del cañón sea menos con aquel ensanche,

para dar holgura a los perdigones y que de allí salgan concertados y den juntos. Cosa es ésta de que tengo larga experiencia y en que jamás se yerra, y he hecho remediar con ella muchos cañones, haciéndoles que den bien con la munición; y aunque he visto hacer otras diligencias, barrenando otros para remediarles este defecto, sólo con lo dicho se ha conseguido que no les aprovechara otra diligencia que ésta. Desde que se tira con el arcabuz, nunca se ha usado más que hoy, y está tan adelgazada esta materia, que creo no se ignora cosa necesaria para su buen uso.

Antiguamente tiraron con arcabuces de seis y siete cuartas y de mucha munición. Hoy se halla que en teniendo un cañón cinco, tres o cuatro dedos más, es sufficientísimo; y asimismo no los usan de más de once adarmes, poco más o menos; porque para matar la caza volando no necesita de más arcabuz, y en todo esto sé halla conveniencia. Los arcabuces de más boca gastan mucha munición y descomponen más al hombre cuando tira, que es causa de que yerre más tiros; y no por ser muy largo el cañón se ha de entender que mata mucho más lejos que el que a cincuenta pasos lleva conservada la munición, a esta distancia matará muy bien; que aunque es verdad que alcan-

zan algunas aves más lejos, es cosa muy fácil quebrarles una ala, y aunque se cobre esta caza, no es matar bien el cañón si no deja muerto lo que se tira, de suerte que para cobrarlo no haya necesidad de hacer diligencia alguna.

Los cañones muy largos y de mucha boca los aplico yo para tirar a las bandas de caza, que es cosa de mucho trabajo para matar una perdiz traer un arcabuz muy largo, particularmente en tierra de monte, donde muchas veces no puede volverse el hombre, hallándose embarazado en mil partes y viéndose que con arcabuces que no llegan a cinco cuartas se mata muchísima caza, además de tener el largo una pensión tan grande, de estar sujeto a torcerse con facilidad, por lo que arriba queda dicho.

Lo que debe observar el tirador es traer su arcabuz limpio, que ésta es la mayor diligencia que él puede hacer para matar la caza, que cuando lo están se consigue mejor. Estando sucios y calientes, esparcen más y matan mal, porque no llevan entonces tan junta la munición, y muchas veces por esta causa de caliente y sucio dan con ella junta, sin esparcirla, que es lo mismo que si tirase un hombre con bala, siendo así que para que maten bien se han de pintar los per-

digones en redondo en el óvalo de un harnero concertadamente, tantos a una parte como a otra, tirando de cincuenta pasos adentro; y cuando el cañón no hace lo dicho, no yerra el tirador por su culpa, el defecto está en el instrumento que trae. Es necesario asimismo ayudar el cazador a su arcabuz, sabiéndole cargar, que ha de ser conforme él fuere. En el de poco hierro se ha de mirar más en esto, que el que le tiene bastante sufrirá mejor este descuido. En el cargarlos muchas veces está dar ellos bien o mal, y así, es necesario echarles los tacos que les ayuden a llevar junta la munición. El mejor taco para todos los cañones es el que es blando y tiene fuerza para arrojar de sí los perdigones; esto se halla muy bien en el esparto, que tiene estos dos requisitos: es fuerte para despedirlos de sí y amoroso para el cañón, y le limpia con su aspereza. Hanse de hacer los tacos de sogá vieja, que esté limpia, y para ponerlos más tratables, machacarlos entre dos piedras, que lo crudo de algunos espartos se ponga blando; con lo cual los arcabuces salen más sabrosos cuando con el taco y golpes de la baqueta no los apremian, que la pólvora mientras más lo está, más muestra su fortaleza; y cuando se enciende y arroja delante lo que tiene en el cuerpo, conforme el peso y aprieto

que halla, hace más o menos fuerza, y esa es la causa que una veces está más desabrido el arcabuz en el rostro que otras, y es la culpa del que le carga, y así daré a entender cómo se ha de hacer con primor. El taco primero ha de venir ajustado a la boca del cañón, sin que esté flojo ni premioso. Hase de asentar encima de la pólvora, que se hace con darle dos golpecillos con la baqueta. El taco postrero, que cae sobre la munición, ni ha de ser tan grande como el primero, ni tiene necesidad de darle golpes, sino llegarle abajo y asentarle sin apremio, de manera que ella no se caiga. Si le aprietan con golpes, como al primero, hacen que salgan los perdigones tropezados, y en llegando a la boca se esparcen y dan cada uno por su parte. Y quede sentado que los tacos que mejor se acomodan en los cañones son los dichos y los de palmitos, y de lana de cabras que no esté sucia ni tenga cal, que algunas tienen esta falta, y ensucian mucho los arcabuces; estos tacos blandos echan más recogida la munición.

Los de paños son broncos; acomódanse más en el cañón, y si es el paño nuevo, son peores, porque la dureza y bronquedad que tiene dan siempre más coz y abren más la munición, porque la pólvora halla más resistencia en ellos para echarlos fuera del cañón.

Los de lienzo son peores, y generalmente con ellos dan los perdigones juntos, no dividiéndose muchas veces ni pintando los esparcidos, sino unos encima de otros, y esto es de gran daño, porque se yerra la caza. Los tacos de lana de ovejas no son de provecho, que no tienen fuerza para despedir de sí la munición, y por esto, aunque la pólvora sea muy buena, no mata el arcabuz la caza.

Hay otros arcabuces rayados por de dentro con unas rayas que en la longitud del cañón suelen dar media, y una y una y media vuelta, y esto es al modo que cada uno le pide, o como gusta el maestro de labrarle con muchas o pocas rayas; son unas muy juntas y menudas, y otras más anchas, hondas y divididas; estas postreras son las mejores, y el tener más o menos cantidad está en el gusto, como queda dicho, y también en tener los cañones mucha o poca munición. Lo más perfecto es tener siete y nueve rayas, siendo los cañones de siete hasta once adarnes; esto es suficiente para matar la caza con bala; en siendo de más munición, le pueden echar más rayas, que en esto no hay regla fija; pero hala de haber en saberlos cargar, que en esto consiste tirar estos arcabuces más que los lisos, que el fuego halla más resistencia en este

cañón, porque se ceba en las vueltas de las rayas, y como halla impedimento en el paso por donde él ha de caminar, multiplica su fuerza. Para lo cual se ha de advertir que en el apremio del cargarle consiste su mayor fortaleza; hánsele de hacer unos tacos de fieltro cortados con un sacabocado que venga muy ajustado a la boca del cañón; hanlos de brear con pez griega, cera y sebo. Esto todo derretido, echar dentro los tacos, y después que haya tomado este betún, se han de poner a enfriar, con que quedan muy duros y jugosos; son importantísimos para los arcabuces rayados, porque con ellos se facilita el entrar las balas, que ellas asimismo han de venir muy justas al cañón, que a golpes de la baqueta las han de llevar a lo profundo de él; y entrando de esta manera, es fuerza a dos tiros no poderlas meter, por la suciedad que deja la pólvora, y no hay otro remedio que lavarle, y para que no sea necesario y que se puedan tirar hasta una docena de balas, se echan estos tacos, los cuales lo que ensució la pólvora llevan ellos abajo y dejan el cañón limpio y jugoso del betún, y asimismo entrando tan apremiado, ayuda a tapar la respiración de él, que es en lo que consiste tirar más o menos, que aquello hace que el fuego use más de su fortaleza.

CAPITULO XIII

De las causas que hay para que revienten los arcabuces.

LA primera es estar mal caldeados, que por poco conocimiento del maestro no puso el hierro en la sazón que había de estar para que se uniese e incorporase uno con otro, y así no quedó más que pegado, y vino a estar falsa la obra por la mala sazón de fuego; y ésta es la mayor falta que puede tener el cañón, y el origen de las culebrillas que quedan dichas. Lo segundo, por mal limados y mal repartido el hierro, dejándole mucho en unas partes y en otras tan poco, que aún no tiene lo necesario; y júntase contra esta parte flaca del cañón la demasía de hierro en la parte contraria, y la fuerza del fuego, que entrambas se ayudan contra lo menos fuerte, y ésta es la causa por que revienta; lo cual no hiciera si tuviera bien repartido el hierro y estuviera parejo por todas partes, que en hallando igual resistencia, pasará el fuego sin hacerle daño.

Asimismo revienta por mal cargado, por echarle más pólvora y munición de lo que él puede llevar, que esto tiene su peso y medida. Cuando la pólvora

es poca y le echan mucho plomo encima, no lo puede arrancar su fuerza, y el aire y fuego que en el cañón se enciende se ha de consumir fuera de él, para que quede libre; y cuando le es fuerza haber de hacer hombros para echar la carga adelante, si halla flaqueza en alguna parte de él, por allí revienta, y si tiene mucha pólvora, más que la que puede sufrir la fuerza del cañón, no es mucho se reviente. También reventará el arcabuz, aunque no le echen más carga de la que él puede llevar, si ésta no se la ponen en su lugar, que ha de ser en lo profundo del cañón, el cual se ha de cargar de esta manera.

La pólvora primero y luego un taco que se asiente encima de ella; luego la bala o munición que llegue a asentar encima del mismo taco, y echarle otro encima para que no se pueda mover nada de la carga, sino que todo esté junto, sin que entre uno y otro pueda haber aire, que habiéndole tiene peligro de reventarse, cargando el cañón con pólvora y echándole luego bala encima de la pólvora sin haberle echado taco, aunque la bala no llegue a estar sentada encima de la pólvora no es contingente reventar el cañón, porque como no tiene taco debajo que tapa la respiración del fuego de madera que al dar en ella le

haga se detenga, arrancará la bala y pasará sin hacerle daño. Y hemos de conceder a este fuego que haya alguna respiración, porque aunque sea verdad que entró la bala tan apretada que no pudo llegar a lo postrero del cañón, donde se había de juntar con la pólvora, no ha de ser ella y cañón tan parejos en lo redondo que totalmente dejen de tener alguna cavidad por donde aquel aire y fuego pase, que aunque sea muy poco, le basta para que sin detención siga su camino; y cuando esto no pueda ser, que lo juzgo por imposible, como el fuego en sí no tiene cuerpo para hacer golpe en la bala, con su mucha fuerza la arranca sin que peligre el cañón; y aunque tengo experiencia de esto, por haberlo visto muchas veces en muy buenos cañones, no aconsejo al que le sucediere lo dicho, le dispare desde sus brazos, que es ponerse a mucho riesgo.

Cargando el cañón con dos balas, éstas han de estar juntas, que en no llegando la una a la otra, es fuerza haber aire en medio, y es muy cierto reventar el cañón por donde la que está debajo da en la otra. Asimismo reventará cualquier cañón en tapándole la boca o cualquiera parte de él por lo hueco con barro, o metiéndole debajo del agua; todo lo que estuviere den-

tro de ella será cierto abrirse, porque allí con más seguridad conocemos no puede haber respiración, que si alguna vez sucede en estos casos no reventarse, es porque la halla en los tacos o balas que ellas están mal redondas y ellos atacados flojamente; mas en el agua es cosa sin remedio.

CAPITULO XIV

De los oficiales que en España y Alemania han labrado los mejores cañones y son conocidos por sus marcas.

LOS primeros cañones que se conocieron por buenos en España fueron de Alemania; los oficiales que los hicieron eran aquí señalados por sus marcas.

Uno puso dos cabezas.

Otro, una jarra.

Otro, una jarra y piña.

Otro, una tenaza.

Otro, unas llamas.

Otro, un navajón.

Y todos han sido de opinión. En Italia antiguamente labró un oficial, que se llamó Lazari Cominaz; hizo muy buenos cañones; con fama del despacho que

tuvieron han labrado otros muchos y han hecho y hacen muy malos cañones, y les ponen su nombre de Lazari Cominaz, como lo hizo el legítimo; y de estos contrahechos han reventado muchísimos y sucedido grandes desgracias.

Los maestros que ha habido en España de mayor opinión. En Madrid labró maestre Simón el viejo, y maese Pedro, su hermano, grandísimos oficiales de cañones y llaves de rueda. Fueron traídos por el señor Emperador Carlos Quinto de Alemania, por lo mejor que halló allá, y sirvieron asimismo a los señores reyes Don Felipe II y III. Pusieron entrambos por marcas unas hoces, maese Pedro tres y maestre Simón dos, por diferenciar. Tuvo maestre Simón cuatro hijos, todos de su oficio. Los dos han servido a sus Majestades Felipe Tercero y Cuarto. Felipe Marcuarte, el mayor, y Simón Marcuarte, el tercero, que hoy vive y es maestro de arcabuces del Rey nuestro Señor. Han puesto por marcas las mismas hoces que su padre, cada uno en un escudo, y cifra de su nombre, y a cada lado una hoz. Felipe labró muy buenos cañones y llaves de rueda. Simón ha hecho lo uno y lo otro, y más las llaves de patilla, que hoy se usan, de que es el mayor oficial que se ha conocido y el que me-

jor aire y garbo ha dado a todas las piezas que hace de su mano, como cuchillos de monte, cuchillas de archeros, alabardas y otras cosas; y es el que mejor ha conocido el temple del acero para hacer las dichas armas. Pedro Marcuarte, hermano de los dichos, ha sido y es muy grande oficial.

Juan Salado labró en diferentes partes; murió en Salamanca; fué de los mejores oficiales de su tiempo; fué general en hacer arcabuces, llaves de rueda y otras muchas herramientas. Rayó, barrenó y enderezó con todo primor; puso un letrero de su nombre, y por marca, un caballo. Sucedióle Juan Sánchez de Mirueña, su discípulo y yerno, de quien tengo tratado; puso por marca un león y su nombre con letras de abecedario. Al dicho sucedió Gaspar Fernández, su yerno y discípulo; trújole el señor infante D. Fernando, que está en gloria, de Salamanca; es tan general en todo como su suegro, y sus cañones tienen hoy mayor estimación en España y fuera de ella, que todos cuantos hasta su tiempo se han labrado; y, como toda verdad dijo, ha excedido a todos con conocidas ventajas.

En Sevilla labró Pedro Muñoz, que llamaron el toledano; puso su nombre con letras en el cañón. Juan de Metola puso su nombre en una marca. Legui-

zamo labró en Sevilla; puso su nombre en una marca y dos jabalíes en otra. Francisco Hernández labró en Córdoba y puso su nombre en el cañón. Andrés Herráez labró en Cuenca, fué grande oficial y general en todo género de armas, arcabuces, espadas y otras herramientas de corte; puso por marca una águila y su nombre con letras. Maese Cristóbal de Ricla labró en Aragón, puso por marca una X. Pedro Palacios labró en Soria; puso por marcas dos PP. Otros muy grandes oficiales hay hoy en esta Corte, y otras partes que merecen mucha estimación, que por no cansar al lector, no los pongo aquí, porque ellos darán testimonio de lo dicho en sus obras.

CAPITULO XV

*De los materiales necesarios para hacer pólvora,
y en particular cómo se refina el salitre.*

LAS calidades que ha de tener la buena pólvora son tres: fuerte, presta y limpia; los materiales de que se hace son tres: salitre, azufre y carbón, sin que lleve otra cosa más que agua, para que estos materiales se incorporen y ella se pueda machacar sin

que se le vaya el polvo; con estas tres cosas dichas se hace extremadísima pólvora, echándole los pesos de cada material de éstos en la conformidad que aquí se declarará, y estando los materiales bien refinados. Ahora trataremos cómo se ha de refinar el salitre, que es el principal material.

El salitre se saca de la tierra; ésta la ponen en unos medios tinajones y le echan agua encima, y lo que destila esta agua lo cuecen y después de frío se cuaja; a esto llaman salitre sencillo; no se puede hacer pólvora fina de ello, porque como no está limpio, sino con toda la bascosidad de la tierra, se perderá todo lo que se hiciere de él; hase de volver a refinar y se ha de hacer de esta manera: Tomar la cantidad que quisiere refinar de salitre sencillo, que es el que queda dicho, y echarlo en una caldera de agua, que sea la más delgada y dulce que se halle; esta agua ha de cubrir el salitre cuatro dedos, y luego se ha de poner al fuego, que no sea muy violento, sino manso y parejo, y en empezando a hervir y estando derretido el salitre, le han de ir espumando y quitando la bascosidad que sale encima con un cucharón nuevo, que no haya llegado a cosa de grasa, y después de bien quitada, echarle un poco de vinagre, cantidad de cuatro arro-

bas de salitre; una onza de vinagre y menos, como fuere la cantidad, y se ha de menear esto con el cucharón, para que vuelva a hacer espuma, la cual se le ha de ir quitando con un cedacillo nuevo de seda. Esta diligencia se ha de hacer tres veces, con lo cual se pondrá muy claro; luego que llegue a este estado, sacarlo de la lumbre y dejarlo hasta que esté frío, y entonces mudarlo a otra vasija y dejarlo que cuaje, que será en veinticuatro horas, si el tiempo es caliente, y si frío, menos. Después de cuajado se saca de allí y se vuelve a hacer esta misma diligencia con las circunstancias que la primera vez, advirtiéndole que se le dé siempre el fuego igual, como queda dicho; con lo cual queda el salitre bien refinado, si él es de buena calidad; y para saber si le basta o ha menester otro refino (que hay algunos tan malos que necesitan de tercera diligencia), hase de sacar del agua después de cuajado y ponerlo donde se enjuge en una estera limpia o en otra parte a este modo.

Estando enjuto se ha de probar, para ver si está bien refinado, echando un poco en una tabla limpia o teja, y poniéndole una ascua, el que más aprisa se enciende, y echa la llama más alta y más azul, y se quema sin echar chispas, y se consume más, sin dejar

grasa en la teja o parte donde se quema, es el que está perfectamente refinado; cuando se tarda en encender y encendido es la llama baja y morada, y chispea y deja grasa donde se quema, sin acabarse de consumir, éste ha menester volverse a refinar.

Para hacer pólvora finísima, que ésta sale de la flor del salitre y de todas las aguas que él deja, se vuelve a hacer otro, volviéndolas a cocer más; éste será más bajo respecto de haberle sacado la flor, y así no tiene la fuerza y viveza que el primero; hácese de él pólvora común y para cohetes. En los postreros refinados del salitre, cuando está hirviendo, para que se aclare y se le vayan abajo los posos que tuviere, se le han de echar dentro unos polvos de piedra lumbre, esto se ha de hacer tres veces y andarle meneando con el cucharón; si se juntare encima algún poso, quitárselo, y si pareciere se mengua mucho, añadirle agua de la arriba dicha, muy dulce y limpia.

Para saber, después de hechas estas diligencias, si está en punto para quitarlo de la lumbre, mirar cuándo está más claro y hace en medio unas campanillas; entonces echar en un cuchillo una gota; si se corre, no ha llegado a estar en punto; si se detiene y cuaja, lo está; quitarlo de la lumbre y dejarlo helar dos días;

cuajado el salitre, se le han de quitar los posos de los suelos, rayendo con un cuchillo, de manera que todo él quede tan limpio y blanco como la nieve. Esto se ha de hacer después de bien enjuto.

El azufre de que se ha de hacer la buena pólvora ha de ser de lo que llaman de dorar, y aunque sea de lo dicho, se ha de refinar para que quede más purificado. Tómase una cazuela vidriada nueva, échase el azufre en ella, y a fuego manso se ha de derretir, y luego menearlo muy bien y espumarlo, sacándole la bascosidad que hiciere encima con una cuchara; hecho esto, sacarlo de la lumbre y dejarlo helar, y raerle todos los suelos donde tuviere alguna maleza; y después se ha de moler y pasarlo por un cedazo muy espeso, para que quede muy acendrado.

El carbón que se ha de mezclar con el salitre y azufre, el mejor es de agramizas, que son las cañas del cáñamo; el ser bueno consiste en que se haga con mucha limpieza, que no tengan las cañas raíces, polvo ni tierra; para hacerlo con toda la que requiere, se ha de tomar un medio tinajón, y metido dentro de la tierra hasta ras con ras de ella, y tener prevenido con que taparle la boca de manera que no tenga respiración, y echan dentro las agramizas, y pegarles fuego

para que se hagan carbón. Fuera de esto, después de sacadas de allí, se han de ir echando en un harnero y menearlas, que si tienen alguna caña por quemar o algún terrón o piedra, se siente en lo hondo del harnero y se le ha de quitar. Todo lo dicho es necesario para hacer la pólvora muy fina que fuera del ajustamento de los pesos que ha de llevar de cada cosa, es su mayor excelencia la mucha limpieza de los materiales.

CAPITULO XVI

Cómo se ha de hacer la buena pólvora.

ECHANSE para hacer pólvora diferentes cantidades de salitre, azufre y carbón; pero lo más fácil y de menos trabajo para el polvorista es la pólvora que se hace en gachas. Hase de tomar un tinajón de agua dulce y clara (como habemos dicho) y echarle dentro un poco de ceniza de sauce, y revolverla muy bien y dejarla que se sosiegue y repose, con lo cual quedará limpiísima; luego tomar el salitre que se quiere convertir en pólvora y pesarlo, y echarlo en una caldera, y de esta agua la que hubiere menester para que se

cubra, y no más, y ponerlo al fuego parejo y manso hasta que el salitre esté derretido y convertido en aquella agua, a este tiempo quitarlo del fuego y tener pesado el azufre y carbón, que ha de ser de cada cosa de estas la quinta parte de lo que pesa el salitre, y echarlo dentro de la caldera, yéndolo meneando con un cucharón hasta que el salitre, azufre y carbón estén muy bien incorporado uno con otro, de allí irlo echando en el mortero; esta pólvora es muy buena y tiene menos trabajo que las otras, porque como está el salitre derretido, los demás materiales son fáciles de moler.

La pólvora más valiente de todas las que se hacen es la que se labra en grano, sin que el salitre vuelva a llegar otra vez a la lumbre, ya para hacer las gachas dichas, o para hacerle panes o harinillas, ni tostarlo, que todo lo dicho se hace con el fuego, y calentando el salitre en unos peroles, y después de bien refinado, es cierto, que tantas cuantas veces le llegan al fuego, siempre va perdiendo de la fortaleza que tiene. Esto hacen los polvoristas para morigerar y domesticar este material para poderle labrar con menos trabajo; pero la pólvora en grano no llega otra vez a la lumbre. Toman el salitre y machácanle en un mortero, y luego le pasan por un cedazo muy delgado de seda, y lo

mismo se hace con el azufre. Los pesos de esta pólvora son: a quince libras de salitre se han de echar veintiocho onzas de azufre y treinta onzas de carbón de agramizas; esto se ha de moler dos días enteros, por lo crudo del salitre, y cuando se vaya moliendo, con un hisopillo se ha de ir de cuando en cuando rociando, para que estos materiales se unan y no se les pueda salir el polvo con los golpes de la maza; porque si lo muelen en seco, el carbón, que es el más ligero, va saliendo, y queda la pólvora muy pesada, porque le falta aquel material, y si saliese otro polvo de los otros ingredientes, quedaría o sin fuerza o sin viveza; y así es necesario que se muele todo junto, y se ha de tener cuidado de echarles el agua para que siempre estén incorporados. Esta es extremadísima pólvora. Cuando se quiere hacer menos cantidad, a la mitad de quince libras, la mitad de los materiales dichos, y en disminución se puede ir quitando hasta hacer una libra.

Recetas para hacer pólvora por diferentes pesos.

Primera.

Salitre, 12 onzas y 3 adarmes.

Azufre, 2 onzas.

Carbón, 2 onzas.

Segunda.

Salitre, 16 onzas y 4 adarmes.

Azufre, 3 onzas.

Carbón, 3 onzas y 4 adarmes.

Tercera.

Salitre, 16 onzas.

Azufre, 3 onzas menos 2 adarmes.

Carbón, 3 onzas y 4 adarmes.

Cuarta.

Salitre, 16 onzas.

Azufre, 3 onzas menos 2 adarmes.

Carbón, 3 onzas y 2 adarmes.

Quinta.

Salitre, 16 onzas.

Azufre, 2 onzas.

Carbón, 2 onzas y media.

Sexta.

Salitre, 12 onzas.

Azufre, 3 onzas y 2 adarmes.

Carbón, 2 onzas.

Estas y otras maneras hay de mezclar la pólvora y de todas se puede hacer muy buena; pero el polvorista ha de mezclar estos materiales con conocimiento de lo que el salitre ha menester, que es el material principal; porque si de todos los salitres quiere hacer pólvora por una misma receta, es fuerza la yerre; que se le han de echar los otros materiales al salitre conforme conociere tiene la fuerza y viveza, que hay unos de mucha fortaleza y no tanta viveza, y hay otros que son muy vivos y menos fuertes; conforme a lo dicho se ha de gobernar. Al que conoce tiene fortaleza y le falta viveza, se le ha de añadir azufre, para que le ayude a encender aprisa, que ésta es la primera excelencia de la buena pólvora; si tiene viveza y no tanta fortaleza, se le ha de enmendar esta falta, echándole más salitre y quitándole el azufre. Al salitre, que es muy pesado, se le ha de añadir carbón para que le ayude a levantar, y al que fuere muy ligero, menos de lo ordinario, que el haber tanta variedad en las recetas es por la que tienen los salitres.

La buena pólvora tiene su proporción, como todas las cosas; ni es bueno sea demasiado fuerte, porque descompone al que tira con el mucho movimiento, ni que sea floja, porque no mata bien la caza; y la que

da mucha cox no se ha de entender que tiene más fuerza, sino que es pesada y le falta ligereza que le ayude a su movimiento, que es lo que queda advertido, que no ayudaron al salitre con lo que había menester cuando la mezclaron. La pólvora que da menos cox y mata bien la caza, esa tiene duplicada fuerza, porque echa de sí la munición sin hacer movimiento hacia atrás, que es tan valiente, que aquel peso no le estorba para que le arroje de sí, y los que piensan que da el arcabuz mucha cox por la valentía de la pólvora, salgan de ese engaño.

La pólvora ha de ser de manera que consienta que se tire con ella con su peso y medida, porque lo demás es accidental. Las pólvoras que se queman muy aprisa en el arcabuz y dan mucho trueno y no matan bien la caza, están faltas de la fuerza del salitre, y el dar mucho trueno está en que están cargadas de carbón; la buena pólvora no ha de tronar mucho; el ruido ha de ser muy breve y que se desaparezca aprisa del oído, y tan seco como que se quiebra un palo; en dando gran trueno y largo, tiene la falta dicha. Los que se valen de invenciones para hacer pólvora no la saben hacer; échanla para avivarla y que parezca muy presta y fuerte, agua de cal, con que se pone ella fácil

de encender y a la vista muy pujante; dura esto mientras hace tiempo enjuto, y luego la misma fortaleza del agua se come uno de los tres materiales que lleva, y viene a quedar como al que de dos pies le falta uno, que no se puede mover sin muletas.

Otros le echan alcanfor, vino, zumo de cáscaras de naranjas, que todo es falso, que no ha de llevar otra cosa que los tres materiales de que se compone y agua clara, como está dicho.

CAPITULO XVII

De la nobleza y propiedades del caballo como instrumento de caza.

ES el caballo español nobilísimo entre todos los animales, provechoso de muchas maneras para el servicio del hombre, y entre los brutos no sólo hay quien se le aventaje, mas no tiene imitación; porque aunque hay otros que son de mucho provecho, no le igualan en el modo. El buey ayuda con su trabajo al hombre, mas con aquella pensión de su tardo movimiento. El perro es fiel amigo, mas no de tanta utilidad y provecho. El elefante y camello son fuertes y

dóciles, mas no sirven sino de llevar carga. La oveja y demás ganado son de mucho provecho, y bien considerado, más que todos los otros animales lo es el caballo: es de ánimo bizarro y hermoso sobre manera, y de grande ornato para la majestad del hombre, y la representa en las ocasiones que se ofrecen de ostentación y grandeza; es adornado de hermosa crin y poblada cola, con que muestra más su brío y lozanía; son fuertes para las armas, ligeros para acometer, prestos para retirarse, bravos para los enemigos, mansísimos y de linda rienda para quien los maneja, y por estas calidades más a propósito para los ejercicios militares que los caballos de Nápoles, Polonia, Flandes, Francia y Alemania; es tanta la braveza de este animal cuando está ejercitado en la guerra, que si es detenido del que va encima, lleva de mala gana este sufrimiento y hiere con las manos la tierra, la boca llena de espuma, tascando el freno, dando a entender su sentimiento por la tardanza de la ejecución; y llegada la ocasión, no sólo no teme a los enemigos ni el sonido de las tropas, sino que esto le embravece y alegra, relinchando con gran brío hasta acometer al escuadrón contrario; y si se siente herido, no desmaya mientras pueda echar el aliento, sin espantarle

los golpes y movimiento de las armas; finalmente son tan belicosos, que atados en sus pesebres, en oyendo los instrumentos de guerra, se embravecen y muestran feroces; en algunas partes usan mucho caparlos, para tenerlos más domésticos; particularmente lo hace la gente de labranza para echarlos al prado y para que puedan arar con las yeguas, y aunque pierden algo de su brío, son tan valientes que no descaecen de su fortaleza en el trabajo.

Las partes que ha de tener el caballo para ser bueno: La primera, ser castizo andaluz, que hay muchas castas extranjeras que no son como la dicha, que ésta es la mejor que se conoce en el orbe. El caballo ha de ser atrevido y alegre, y no espantadizo; descargado de delante la cabeza y orejas pequeñas; los ojos, grandes; las narices, abiertas; el cuello, corto, ancho, y la crin, espesa y larga; el pecho, ancho y salido afuera; la espalda, alta y ancha; la anca, redonda y canalada; la cola, muy delgada y poblada de cerdas, y por el asiento hundida; las piernas, cortas y descarnadas de la rodilla abajo; las cuartillas, cortas; los cascos, negros, redondos y duros, y todo el cuerpo junto, hermoso. Estas son las señales que yo alcanzo ha de tener el caballo, en quien también hay

que considerar los colores. Algunos tienen por mejores los rucios rodados, los castaños, morcillos y alazanes, y por peores, el melado, blanco, overo y bayo deslavado. Las buenas señales en ellos son estas: El que tiene el pie izquierdo blanco y la mano derecha; los que tienen entrambos pies blancos; los que tienen estrella en la frente y beben con blanco; los morcillos, éstos sin señal, son muy alabados. Al contrario, son señalados por malos los que tienen el pie derecho sólo blanco, llámanlos argeles, y si tienen la mano izquierda blanca, argel tras trabado; éstos son comúnmente aborrecidos y desgraciados; y así, los grandes señores huyen de subir en ellos, porque en caballos de aquellas señales han sucedido muchas desgracias. A los caballos castaños que no tienen ninguna señal blanca llaman zainos; suelen ser muy buenos y valientes, aunque se halla en ellos que tienen malos resabios, y de aquí le vino al hombre que trata con otros con cautela y falsedad, llamarle zaino. Es el caballo tan para todos, que aunque hay tantas cosas escritas de este animal de hombres eminentes en su enseñanza, la afición que le tengo y el haber seguido el campo en él tantos años me ha hecho fuerza y dado atrevimiento a decir lo menos

que de él se puede, de tantas cosas que le pertenecen.

Las que ha de tener para seguir la caza, buen paso y color castaño, morcillo, alazán, bayo, cervuno oscuro; éstos son a los que mejor aguarda. Los blancos, rucios y overos son más señalados, y a quien conoce más aprisa, recelándose de ellos, y muchas veces el balletero procura encubrir los caballos a la caza, que importa para el intento, y éstos, por su mala color, no es fácil, que como se diferencian tanto de lo que es el monte, aunque se quiere, no se puede. Asimismo para este ejercicio ha de ser el caballo ligero y de buena boca para poder correr el campo; en siendo pesado y torpe, no se puede hacer en él buena diligencia; no ha de ser rijoso ni revoltoso entre otros, sino manso, porque se ofrece soltarle en el campo, para que se deje coger, y para si se ofreciere sacar en el jabalí, venado o gamo, que se mata en el monte, que lo sufra; no ha de ser espantadizo ni temeroso para pasar por donde quiere su dueño; no se ha de echar en el río con él; ha de estar enseñado a cabestrear como el buey, para entrar con él a tirar a la caza; ha de aguardar el arcabuz y que ande bien de la rienda.

CAPITULO XVIII

Del buey como instrumento de caza.

DE los animales que más ayudan al hombre con su trabajo, es el buey, y de él tiene mucha utilidad, porque con él labra los campos y conduce los bastimentos de unas partes a otras, y asimismo todos los materiales para fábricas y todas las demás cosas necesarias para el servicio del hombre, y le sustenta con su carne y da con su piel el calzado contra lo abrasado del verano, lo helado del invierno, sin otras muchas cosas que de ella se hacen, que sirven al uso humano; y con ser animal tan grande, ninguno es de menos costa, porque se sustenta con hierba verde en el verano y seca en el invierno, y con esto está siempre para que se puedan servir de él, sin aflojar en el trabajo, lo cual no se halla en los otros animales de carga, que es necesario sustentarlos con cebada, y en faltándoles, no se pueden servir de ellos. Son éstos de su naturaleza poco ágiles; es su movimiento muy pesado y tardo; son animales pacíficos unos con otros; alcanzan grandísima fuerza; cápanlos de poca edad para reducirlos al trabajo; domados, se sirven de ellos para el

ejercicio de la caza y otros; cuando son enteros y cerriles, son los más bravos animales del mundo, y en particular los que crían en estas riberas del Jarama y Tajo, que la braveza de un toro de esta tierra es mayor que la de las demás fieras, y mano a mano no hay ninguna que le ofenda, y en la determinación a todas hace ventaja. Bastantes pruebas de esto hemos visto en estos tiempos.

En la plaza de la Priora quiso su Majestad (Dios le guarde) ver otras fieras con un toro, echáronle un león muy grande y feroz; levantóle en alto en los cuernos y maltratóle muy mal. Lo mismo hizo con un tigre y un oso, que a todos los arrojó de sí con mucha facilidad, siendo siempre el que los acometió. Echáronle una tortuga de madera que cabían en ella siete u ocho hombres y la movían con unas ruedas, y en viendola andar, arremetió a ella una y muchas veces, dándole muchos casquetazos. Finalmente, le soltaron un camello, y le embistió dos veces y dió dos heridas que lo mató. Esto mismo hemos visto que han hecho otros toros en la leonera del Buen Retiro, y se ve cada día lo que los toros hacen en las plazas donde los corren, que hemos visto levantar un caballo y un hombre encima, y arrojarlo de sí con tanta facilidad, que ad-

mira a los que lo ven; pero domesticada esta ferocidad, es del provecho que queda dicho. Del modo con que se caza con este animal se dirá en el capítulo último del libro tercero.

CAPITULO XIX

De los instrumentos de telas y redes que tiene su Majestad en su Real montería, y otras redes con que se cogen aves y caza menor.

ENTRE otros instrumentos que hay de caza, tiene su Majestad unas telas con que se cercan los montes, y la caza que se coge dentro no puede salir, por ser ellas de más de estado y medio de alto, de manera que ningún animal las puede saltar y con dificultad romper, porque son de muy fuerte cáñamo torcido; cercárase con ella una legua en redondo; cogen dentro todo género de caza: jabalíes, venados, gamos, lobos, zorras y otros animales. Este instrumento no le puede tener en España sino el Rey nuestro Señor, por ser de mucha costa y trabajo para cazar con él. Trujo estas telas a España de Alemania el Emperador Carlos V, de gloriosa memoria, porque allí las han

usado algunos príncipes soberanos; son de esta forma: por las orillas, alta y baja, están guarnecidas de unos cordeles de cáñamo muy fuertes, y a trecho de vara y media les van dejando unas lazadas del mismo cordel de cuatro o seis dedos de largo, para que por cualquiera parte que se quieran poner caigan siempre al derecho, y así no tienen haz ni envés; es cada tela de largo de treinta y seis a cuarenta pasos, poco más o menos; en la una parte del remate de la tela hay unos botones de palo largos, y en la otra, otros tantos ojales con que la enclavijan unas con otras, y para levantarlas en alto tienen unas lanzas de pino, y en cada cabeza de lanza una argolla de hierro que la guarnece; la cual tiene a un lado un garabato que ase en las lazadas de la cuerda, y para levantar la tela y que se tenga fija en el aire, en una misma lazada ponen dos lanzas, una por la parte de adentro y otra por la de afuera, que asen los garabatos de ellas en una, como está dicho. Los cuentos de estas lanzas están puntiagudos, para que se hinquen y asgan en la tierra, con lo cual están fijas y se tienen en lo alto, y donde hay árboles las entremeten entre uno y otro, y las atan a ellos para que si viniere aire recio, no las levante, que lo hace con mucha facilidad, arrancando los árboles y

carros a que están atadas, como si fueran de pluma; y aún se hace más prevención que por la parte que ellas asientan en la tierra, que es más de media vara, las cubren de cantidad de ella, y en las sortijas de la cuerda hincan unos clavos muy fuertes, que están hechos para aquel efecto. Todo lo cual se hace para poderlas tener seguras, y muchas veces lo dicho no basta. Cuando su Majestad quiere hacer alguna montería con ellas, lo dice al montero mayor, que hoy lo es el señor Marqués del Carpio, y él da la orden a su sotamontero, el cual manda al alguacil de las telas avise a los monteros, que en todos son treinta y seis: cuatro de a caballo, cuatro de traílla y veintiocho de ventores y lebreles. El alguacil que tiene estas telas a su cargo le tiene de macrir carros en que se lleven, que son menester veintiuno. Asimismo cuida de alojar a los monteros y tenerles provisión para su sustento.

Tiene asimismo la montería un capellán, que les dice misa, y fuera de las telas tiene redes en que se cogen jabalíes, lobos y zorras; son de un cordel muy fuerte, como es necesario para que sujeten animales que tanta fuerza tienen; úsanse otras redes para venados y gamos; son más altas y de mayores mallas; unas y otras se arman en estacas hincadas en la tierra.

Hay otros muchos modos de redes, aunque no los tiene la montería; pondremos aquí sus nombres, y de otros instrumentos.

CAPITULO XX

De las redes y otros instrumentos que comúnmente se usan para todo género de caza.

HAY redes para conejos que dicen de vuelo; pónenlas en unos palos que llaman tientos; son de una vara de alto y de grueso de un dedo; están guarnecidos por lo bajo de una punta de hierro muy aguda, porque si la tierra estuviere dura, se puedan hincar en ella y tener en pie la red; cázase con ésta de día y de noche, y con la poca luz mucho mejor, porque tiene menos vista la caza para recelarse, y entonces está fuera de sus viveras, que ha salido a campear y buscar su sustento. En estas redes se matan grandísimas cantidades de conejos. Hay otras dos redes para esta caza: una, que se llama capillo, es de una vara en cuadro; pónenla a la boca de la vivera y tienen dentro de ella el hurón, y como él los persigue allá dentro, salen huyendo de él y quedan presos en la red.

Lo mismo hace cuando viene huyendo de los perros a meterse en la vivera.

Hay otra red, que se llama albanega; es de vara y media de largo; ármase con dos tientos; pónenla de día y de noche en las veredas de las liebres, y sueltan perros para que por el rastro las busquen y sigan, y ellas, huyendo de los perros, dan en la red, y lo mismo los conejos; todas estas redes de los conejos y liebres son de pequeñas mallas y del bramante más delgado que se halla.

Otras redes hay de diferentes maneras, con que se cazan las aves en los cebaderos, en dormidas en la tierra y en los árboles de noche.

Lo más que se matan en estas redes son sisones y gangas, estorninos, tordos, palomas y tórtolas, y para perdices hay otras redes de diferentes maneras: una red que se llama buitrón, y otra, que se caza con luz de noche, que dicen calderuela; otra que se llama tiraza, que la echan encima del perro de muestra cuando tiene paradas las perdices o codornices; otra que se llama trasmallo, para las codornices solas; otra red hay que se dice del aire, que es para las aves de más alto vuelo, que la arman en alto de unos árboles a otros, y andan ojeando las aves, y cuando va a pasar,

dan en la red y quedan en ella, porque es de tres mallas.

Hay otros armadijos fuera de redes, con que se mata mucha caza: lazos para conejos y liebres; perchas para perdices, con el perdigón manso, y para alares en los cerros; hay lanchas para perdices, orzuelos y alzapiés para estas aves, y ballestillas para calandrias y ruiseñores; oncejeras para otros pajarillos que andan en los sotos y riberas. Otros muchos armadijos pudiera poner aquí, que por no cansar, los dejo, y porque estas cazas no son tanto de mi profesión; y así, hablo de ellas con poco gusto.

CAPITULO XXI

Del amor y fidelidad que el perro tiene con el hombre por instrumento de caza.

EL perro nace y se cría en casa para guarda de ella y servir al hombre en diferentes ministerios; el amor y fidelidad de este animal para con su dueño es conocido de todos, y no será necesario buscar ejemplos para probarlo, aunque pudiera traer muchos, valiéndome de algunos autores; sólo traeré uno, tan verdadero como notorio, sucedido en nuestro tiempo en

Toledo, metrópoli de España. Tuvo un hombre un perro tan fiel amigo, que aun después de muerto jamás quiso desamparar su cuerpo, antes siguiendo hasta la sepultura, se estuvo sobre ella siete años en el cementerio donde le enterraron, dando grandes muestras de su sentimiento, y allí asistía noche y día. De muchos fué notado el amor y constancia de este animal, y admirados, le llevaban de comer, para que no pereciese de hambre ni se acabase aprisa aquel ejemplo de fidelidad, afrenta de ingratitud, con que muchos pagan buenas obras; desdichas de las atenciones de lo racional, en que nos hallamos vencidos de un bruto.

No son los perros animales de mucha vida: es la más larga doce o catorce años; hay muchas diferencias de perros en una misma especie, y se diferencian no sólo en el color y proporción del cuerpo, sino en el oficio a que naturalmente les inclina su raza. En cada provincia hacen los perros a diferentes costumbres en los modos de caza, conforme el cuerpo y calidad que ellos tienen. Los mayores perros son los lebreles; cébanlos en venados, jabalíes y osos; la hechura del cuerpo del lebel ha de ser muy delgado, grandes ojos, la cabeza larga, cenceño y de mucha ligereza. El talle del alano ha de ser mucho más cargado que el lebel,

el hocico romo, la frente ancha y levantada, los ojos hundidos y sangrientos, el mirar espantoso, el cuello corto y ancho; son éstos de tan grande fortaleza, que rinden un animal tan valiente y feroz como es un toro, y de tanto mayor cuerpo que él, y a este peso otro cualquier animal; los dogos tienen estas mismas señales, sino que son más cortos y membrudos, tienen la cola más corta y con más pelo.

Hay otros perros, que llamamos mastines, que son tan grandes de cuerpo como los dichos; críanlos para guarda del ganado, tienen gran cuello y fuertes pechos de medio cuerpo atrás; son cenceños, tienen mucha fuerza y ligereza, son muy valientes, pues en los desiertos montes siguen los lobos, defendiendo no lleguen al ganado, y mano a mano pelean con ellos y los matan, en que se conoce su mucha valentía, pues rinden tan fieros animales; y para este efecto son de grandísima utilidad y provecho a los ganaderos, que si no fuera por ellos, no se pudiera conservar el ganado.

Hay otros perros no tan grandes ni tan membrudos; llámanse galgos; matan éstos las liebres en la carrera, que son tan ligeros, que las alcanzan; y cebados en gamos y venados, hacen lo mismo; los que se crían en España son aventajados en ligereza a cuantos hoy

se conocen. La hechura que ha de tener el buen galgo, la cabeza pequeña y las orejas muy delgadas; el cuerpo, cuello y hocico largos, los ojos grandes, el pecho ancho y robusto, los lomos grandes y carnosos, las costillas algo travesadas y que vayan en disminución al vientre, las piernas delgadas y altas, los músculos redondos y duros, la cola larga y delgada. Hay otros, que llaman conejeros, que son muy ligeros, aunque no tanto como los galgos: tienen el hocico agudo y la cabeza ancha, las orejas como lobo, derechas arriba; la cola muy enroscada y poblada de pelo por lo bajo; son estos, muy mañosos y sutiles y de grandísimo rastro; matan los conejos en los más espesos jarales, cosa que parece imposible, y cazan asimismo de noche las liebres, lo que no hacen los galgos, porque no son de tanto viento y rastro como éstos, ni sufren tanto el trabajo.

Hay otros que llaman sabuesos, y de estas dos castas, unos de menos agilidad que otros, porque son mucho más pesados; a éstos llamamos navarros o franceses, porque la casta es de Francia, como la de los frisonos: tienen la cabeza grande, el hocico romo, las orejas muy largas y anchas, la boca rasgada, los dientes muy recios y agudos, las piernas cortas, el cuerpo ancho, y todos ellos muy pesados; son de su

naturaleza mal sufridos y vocingleros, aunque de mucho viento y rastro; no los usamos en España porque no son a propósito para nuestro modo de caza; en Francia se mata la caza a fuerza, y son para ellos estos perros muy a propósito; aquí, que se mata con todo secreto, es necesario sean los sabuesos muy sufridos, y que aunque vean las res junto a sí, no ladren ni se muevan sin licencia de su dueño; los sabuesos de España son más ligeros que los que arriba dijimos, y para que anden más secretos en el monte, les cortamos las orejas y la cola, porque en los tiempos lluviosos no hagan ruido con ellas cuando se sacuden el agua, que los perros que las tienen se oye el ruido que hacen de muy lejos; son estos perros muy porfiados en el seguimiento de la caza, y para muchos más trabajo; tienen lindo viento y son muy grandes mordedores; y como la tierra de España es mucho más agria que la de Francia, si no fueran tan ligeros, no pudiéramos cazar con ellos.

Hay otros perros, que llamamos de muestra, que buscan y paran las perdices; son muy doblados y de mucha fortaleza y agilidad. Hay otros, que llamamos de agua: entran en ella y sacan las aves, que les matan; son muy fuertes, al modo de los sabuesos nava-

rrros; tienen el pelo crespo, largo y vedejudo, y las orejas muy anchas. Hay otros, entre mastines y podencos, que llamamos de alimañas; son de mucho provecho a sus dueños en los montes y sotos donde se crían conejos, porque de día y de noche con ellos no dejan gato montés, zorra, turón y patialbillo, y otras sabandijas que hacen daño en la caza, que estos perros no la matan, que no corren ni ladran a otra cosa que estos animales, que son enemigos de ella; y cuando no la pueden haber a las manos, ladran y enseñan al dueño dónde están encerrados, y de esta manera las halla y mata. Hay otros perros, que llaman de encarbo y ajeo, con que se matan las perdices; los unos de éstos las aseguran andándose a la redonda de ellas, para que no se levanten; éstos son los de ajeo. Los de encarbo las buscan como los perros de muestra y, en hallándolas, las persiguen hasta que las levantan. Estos modos de caza se dirán adelante en el capítulo que les tocara. Hay otros perrillos, que llaman zorreros; estos son muy pequeños y encrespadillos, tienen las orejas muy grandes, la cola muy enroscada encima del lomo, son algo vedejudillos, persiguen las zorras y gatos monteses, y los tejones y turones; son muy valientes, grandes mordedores; entran en las cuevas de estos ani-

males y allí los ladran y muerden, hasta que los matan o hacen salir fuera, y cebados éstos en jabalíes, los persiguen y rastrean como los sabuesos.

CAPITULO XXII

De qué edad se han de empezar a enseñar los perros en la caza que han de seguir, según su raza.

HANSE de empezar a enseñar los perros nuevos cuando ellos tienen fuerza para sufrir el trabajo, y asimismo el castigo, que es cuando las perras tienen ocho meses y los perros un año; a este tiempo ya están capaces para aprender lo que les enseñan; y si los quieren cebar antes, no llevan bien lo uno ni lo otro, porque el trabajo, siendo muy nuevos, les cansa; y el castigo los atemoriza, y hasta que lleguen a tener la edad dicha, sólo se les ha de enseñar a estar atados, y ha de ser con cadena, porque si quisieren roer la atadura, no puedan ni lleguen a tener tan mala costumbre; esto se ha de mirar mucho, en particular para los que hubieren de ser de trailla, que en ellos viene a ser ésta muy gran falta; porque se ofrece muchas veces haberlos de dejar el balletero atados en el monte solos,

y si royesen la trailla, no sería de provecho lo que el hombre ha trabajado.

El mayor yugo que les pueden echar para enseñarlos es el trabajo; éste ha de ser muy continuo, mientras se ceban, atraillando la caza y procurando matársela, y tal vez cuando va en su seguimiento, llegar con él hasta levantarla, para que con el sentimiento de ella y el rastro más fresco, tome más codicia de seguirla; cebándolos desta manera, sin dejarlos descansar, se enseñan a atraillar; esto se debe hacer particularmente con los que son muy fogosos, para que el cansancio y trabajo los dome, que en llegando a estado, que no les ciega la soberbia, en poco tiempo aprenden lo que les enseñan, y en dejándolos holgar el tiempo que se ceban, lo que han podido aprender en seis meses, lo pierden en seis días, y por esta razón se les ha de continuar en la enseñanza hasta que tengan conocimiento de lo que quiere su dueño que hagan; con lo cual y morder las reses y cebarse en su corazón y sangre, toman amor a aquel ejercicio y le aprenden con facilidad.

Fuera de esto, ha de advertir el balletero que para que el sabueso de trailla tome más brevemente lo que le enseña, le ha de dar el castigo como el perro

tuviere el natural: si es soberbio, castigándole lo que hubiere menester para reducirle, que unos son más dóciles que otros y háseles de dar atentadamente para que se consiga lo que se pretende; y así, más vale dársele de muchas veces, que atemorizarlo de una. Lo más que hay que advertir es que se le dé a su tiempo, cuando hayan hecho por qué; que por no mirar mucho en esto, no conocen ellos la doctrina y hacen mil disparates. Al que tiene poca codicia y es tibio, es necesario obligarle con caricia y halago; porque si los quieren emparejar haciendo esto por fuerza, es irles contra su natural, y no los reducirán y se quedarán con esta o aquella tacha; esto debe conocer el balletero. Al que la codicia le desatina cuando va atraillando en el rastro de la caza, y le pierde por andar muy aprisa y sin cuidado, con la misma trailla, cuando va tirando de ella, se le ha de ir sofrenando y amenazando para que atienda a no perder el rastro que lleva; y cuando lo dicho no bastare, castigarle, para que el miedo lo reduzca y pierda aquella mala costumbre y venga en conocimiento de lo que quieren que haga; y para que mejor se consiga, ha de ir cuidando el que atrailla, de no perder de vista el rastro, y siempre que el sabueso lo pierda, le ponga

en él, para que conozca el yerro, y que es aquello lo que quiere su dueño que siga; de esta manera se empapan en atraillar la caza y va cobrando cariño a aquel trabajo, y si se le mata alguna res, entonces es muy bueno halagar al perro y animarle, para que muerda de ella, y darle el corazón y que se ceba en su sangre. Esto se debe hacer con el cachorro que se ceba.

Asimismo se ha de advertir mucho cómo se le dan los primeros encarnes, para que él quede bien cebado, que esto viene a ser de mucha importancia para adelante. El cachorro de trailla no se ha de soltar, si es posible, hasta que él sea muy maestro, porque a las primeras veces le sucede mal, que trabaja mucho y no se cobra la caza, le desmaya esto, y a otra que se ofrece soltarle, no hace la mitad de diligencia, desahuciado de lo que le sucedió, y para que se acierte, se ha de cebar con otro perro maestro que lo trabaje, y el cachorro, de verle delante, tenga más codicia; y cuando la res esté segura de no poderse escapar, soltar el perro nuevo para que ayude al otro, y entonces el balletero le ha de animar mucho, que cebándose de esta manera se hacen temosos y porfiados, y cada día van estando más capaces, hasta que la continuación los hace maestros.

CAPITULO XXIII

Que el buen Ballestero hace buen sabueso.

COMO es el hombre que enseña al sabueso, así viene él a obrar; y hay algunos que, de muy malos, los hacen muy buenos, y al contrario; jamás mal ballestero puede hacer perro bueno; hay hombres que en un mes matan una res, y otros, cada día la suya; esto no consiste en ventura, sino en que saben lo que hacen. Los que siguen la caza por la trailla y conciertan con él, son dueños de cuanto el monte cría, porque siempre andan entre ella y se les ofrecen muchas ocasiones para matarla y para que se cebe el sabueso, que este animal, más que otro alguno, aprende vivamente lo que ve y lo que le enseñan, y el seguir la caza le viene de naturaleza, y lo demás que ha de obrar es enseñado, y de ahí viene a saber que ha de tener sufrimiento y estar callando y sin moverse, aunque vea las reses a seis pasos; lo cual aprende con la continuación de andar tras ellas. El que mata una res muy de tarde en tarde, mal podrá enseñar al sabueso, pues no tiene ocasiones en que lo aprenda. El bueno

de trailla no ha de saber jamás estar suelto, sólo el tiempo que es necesario para sus necesidades, y luego se ha de volver a atar, y aun el mismo se va a la cama sin que le llamen, que esto puede la continuación hacer capaz a un irracional; y lo mismo hace cuando anda entre la caza, pues de ver que su amo anda muy despacio y con mucho secreto, que aun para reñirle lo hace por señas, amenazándole por no hacer ruido, eso mismo aprende el perro; y si ve venir la caza hacia él, se baja porque no le vea, y quisiera entonces meterse debajo de la tierra; y si la ventea y la tiene cerca, es menester irle empujando para que pase adelante; para conseguir esto es necesario lo dicho, que de dar una gota de agua en una piedra le viene a hacer un hoyo, etcétera.

CAPITULO XXIV

De las astucias y lealtad del sabueso.

CRIO Dios todas las cosas para el servicio del hombre; pero con su trabajo le hizo señor de ellas, para darle a entender cuán limitado es el poder que tiene; y si con su voluntad tuviera lo que quisiera,

fuera tal su soberbia, que no conociera a su Criador. Esta es la causa por que dió su defensa a los animales, aves y peces, a cada uno lo que le convenía para su conservación; y aunque el hombre capaz de entendimiento previene sus cautelas contra las astucias de estos animales para tenerlos a su voluntad, e hizo redes que sacasen los peces de la profundidad de las aguas, enseñó aves, que en la misma región del viento alcanzasen las otras que están en libertad y las pusiesen a sus pies. Para los animales tuviera esto grande dificultad, particularmente para los bravos y feroces, que se esconden en lo más intratable de los montes y en lo más agrio de las peñas, donde por maravilla se dejan ver; y aunque por su descuido tal vez el hombre pudiera ser dueño de alguno, lo consiguiera raras veces y le costara mucho trabajo; y si estos animales no tuvieran otro contrario más que el hombre, casi se pudieran alzar con el nombre de libertados, pues él no fuera bastante para hallarlos y sacarlos de donde su naturaleza los cría. Los otros animales, aunque bravos, ya se dejan domar, como el caballo, buey, camello, elefantes y otros que domesticada su fiereza, se rinden; estos esclavos son del hombre, no hay duda; pero el león, tigre, oso, jabalí y otros no lo son, que no

se han sujetado ni se dejan cargar de manera que él se pueda servir de ellos, sino por grandeza; y así, vienen a tener privilegio, siendo sólo prisioneros. Y si contra todos no diera Dios otro animal que los persiguiera y descubriese donde están, no tuviera el hombre parte en ellos; mas contra sus astucias, breñas y montañas crió Dios al perro, fiel amigo del hombre; el cual, si fuera silvestre, con dificultad se matara esta caza, y es tan leal, que con su trabajo le hace fácil lo imposible.

Es el sabueso el más atrevido de los perros, pues siendo tan pequeño, persigue a los mayores y más feroces animales que hay, sin más ayuda que su atrevimiento y valentía; y es de manera que, herido de ellos muchas veces, no los teme ni deja, antes los sigue días y noches en asperísimas montañas, padeciendo hambre y desamparo de su dueño; y aunque mate la caza tras que va y tenga gran necesidad, no la come ni llega a ella, y la está guardando de lobos y otros animales, con quien se hace pedazos por defenderla hasta entregarla a su amo, poniendo la vida a tantos peligros, sin más interés que ser leal amigo del hombre, y parece que porque los otros animales no le sirven, los persigue hasta la muerte.

CAPITULO XXV

*Cómo el sabueso hace que sepa el hombre los montes,
como los sabe la caza.*

ES de tanta importancia al balletero el sabueso, que sin él no pudiera ejercer la montería ni alcanzara a saber dónde había de hallar la caza ni dónde aguardarla para matarla, y el sabueso se lo facilita y le hace que sepa los montes por menudo, como ella los sabe, que siguiéndola por la trailla conoce los caminos que toma, halla donde se encama y los pasos que tiene en las espesuras para ir de una querencia a otra, ya cuando se recoge a ellas, ya cuando las deja y va a buscar su sustento; halla asimismo los bañaderos y aguas que toman los jabalíes y demás caza mayor, que todo esto suele estar en las mayores espesuras, y conoce por lo referido la querencia de los animales, que no tienen todos una misma habitación, que el jabalí se encama en diferente parte que el venado, y éste en diferente que el gamo; porque sigue cada uno su natural, y el sabueso le enseña la variedad de caminos para matar cualquiera de estos ani-

males; y si le huyen, sabe los pasos que han de seguir, y se les pone delante, y desde donde se halla va a ellos, aunque sea por las mayores espesuras, que nada le desatina y guía tan derecho a cualquiera parte como por un camino muy trillado que no le ha menester, porque conoce el monte de la misma manera que la caza y, siguiéndola con el sabueso, no hay hoyo ni cañada, por escondido que esté, que no le haya pisado muchas veces, que aquél es el andar de ella, y los caminos seguidos, el del hombre; y el que quisiere saber bien el monte y matar los animales no valiéndose del sabueso, andará a tienta, como ciego, y no alcanzará uno ni otro; porque lo más que puede saber el ballestero de estas cosas lo debe al sabueso, el cual enseña los rastros de la caza donde él no los pudiera ver, y en los montes más espesos le dice dónde está, venteándola; y asimismo le cobra la caza herida, cosa que él no tuviera remedio, si este animal le faltara, y con él no está seguro ninguno, que por escondido que esté, se le pone a su dueño en las manos, y así a él se le debe lo dicho, y las buenas costumbres y enseñanza del sabueso al hombre, que juntos son dueños de la vida de los animales.

CAPITULO XXVI

Del olfato del perro y cómo se prueba que las reses son de diferente olor unas de otras, siendo de una misma especie.

ENTRE los animales, el de mayor olfato es el perro; esto, junto con su conocimiento, le hace hacer cosas que nos parecen imposibles y que no caben en un bruto. Vemos cómo aprenden lo que les enseñan, que pronto son en obedecer, particularmente los de caza; las diligencias que hacen para buscarla, venteando y rastreando; el gran conocimiento que tienen en el olfato, donde jamás se engañan. De esto tiene el hombre larga experiencia, por verlos obrar tantas cosas. Los que traen la caza a la mano, qué cuidado tienen de ir por ella en tirando el cazador; como conocen por el viento la que va herida y la siguen, que poco caso hacen de la sana, si su amo le heca una piedra en un montón de ellas, por haberla tocado con la mano la conoce, y lo mismo hace de otro cualquier género de cosa que le mandan traer; y aun echándole algo en el agua, se zambulle a buscarlo debajo y lo saca en la boca, cosa que parece im-

sible conocerlo allá abajo, donde no puede ventear, y con todo eso vemos que lo hace.

Es tan verdadero su conocimiento en el olfato, que apartan las reses, conociendo la que siguen, aunque se meta entre mil de ellas; esto no lo consiguen con la vista, que, como irracionales, les falta ese conocimiento, y no se valen de otra cosa que del olfato, y cuando las apartan no las ven, que por el rastro lo hacen con maestría, que los perros bozales, siguiendo su natural, van tras todas las reses; mas el perro enseñado no sigue más de la que quiere su amo, y es lo más que se le puede pedir, que no haga caso de los otros rastros ni aun de las mismas reses, porque sólo tiene su cuidado en el que le pusieron, y ése sigue, sin que los otros le embaracen, que esto es lo que llamamos apartar. Y siendo estos animales de una especie y casta, y el sabueso, por naturaleza, su contrario, que es lo que le obliga a que siga este rastro y deje el otro, pues lo hace de su voluntad.

Aquí entra lo enseñado al sabueso y su obediencia, pues no sigue sino lo que quiere su dueño, y muchas veces contra su natural; pues es evidente que los hombres ni animales no son todos de una misma complexión, que conforme su natural la tienen, y son

unos coléricos, y otros flemáticos, y el perro, según tuviere la calidad de estas dos, apetecerá seguir de mejor gana una res que otra, y podrá la que le manda su amo no ser a la que él se inclina y la deja, estando esto en su voluntad, dando a entender que no la tiene más que para obedecer. Y es evidente que no lo pudiera hacer en esta parte, si las reses olieran todas de una manera, y fuera cierto engañarse, y cada instante trocara una res por otra, y no hubiera certidumbre en seguir la que el ballestero quisiera, si no fuera yendo sola, y en metiéndose entre otras no la conociera el sabueso, pues no hallaba más en aquel rastro que en los otros; y si se aprovechara de la vista, fuera aún más cierto el engaño, que el conocimiento de las cosas le reservó Dios sólo para el hombre, y para eso le hizo capaz de entendimiento; y si aún él muchas veces se engaña, viendo unas tan parecidas a otras, cuánto mejor se ha de creer esto de un bruto? En el que él le tiene muy verdadero, es en el olfato, y supuesto que no trueca la res, tiene cierto conocimiento de la que sigue, y en esto está su facilidad, que el sabueso no halla dificultad en conocer y apartar una res de otra por el olfato, como con la vista conociera, y apartara un hombre una cosa blanca entre

otras negras. Donde más conocen esta verdad y tienen confianza de la que hallan en el sabueso, es en Alemania, Francia e Inglaterra, donde se mata la caza a fuerza del seguimiento de ellos. Allí conciertan el ciervo y le sueltan los perros, y el de tralla le va siguiendo por ella; lo cual hace desde la mañana a la noche, sin perderle, aunque vea otros muchos y se meta el que sigue entre ellos, no hace caso de otro rastro ni de las mismas reses, como está dicho, hasta que le matan el que lleva, y si trocara con los que topa, fuera esto imposible, pues siendo sin comparación más ligeras las reses que los perros, nunca les dieran alcance ni llegara el caso de matarlas, que esto es muy común. Tanto puede la buena enseñanza, que vence el natural aun en los irracionales.

El perro trabaja por hallar la caza, y lo consigue cuando la alcanza a ver. Pues ¿por qué no sigue lo que ve? Déjalo por el cuidado y conocimiento que tiene de lo que le han enseñado, y conoce lo que busca, y en no siendo la misma res que sigue, no le parece que cumple con su obligación, y no tiene ojos ni se vale de ellos para el seguimiento de otra. Además, que su verdadero conocimiento lo tiene en el olfato. Prueba bastante de esta verdad es lo que vemos en

los ganados mayores y menores, siendo tan grandes las cantidades que se crían juntos, cada madre conoce a su hijo y cada hijo a su madre, y esto no lo consiguieran con la vista, por ser unos tan parecidos a otros.

Pruébese asimismo en lo que en ellos mismos se ve cada día: muéresele a una res su hijo, y el pastor quiere ahijarle otro para que le críe. Muchas son tan hurañas y escabrosas, que por ningún caso se quieren dejar llegar de ellos, y los bufan y patean. Cuando sucede, la mayor diligencia que hace el pastor para reducir esta res a que críe el hijo ajeno, es desollar el hijo muerto de ella y ponerle esta piel encima, cosida como una funda, al que han de criar, y el olor de la piel de su hijo es tan eficaz para ella, que en encerrándola una noche con él, le lame y quiere como si le hubiera parido.

El perro, siendo tan astuto, y que se cría con el hombre, en apartándose de su amo, no le conoce hasta que le toma el viento; y si los otros hombres fueran del mismo olor, como se llega a él, se llegara a ellos, mas no con verdadero conocimiento, y eso fuera no poderlos distinguir, y cuando lo hace, bastante le tiene de lo que es cada cosa; y así, poca maravilla es

que el sabueso no trueque las reses en que le ponen, pues tiene facilidad en conocerlas. Esto es lo que le costó trabajo al hombre cuando le enseñó.

CAPITULO XXVII

En que se prueba que lo menos que hacen los perros es sacar las reses heridas.

CUANDO una res herida, que va atraillando el sabueso, se mete entre otras, hace mucho menos en sacarla que si fuera sana; porque fuera de que cada una tiene diferente olor que otra, el de la sangre es más eficaz para que la siga el perro; y hay muchos que sin ser de su raza ni haber visto res en su vida, en topando rastro de sangre la siguen y, si pueden, la matan, para hartarse de su carne; y en siendo res sana, corren un poco tras de ella y la dejan. Cuánto mejor hará esto el sabueso, que conoce lo uno y lo otro; de mejor gana seguirá a la que lleva una herida mortal, de que va derramando mucha sangre, y diferente congoja sentirá en ella cuando, por faltarle algún brazo, no pueda huir, y oye al que la va siguiendo, que lleva buena gana de alcanzarla, y ella mayor de escaparse del que

la sigue por su rastro y por su sangre; y en caso que esté herida por parte que no la eche o tan poca que el hombre no la vea, que para el sabueso no hace esto al caso, que siempre sabe lo que atraílla, y ven más sus narices que nuestros ojos, y las heridas, que no echan sangre, son las del vientre o tripas menudas, y ya que no echan sangre por ellas, vierten los excrementos e inmundicias de él; y cuando no echasen esto, respirarán por la herida, y caso que esto les falte, que es imposible, por la boca y narices echarán el aliento tan corrompido y congojado, que en eso las conocerá el sabueso, que él toma rastro de muchas cosas que el hombre no puede ver ni alcanzar, que el animal con su cuerpo y calor le hace, y lo uno y lo otro sigue el sabueso.

Opinión hay de autor que el rastro lo tienen las reses sólo en las uñas, las cuales dice se les calientan más o menos según hacen el ejercicio, si no es que lo diga porque solas ellas son las que hieren la tierra, y este rastro es el que puede ver el hombre, que lo demás que atraílla el perro sólo él lo sabe, y con su demostración lo conoce el balletero, y como el olfato de este animal es tan sutil, cualquier cosa le basta para que siga la caza; y cuando ella va por parte que no señala su huella, no por eso la pierde. Finalmente,

él conoce las reses, las diferencia y aparta unas de otras. Y para que quede entendida esta verdad, y probado que cualquier cosa del cuerpo del animal que tocara en la tierra o matas hará más rastro que las uñas, y que si como ellas las asientan en ella, tocar otra parte del cuerpo fuera el rastro más vivo para el perro. Digo que el corazón es la parte principal de todo viviente, que a todos los miembros del cuerpo envía sus espíritus vitales, que por él tienen vida. Entiéndense todos aquellos que participan de carne y sangre, que éstos se alimentan con la vida del corazón, y mientras él la tiene, viven ellos. Esto no se ha de entender con las uñas de la res, que éstas y los cabellos son excrementos y se dejan cortar sin sentirse, y crecen aun sin la vida, que no necesitan de ella para multiplicarse, sino de la sustancia del cuerpo, y mientras él no se consume y conviértase en tierra, no se consumirán ellos; y cuando el ejercicio y cansancio se le calientan las uñas a la res, es que su calor se trasmite por ellas, aunque es lo menos poroso de su cuerpo. Luego síguese que si el mismo cuerpo llegase como ellas a la tierra, haría mucho más rastro. Desto muy larga experiencia tienen todos los que han atraillado, porque cuando la res

huye por monte espeso, no busca el sabueso el rastro en la tierra, ni baja la cabeza a ella, antes la levanta a las matas, donde tocó el cuerpo del animal, que allí le halla más vivo que si tienen calor las uñas para hacer rastro; ¿cuánto mayor le tendrá el cuerpo, de quien ellas lo reciben?; y éste será menor en las reses heridas que en las sanas, tanto cuanto le fuere faltando el calor natural al animal, según fuere la herida. Porque es cierta cosa que cualquiera viviente en las penetrantes padece refrigeración de las partes extremas, como son pies y manos, por dos razones. La una, que por las heridas se exhalan los espíritus vitales, que son los que comunican el calor natural a todas las partes del cuerpo, juntamente con la sangre. La otra, porque en las congojas, cuando no hubiera derramamiento de sangre, el calor y espíritus se recogen al corazón, como parte principal que padece, y quedan las partes extremas destituídas del calor natural, como se ve en los que se quieren morir, que mucho antes se les enfrían pies y manos. Luego en la res que lleva heridas y congojas de muerte, antes le ha de faltar el calor para hacer rastro, que tenerle duplicado con las uñas, pues ellas no tienen más que el que reciben de la parte, y ése a la misma parte le

falta; y así, quede asentado que el conocimiento que tiene el sabueso para apartar una res de otras, está en las complexiones de ellas, que por aquí las conoce; y a las heridas, por lo dicho y por la sangre, como creo que está probado. Hame sido forzoso alargarme en este capítulo lo más de lo que yo quisiera, por no dejar oscuridad en lo propuesto, y porque Juan Mateo, balletero que fué de su Majestad en el año pasado de mil y seiscientos y treinta y cuatro, escribió un libro, que intituló *Origen y dignidad de la caza*, en que mostró su larga experiencia en los multiplicados sucesos que en sus muchos años de continuación tuvo, y tratando en el capítulo once de su libro esta misma materia de que yo en este capítulo escribo, dice que la causa de no tomar los sabuesos el rastro de otras reses y seguir el de la en que los han puesto, es que cuando empiezan a seguirlas con los ladridos de los perros y ruido de las bocinas, ellas se afligen más que las que no han sentido aquel ruido, y con esta congoja se les calientan las uñas y hacen el rastro más vivo, y que en eso las conocen los perros, y esto igualmente a las reses heridas que a las sanas. El curioso que leyere estas opiniones dará el crédito a cada uno como le pareciere.

CAPITULO XXVIII

De las curas de los perros.

YA que hemos dicho las diferencias que hay de perros y los modos de su enseñanza, conforme en España se practica, que es: no matando la caza a fuerza de caballos y perros, sino con el arcabuz, mañosamente, me ha parecido cosa muy necesaria que todo hombre que tratare de ballestería y montería, tenga inteligencia, cómo debe curar los sabuesos y lebreles de las enfermedades y heridas que tuvieren, que como ellos son los perseguidores de las fieras, de ellas se hallan muchas veces malheridos, y como esto les sucede en los montes, donde, aunque se quiera buscar quien los cure, no se hallará, es bien lo sepan el ballestero o montero, pues no les costará más trabajo que leer estos pocos renglones.

Cuando hay herida en la cabeza, se ha de tener atención de manifestarla bien, para que si hubiere alguna cosa desasida de su lugar o daño en el casco, se conozca, y esto se ha de procurar con todo cuidado, que las heridas que no han recibido más daño que la rotura del pellejo son simples; háseles de cortar el

pelo dos dedos a la redonda de la herida, la cual se le ha de lavar con vino tibio y procurar quede muy limpia de la sangre, y después se le ha de enjugar, y estándolo, se le han de ir dando los puntos que hubiere menester; lo cual se ha de hacer con aguja cuadrada, que ésta y tijeras e hilo siempre lo ha de traer consigo todo montero. Los puntos han de asir bien en el pellejo, y parte de la carne ha de estar una pulgada uno de otro, y hanse de dejar de manera que no queden apretados ni flojos; los apretados causan dolor al animal; los flojos no hacen juntar la herida; encima de ella se han de echar estos polvos: de hoja de murta, de hoja de oliva, de hojas de encina, de hojas de nísperos, de llantén, de cortezas de palma y de harina de cebada, tanto de uno como de otro; cada uno de estos polvos curará la herida, pero cuantos más fueren juntos, con más presteza; sobre ellos se han de poner estopas mojadas en vino caliente, y encima de ellas otras secas, y atárselo de manera que no se quite la ligadura de su lugar. Hase de curar esta herida una vez al día, y poniéndole firme la ligadura, al tercer día.

La herida en la cabeza hecha con espada u otro instrumento, que rompió el pellejo y quebró el casco,

para curarla se ha de meter el dedo dentro, y si tuviere algún hueso quebrado, sacársele, y asimismo otra cualquiera cosa que pueda dañar y quede muy limpia, que por dejar en la herida alguna destas cosas, no sanan tan presto, y muchas veces se hacen incurables; y hecho esto con cuidado, la cura sea la misma que en la llaga simple.

Cuando con golpe se magulla la cabeza sin romper el pellejo, se ha de curar con lo siguiente: tomar resina de pino y cera, y tanto de uno como de otra, junto, derretirlo, y después colarlo por un paño de lienzo y quitarle el pelo de toda la parte magullada y untarle con esto bien caliente dos veces al día. El mismo efecto hará cera y albayalde, tanto de una como de otro. Si tuviere en lo magullado mucha hinchazón, se le pondrá este emplasto: tomar cuatro onzas de miel y una de azaro y media de harina de yeros, y esto molido y cernido, junto con la miel, se ha de poner a hervir, y curarle con esto dos veces al día. Y si se llegare a abrir esta hinchazón y tuviere dentro carne podrida, se le ha de echar en ésta llaga polvos de alumbre y de albín muy bien cernidos, y después que la carne esté igual, para que encorezca se le han de echar polvos de alarguez, y de macías, y de cortezas

de granada, y de cabezas de rosas, tanto de uno como de otros; con lo cual encorecerá en poco tiempo. Y hase de advertir que cuando los perros tienen heridas en la cabeza, no se les ha de consentir coman huesos, que con la fuerza que hacen para quebrarlos reciben daño en la herida y no se suelda tan presto. La herida que daña los nervios y los descubre se ha de lavar con vino caliente y darle sus puntos, y tomar galbano, albayalde, aceite y cera, tanto de uno como de otros, y esto mezclado, echarle otras cantidades como de esotros polvos de inforbio y cortezas de incienso, y poner a hervir esto; y después que haya hervido, echarle dos onzas de trementina, y luego colarlo, y curarle con esto una vez al día y ponerle encima estopas mojadas en vino caliente; y si tuviere el nervio descubierto, echarle cada día encima un poco de atutia lavada, mezclada con aceite tibio.

En las heridas de la garganta, que tienen cortada la vena organal y que echan mucha sangre, para que el perro no se desmaye, se le ha de acudir luego y ponerle el dedo en la rotura de la vena, y tenersele allí en el ínterin que puedan batir dos claras de huevos, y picar muchas estopas en un madero, de manera que estén muy deshechas, y hacer mechas de ellas. La

primera, del grandor de la herida, para que con ella se le tape, y luego poner otra encima, mayor que aquélla, y tornarle a poner allí el dedo, y tenérsele un rato para que se vaya restañando la sangre, y sobre éstas irle poniendo otras mayores, de manera que vaya tapando las que están debajo, y todas ellas han de estar muy bien caladas en las claras de huevo, para que quede la herida segura y no se le pueda soltar la sangre; luego se le ha de atar con una venda delgada, que le dé cuatro vueltas; con esta ligadura ha de estar seis o siete días, y después echarle los polvos dichos, para que críen carne y encorezcan.

En las heridas de los pechos que pasan a lo hueco, lo primero que se ha de hacer, es meter el dedo para manifestar dónde llega; luego poner al perro las piernas altas del suelo, de manera que se le pueda vaciar la sangre, que puede haberle caído dentro, y estando bien desangrado, coserle la herida, y con los polvos de la llaga simple curarle; hásele de lavar primero la herida con vino cocido con hojas de murta y oliva y zumaque, y con la primera cura ha de estar hasta tercero día.

La herida del vientre, en que salen las tripas fuera, se ha de curar de esta manera: asir el perro y po-

nerle los lomos en la tierra, y los pies y manos arriba, de manera que el vientre esté en hueco, y entonces meterle el dedo hasta allá dentro, y con la otra mano irle metiendo las tripas con mucho tiento, hasta que estén en su lugar; si la herida fuere angosta, que se haya de hacer lo dicho con dificultad, se ha de abrir un poco, para que se le puedan meter las tripas sin peligro de que se rompan, y si estuvieren frías y con ventosidad, por haber estado el perro mucho tiempo sin curarse, lavárselas con manzanilla cocida en vino tinto, lo más caliente que lo pueda sufrir, que con eso se le quitará la ventosidad, y luego coser la herida, advirtiéndole que son tres cueros los del vientre, y por el primero y el postrero ha de asir la aguja en el zifaque, de manera que el primer punto y el postrero asgan en todo el cuero del perro; y estos dos puntos han de tener cada uno un nudo muy apretado, para que con los otros que se han de dar en el cuero de encima se junte esta herida; después de esto, echarle polvos de la llaga simple. Hase de advertir que se ha de tener este perro donde no haya que subir y bajar escalones, porque no tenga ocasión de saltar, que hasta que la herida esté soldada es lo dicho muy dañoso.

Cuando se les mete a los perros algún garrancho

de jara o de otro palo en pie o mano, se le ha de curar de esta manera: tomar un poco de aceite y echarle un poco de azufre y otro tanto inforbio; esto, muy molido y cernido, se ha de echar en el aceite, y ha de cocer hasta que se ponga negro, y ponerle este ungüento una vez al día hasta que sane. Si el garrancho no ha salido luego y se está dentro del pie o mano, tomar harina de cebada y echarle un poco de agua y un poquito de aceite, y ponerlo a hervir hasta que se espese; y luego tomar harina de yeros y un poco de azafrán, y con lo uno y lo otro hacer una masa y ponérsela que con esto saldrá el garrancho, y estando fuera, ponerle el ungüento que queda dicho hasta que esté sano.

Cuando se le quiebra a un perro pierna o brazo, lo que se ha de procurar es tornar a su lugar aquellos huesos. Hase de atar el perro de manera que no pueda morder ni menearse, y luego tomar el pie o mano un hombre que tenga fuerza, y la una mano asírsela, cogiendo lo alto de la quebradura, y la otra de la parte de abajo, de manera que ella quede en medio, y apretar allí muy fuertemente; y otro que tiene la quebradura y procure poner los huesos en su lugar; si la herida por donde salen fuere pequeña, de manera que

por ella no los pueda meter, abrírsela un poco más, para que con facilidad y menos tormento del perro se consiga lo que se pretende; luego se ha de tomar una venda que tenga una braza de largo y tres dedos de ancho, que sea de toca o de otra cosa delgada que se pegue y ciña bien a la herida, y ésta se ha de mojar en unas claras de huevos bien batidas, y el primer cabo se ha de poner sobre la quebradura, y darle allí tres o cuatro vueltas, y subir la pierna arriba, como tres dedos, y luego volver a bajar hasta otro tanto a la parte de abajo. De esta manera ha de andar hasta que se gaste la venda y quede la herida con bastante paño, para que otras ligaduras que se le han de poner encima de éstas no le hagan daño. Hase de entablillar este pie con unas tablas muy delgadas y tan anchas como el dedo pulgar, y que no llegue la una a la otra, lo que tiene de ancho, y con un bramante muy fuerte empezarle a liar de esta manera: desde encima de la quebradura hasta cerca del cabo de las tablas, y volver abajo haciendo lo mismo; con esto ha de estar siete días, y después se le han de quitar la cuerda y las tablas que tuviere encima de la herida, y la venda que está debajo se ha de ir cortando sutilmente con unas tijeras o cuchillo, hasta que ella se descubra; la

cual se ha de limpiar con un paño delgado y curarla con lo siguiente: tomar dos onzas de miel y una cuarta parte de ázaro molido y cernido, y curarle con esto de cinco en cinco días, y si tuviere hinchazón y materias, curarle más a menudo. La primera atadura de las vendas de las claras de huevo la ha de tener quince días, y después se la han de quitar y ponerle este emplasto: tomar una cuarta de incienso, y otra de almáciga, y otra de nuez de ciprés y media onza de bolarmenico, todo molido y cernido; estos polvos se han de echar en dos claras de huevos que estén muy batidas, y los polvos irlos echando en ellas muy poco a poco, para que se incorporen en ellas, y luego se le ha de echar un poco de harina de trigo y se ha de ir meneando hasta que todo esté bien incorporado, y que no esté duro ni muy blando, y tendido en un paño, ponérselo en todo el brazo o pierna o en lo más de él, dejando sin ello la parte de la herida; la cual se ha de ir curando con la dicha medicina de la miel y ázaro; este emplasto ha de tener hasta que él se quite, y después de quitado, lavarle cada día con vino y sal hasta que esté sano.

Cuando a los perros les da sarna y se les cae el pelo, se les ha de curar con este ungüento: tomar

almartaga, albayalde y azarcón, de cada cosa una cuarta, y media onza de tuere y una de alheña; esto se ha de moler y cerner, y tomar una libra de unto de puerto y majarlo en un almirez hasta que esté muy blando, y echarle dos onzas de azogue y volverlo a machacar hasta que el unto se ponga de color cárdeno, que esté el azogue bien incorporado en ello, y luego echarle los dichos polvos y volverlo a machacar, y se le ha de ir echando vinagre muy fuerte, para que no se ponga duro y venga a quedar como un ungüento blando. En este estado se le ha de echar un poco de hollín, volviéndolo a moler; con este ungüento se ha de untar al perro una vez cada día, habiéndole lavado primero con agua tibia y jabón.

Otra receta.

Hase de poner el perro al sol el día que calienta muy bien, desde las diez hasta las dos de la tarde, y untarle con aceite de comer, y después tomar taya-fín molido y cernido, y echarle estos polvos encima de la sarna, y estése de esta manera aquel día, y después lavarle con agua tibia; y en estando enjuto, volverle a lavar segunda vez con agua lo más caliente

que él la pueda sufrir, y en estando bien enjuto, tornarle al sol y untarle con aceite y echarle los dichos polvos; esto se ha de hacer tres o cuatro veces.

Otra receta.

Tomar una onza de poleo y media de pimienta y una de piedra de azufre; esto molido y cernido, con una onza de cera y otra de aceite, den un herbor hasta que se haga un ungüento, y tener lavado el perro con jabón y agua caliente, y en estando enjuto, untarle y ponerle al sol todo el día. Asimismo untar el perro con aceite de enebro, y de comer, tres veces, y ponerle al sol, y quedará limpio.

Fin del libro primero.



LIBRO SEGUNDO

CAPITULO I

*Cómo se ha de conocer cuando echa el hombre el viento
a la caza.*

LOS animales que se sustentan de carne, como el león, tigre, oso, lobo cervical, onza, gato de clavo, gato montés y otros, que hay de diferentes especies, son enemigos de los ganados y de toda caza de pesuña hendida, porque es aquél su manjar, y todos éstos temen a los que tienen garras; entre ellos pondremos al lobo y zorra, porque también los conocen por enemigos, que su naturaleza les enseña de quién se han de guardar, y lo procuran con todos sus sentidos, que no les va menos que la vida; el mayor conocimiento tienen en el olfato; con él diferencian y conocen al amigo y enemigo, hierbas y aguas con que se sustentan, sin que yerren en este conocimiento, y de este sentido usan continuamente, como cosa tan necesa-

ria a su conservación; y si en alguna ocasión la astucia de sus contrarios les priva de éste también, es hurtándoles el viento; con lo cual vienen a quedar con evidente riesgo de perder la vida; porque asegurada aquella parte, lo demás con que les pueden engañar es muy fácil: para la vista, encubriéndose con alguna peña o tronco o mata, lo que más a propósito hallare de esto; para los oídos, andando con mucho secreto, con que no oye ni ve el animal; pero aunque el hombre o el otro contrario de la caza tenga esto de su parte, si ella de la suya tiene el viento, no importará que no ponga los pies en la tierra ni que se encubra con una muralla, que todo esto lo alcanza la caza por el viento, sin que se le escape cosa alguna; y aunque para su defensa se valen de los pies, vista y oído, la mayor son las narices, y con el instinto que tienen conocen en qué reciben daño, y cuando le pueden evitar, no lo dejan por negligencia; y asimismo el que quiere hacer la presa en el otro, conoce que no logrará su deseo, si es sentido del que pretende quitar la vida, porque le huirá y se pondrá en salvo, que naturaleza enseña a cada uno, por lo que le toca, cómo lo ha de hacer, y esto aprendieron los hombres de los animales, porque ellos lo usaron primero para sustentarse, puesto que

no es para todos la hierba y otras legumbres de la tierra, y por esto los mismos animales que ella cría son homicidas unos de otros, y así, cada uno tiene su modo de gobierno, éste para cazar aquél, y el otro para huir del peligro. Y para dar a entender a los que quisieren tratar de matar la caza el modo como se le ha de hurtar el viento, con que la cogerá segura, es entrándola por la parte que quede privada de este sentido, y se consigue yendo a ella con él en la cara, que éste es sólo el remedio; porque siempre que el enemigo de la caza se quisiere llegar a ella con él en las espaldas, el mismo viento coge el calor del que se le acerca y le lleva a donde le huele, que esto es lo que decimos echar el viento a la caza. Y para explicarme mejor en la inteligencia de este caso, digo que, tirando una línea derecha, que propongo es el viento, y poniendo en las dos puntas de la línea, en la una la caza y en la otra su enemigo, por la parte que el viento empieza a correr por ella lleva el calor del que halla al que está en la otra punta y se le echa encima; si es el que recibe la caza, al mismo punto reconoció al contrario, y a toda diligencia se pone en salvo. Si empezó por donde ella está y va a dar al que la pretende coger, la halla descuidada y sin recelo. Hemos de

ampliar más este caso, para que el que hubiere de cazar no esté atenido a que precisamente haya de entrar a la caza por el hilo del viento, que es la línea que queda dicha, sino que ésta, atravesada como cruz, en poniéndose en la línea donde le dé el viento en el rostro, puede desde allí ir a cualquiera de estos brazos, sin peligro de que la caza se le tome, que éstos llamamos medios vientos, y lo ha de guardar precisamente el que la quiere matar, que de otra manera no lo conseguirá, porque al contrario y a la caza los ha de gobernar el viento: a ella, para defenderse y guardar la vida, y al otro, para quitársela, haciendo lo que aquí se le advierte.

CAPITULO II

De los revocos del viento.

NO sé si hay otra cosa de mayor primor en las que tiene la ballestería y montería que conocer los revocos del viento, y cuándo podrá el aire revocado del balletero hacer daño para que le tome la caza. Ya dejamos dicho que entrando con el viento en la

cara no puede saber la caza de su enemigo; mas hase de entender que no hay regla sin excepción: la causa está en la tierra y no en ser falsa la proposición; diré el modo cómo se debe entender.

En los montes llanos, como el viento sea algo vivo, no tiene dificultad lo dicho, y el balletero lo debe ejecutar; y estando esto mismo en tierra desigual de montes, hoyos y barrancos, se perderá cada instante: verá huir la caza sin alcanzar quién le ha dado ocasión; y no admiraré esto, si el que le sigue no tiene experiencia, porque con ella se alcanza el conocimiento de estas cosas.

Los revocos del viento los enseña al hombre el sabueso, y la misma caza, que de otra parte no se puede alcanzar; como se conocen, es viendo que el perro, en días de viento recio, en metiéndole en tierra de barrancos y mucho monte a ventear la caza, lo hace señalándola a muchas partes, siendo cierto que no puede estar más que en una, antes de meterse en lo hondo la señala a aquélla, y en entrando más bajo a otra; y no ha andado diez pasos, que ya no sabe dónde está, y señala al revés de todo lo que ha venteado, y suele, acercándose más, sentir menos y muchas veces nada, siendo así que ha de ventear más vivo, mien-

tras se halla más cerca de lo que ventea, y con esto anda el perro desatinado, no sabiendo dónde están las reses, aunque le da el viento de ellas, y sucede levantarlas de donde el balletero no imaginó; esto no puede ser culpa del sabueso y sería ignorancia el creerlo; quien la tiene es la misma tierra, que con su desigualdad hace que el viento revoque, que se entiende no correr derecho, porque cuando él coge mi calor y se le lleva, si fuese por parte descubierta, iría con él derecho hasta que le gastase y consumiese, sin llevarle a un cabo o a otro; mas cuando le coge en parte desigual de tierra quebrada, hoyos y barrancos, en llevándole de mí, da con él en parte más alta, que le impide el camino que lleva, y como no puede pasar, retrocede a otra a buscar por donde salir, y dió en otro inconveniente, y de aquél en muchos, andando toda la tierra, hasta que se le echó encima a la caza, y ella es la causa por que ella huye.

Cuando el sabueso anda desatinado, le sucede lo mismo, como hemos referido. El modo como se ha de remediar este daño, es que el día de viento recio ha de huir el balletero de meterse en tierra honda y desigual, conociendo este peligro, y la experiencia, sabueso y caza le desengañarán de lo que digo. Lo

más que se puede hacer, caso que, poco más o menos, conozcan están las reses en lo hondo de alguna barranca, y que tienen por el soviento tierra más alta que por la que él hubiera de entrar con él en casa, siendo el viento recio, y que a la otra parte donde ha de llevar el mío no puede tener tope, sino que pasará libre, ha de entrar a estas reses al revés rabo a viento, porque cuando es mucho y no halla tope, no retrocede, y en el altura que cogió mi calor, aquél derecho guarda, y la misma barranca hace, que queden las reses libres de podermele tomar, porque les pasa por alto, que lo recio de él le arroja, y no le da lugar a que se les caiga encima. En tierra de barrancos redondos no se puede hacer esta diligencia, porque no hay salida cierta para el viento, y de un hoyo en otro se anda remolinando, sin que haya parte segura de él. Conforme la disposición de la tierra, se ha de gobernar el balletero, que en muchas ocasiones le será de provecho lo que digo y me agradecerá esta sutileza.



CAPITULO III

Cómo se ha de entrar a tirar a la caza.

DE los muchos enemigos que tiene la caza, de quien incesantemente se teme y guarda, no perdonando su cuidado diligencia alguna para escaparse, el principal es el hombre, el cual previene contra el instinto y astucias que ella tiene, las particularidades de este capítulo; las cuales es bien que observe el que la quisiere matar, porque ella siempre vela, y con los descuidos del hombre vive.

Hase de entrar a tirar a la caza con el viento en la cara, para privarla de este sentido, que es el que le da conocimiento verdadero del hombre; porque aunque le sienta o vea, no le conoce por lo que es como cuando le toma el viento. Lo segundo, por parte, que no le vea, buscando para encubrirse lo traspuesto de su vista, como está dicho. Esto ha de procurar con todo cuidado, y si haciendo esta diligencia no halla la comodidad que ha menester, se valdrá de lo mañoso cuando le sea fuerza haberse de encubrir con el poco monte que hallare. Ayudaránle mucho a

que consiga lo que pretende tres cosas. Entrar por lo más hondo, sombrío y oscuro, y andar muy despacio, que es lo que más le disimula, para que la caza no le vea. Luego se sigue, que de su parte ha de tener el balletero dos cosas bien contrarias una de otra: unos pies de plomo, otros de pluma; éstos, para que no pierda por negligencia las ocasiones que le ofreciere el monte para matar la caza, que en la tardanza suele estar el peligro, y en el campo se ofrecen cosas que en la presteza está el conseguirlas, que muchas veces se ve una res segura y que se puede el balletero llegar a ella con facilidad, y por ser tardo en la ejecución, pasó un pájaro volando y la alborotó y se fué, dejando burlado a quien la pudo quitar la vida; y para no perder esta ocasión y las que se ofrecen cada día, es cosa muy necesaria la presteza y agilidad en los que andan tras la caza. Ha de tener los pies de plomo, porque los ha de mover muy despacio cuando entre a ella, y con tanto cuidado donde los pone, para no hacer ruido con ellos, como cuidar con la vista dónde la ha de hallar; y cuando los asienta en la tierra, con tanta sutileza como si fueran de ligera pluma, y sea tal su cuidado, que antes de volverlos a mover, ha de haber mirado todas las matas una a una,

para descubrirla, que el entrar a hurto requiere andar mucho y poco, entendiendo que lo general ha de ser mucho con los ojos y muy poco con los pies, que haciéndolo al contrario, no puede examinar bien las matas para ver lo que hay en ellas, y va con gran peligro de hacer ruido, y andando aprisa no se puede ejecutar bien lo uno ni lo otro; y si por usar mal lo dicho le siente o ve la caza y le huye, habrá perdido lo trabajado y el premio que pudiera tener, y puesto que se ofrezca haberle de descubrir en alguna parte cuando se arrima a ella, la engañará con esto, que es más presta para ver cualquiera cosa que se mueve que la que está queda; y los animales, aunque ven, no conocen lo que es, particularmente si hace viento, de manera que se menean las matas, que aquello de estar con cuidado a todas partes les hace perder más el conocimiento, y aunque el hombre se descubra en alguna, no le conoce, como no se mueva más aceleradamente que lo que el viento las mueve; pero si conoce que hay novedad, allí pone los ojos, y no hay seguridad que aguarde. Asimismo se ha de guardar lo posible no descubrirse al sol, porque en él, o parecerá más claro u oscuro, y en diferenciándose de manera que la caza reconozca no es el mismo monte, le huirá, que

con pequeña ocasión lo hace, y el remedio mayor contra este daño es moverse tan despacio que ella no lo conozca.

Con el mismo cuidado ha de huir el balletero de que no vean su sombra, que en no llevándola de manera que con su mismo cuerpo la tape, en otra cualquiera parte irá, a riesgo de hacer con ella daño, si la lleva delante o a los lados, aunque él vaya escondido detrás de la peña o mata, la sombra irá por encima de todo, y para que huya la caza, de la misma manera lo hará de la sombra que de la persona, llegando a conocer que se mueve. El mismo daño hará asomándose por lo alto, donde su persona hace viso. Esto es cosa muy peligrosa, que como ella tiene tanta vista y cuidado, a cualquiera cosa que allí se mueve le clava los ojos. En la oscuridad o a la sombra no puede tener este conocimiento, que allí no penetra la vista todo lo que ve; mas a la luz del cielo, aunque no se mire con cuidado, cualquiera cosa que allí se mueve se ve con grande facilidad, y en este caso, más que en todos, se ha de entrar con el espacio dicho, para que la caza se engañe.

Luego se sigue que ha de entrar muy derecho a ella, sin atravesar la tierra a los lados, porque si lo

hace, será visto; que una res que está queda, particularmente venado, gamo, corzo, cabra y lobo, que tienen la vista aguda, aunque tengan la cabeza baja y estén comiendo, nada se les escapa, que de la misma manera ven por los lados que por delante; y hase de mirar tanto en esto, que aun la cabeza no se ha de mover, particularmente estando cerca de ella, que viven con tanto cuidado, que son necesarias estas advertencias; y cuando haya de tirar, no se ha de asomar por encima de la mata o peña, si está en parte que ha de hacer viso, si no es que haya otra cosa detrás con que se encubra, que de cerca es mucho el conocimiento de las reses; lo más seguro es por lo más oscuro y hondo, y por el lado de la peña o mata; y si estuviere en tan mala parte que se pueda temer de los revocos del viento, buscar en lo más alto lo más oscuro y sombrío, como está dicho. Fuera de esto, ha de observar siempre que el que entrare a tirar las reses, no yendo cubierto de su vista, que no ha de quitar los ojos de ellas para atender a sus movimientos, que en faltándole este cuidado, se perderá, y teniéndole, en ellas mismas conocerá cuándo están descuidadas o cuidadosas; porque en recelándose será mayor su vigilancia, y cuando se conoce que la tiene,

se ha de estar el hombre quedo hasta que la caza la pierda, y vea que mira a todas partes con una misma atención, que en eso se conoce la ha perdido; y si estaba comiendo y lo dejó, aguardar a que vuelva a comer, advirtiéndole que cuando están mal seguras bajan la cabeza y hacen que comen y escuchan; y así es bien dejarlas asegurar de todo punto, que la espera en estos lances es la que mata la caza. Si la res va comiendo, muévase cuando ella se mueve, porque con su movimiento pierde mucho de la atención con que escucha, y en parando haga lo mismo; y si se ofreciere poderse encubrir de ella, aprovéchese de ello, ganándole aprisa tierra para lograr la ocasión, que para eso han de ser los pies de pluma, para poner en ejecución las ocasiones que les ofrece la misma caza. Esta es la regla que ha de guardar el que quiere matarla, haciendo lo que está advertido, que en descuidándose puede temer el suceso, que la caza jamás lo está.



CAPITULO IV

Cómo debe el ballestero o montero conocer los rastros de la caza.

ES muy necesario sepa el ballestero o montero conocer y diferenciar las reses unas de otras: cuál es jabalí, cuál venado y cuál gamo o corzo; y en el rastro saber la res que sigue, si es pequeña o grande, que muchos no alcanzan esto, y en algunos tiempos del año tiene dificultad; porque el tiempo desemeja las huellas de la caza y hace que parezca lo que no son: el grande, pequeño, y al contrario, el pequeño, mayor. Esto es en lo riguroso del hielo, y seco del verano, y húmedo del invierno, cuando la tierra, por estos accidentes de hielo y sequedad, está muy dura y no señalan las reses su rastro si no es en parte húmeda, y entonces también hay variedad, porque la tierra, por el temporal, puede estar más blanda de lo ordinario, y cuando la res mete los pies en ella, resbala y ensancha la huella y parece el rastro grande, aunque sea la res pequeña. En tierra ligera y arenisca, y por lo bajo de poco migajón, si tiene agua o mucha humedad, el rastro grande hace parezca pequeño, porque al sacar

la res las manos de la tierra, la humedad que está debajo cierra la huella y hace más pequeña la demostración de lo que ella es. Esto debe y ha de atender el que sigue esta caza, que por lo dicho la conocerá según el tiempo y la tierra en que anduviere.

Asimismo, en tiempo seco, es necesario esta advertencia para conocer si el rastro es de aquel día o si es grande o pequeño, si hay polvo o le hizo la res cuando rompió la tierra con las uñas, con cualquier género de viento que haga aquello muy menudo que quedó en su huella, se pierda dentro de tres horas, y se ve ella limpia de él y llena de tierra más gruesa, porque lo muy sutil del polvo delgado se lo ha llevado el viento, y faltando esto, mal se ha de conocer de cuántas horas es, si no es por lo bien que lo toma el sabueso. Conócese si la res es grande o pequeña cuando está la tierra dura por el hielo o sequedad, que no señala su huella más que con las puntas de las uñas, que es lo forzoso con que ha de herir cuando pone los pies en ella. Aquí se ha de mirar y tantear el ancho de estas uñas, pues lo demás del pie la dureza de la tierra no da lugar a que se señale, observando que una res pequeña no puede tener las puntas de las uñas anchas, ni una res grande angostas. Estas son las co-

sas que debe mirar, y por aquí conocerá la res que sigue, que no se puede llamar balletero el que lo ignorare. Conocerá asimismo el rastro fresco en la hierba que pisó la res, en la que deja cortada cuando va comiendo, que si es de aquel día, hallará la cortadura fresca y la hierba con zumo, y si no es de aquel día, está la cortadura seca y la hierba marchita. Si la res va por monte donde con los pies quiebra las matas, estarán las quebraduras blancas por donde las quebró, siendo el rastro de aquel día; y siendo añejo, estará mustia la quebradura y la rama, y se ha de advertir que conforme en la parte y tierra que estuviere se marchitará más o menos; en la solana se consumen más brevemente estas cosas, porque les ayuda el calor del sol; en la sombría se conservan más, por la frescura y ausencia de él.

Otra cosa muy ignorada de muchos en el conocimiento del rastro fresco, que se ve algunas veces que no es general, sino las que la destemplanza del tiempo ocasiona y es causa de ello. Sucede que la mañana que se ha de ir a concertar y buscar el rastro de la caza llueve desde prima noche hasta la mitad de ella, y entonces aclara y hiela, y en este tiempo pasó la res desde que dejó de llover hasta que el hielo pudo endu-

recer la tierra, quedando el rastro señalado, y a este tiempo sobrevino niebla y le cayó encima y la volvió a reblandecer; con esta desigualdad de tiempo se cría en el rastro de la caza una telilla a modo de telaraña, y si el que concierta no conoce lo que es, pasará el rastro por añejo, por ver en él la dicha señal, y no curará de poner el sabueso en él, y aunque le atraílle le quitará, creyéndole le engaña, y que toma el de alguna alimaña, como zorra, gato o caza menuda, que los más sabuesos atraíllan estas sabandijas cuando no hallan rastro de la caza mayor, y como la menuda no señala su huella y el hombre va con aquel engaño, con ignorancia desconocerá lo mismo que busca. El criarse esta telilla no se ha de entender que se ha de hallar en todas las huellas, que basta le tope en algunas para desatinar a quien no sabe, que se pudo criar en dos horas, y el mayor engaño que esto tiene, es que en tierra húmeda y pantanosa se halla ordinariamente en rastros muy añejos, con que viene a ser mayor la desconfianza. Y asimismo, cuando llueve toda la noche y al amanecer arrasa y sale el sol muy claro y sin viento, es muy ordinario criarse esta tela en los rastros de las reses; mas con lo advertido saldrá el balletero del engaño.

Para conocer y diferenciar el rastro del puerco del del venado o gamo, se ha de advertir que los puercos tienen los pesuños de las manos cuadrados, y los hincan en la tierra más afuera del derecho de su brazo; y si los señala mucho yendo cuesta arriba, es señal de puerco viejo y grande; comúnmente son mayores los machos que las hembras, y así lo muestra su huella; tienen las manos mayores, muy romas las puntas de las uñas y cerradas de adelante; habitan por la mayor parte en tierras ásperas y montuosas; son animales que andan mucho, y así, van fuera de las espesuras a los panes y viñas y otras comidas, aunque estén lejos de sus querencias, y con el mucho ejercicio que hacen, se les gastan y enroman tanto las uñas; fuera de esto, son conocidos en lo que hozan, porque como tienen más fuerza que las hembras y es su hocico mayor, así lo son los hoyos y las hozaduras que hacen.

Las hembras tienen menor huella y más angostas y puntiagudas las uñas, y de adelante las abren más; los pesuños de las manos son más delgados y cerrados a la mano que los del puerco; sus hozaduras menores, y en esto son más conocidas, tienen mucho menos ánimo que los puercos, y así no desamparan las espesuras.

Los venados son mayores que las hembras: es mayor su huella, tienen los pesuños redondos y en derecho del brazo. Esto es en lo que se han de conocer; y lo mismo se ha de entender en el gamo y corzo, cada uno conforme el cuerpo del animal. En esto se diferencian los rastros de la caza, y en cuanto a si son frescos o añejos, en lo que queda advertido y en como los toma el sabueso, que es en quien no puede haber engaño, advirtiéndolo: unos toman las res habiendo pasado una noche y otros no la quieren atraillar en pasando tres o cuatro horas; y así conforme el sabueso que el balletero trajere conocerá lo añejo o fresco que es el rastro.

CAPITULO V

De lo que se debe advertir cuando se ha de concertar.

HASE de suponer que, para que el concierto sea seguro y el sabueso haga bien su oficio, se ha de buscar la caza desde que empieza a amanecer, que es cuando ella se recoge a sus querencias, hasta una hora salido el sol; a este tiempo la seguirá el sabueso de mejor gana que entrado más el día, por las razones si-

guientes. La primera, que en tan breve espacio el sol y calor no pueden haber consumido el que dejó la res en sus huellas, que es lo que el sabueso ha menester para atraíllarla, y estas dos cosas dilatadas le gastan y consumen y enfrían, de manera que el sabueso le atraílla tibiamente, y por esta causa muchas veces le pierde. Lo segundo, cuando la caza se va a encamar segura, sin recelo de que la siguen, hace más rastro y más menudo que cuando huye, que como va comiendo, con la boca y los pies huella la tierra y es causa que le ponga al sabueso más codicia y la atraílle con facilidad; cuando huye, es el rastro menos y más dilatado, que como la res va dando tantos saltos y traviesas a todas partes, le cuesta mucho más cuidado al perro el seguirle, y por esta causa le suelen perder; así, es necesario que el balletero ayude al sabueso de dos maneras, haciendo diligencia de no perder el rastro de ojo e ir siempre poniéndolo el perro en él, y si no pudiere conseguir esto, guiándole para que le busque en el camino más derecho que le parece puede llevar la caza para su querencia, que puesto que va segura, aquélla no es hora para que tome otro camino sino el de irse a encamar, como lo acostumbra, y ha de ir echando cercos a un lado y otro de donde per-

dió el rastro, para que el perro se le halle. Esto debe hacer el que concierta en los tiempos, que por el hielo o sequedad no puede ver el rastro de la caza.

Asimismo atraíllan los perros mejor por la mañana, particularmente en tiempo de calor, porque hallan la tierra fresca con la humedad de la noche y ausencia del sol. Con estas dos cosas se conserva y sustenta el rastro de la res más tiempo, para que mejor la pueda seguir el sabueso, y como la codicia que él tiene es mediante mejor venta, cuando en esto halla dificultad, no es maravilla le pierda, que es para él hallarle frío, si le ha de seguir, querer que un tullido camine velozmente, y en habiendo algún accidente de éstos, el mejor sabueso hace mil yerros.

Cuando tienen menos culpa los perros de no seguir bien las reses es cuando hiela mucho y hace vientos muy fríos, recios y secos; y cuando hay grandes escarchas, entonces con la mucha frialdad pierden totalmente el viento, que del mucho frío se les embañan las narices y les sucede lo que a una persona cuando se ha arromadizado, que aun para lo que tienen debajo de ellas no tienen olfato.

Otro daño se les sigue demás de éste, que como van tirando de la traílla y hacen fuerza con las uñas

en la tierra y ella está tan áspera, dura y desazonada y con tanta frialdad, se despean y les da dolor en ellas y no quieren atraillar, por no recibir este daño; y en tiempos tales no se puede fiar el hombre del concierto, si no es con gran satisfacción del sabueso que trae, y al mejor le sucederá pasar el rastro muchas veces, y no tiene él la culpa, sino la destemplanza del tiempo, y en haciéndole, como está dicho, no se ha de atraillar muy de mañana, sino aguardar a que entre el día y se deshiele y caliente la tierra; entonces el sabueso hará mejor su oficio; y no habiendo este temporal, lo mejor es muy de mañana.

Serále al balletero de mucho alivio saber y conocer la tierra donde ha de concertar y los pasos que en ella tiene la caza, según las reses que buscare; esto le previene, porque no ha de cazar siempre en los montes que se ha criado y los tiene conocidos; y habiendo de buscarla en otras partes que no ha pisado, podría serle muy dañoso este inconveniente, y aunque sea muy diestro, dar de ojos encima de la caza, por no conocer sus querencias; y para evitar este daño y lograr lo que se trabaja, es mi consejo que siempre que pisare tierra no conocida, tenga, primero que entre en ella, inteligencia de buscar hombre que la sepa y

enseñe; con lo cual, y ver las traviesas y rastros de la caza, sus entradas y salidas, conforme la parte donde van a buscar la comida, conocerá poco más o menos en las que ha de hallar, que esto es ir al atajo, y ahorro de mucho trabajo, concertará sin peligro de este daño, cogerá la caza descuidada, no habiéndole hollado la tierra en sus querencias, con que no podrá alcanzar que la siguen, y la matará con facilidad.

CAPITULO VI

Cómo se han de concertar las reses y cuántas maneras hay de concertar.

EL concierto es el fundamento de la ballestería y montería, y lo primero que debe saber el ballestero. El sabueso es su guía; con él concierta la caza, que sin esta diligencia raras veces la mata; y si alguna le sucede, no la tendrá cuando él quisiere, por ser accidental. El que busca las reses por la trailla y las sabe concertar, es dueño de la vida de los animales. En los más intratables montes, tres maneras hay de conciertos: una con el sabueso, otra desde el

atalaya, otra siguiendo el rastro a ojo sin sabueso. La que tiene mayor dificultad es la que se hace con él, pues sin haber visto la res, y metiéndose ella en muy grandes espesuras, conoce el balletero poco más o menos dónde está, y tal vez la misma mata.

El cómo se pone esto en ejecución es tomando el sabueso por la trailla, y con el ir a buscar el rastro de la caza por las orillas de los montes de donde ella sale a buscar su sustento y vuelve a ellos como a habitación y querencia suya. En topándole el sabueso, le sigue, que esto de su natural lo hace, y cuando el balletero ve que las res llega a su querencia, donde le parece se podrá quedar, ha de quitar el sabueso del rastro y salirse afuera con él, y dar un cerco redondo a aquella querencia y monte, donde piensa que pueden estar las reses. Esta diligencia se hace para saber si han salido de allí y pasado adelante, para lo cual ha de llevar el sabueso siempre por la tierra más blanda y rasa, procurando no se les encubra el rastro de aquella caza al uno ni al otro, y asimismo acariciando al sabueso para que con él le busque; ésta es la fuerza del concierto y en lo que consiste ser verdadero o falso, y así, el descuido en esta parte es perder el tiempo y trabajo; y no tan solamente no le ha de

haber, mas se ha de tener mucha advertencia que siempre que el sabueso llega a donde puede ser paso de la caza, le ha de ir el balletero hablando, para que tenga mayor cuidado en buscar el rastro que dejó de donde le quitaron, y hasta volver a él se ha de hacer lo dicho. Y para evitar el peligro, que podría haber cuando se da este cerco de ser sentido de la caza, ya por el viento, ya por el oído, se ha de apartar de ella lo que le pareciese necesario para no tener este azar, porque sería el trabajo en balde si por arrimarse le huyese; y así, en los cercos siempre es lo mejor jugar de afuera hasta que le parezca al hombre que en esta parte ha cumplido bien con su obligación. Si habiendo hecho lo dicho no ha topado el rastro de la caza que concierta, crea que la tiene dentro del cerco que ha dado, pues halla por donde entró, y no su salida, que esto es concertar.

Si algunas veces, después de hecho el concierto, se hallare el balletero con algún recelo de que se puede haber engañado en él, por causas que hay para ello, ya que el sabueso no es muy bueno, que es la mayor, y puede haber pasado el rastro por no ser muy fresco, y que por esta causa le atraillaba tibiamente y con poca codicia, y que la tierra es dura, o prado, donde

con la vista no ha podido ayudar a su sabueso como quisiera, y asimismo serle el tiempo poco favorable, por ser seco y de poco viento, de que se le ocasiona al balletero la desconfianza; y para satisfacerse de ella, según los accidentes referidos, y enterarse de lo que desea, que es saber si está allí o salió las res, ha de volver a dar segundo cerco, que es lo que se debe hacer siempre; y si en él no se pudiere asegurar, dará tercero. Estos han de ser encontrados, uno a una mano, y otro a otra, por quitar inconvenientes, que muchas veces sucede que cuando el sabueso llega al rastro y le había de tomar, le yerra, porque llega al rabo a viento, y para que le dé el de la res, ha de haber pasado por encima y dejándole atrás; y en este caso no es maravilla le pase, y más si acierta a ir divertido y con poco cuidado, pues para remediar este daño se han de dar los cercos a entrambas manos, con que cesará la dificultad; porque en uno de estos cercos es fuerza que pase el sabueso por encima del rastro con el viento en las narices y lo reconozca antes que llegue a él; y lo otro, de tres veces será desdicha, que no aprovechen diligencias, con las cuales el balletero habiéndose hecho todo lo que toca a su arte, con que habrá cumplido con su obligación.

Es tan dañoso para la seguridad del concierto el haber tenido la caza algún recelo y sentimiento del balletero, que hace que las reses se recelen y no hay seguridad y estabilidad en ellas; porque aunque muchas veces no se levantan luego que tienen el sentimiento, no estarán seguras de mudarse a otra parte, y no aguardan para hacerlo más de que él se aleje, y en pareciéndoles que está todo sosegado y que no serán vistas ni sentidas, salen huyendo y dejan burlado a quien piensa las deja concertadas, que todo esto cabe en la astucia y malicia de estos animales; el remedio está en mano del que concierta, el cual no ha de excusar el trabajo, particularmente cuando no es la querencia muy conocida y se ignora dónde podrán estar las reses. Lo que no tiene peligro es apartarse de ellas, y así lo debe hacer, como queda advertido, y conforme la tierra y el tiempo conocerá lo que se puede arrimar o alejar de ellas, para no ser sentido, advirtiéndole que en monte espeso mal se puede andar con secreto, en particular si no hay viento recio y humedad. Cuando hubiere estas cosas y tierra clara, goce el balletero de la ocasión y estreche el concierto, que mientras en menos tierra tuviere las reses, será más señor de ellas y estará más cerca de lograr su trabajo.

CAPITULO VII

*Cómo se ha de partir el monte para estrechar el concierto,
y si se levantan las reses, volverlas a concertar.*

DESPUES de concertadas las reses, cuando no es la querencia conocida y ellas están en mucha tierra, para saber la parte fija, es necesario valerse del sabueso. Para ventear esta tierra conviene partirla en dos pedazos; hase de hacer de esta manera: por la parte que le pareciere hay menos peligro de levantar y dar sentimiento a esta caza, ha de ir atravesando por medio el concierto con el viento en la cara y el sabueso delante, y con mucho secreto ir buscando el rastro de las reses que tiene concertadas, si le topa, que pasa de una a otra mitad, volverse atrás, por no tropezar con ellas; si no le halla habiendo atravesado el concierto, sepa que están las reses en el primer pedazo por donde entraron a encamarse. Conocido que las tiene en menos tierra, busque el viento y haga diligencia para que las ventee el perro, metiéndole por muchas partes, haciendo entradas y puntas a ésta y aquélla hasta que lo consiga, que cualquiera

cosa que pretenda hacer, la ejecutará sabiendo poco más o menos dónde están; si topó el rastro al entrar, haga esta misma diligencia en el segundo pedazo, que esto es estrechar la tierra, y si la quiere andar toda de una vez, tropezará con la caza y se perderá.

Si por ventear las reses después de concertadas o por otro sentimiento se levantaron y huyeron, advierto que el mayor daño para no volverlas a concertar será ir luego en su seguimiento; y en todas las ocasiones que se levantan huyendo de cualquiera cosa que sea, se ha de observar mucho esto; porque con el recelo que llevan de lo que sintieron, van escuchando, y en conociendo que por su rastro las siguen, huyen mucho más y con mayor cuidado que si no hubieran tenido aquel sentimiento. Lo que se debe hacer en este caso, en levantándose las reses, sentarse un rato, esperando que esta caza se aleje y se asegure, que lo hará no habiendo tenido otro recelo después que se levantaron, particularente si no tomaron el viento del hombre, paran más presto; porque aunque huyeron del ruido, no saben quién lo hizo, que otras muchas veces les sucede aquello, y como viven con tanto cuidado, de todo se recelan y se apartan, por el daño que les puede venir de allí, y con la incertidumbre que lle-

van, no dándoles segunda ocasión, se aseguran y pierden el recelo.

Si cuando salieron huyendo, por el viento conocieron al hombre, ya llevan el miedo en el cuerpo y será mayor su cuidado, y en volviéndose a recelar, ya no pararán en todo el día. Este es punto que debe observarse mucho, porque conforme aquí obrare, el balletero tendrá necesidad de hacer más o menos diligencia. Estas reses levantadas del concierto, para volverlas a concertar y darles menos recelos, se han de atraillar lo menos que se pudiere, en particular en monte espeso y no conocido, y que no se saben bien las querencias, y aunque se sepan, se ha de huir mucho de esta caza, y el seguimiento de ella sea dándoles cercos muy largos hasta que se cojan dentro, que seguirlas por su rastro es tiempo perdido, por el peligro dicho; y si segunda vez vuelven a huir, será duplicado el trabajo y podría no ser de provecho.

Si el levantar estas reses fué antes de mediodía y para entrar en alguna querencia se echan el viento encima, ésta es señal de que no quieren pasar adelante, y es cuidado suyo entrarse a encamar rabo a viento, para confirmar el recelo que tienen de que las siguen. Este es otro punto de grande importancia. En

sucediendo, y conociendo el que concierta esta treta de la caza, se ha de salir afuera sin dar un paso más adelante, y darles un cerco muy largo, que será gran maravilla dejar de cogerlas dentro; y si en su seguimiento entrase, le huirían luego, que con ese fin entraron en la querencia de aquella manera.

Asimismo, cuando sea caza mansa y que acaso se entraron a encamar sin recelo, si la levantan antes de mediodía, es fuerza se vuelva a encamar, que así la mansa como la brava guarda las horas del reposo, que es su natural y costumbre. Mas si lo dicho sucede por la tarde, crea que no se echan el viento encima acaso ni para encamarse, como lo hacen por la mañana, sino para certificarse de su sospecha; y usan esta bellaquería por dos cosas: la una, porque estando debajo del viento, cualquiera cosa de ruido que se hace encima de él se oye mucho más lejos, y en tiempo que teme y se recela no se fía de un sentido solo, y quiere con el olfato tener asimismo el del oído; quien está con este cuidado, mal sufrirá que la sigan por su rastro y por encima del viento; y en sucediéndose esto, es el trabajo excusado, porque con la inquietud que tienen, jamás paran, y ayúdales el venir cerca la noche, que es cuando la caza campea; y si son reses

cervunas o gamos, este día lo toman más temprano que otras veces, por los accidentes dichos, y viendo que en la espesura los inquietan, la dejan y huyen hasta que se les acaba el día.

Los jabalíes hacen lo mismo, aunque por diferente camino; huyen muy a lo largo rabo a viento, mas para esto no dejan el monte espeso, como las otras reses; por él huyen con tanto miedo, que el día que los han atraillado o corrido, si habían de salir a camppear, como lo acostumbran en siendo de noche, aquella lo pasan dentro del monte, y si salen, es después de la mitad de ella, que no les sale tan presto el miedo del cuerpo, porque el jabalí es el más recatado animal que se conoce. Esto se ha de observar para concertar y conocer cómo atrailla el sabueso para ayudarle, advirtiéndole que unos siguen los rastros por encima de ellos, sin alzar la cabeza, el hocico en la tierra rastreando, otros venteando, la cabeza levantada; éstos van siempre atajando tierra, porque por el lado que mejor les cae se echan el viento del rastro encima y siempre que llegan a él, le señalan bajándose a olerle, con que le basta al balletero para saber que le lleva. Estos perros, para quien los conoce, son de menos trabajo, y para quien no los entiende, de mucha con-

fusión, porque cada instante piensan que han perdido el rastro. Esto se advierte para los principiantes, que piensan que no atrañan los perros sino por encima de la huella de la res.

CAPITULO VIII

De la segunda manera de concertar desde el atalaya.

LA segunda manera de concertar sin el perro es desde el atalaya; ésta toma el hombre al amanecer y está en ella hasta una hora salido el sol, y ve la caza que entra y sale en las querencias y la parte donde se queda; veremos asimismo los provechos que de ella se sacan. Hay unos tiempos que se recogen las reses más temprano que otros; cuando hay necesidad de comida, se detiene la caza más, porque es fuerza buscarla, y así llega a las querencias más tarde, en particular los días nublados, que como falta el sol, está más oscura el tierra. Desde el atalaya ve el balletero cuanto entra y sale en el monte, a qué hora se recoge el jabalí y dónde se encama; lo mismo alcanza de la demás caza. Si está en ella asistente hasta mediodía, ve cuándo se levantan las reses a mudar

cama, en particular los venados y gamos, que son animales más inquietos; que el jabalí más la guarda; y aunque es verdad que todas las reses se levantan a mediodía a sus necesidades, a éste es maravilla verle, porque como no sale de la mata en que está ni se descubre a monte claro, no se puede ver; los venados y gamos sí, porque son de diferente color del monte y porque alrededor de donde han estado encamados se desencogen y espacian, y comen algún bocadillo, y se vuelven a encamar, y muchas veces, conociéndolo el ballestero, toma el atalaya a mediodía, cuando anda tras esta caza, y la ve levantada, y desde allí conoce el mejor camino para gozar de la ocasión, con que consigue su intento; y asimismo, cuando se levanta a la tarde, ve la salida que toma para la comida, y esto es general para todas las reses, y ellas le enseñan sus caminos, y en ellos las aguarda y mata, y muchas veces a la misma atalaya se le viene la caza a meter debajo del arcabuz. Cuando el que toma atalaya por la mañana no ha visto entrar caza en aquellas que-rencias, no gasta allí más tiempo y va a hacer la diligencia en otra parte, con que ahorra tiempo y trabajo.

Tiene otra cosa de utilidad, que es una lima sorda: ve desde la parte donde está la caza, sin que ella se

pueda recelar de la persona ni de su rastro, con que la halla segura. Asimismo es cosa que sirve todo el año, que no hay accidente para ella; porque con sol, vientos y malos temporales, siempre vela, que sólo la niebla la puede hacer daño, y es un día entre tantos. El balletero que no usare de ella pudiendo, ignorará mucho de lo que desde ella se aprende.

Hanse de tomar las atalayas conforme el tiempo: en el verano, en las sombrías, en la tierra más descubierta de monte espeso y en lo más alto donde la caza tenga sombra y pueda gozar del viento; esto en particular atalayando reses cervunas o gamos, que esta caza no se encierra comúnmente en la espesura, como el jabalí, y para él se ha de ver la tierra más espesa y honda, y si es posible, cerca del agua o humedad, que aquella es la comodidad que buscan, como ya hemos advertido.

En el invierno se ha de tomar atalaya en las solanas. Para puerco, en monte bajo y espeso, en lo abrigado del viento, conforme el que al presente corre, y para las reses cervunas y gamos, en los mismos abrigos, mas en monte hueco, que le pase el sol y le pueda gozar la caza y estar escondida. Este es el gobierno que ha de tener el que hubiere de atalayar, con

lo cual gozará de dos cosas: descanso y provecho, que se desean mucho y se consiguen raras veces. Hase de advertir que para ver bien la caza por la mañana, ha de tener el atalaya las espaldas al Levante, y a la tarde al Poniente, porque cuando reverbera el sol en las reses se ven de mucho más lejos.

CAPITULO IX

De la tercera manera de concertar.

LA tercera manera de concertar es siguiendo el rastro de la res a ojo; tiene los mismos primores que con el sabueso para no levantarlas; lo que tiene de daño es que no se puede hacer sino en la tierra, que es a propósito para ello, como en marinas, tierras blandas y arenosas, donde la res señala seguirla, y han de ser los montes divididos, porque se puedan echar los cercos por tierra descubierta; pero fáltale al hombre el poder ventear como el sabueso, y así le es difícil estrechar la tierra por no saber poco más o menos en qué mata está la res, y así tiene más peligro de levantarla. Y porque del concierto de que hemos tratado se sigue la muerte o heridas de las reses, prosigo declarando su conocimiento.

CAPITULO X

Cómo se han de conocer las heridas de las reses.

ES de mucha importancia tener conocimiento de las heridas de las reses, porque conforme la parte donde las tienen es mayor o menor la diligencia, que ellas pueden hacer para escaparse, y esto debe conocer el balletero o montero para que de su parte ponga el cuidado necesario en su cobranza. Cuatro diferencias hay de heridas, y todas ellas derriban al animal en dándole la bala, y no son todas mortales, y con el conocimiento del balletero lo podrían ser. La primera en la cabeza: éstan, en llegando a tocar en los sesos, es mortal; no se vuelve a levantar la res, porque de todo punto pierde el sentido. Otra herida hay muy parecida a ésta, y es en la tabla del pescuezo, la cual derriba al animal redondo. Otra hay en el espinazo, más alta de los riñones; ésta, si no toca en ellos, no es mortal, y cae el animal de repente, sin poderse tener en pie; mas luego anda haciendo fuerza para levantarse, y lo consigue muchas veces, si no acude aprisa el balletero y le desjarreta; si está rota la sarta del espinazo y tocó la bala en algún riñón, es

herida mortal y cae luego; y aunque hace diligencia para levantarse, no puede, y si lo hace, huye muy poco. Hay otra herida en la cruz, en lo más alto del espinazo, en el derecho de los brazos; también con esta herida cae el animal redondo y queda las piernas arriba, dando muchas coces; es necesario mucha diligencia acudiendo a desjarretarle, porque si se llega a poner en pie, jamás se cobra. Tengo de esto larga experiencia, porque he visto perderse muchas reses por no acudir luego a ellas, y por tener este conocimiento he desjarretado de otras, que sin esta diligencia no se hubieran cobrado.

Hay otras heridas de cuya noticia necesita el conocimiento del balletero para hacer más o menos diligencia en la cobranza de estas reses. La primera es en los bofes o en el corazón; de éstas, alguna vez suelen caer redondas, mas no es infalible, aunque son heridas tan mortales; pero lo más que huyen son ciento y cincuenta o doscientos pasos, y muchas veces menos. Hay otra herida en los hígados, y aunque parece mortal, no lo es; echa mucha sangre, y ésta es muy negra y espesa, y aunque parece que va dada en buena parte, las más de estas reses no se cobran si no es por el buen conocimiento del balletero, que

no se descuida en la cobranza. Esta res, si es venado o gamo, se ha de procurar volverla a tirar antes de soltarle el perro, porque como lleva los pies sanos, si no le desmaya echar mucha sangre, por lo que es la herida no muere, si no es que la bala haya roto alguna tela de los bofes, y las más de la reses que llevan esta herida de hígados huyen muy a lo largo y raras veces, si no se rematan, se cobran.

Hay otra herida en las tripas menudas, sin llegar al vientre de la res; conócese en que luego se paran y encogen y tienden la cola. Esto sucede particularmente a los venados y gamos, que huyen muy poco, porque el mucho dolor no los deja menear. A éstas se les ha de soltar luego el sabueso, que presto las alcanza y para, y son fáciles de cobrar.

Hay otra herida en el buche o vientre de la res, la cual suele ser mala de cobrar, y muchas veces se pierde. Esta res se quiere cobrar de espacio, y el cómo se conoce este pelotazo es en que la sangre que echa es muy poca o ninguna, y está mezclada con la inmundicia y excrementos del vientre, y en que corriendo doscientos o trescientos pasos se echa, porque el dolor no la deja estar en pie. La mayor diligencia que se puede hacer, es tornarla a rematar, si es

posible, y si no, dejarla dos horas para que se hinche, porque si le sueltan luego el sabueso, el mismo ejercicio no da lugar a que se apodere de ella la ventosidad, y como tiene los pies sanos, huye mucho, y con el mismo movimiento se deshinchá; pero si la dejan enfriar, ya está tan hinchada, que cuando quiere huir no puede.

Dos heridas hay en los brazos: una, que le tiene quebrado por dentro del cuerpo; esta res, si está en tierra rasa, no hay que hacer con ella otra diligencia sino soltarle luego el perro, porque como tiene el brazo quebrado por dentro del cuerpo, con el se va azotando cuando huye recio, y no lo puede hacer sin gran trabajo; y en alcanzándola el perro, la para, y si hay espesura cerca, huye a ella y aguarda, que no la toma más que para defenderse, que el mismo brazo le embaraza para que huya por ella; esta res luego se cobra. Si tiene el brazo quebrado por fuera del cuerpo, es necesario atraíllarla y cansarla antes de soltar el perro, particularmente si es res nueva, que no se cansa tan presto. El venado o gamo son muy descargados de adelante; tienen mucha fuerza y ligereza; con un brazo menos quebrado por fuera del cuerpo huyen como si no les faltase, y si hay dos perros es bien, soltarle el uno, para que le alcance y detenga, y atraíllar

con el otro, porque estas reses, en viéndose perseguidas en la espesura, y que no tienen bastantes pies para escaparse del perro, hacen mil bellaquerías para que él las pierda: métense entre otras reses y huyen un poco con ellas, y vuélvense atrás por encima de sus huellas para desatinar el perro, y lo más que le huyen es rabo a viento; con lo cual muchas veces se pierde del de suelta, y si no las saca el de traílla, no hay otra diligencia que hacer; porque esta res, en viéndose sin el sabueso, huye muchísimo, y no por el monte más espeso, sino por lo más claro y cubierto, por poder hacer mayor diligencia, como lo pide la necesidad.

Hay otras heridas en las piernas y caderas de la res; en los venados y gamos no es dificultosa su cobranza, porque, como tengo advertido, la ligereza que estos animales tienen adelante es peso de medio cuerpo atrás, y en faltándoles una pierna se cansan muy presto, y cualquier perro los alcanza y mata; porque todo lo que carga el cuerpo hace fuerza en ella, y a la primera carrera no se puede menear.

Todo lo que está dicho de estos venados y gamos para su cobranza, en cuanto a brazos y piernas, es al contrario en el jabalí, porque corren al revés en él estas cosas, y así, con este conocimiento se ha de

haber el balletero con ellos, para que consiga lo que se pretende. Este animal es muy cargado de adelante, tiene la cabeza muy grande y la trae muy cerca de la tierra, y con un brazo menos no puede llevar todo el peso del cuerpo, que el medio de adelante pesa el doble que el de atrás, y así no puede con él ir rompiendo las espesuras; que el brazo quebrado y el dolor que padece le embarazan para que lo haga, y en soltándole el perro, con facilidad le alcanza y para; con un pie menos huye como si no le faltase, porque con la fortaleza que tiene delante rompe el monte, y como son tan ligeros y cenceños de atrás, le hace para huir poca falta el pie, y así huye muchísimo. Ya que hemos tratado de la trailla, sacaremos un resumen breve de sus provechos y daños.

.

CAPITULO XI

De los provechos y daños de la trailla.

EL sabueso halla al hombre los rastros de la caza en las partes que a él le fuera imposible verlos. Síguela ya en la trailla, ya suelto, y le enseña poco más o menos donde está, y tal vez la misma mata.

Por el sabueso sabe el balletero los pasos de la caza, y ella no se le puede esconder; aunque se meta en lo más intratable, de allí la saca; finalmente, le cobra la caza herida, que sin él fuera imposible. Estos son los provechos que tiene el hombre del sabueso y trailla, que resultarán en daños, si no sabe usar del arte, porque no gozará de ninguno.

CAPITULO XII

De la naturaleza del venado.

DE los animales silvestres es el venado el más ligero; en su carrera parece al mismo viento; junto con esto es de gran cuerpo, tiene mucha fortaleza, particularmente en la cabeza, donde lleva aquellos dos grandes penachos que parecen un monte, y es tanta su agilidad y maña, que por las espesuras pasa con ellos tan sin embarazo como si no los llevara. Es por su naturaleza muy bravo y recatado, de mucha vista y olfato, amigo de soledad, de tierras altas y fuentes y aguas claras; descúbrense comúnmente por los prados altos y cimas de los montes, donde puedan gozar del viento, que es animal muy fogoso.

Es asimismo limpiísimo en lo que come y bebe, y por eso se sube a las cumbres, donde halla la hierba más limpia, porque no la huella el ganado; esto procura, aunque la vaya a buscar lejos de su querencia, porque campea mucho de noche, que todo lo hace fácil su mucha ligereza. Amánsanse con el ganado, porque el verle a todas horas le quita gran parte de sus recelos, si bien por eso no pierde el recato, que es incesante el cuidado con que vive; y aunque algunas horas del día anda por la tierra clara, siempre con gran vigilancia de lo que le puede dañar, y cuando le parece ha menester ponerse en salvo, lo hace con grandísima presteza, y si por la asechanza de sus enemigos no lo puede conseguir, con sus armas y fortaleza se defiende muy valerosamente.

Entre los animales que tienen cuernos, a solos tres géneros se les caen cada año: al venado, gamo y corzo; éstos los mudan por el principio de la primavera, en el mes de marzo, y del tamaño que los muda los vuelve a tener por julio. Algunos han dicho que cada año multiplican una punta; es engaño, que la cuerna la crían conforme es la tierra en que ellos habitan: cuando es viciosa, será algo mayor, y en la estéril la criarán delgada y con menos puntas. En Ale-

mania son estos animales grandísimos de cuerpo, mayores que los de España y de sesenta puntas, que persona fidedigna que los ha visto me lo ha dicho, y lo causa la fertilidad de aquella tierra. El que yo he visto en España de más puntas tuvo treinta: matóle su Majestad el señor Rey Felipe III, que está en gloria, en una dehesa que se llama Monasterio, que es de los reales bosques de San Lorenzo. Y siendo el venado de tan larga vida como en general se dice, si le creciera cada año una punta, los hubiéramos visto de muchas más.

La causa que a estos animales, y no a otro alguno, se les caen los cuernos, es porque los tienen macizos y pegados por encima al casco, y de él reciben la virtud, que le tienen muy delgado, y allí les acude por las venas gran cantidad de humor crudo y excrementoso en este mismo tiempo quince días más o menos, y de este mismo humor, que despega los que tienen, se le forman otros. Los demás animales que no los mudan, tiénelos huecos, y reciben virtud de toda la cabeza, donde están incorporados, y por eso no los mudan. Es el venado antídoto contra los animales ponzoñosos; con su aliento saca las serpientes de debajo de la tierra cuando tiene necesidad de purgarse

con ellas; a su piel no llega cosa venenosa; el cuajo del cervatillo sacado del vientre de la madre es admirable remedio para las mordeduras venenosas. El cuerno del venado, hecho polvos y quemado, tiene esta y otras virtudes. Hállase en su corazón un hueso, que le aplican para muchas cosas; particularmente es excelente para el mal de corazón y gota coral; usan de él trayéndole al cuello o en alguna sortija; otros le toman hecho polvos en vino o caldo. Es animal que se dice de él no se le enciende la sangre, con lo cual se libra de calentura, y por eso vive muchos años, y porque conoce las hierbas, que le son de provecho para su salud.

De los modos que hay en España de matar estos animales diremos algo, y así, en el capítulo siguiente daré principio a la ballestería del lazo. Para la inteligencia de esto es fuerza dar primero a entender cómo se practica y ejerce. Traeré para explicarme el símil más casero que hallare, con que pretendo darme a entender. Supongo coger un caballo que está en el campo en su libertad; si es bravo y no me aguarda, la diligencia es irle al atajo cuando me huye y ponerme delante para que se detenga; si lo consiente, procuro arrimarme a él y asirle; si no me espera o rompe

conmigo o se me vuelve huyendo hacia atrás, con lo dicho se da a entender lo que sucede en los lazos; porque unas veces esperan las reses y otras huyen antes de llegar el caballo, y otras después de haber pasado. Y porque tiene la ballestería del lazo algunos vocablos, que es forzoso declarar y circunstancias que se deben advertir para su inteligencia, en este discurso los iré declarando.

A lo que llamamos lazo no es otra cosa que un modo de engaño que el hombre busca para matar la caza, y han de servirle de instrumentos el arcabuz o la ballesta y el caballo, que a este animal aguarda bien todo género de ella. El lazo se echa de esta manera: el balletero y otro compañero buscan los venados a caballo; el uno ha de echar el lazo y el otro tirar a las reses; en alcanzándolas a ver, procura arriarse a ellas lo más cerca que le esperan, para ponerles la ballesta, que es el que las ha de tirar; cuando no lo consienten, lo procura más de afuera, para que las reses se detengan y aguarden, que mientras no se consigue esto, no se puede ejecutar lo que se pretende, puesto que han aguardado. Esto se llama tomar la cara a las reses; si no han sido de provecho estas diligencias y cuando se les pusieron delante no pararon,

que se revolvieron huyendo por donde habían venido allí y pasaron por encima del rastro del caballo, que las iba atajando, esto se llama tomar la cola del caballo. Si rompieron con él, no consintiendo les pasase por delante, esto es no quererse dejar tomar la cara. Cuando se deja la ballesta y se echa el lazo, y después de haber aguardado las reses pasa el balletero prosiguiendo el viaje que lleva, hasta que las ve el otro lado y por él se arrima a ellas hasta que le huyen, esto se llama rempujar las reses. Cuando nos arrimamos a ellas, queriéndolas tirar desde junto al caballo o desde encima, esto se llama arrimar al estribo. Estos son los vocablos de esta ballestería, que los debe saber quien la hubiere de usar, y son tan propios, que no se pueden innovar. Hase de advertir que no son a propósito las grandes espesuras para usar en ellas esta ballestería, ni la tierra agria, donde no pueden andar bien los caballos, que ellos, como está dicho, son el instrumento principal con que se han de engañar estos animales.

Quiere ejecutarse en los montes huecos de pies gruesos, tierra clara por lo bajo, donde desde lejos se puedan ver las reses, y quedar el que las ha de tirar arrimado a ellas, de manera que la caza no le conozca; y

asimismo tierra llana, sin espesura; y si la tuviere, sea de manera que en estando una res en pie, se vea desde lejos; pero como no siempre las hay en los montes que el balletero desea, es fuerza seguirlas donde se hallan, y por esta causa hay diferentes modos de buscarlas, conforme la tierra en que ellas están y el tiempo en que se buscan. En el verano es ordinario no estar retiradas en grandes espesuras, digo los venados y gamos, porque estos animales son amigos de tierra clara, que en ella corre el viento y le gozan; y asimismo de la vista, que son las dos cosas con que ellas se gobiernan el tiempo que no se esconden. En el invierno se han de buscar en tierra más espesa.

CAPITULO XIII

De las cosas y particularidades que se han de observar en la ballestería del lazo.

LOS recelos de la caza. 1.

Cómo se le ha de arrimar el balletero para que le aguarde. 2.

Cómo se ha de poner la ballesta y echar el lazo. 3.

Los cuatro meses en que se retira y encubren los

venados y gamos, y las causas que hay para ello y el modo de seguirla en este tiempo. 4.

Cómo debe el balletero tener conocimiento de los inconvenientes que causa la tierra para que cuando se rempujan las reses no se recelen, que si lo hacen, no irán a la ballesta. 5.

Que los días de vientos recios son los peores para esta ballestería. 6.

En qué ocasión se ha de dejar la ballesta en lo más claro del monte, desde donde el balletero alcanza a ver las reses, aunque sea sin el viento o querencia. 7.

Cómo se ha de procurar ganar la querencia a la caza antes que se retire a ella. 8.

En qué ocasión, cuando se deja la ballesta, se ha de volver atrás por encima del que deja puesto, no continuando el camino que llevaba, como lo hace en los otros lazos. 9.

Cómo se ha de gobernar en el tiempo de calor, particularmente las horas que las reses sestean. 10.

Cómo se ha de echar el lazo a las reses heridas. 11.

Cómo se echa el lazo ciego. 12.

Cómo se matan las reses a estribo. 13.

De todo esto ha de tratar este capítulo del lazo, y es fuerza me alargue en él, por la diversidad de co-

sas que le tocan, y se han de ejecutar con los caballos, que como ellos se crían en los montes y dehesas, juntamente con la caza, y tienen ellos y ella una misma habitación, por esto, y verse a todas horas del día y noche se conocen, y aunque sea muy brava, los aguarda y no se recela de ellos tanto como del hombre, el cual con eso los engaña.

Los caballos a que mejor aguarda la caza son castaños, alazanes y bayos, como está dicho. No es este precepto que se ha de guardar con todo rigor, ni entender que no se puede matar esta caza con caballos blancos y rucios. Pero para quitar inconvenientes, los otros son más a propósito, porque cuando andan las reses recatadas, conocen de mucho más lejos los blancos y se ponen en huída. Aquí que no se mata la caza a fuerza son necesarias muchas delgadezas, que sólo la industria aprovecha. Es esta ballestería del lazo de menos trabajo para el hombre, porque se busca la caza a caballo, y no corriendo, sino con mucho espacio. Usanla mucho los señores Reyes de España y otros algunos señores, respecto de que siendo esta tierra tan áspera e intratable para poder correr, por esta causa no se matan los venados a fuerza, como se hace en Flandes, Francia y Alemania, que es tierra llana

y a propósito para este género de caza. El Rey nuestro Señor (Dios le guarde) la ejerce en sus Reales bosques de Aranjuez, Pardo, San Lorenzo el Real y Bal-saín, que todos tienen tierra muy a propósito y con mucha caza de venados y gamos, y con arcabuz y ballesta han muerto gran cantidad de ellos.



77. 106



CAPITULO XIV

De la ballestería del lazo y sus circunstancias.

§ I

TEMER y recelarse la caza del hombre es natural, que aunque se críe en montes guardados y parezca muy mansa, no lo es tanto que pierda de su vigilancia y cuidado para que en la ocasión que le parece puede tener peligro, por negligencia suya no le excuse, y no le falta conocimiento, que no es sólo el hombre su enemigo, y en pareciéndole que él u otro la persigue e inquieta, de uno y otro se recata, y huye de todo aquello que no es su semejante; y en particular tiene este desasosiego queriéndola forzar que haga alguna cosa fuera de su libertad; y como la ballestería de lazo es andarla inquietando con los caballos, para que huyendo de ellos vaya a quien la ha de tirar, aunque tiene por amigos estos animales, el verse perseguida de ellos, que no la dejan sosegar en ninguna parte, le ocasiona a que se recele de ellos y los venga a temer; que si cuando se acercan a ella pasaran su camino derecho, no tuviera que recelarse, y los aguar-

da, por la seguridad que tiene de ellos. Mas cuando ve que estos caballos, en lugar de dejarla, después que los esperó, vuelven cercándola alrededor, entonces llega a conocer que la siguen. Hemos de asentar que no se puede poner en ejecución matarla sin andar en su seguimiento; mas ha de ser de manera que la demos menos ocasión de recelarse, porque en estándolo, se pone en huida y tendrá mucha dificultad.

En todas las partes que la inquietamos y la echamos de donde está, nos teme, pues que huye; mas unas veces lo hace con más recelo que otras, y cuando mayor le tiene, es cuando le sucede lo dicho. A este tiempo el temor la pone tan vigilante, que si nos parecía mansa y sin cuidado, cuando nos consintió acercarse a ella, ya con el recelo la veremos tan cuidadosa, que nos admire su malicia, concebida en tan breve espacio, que cuando nos esperó, no la tenía, y fué para que pasásemos; y esto las más veces a la primera vista lo consiente, por la seguridad que tiene, y ésa pierde, viendo que los caballos le han hollado la tierra alrededor, y que para salir de donde está no lo puede hacer, porque le ha de ser fuerza haber de pasar por encima de su rastro, y ése es su recelo.

Cuando lo ha consentido, no puede saber dónde le

espera su enemigo; cuando no, no tiene que temerle, que donde no han llegado los caballos, no le puede haber; que todo esto se le alcanza y cabe en su malicia, y de ahí le viene el temor; y reses que han sido seguidas de los caballos otras veces, viven con este recato y es necesario mucha maña con ellas; porque en llegando a temer, harán bastante diligencia para escaparse; y así quede asentado, que la mayor fullería que con ellas podemos usar para matarlas, es quitarles estos recelos, que los tendrán menores cuanto menos las cercaremos, y se ha de excusar siempre que se pueda, procurando, si es posible, arrimárseles de camino para todo lo que se hubiere de ejecutar, alejándose o acercándose a ellas según se conociere su braveza o mansedumbre, que es por donde se ha de gobernar, y lo que debe observar siempre el balletero; porque si se acerca mucho a la caza y por mansa la aguarda, tema que la brava no lo consentirá, y le dejará burlado, si no juega de afuera con ella.

La defensa de estos animales contra la persecución de sus enemigos es el olfato, pies, vista y oídos, y en la necesidad se vale de cada una de estas cosas, o de todas juntas, según su braveza o mansedumbre. En las reses bravas, su mayor gobierno es el olfato, y se

valen de él más que de la vista; porque en las espesuras donde andan, no pueden ver lo que se les acerca, por lo cubierto de las matas, y con el olfato sí; y por eso su común huir es con el viento, y éste es siempre su guía en todas las ocasiones que les parece pueden tener peligro. La caza mansa, que se cría en montes guardados y en tierra rasa, donde está hecha a ver gente, se gobierna más con la vista que con el olfato, y se teme de entrar en lo espeso, por la costumbre que tiene de andar por tierra clara, donde desde lejos ve lo que se le acerca que la pueda dañar, y cuando huye, no es por la espesura, porque no se vale del viento, sino de los ojos. De todo esto tiene experiencia el que la ha seguido, que ella misma le ha enseñado estos caminos.

§ II

Cómo se ha de arrimar el ballestero a la caza para que le aguarde.

Para que las reses aguarden bien a los caballos, se ha de advertir en ellas su recato, como está dicho, y con ese conocimiento andar cerca o lejos de ellas; pero el mayor acierto del lazo consiste en poner cerca de la caza la ballesta, y para conseguirlo se han de

hacer estas diligencias. Lo primero, que sean pocos los caballos que andan tras estas reses, que si va tropa de ellos, hacen mucho ruido al pasar por el monte; y en la caza brava cualquiera cosa basta para darles más cuidado. A dos o tres aguardan mejor, que por cualquiera parte pasan secretos, y estos pocos se ha de procurar hacerlos menos a la caza, encubriéndose de ella unos con otros, de manera que cuatro les parezcan dos, y dos uno; y para arrimárseles se ha de ir con tal cuidado, que jamás vean las reses el rostro del caballo hacia ellas, mostrándoselos de lado, que les parezca van pasando y que se les quieren apartar, y con esto se engañan y aseguran; y cuando se hayan de acercar más a ellas para dejarles la ballesta, sea cuando les tienen ganado el viento o la querencia, que una de estas dos es su más verdadera huída; y viendo entonces que el balletero les tiene tomado aquel camino a más no poder, aguardan a que pasen los caballos, y allí está su perdición. Cuando se anda entre la caza brava, se ha de callar, porque de oír hablar se recela, conociendo en los caballos la voz del hombre, a quien incesantemente teme; y si antes de oírla tenía algún cuidado, ya le tiene mayor, por haber conocido allí su enemigo; y se ha de huir mucho de

esto, mientras no se fuere por algún camino donde esté acostumbrada a oír y ver la gente; donde no le hay, hace lo dicho mucho daño, y si no se hubiera dado a estas reses este temor, aguardarán mucho más cerca, y es necesario quitar los inconvenientes para que no estén con cuidado, que cuando no se han recelado, con más facilidad se matan, y haciendo poco caso de ello, será trabajo doblado y se podrá temer el suceso, que con ser el buey el animal más manso y quieto que se conoce y de quien más seguridad tiene esta caza, porque se cría entre ella habitando día y noche juntos, en tirándola dos veces con el buey a cabestrillo, se recela de él y no le aguarda, siendo este género de engaño el que menos ocasión la puede dar para que ella le tema; pues que jamás ve otra cosa que el buey, a quien conoce por amigo, que la persona que le trae siempre está cubierta con él; mas con la braveza que tiene, aun de sí misma está segura.

§ III

Cómo se ha de poner la ballesta y echar el lazo.

Cuando se ha de echar el lazo ha de ir delante el balletero, que es quien ha de guiar, y en hallando

la caza, procurar arrimarse a ella; si no lo consiente, hacer diligencia de ganarles el rostro y ponérseles delante del camino que llevan, con lo cual se detienen. A este tiempo mira dónde ha de dejar al que ha de tirar al viento o a querencia: si al viento, antes de llegar al hilo de él, porque la caza no se le tome; si a la querencia, en el más derecho y llano camino de ella; la ballesta se ha de apea sin parar los caballos y estar ya puesta cuando acabe de pasar; y si se le ofreciere haber de menear las manos para tirar las reses, lo haga cuando ellas vienen andando y no tienen allí puesto el cuidado, que entonces reparan y conocen menos.

En dejando la ballesta, pasa el que echa el lazo, y sin dejar el camino que lleva, se ha de ir saliendo algo afuera, para que, pareciéndole a la caza que se apartan de ella y la dejan, se sosiegue y aguarde, y prosiguiendo este camino, en llegando a descubrir a estas reses el otro lado contrario, irse arrimando a ellas para obligarlas a que, huyendo de los que se le acercan, vaya al que dejan puesto. Este es el lazo y el modo como se echa.

Hase de advertir que, hasta conocer la voluntad de la caza, la primera vez que el balletero la echa,

sea pico a viento, que ésta es la regla común y general, como está dicho, particularmente si es caza brava, y hasta conocer a qué se inclina, no se ha de hacer lo dicho de otra manera. Si es mansa y no se le da nada de huir sin el viento, no es de importancia haberle errado el primer lazo, que consentirá que una vez y otra se le pongan los caballos delante y le dejen la ballesta, conforme le han conocido la inclinación. A esta caza es necesario, para que tema y huya, arriarse luego a ella, que es muy ordinaria cosa, cuando no toman el viento, andarse a la redonda del caballo, y para que le teman y le huyan, se les ha de apretar la salida antes que se pueda llegar a verles el otro lado por donde se empezaron a rodear; fuera de que si no es caza muy mansa, no consentirá lo dicho; y aquesto podrá tener más nombre de ojeo que de lazo, que el apremio que el ballestero hace a la caza es cargarse sobre ella desde que deja la ballesta, arrimándole los caballos de manera que tema de ellos más que de pasar por encima de su rastro, que es lo que siempre recela, y cuando se ve apretada, toma por mejor lo que antes recelaba, que es lo que pretende el ballestero para engañarla.

La caza que huye sin el viento, lo que procura es

andarse a la redonda de los caballos, huyéndoles el rostro y volviéndose al contrario de como el caballo lleva el suyo, que eso es a lo que llamamos tomar la cola del caballo; con aquello piensa que va libre, porque no se halla apretada, y así no teme el engaño y por este camino se pretende escapar, y lo hará siempre que el que la sigue no conociere su modo de gobierno; esto se remedia con procurar poner cerca la ballesta, para lo cual es muy dañoso empezar de lejos a rodear las reses, porque es fuerza para haberse de acercar a ellas haberles dado vuelta entera con los caballos, que se ha de excusar siempre que se pudiere, por el peligro que hay de que se vayan antes de haberla puesto. El útil que se sigue de ponérsela cerca es grande, porque con muy poco que se mueva la caza, la alcanza a tirar, aunque no le vaya muy derecha, y en poniéndosela lejos, es al revés; porque en longitud, si desde el primer movimiento no guían las reses derechas, no las alcanza la ballesta, que desde allí se le van desviando y no puede el balletero remediarlo; porque aunque las quiera atajar, volviéndose atrás sobre el lado que ellas se desvían, cosa que se hace algunas veces en caza mansa, cuando desde su primer movimiento no guía derecha, rara vez es de provecho.

§ IV

*Los cuatro meses en que se retiran y encubren
más los venados y gamos.*

En los cuatro meses del invierno, noviembre, diciembre, enero y febrero, se esconden y encubren más los venados y gamos que en lo restante del año. Dos cosas les obligan a ello, fuera de su natural braveza. La una, que por mediado noviembre o antes, conforme el tiempo frío o caliente, se les acaba el celo a los gamos antes, porque entran más temprano en él, particularmente en Castilla, y en este tiempo están ellos muy flacos. La otra, que entra lo riguroso del invierno, y para repararse del frío y malos temporales, buscan las mayores espesuras, que en ellas hallan más comodidad para el abrigo que han menester, y para estar defendidos de sus enemigos, porque dejan ver menos, y mientras cobran y reparan el frío perdido, no desamparan estas querencias ni salen de ellas, si no es en el tiempo caliente y blando, que viene a ser por la primavera, que empieza a nacer hierba y tener hoja el monte, entonces se mudan a montes huecos, donde puedan estar encubiertos y gozar del buen tiempo, que ya no tratan de estar en las espesu-

ras como en los meses dichos, que son el retiro de esta caza; la cual, habiéndola de ballestear con los caballos, se ha de buscar rabo a viento, siendo la tierra espesa de manera que no se puedan ver las reses desde lejos, ni ellas a los caballos, y hase de hacer de esto muy particular estudio, entendiendo que ésta es la principal regla para matarla. Hácese esta diligencia de echar el viento de los caballos a las querencias, porque las reses que están escondidas en ellas los reconozcan por él, y se aseguren que las más veces mucha de la caza que los espera, huye porque siente el ruido y no sabe quién le hace, y así no consienten que se le acerquen. Esto se pone aquí por aviso, para que el balletero entienda que siempre que ballesteare venados y gamos en tierra espesa, y en particular los meses dichos, se ha de valer de ello, si quiere que esta caza le aguarde; que reses que se esconden, en llegando a huir, salen pico a viento, y buscándolas, teniéndosele ganado, la vez que se aciertan a ver, es muy buena ocasión para matarlas, porque se les puede poner la ballesta en su salida, sin tener necesidad de rodearlas, cosa que tanto se debe excusar; y teniendo las reses de su parte el viento libre, no hay seguridad que esperen, y mucho peligro sí de que se vayan.

§ V

Cómo debe el ballestero tener conocimiento de la tierra donde echa el lazo para que la caza no recele.

Las reses que se dejan tomar la cara son buenas de matar, porque en conociéndoles su modo de gobierno, se les dará lo mismo que ellas quieren, con que se acertará el lazo, a las bravas el viento, como está dicho, dejándoles la ballesta antes de llegar al hilo de él o pasado del otro cabo, que en él no se puede dejar sin peligro, que la caza se le tome, como está dicho. Esto de dejar antes o después del viento tiene su circunstancia, y lo ha de hacer la disposición de la tierra, que si hay algún azar que estorbe a la huida de la caza, antes de llegar al viento, que es lo más cierto y donde siempre se había de dejar, en este caso se ha de pasar del otro lado, aunque no será tan cierto este lazo como el que está dicho; porque cuando se pasa, es necesario abarcar las reses mucho y haberlas de rempujar por el mismo lado que las empezaron a rodear, habiéndolas dado vuelta entera. Y esto tiene otro daño muy grande, que es abrir mucha puerta a la caza y tener ella mucha anchura por donde huir; y el acierto del lazo no está en otra cosa que en obli-

gar mañosamente a las reses que no huyan por donde ellas quieren; y así, es muy necesario buscarles buena salida, tierra sin dificultades y reparos para la caza, que hay mucha que los tiene muy grandes; y si por falta de experiencia no la conoce el balletero, errará el lazo, aunque siga la regla común, echando las reses al viento, que es en lo que pican todos, pareciéndoles que él solo es el gobierno de esta ballestería; mas débese entender cuando no hay accidentes. Los que lo son para que la caza no salga por donde el balletero la quiere echar cuando la rempuja con los caballos, aunque sea con el viento o a querencia, es ser la tierra muy agria y de mucha espesura, muy cuesta arriba o abajo, y viéndose en esta ocasión las reses apretadas de los caballos y las dificultades que tiene la tierra donde las quieren echar, temen más el engaño y no se atreven a tomar aquella salida, y más particularmente la recelan cuando se les trasponen y pierden de vista; y conociendo las dificultades que hay para salir aprisa de aquella apretura, les pone mayor miedo, y cuando les es fuerza huir, porque los caballos se les acercan más de lo que ellas con su braveza consienten, habiendo tenido el recelo dicho, no se fían del viento ni por entonces le siguen, temiéndose de

mayor daño, y sin él se determinan a huir, siendo la conservación de su vida, valiéndose en este caso de su agilidad y ligereza, buscando, a su parecer, el camino más seguro, y en viéndose libre de este aprieto, vuelven a buscar el viento, que es norte que las guía, y sólo con este recelo le dejan; siempre que esto sucediere no surtirá buen efecto.

Prevéngase el balletero del daño que le han de hacer los inconvenientes dichos, mirando si los hay por la parte que había de echar la caza, que es viento, o querencia, y habiéndolos reconocido, deje el puerto principal y ponga la ballesta a medio viento, y rempuje las reses por el hilo de él o por donde se les habían de trasponer los caballos, que es lo que ellas están temiendo. Con las circunstancias dichas aseguro éste por buen lazo, según regla de ballestería; y las más veces será cierta esta huída de la caza por el embaraço que halla en el otro camino, y cuando se halla en este aprieto, aunque conoce la falta que le hace dejar el viento, se atreve a pasar sin él, desde donde se halla hasta la parte dicha, que es lo que con mayor brevedad puede conseguir, que la caza brava, en viéndose apretada, usa de los ardides que puede para escaparse, y cuando tiene ocasión, que se la da la dispo-

sición de la tierra rasa, huye echándose el viento encima por lo más llano y desembarazado de espesuras, y traspuestas, valiéndose de los ojos en ocasión que no puede del olfato, buscando por este modo el más cierto camino de su seguridad; y si va por la espesura, lleva el viento en las narices, que en ellas son doblados ojos, con que lo penetran, y descubren todo, por escondido que esté, que aunque brutos, tienen su modo de gobierno, y por él se conservan y viven.

§ VI

*Los días de mucho viento son los peores
para esta ballestería.*

El peor tiempo para esta ballestería es el de mucho viento, porque la caza se embravece más que en otro alguno, viendo que se menean todas las matas y que no les aprovecha su cuidado, y conocen el daño que les viene de no poderse valer de la vista y los oídos como cuando está el tiempo sosegado; porque el ruido que hace el viento en el monte es tan grande, que no le da lugar que vea ni oiga, y por esta causa, en tales días está con grande inquietud y de cualquiera cosa se alborota, y en meneándola con los ca-

ballos, aunque sea muy mansa, se embravece de manera que no sosiega, que le parece que de cada mata que se menea sale su enemigo a ella. En tiempos tales es necesario huir mucho de estos animales, para que, viendo los caballos muy lejos, se aseguren y no los teman; y si no bastare y no se quisiere dejar tomar la cara, no porfiar con ellas, sino dejarlas que pasen por delante y que se alejen, que de esta manera pierden el recelo; el cual no perderán queriéndosela ganar lado a lado, y cuando ven que han conseguido su intento y que los dejan ya atrás, se aseguran y dan lugar que el ballestero haga su diligencia para conseguir lo que desea. Cuando a la primera vista consiente la caza que los caballos se le pongan delante, es una de dos cosas: o que es muy brava, y con el mucho recato no lo consiente, o que el ballestero no tiene conocimiento de la que sigue, y se ha querido arrimar más cerca de lo que ella consiente, y a las primeras vistas siempre se ha de ir con ese cuidado y obrar como fuere la tierra; en siendo espesa, arrimando la ballesta al viento, que los días que más miedo tiene, es cuando más guarda esta regla, porque allí le parece está su remedio; y con lo que piensa escaparse de las manos del hombre, es el mismo instrumento que él toma

para quitarle la vida. Si ballestease en tierra de poco monte, donde la caza se puede valer de los ojos, huye rabo a viento, particularmente si tiene querencia a aquella parte. Esto ha de advertir el que lacea, y cuando le deje la ballesta, sea en lo más raso. En tiempo sosegado aguardan las reses mejor, porque gozando de sus sentidos, tienen menos ocasión de tener recelos.

§ VII

En qué ocasión se ha de dejar la ballestería en lo más claro del monte, aunque sea sin viento ni querencia.

Algunas veces sucede que, andando a buscar venados o gamos, se viene a hallar en alguna espesura o barranco, donde habiendo ellos sentido el ruido de los caballos, se quisieron esconder de ellos, no determinándose a huir, por no dejar la querencia donde están o porque tienen lejos otra huída y se quedaron allí hasta que pasasen, que no perdona su cuidado ninguna diligencia que les pueda valer para escaparse, y ya una vez allí, no quieren huir hasta que los echan fuera. En sucediendo esto, siendo la tierra de manera que no se alcanzan a ver estas reses

por otra parte si no es por la que las descubrieron, por ser mucho el monte, o tan doblada, lo que imposibilita. En este caso, siempre que sucediere, desde donde se alcanzó a ver esta caza, y ella a los caballos, allí se ha de dejar la ballesta; y será muy cierto este lazo, aunque se eche sin el viento ni tengan allí la querencia; porque concurren en él muchas circunstancias, para que tome aquel camino más claro y descubierto, que no huye por el acaso, sino con mucha malicia, que con ella se escondieron, y forzándolas a que salgan de allí, aunque vean otros claros en el monte, no los toman, porque no tienen para su seguridad las calidades que aquel por donde alcanzaron a ver los caballos, y éste tienen por seguro hasta pasar por encima de su rastro, y por eso le siguen, y de los demás se recelan, y de todo el monte cubierto por donde los oyeron y no vieron, que allí les parece les tienen armada la cautela, y con este recelo y cuidado toman el claro que vieron; porque allí entienden no puede haber engaño, y aunque sea rabo a viento y sin querencia, siguen este camino. Este es muy cierto lazo, por las causas dichas; no concurriendo lo referido, no hay que usar esta ballestería, que habiendo claros en que escoger, éste ni los otros no son ciertos; porque

el ser bueno consiste en ser solo, y con ese cuidado le toma la caza; que si ha visto los caballos por muchos claros, tomará el que mejor le pareciere y será dicha elegirle el ballestero, si no es por viento o querencia.

§ VIII

Cómo ha de procurar el ballestero ganar la querencia a la caza antes que se le retire a ella.

El buen soldado, para vencer a sus enemigos, entre otras diligencias que hace, es ponerles emboscadas para cogerlos descuidados. Lo mismo pretende el ballestero hacer con la caza, aprovechándose en algunas ocasiones de ardidés para vencerla. Sucédele tal vez hallarla fuera de su querencia, que es su mayor amparo, y conoce que, en meneándola con los caballos, se ha de ir a ella, y en particular es más cierto si las llama allí el viento. Con este conocimiento, lo que ha de procurar es ganarles aquel paso antes que la caza le pueda tomar, que en eso consiste defenderse ella o matarla el ballestero. Para lo cual necesita de dos cosas. La una, saberse aprovechar de esta ocasión mañosamente, de manera que cuando la caza alcance a ver los caballos los tenga delante de su

huída. Esto se ha de conseguir de dos maneras, conforme lo dispusiere la tierra: si es quebrada, que se puede encubrir de ella, procurarlo de manera que cuando la caza vea a su enemigo esté imposibilitada de huir, porque le ve delante del camino que ella había de tomar, que es gran cosa tenerle ganado el paso, porque entonces hace el Balletero lo que quiere de ella. Pero si la tierra fuere rasa, que sea fuerza no poder encubrir los caballos, véalos la caza tan apartados de sí que no los tema. De esta manera han de ir hasta ganarle el viento o querencia, y una vez tomada, no desampararla, yéndose muy despacio hacia ella, cuidando de sus movimientos, para arrimarse más o menos conforme la vieren recelosa; que por aquella parte aguardará más, por las causas dichas, y en hallándose a tiempo para empezarlas a rodear y dejar la ballesta, hacerlo que estas reses no aguardan para huir más que ver los caballos apartados de su camino, y las más veces no es necesario rempujarlas, porque en apartándose de él, ya están a los pies del que queda puesto. Hay otra cosa de grande utilidad cuando sucede esto que las tiraron, y como impensadamente les sucedió y hallaron delante el peligro y les fué fuerza huir, el más seguro camino que

por entonces hallan es volver por donde vinieron, por hallarse sin viento o querencia. Conociendo esto el ballestero, se ha de dar prisa a volver a la ballesta; si la caza no cayó del tiro, en lo poco que se han detenido segunda vez les tiene ganado el rostro, hallándose a tiempo de poderles echar otro lazo. Esta ocasión, sabiéndose aprovechar de ella, es la mejor que puede tener para matarla, antes que se le ponga en huída, que al fin la necesidad les ha de obligar a ello, y ya se habrá conseguido el intento.

§ IX

Cuándo ha de volver el ballestero hacia atrás por encima del que deja puesto, no continuando su camino, como en otros lazos.

Algunas veces sucede al ballestero, al echar el lazo, no poderlo ejecutar como se acostumbra, porque después de ganádoles el rostro a las reses, al tiempo de poner la ballesta ellas se recelan y se vuelven atrás, y ya es fuerza le ha de echar; y si lo hiciese como acostumbra, tendría esto dos daños: uno, que forzosamente ha de abarcar mucha tierra para ga-

narle a la caza la cara en el camino que lleva, que es por donde las ha de rempujar para que vuelvan a seguir el que llevaban primero; si es mucho su recelo, no lo quieren hacer y revuelven sobre la cola del caballo, con lo cual yerra el lazo. Lo otro, aunque prosigan dicho camino, si desde donde le empiezan a continuar no guían muy derechas a la ballesta, será muy contingente no las alcance a tirar, porque con lo que se desviaron de ella cuando se volvieron atrás se salieron de la jurisdicción del lazo, donde las había estrechado el balletero; y lo mismo han de hacer los caballos, volver sobre el que queda puesto, cogiéndole en medio; para esto se les vuelven las ancas a las reses cuando se toma esta media vuelta, apartándose para que se aseguren, y en ganándoles la cara, arriarse a ellas para que tornen a seguir el camino que antes llevaban. Esta ballestería es buscar remedios contra los ardides de estos animales. Esto mismo se ha de usar cuando se hallan en alguna apretura que tienen una salida conocida; en ganándosela, se ha de poner en ella la ballesta y volver atrás para darles lugar que la tomen; y en este caso se han de apretar las reses al rempujarlas, más que otras veces, para que no reparen en la vuelta de los caballos, que mu-

chas veces, viéndose atajadas, no quieren salir, y es necesario forzarlas para que no teman pasar por encima de sus rastros.

§ X

Cómo se ha de gobernar el ballestero con la caza en tiempo de calor.

Cuando se busca la caza en tiempo caluroso, en particular los días claros y sin viento, desde dos horas salido el sol hasta las tres de la tarde, que es cuando ella está recogida; siempre que se ofreciere poner la ballesta, sea hacia la parte más sombría y oscura, que es la que ella toma de mejor gana, porque allí se defiende del calor y de las moscas, y le parece está escondida para que no la vean y ella ve mejor lo que se le acerca. Hase de procurar echar esta caza con el viento, porque va por tierra oscura y le ha menester llevar en su favor. Esta salida toma de buena gana en las horas de su reposo. De esta manera se ha de gobernar el que lacea hasta la hora dicha, y desde allí a la noche, echarla a las orillas del monte por la tierra más clara, donde de su voluntad sale a gozar del viento. Los días pardos y fríos es el gobierno de

otra manera, porque la caza no quiere entrar en las espesuras, y así se ha de echar a lo menos montuoso, donde ella tiene más desahogo; esto es darle lo que ella busca, que es necesario gobernarse conforme el tiempo y hora que en haciéndolo al contrario, no se conseguirá lo que se pretende.

§ XI

Cómo se ha de echar el lazo a las reses heridas.

Las reses heridas, que se rematan a lazo no se les ha de buscar tiempo ni hora para echarlas al monte, porque la pretensión que tienen en el estado en que se hallan, es llegar aprisa a la espesura a esconderse de quien las sigue, y así se han de echar a lo más espeso y querencioso, donde lo consigan; y esto aunque sea sin el viento, advirtiendo que también el camino ha de ser conforme tuviere la herida. Las reses que llevan los pies sanos, todas buscan la mayor espesura; pero si llevan algún brazo quebrado, que el entrar en lo fragoso del monte les es impedimento, porque en él se hieren y embarazan, para huir en esta ocasión lo hacen por lo más oscuro y hueco, donde

pueden hacer más diligencia para escaparse; de este conocimiento se ha de valer quien siguiere esta caza, para echarla a una o a otra parte.

§ XII

Del lazo ciego.

El lazo ciego tiene este nombre, porque lo que en él se hace es sin haber visto las reses ni saber fijamente dónde están, y habiéndolas de seguir, a necesidad se usa de esta ballestería. Sábese que está en algún pedazo de monte o porque se ha concertado con el sabueso o visto entrar desde alguna atalaya; lo que se ha de hacer es, antes de inquietarla, dar con los caballos una vuelta redonda a aquella espesura, empezando rabo a viento, para echarle el de los caballos a la caza, y que ella los reconozca y se asegure; y luego que esto se haya ejecutado, conforme la hora del día, poner la ballesta o con el viento o a la querencia, advirtiéndole que siendo ya baja la tarde, también es querencia para los venados y gamos las orillas y salida del monte, y particularmente si se echa el lazo con el viento, las más veces se acierta; porque es ordinaria cosa a aquella hora ir a buscar su sustento; cuando

no concurre lo dicho, echarla a lo querencioso y espeso.

No se diferencia este modo de ballestería del ojeo en otra cosa que en poner la ballesta con los caballos, y para el ojeo se pone el hombre con todo secreto, porque la caza no tenga de él sentimiento. Puesta la ballesta, se entra a buscarla, que como ha reconocido los caballos, no la atemoriza su ruido, y muchas veces los aguarda hasta que llegan a la misma mata. No se sigue aquí la regla que en los otros lazos, y así, se anda el monte atravesando ya a esta, ya a aquella parte, hasta levantar las reses. Si tira el que está puesto, acuden luego los caballos; si yerra el lazo, se siguen estas reses con el sabueso y se procura concertarlas, y se vuelve a hacer segunda diligencia. Es ballestería en que se trabaja mucho, y tiene penalidad andar sin ver la caza; pero tiene de gusto que las reses más recatadas se matan de esta manera.

§ XIII

Cómo se matará las reses a estribo.

Asimismo sirve el caballo para las reses que se matan a estribo, que es arrimado o desde encima de él. Hase de buscar esta caza con un caballo, o si

fueren dos, entrar a ella no más del uno. Ejecútase de esta manera: en el monte muy espeso, en viéndola, arrímasele luego, como que pasa de camino, advirtiéndole que el puesto desde donde se hubiere de tirar, o sea por donde ella vea bien el caballo o por encima del viento, que por una de estas partes aguardará más cerca, que con la vista ve lo que le puede esperar; y cuando no lo ve, con el viento; y si es posible ganarle para esto la querencia, es circunstancia para que mejor aguarde. Asimismo se ha de procurar meter el caballo por lo más claro, porque al pasar de las matas haga menos ruido, que siempre se ha de ir con cuidado de no darle recelo.

El que ha de tirar ha de encubrirse con él hasta que se llegue a tiro, y en el ínterin que él pasa, apuntar y tirarla para que no le reconozca. Cuando a la primera vista no se ha podido ejecutar y es fuerza para arrimarse a ella dar la vuelta a la redonda, es menester, por la parte que le queda el viento libre, desviarse mucho y procurar, siendo posible, no pierda el caballo de vista y llegarse a tirar con las circunstancias dichas por entremedias de la querencia y la caza o por encima del viento, que en queriéndosele arrimar de otra manera, es muy contingente que le huya.

Esto es muy necesario cuando se anda tras reses bravas y que están ballesteadas. Para las que no lo están, que es caza de montes guardados y mansa, que no tiene tantos recelos, no son necesarias estas delgadezas; si bien el arrimarse a ellas sea de camino, como a las otras; y en caso que no consientan, procurar tomarles la cara y darles vuelta entera a la redonda, y por la parte que las entrara a rempujar, si hubiera puesto la ballesta a lazo, por allí se ha de arrimar para tirarlas a estribo, que las más veces aguarda; porque como los caballos han hollado la tierra a la redonda de donde ellas están, ya temen la salida y la procuran evitar y si se les quieren arrimar, en ganándoles la cara, algunas veces no aguardan y se andan a la cola del caballo, y para que teman y no lo hagan, se ha de hacer esto.

La mayor diligencia que se hace cuando la caza es brava, para que no se recele, es excusar lo posible el rodearla, por ser la cosa tan perniciosa como queda advertido; y cuando es mansa y se anda zonzamente a la cola de ellos, sin quererlos aguardar, para que de miedo lo haga, temiendo la salida, la rodeamos, que es necesario para conseguir estos dos intentos, con las bravas, excusar lo uno, como está dicho, y con las

mansas, obligarlas a que esperen, ejecutando lo contrario. Estos son los modos que hay de matar venados y gamos con el caballo a lazo y a estribo.

CAPITULO XV

Cómo se han de aguardar las reses cervunas o los gamos, teniéndolos concertados al levantarse a la tarde.

§ I

DESPUES de concertadas cualesquiera de estas reses ha de procurar el balletero saber en qué parte del concierto están; esto se alcanza de dos maneras: procurando que el perro las ventee, como queda aducido en el capítulo del concierto, y de partir la tierra, o buscando atalaya de donde las pueda ver; esto es de mayor comodidad, porque con descanso se goza de lo que se pretende. Hase de tomar esta atalaya a las diez del día y estar en ella hasta más de la una, aguardando a que se levanten las reses, que siempre lo hacen a mediodía; esto se entiende de las bravas, que se recogen por la mañana, como está dicho. Escóndese esta caza por tres cosas. La primera, por estar más retirada de quien la busca. La segunda, por

gozar de descanso. Y la tercera, por defenderse del tiempo, ya frío, ya caluroso, que conforme el que corre buscan su comodidad. Los días de vientos recios, aunque quieren lo abrigado, no se emboscan en lo más espeso, por aprovecharse de la vista como del olfato; encámanse en lo más claro para ver y pónense rabo a viento, que bien conocen que por allí no se le puede acercar cosa que les pueda dañar; con esto se defienden, como lo pudiera prevenir quien tuviera uso de razón; que los animales, en lo que toca a su conservación, nos hacen conocidas ventajas; mírese si su apetito les hace comer cosa que les pueda dañar, ni si por falta de cuidado y diligencia pierden la vida, como tenemos advertido.

Las comodidades que busca esta caza cuando se encama por la mañana, ya para gozar del sol, ya para guardarse de él, les falta a mediodía, porque ha hecho mudanza en todo; y para buscarla se levantan a esta hora, y a extenderse y espaciarse, que el mucho recogimiento les es molesto, y le guardan más de miedo que de voluntad. En este medio tiempo que están levantadas, alrededor de esta estancia comen algún bocadillo, y se vuelven a encamar hasta que llega la hora de volver a camppear.

Habiendo, pues, por el sabueso o atalaya sabido, poco más o menos, dónde están las reses, si se determinare entrarlas a tirar a hurto, observe lo que queda dicho en el capítulo tercero, que trata de ello. Si las ha de aguardar a que se levanten, procure ponerse cerca de ellas con buen viento, procurando sea hacia allí la parte por donde ellas tienen la comida y salida u orilla del monte, que a esta hora que se levantan, eso es lo que van a buscar, y en este camino se han de aguardar. Si fuere tan contrario el viento que no pueda, porque no se le tomen a la parte donde más libre estuviere de hacer este daño cerca de esta salida, se arrime lo más que pueda, y esto ha de ser tarde, cuando se llegue la hora de levantarse; porque de estar mucho tiempo cerca de ellas, hay peligro, que es muy contingente mudarse el viento, y es cosa tan repentina dar una bocanada a las reses, que cuando un hombre lo llega a conocer, ya ellas van huyendo. Esto de mudarse el viento suele ser muy común, particularmente en el verano en tiempo sereno, porque la fuerza del sol atrae a sí el viento, y como él va caminando desde que nace, suele en este tiempo mudarle de muchas partes. Esto mismo sucede cuando se arman nublados, que de la parte que vence la fuerza de la

nube se lleva tras sí el viento, aunque al suceder esto sea contrario, y por esta variedad es grande el peligro de estar cerca de la caza.

Cuando desde el atalaya la ve a mediodía, ha de probar si la puede tirar, y no consiguiéndolo, salirse afuera y volverse a poner a las tres de la tarde, que ya va perdiendo la fuerza el sol y no la tiene para retirarse a sí, como lo hace desde que nace, que crece hasta que llega su declinación, y entonces ya está fijo de la parte que ha de ser. Esta es la mejor hora para aguardar, y está ya cerca en la que se levantan las reses; y cuando no hubiera este peligro, es cosa muy molesta haber de estar un hombre emboscado todo el día sin poder menear los pies, sujeto a si le da una tos a él o al perro, haber de ser sentido, y perder lo que ha trabajado hasta aquel punto, que nunca será poco.

Lo que debe hacer el balletero en este aguardo, es que el sabueso esté con cuidado que no se duerma, aunque si él es bueno y sabe dónde están las reses, no lo hará, y estos animales hacen al hombre conocidas ventajas, porque sus sentidos son más prontos, y en particular es grandísima esta ventaja estando pico a viento, que es fuerza, si las reses se mueven,

las ventee y sienta, y él mismo dice lo que hacen, si se le acercan o alejan; que con lo uno se le aviva el cuidado, y con lo otro lo va perdiendo. Cuando las reses se le acercan, se está relamiendo y echando las orejas hacia aquella parte, y cuando se le alejan, ventea confusamente, y de tarde en tarde; conforme el conocimiento que el balletero tuviere del sabueso, verá lo que queda advertido; lo que ha de tener para estos aguardos es que sea muy sufrido y que por él no se pierda la ocasión, que muchas veces, sin tener necesidad de mudar los pies, se les vienen a meter las reses debajo del arcabuz, y si el sabueso no fuere tal, se perderá.

Si las reses, después que las han sentido levantar, tomaren otro camino, con mucho secreto ha de ir metiendo el sabueso a la parte que han estado encamadas, para que tome el rastro o conozca el que llevan, y según eso haga la diligencia. Si van pico a viento, seguirlas con mucho secreto hasta que vayan saliendo de la querencia y espesura a tierra más clara, donde se detienen más, porque allí comen algún bocado, esto es, yendo seguras y sin recelo, y por eso se advierte el secreto con que se ha de seguir esta caza; porque si ha sentido ruido a sus espaldas, no la alcanzará en

toda la tarde, que en ninguna parte para que conoce que la siguen; cuando van sin este cuidado, en muchas se detiene y da lugar para que el balletero haga su diligencia. La que a este tiempo es conveniente es ir con el sabueso abarcando el viento, echando medios cercos de una punta a otra, sin pasarse delante de las reses, porque no se le tomen, que de esta manera no las podrá perder; y en topando parte desde donde las puede atalayar, es muy buena ocasión, que esta caza a este tiempo anda comiendo, y descubriéndola, será fácil de tirar; porque a aquella hora toma la tierra más clara y se detiene en ella haciendo hora para salir del monte. Esto hace la caza; la ejecución ponga de su parte el balletero.

§ II

Si las reses salieron de la cama rabo a viento, será desgraciado no tirarlas, pues las está aguardando con él en la cara; y si por ser mucho el monte u otro accidente no las ha podido tirar desde el aguardo, sálgase afuera con toda presteza y déles un cerco largo, y en viendo que no han pasado y que las tiene dentro de él, con mucho espacio y secreto vaya venteando

aquel pedazo de monte, haciendo puntas a todas partes hasta que el sabueso las ventee; y conseguido esto, póngaseles delante y aguárdelas, pues que se le vienen a las manos, que ya una vez allí, no se le escaparán, sino por mucha desgracia; porque el mayor peligro es querer arrimarse a la caza, y cuando ella se viene al hombre, no hay ninguno; si en el cerco que dió topó el rastro y ve que las reses van delante, dé otro, y los que fueren menester, hasta que las coja dentro, que no hay otro modo de aguardar o seguir la caza.

CAPITULO XVI

Cómo se han de batir estas reses concertadas.

PUESTO que el balletero ha concertado venados o gamos y no quiere aguardar a que se levanten, y los ha de batir y ponerse delante en su huída, para acertar este puesto, siendo por la mañana, ha de mirar la querencia más cercana a que podrán huir, levantándolas de donde están el monte más continuado para ellas, y los pozos que tienen cuando de su voluntad van de esta a la otra, en qué parte los tienen más juntos, porque a ello obligan la tierra y los hilos y

continuación de los montes. Todo lo dicho debe mirar con mucho cuidado, y advertir que es diferente el paso de los venados que el de los jabalíes, que ellos toman lo más espeso y oscuro; y el venado quiere monte cubierto, pero hueco, que él pueda salir aprisa, y esto en monte bajo y cerrado no lo puede conseguir, y por eso busca el menos embarazoso para poder hacer conforme su habilidad para salir aprisa del peligro. Este es el aguardo de por la mañana antes de mediodía, porque huyen estas reses con pensamiento de que se han de volver a encamar. Conocido esto, se ha de poner el que ha de tirar donde lo dispusiere mejor la tierra para camino de la caza, y otro entre siguiéndola por su rastro con el sabueso hasta que la levante; hase de hacer esta diligencia sin dar voces ni más ruido del que el sabueso y hombre van haciendo atravesando el monte; si no tira el que aguarda en llegando a él, ver el camino que han tomado las reses y seguir las, y procurar concertar las, y consiguiéndolo, tomar atalaya, para si se menearen, verlas y tornar a repetir la primera diligencia, y si fuere esto ya a la tarde, no se ha de poner para batirlas en el puesto que dejamos dicho de por la mañana, porque hay diferente razón para ello. Hase de mirar para la huída

de estas reses la tierra más alta y clara y el más breve camino para donde tiene la salida a campear de noche, cuando dejan las espesuras. En este aguardo de la tarde se ha de procurar echar las reses pico a viento, que ésta es su más cierta salida, que como no es hora de volverse a recoger, no le dejan, y aunque tiene inconveniente para el que los ha de aguardar, es el puesto forzoso; pero eso ha de facilitar la disposición del balletero, que conociendo el camino que puede tomar, se puede arrimar a él por la parte menos peligrosa del viento, donde consiga el intento.

Si fueren gamos los concertados, se advierte que estos animales son menos montaraces que los venados; por la mayor parte se crían en dehesas y montes llanos; su huída es por lo menos agrio, siguiendo las espesuras de unas querencias a otras, buscando también lo menos embarazoso, rehusando tomar las cumbres, que en esto se diferencian mucho de los venados; y así, el aguardo para estos animales se ha de elegir por lo más llano y hueco con el gobierno de tarde o mañana, como queda advertido.



CAPITULO XVII

Cómo se matan los venados contrahaciendo su voz.

EN el tiempo que los venados tienen su celo, que entre ballesteros llamamos brama, andan siguiendo las hembras, que en lo restante del año no andan en su compañía; llegada esta sazón, son celosísimos, y así, el más valiente las junta en una manada y no consiente que otros lleguen a ellas, corriendo a los que se le acercan y peleando con los que se le oponen; tienen sobre esto grandes batallas, que no es igual la ferocidad de un toro, y con su mucha fortaleza, agilidad y ligereza hace mayor su valentía. Es muy de ver su pelea; ándanse haciendo fieros, paseándose lado a lado, y de improviso arremete el uno al otro juntando las cabezas, haciendo fuerza para vencerse en los cuernos, queriéndose llevar hacia delante, y de esta manera están porfiando, hasta que el de menos fuerza afloja y el otro le obliga a que huya; suelen en estas pendencias darse grandísimas heridas y matarse.

Para prueba de esto diré dos cosas, que pueden causar admiración. En Castilla la Vieja, en un monte del Duque de Lerma que se llama Ventosilla, riñeron

dos venados muy grandes (que lo son mucho en aquella tierra), y tué tal el choque que se dieron, que al juntarse las cabezas, a lo que pareció, se cimbraron los cuernos de manera que se enclavijaron unos en otros, que jamás les fué posible el desasirse; en esta tan reñida batalla se metió el uno al otro una púa de las primeras arrimadas a la cabeza, que llamamos garcetas, por junto a un ojo, de que murió. Estuvieron algunos días en el monte sin que los topasen, el uno muerto y el otro vivo, pero tan flaco, que no se podía tener en pie, que ya no tenía más que el pellejo; así lo halló Diego Ponce, que hoy es balletero de su Majestad; y yo vi después las cabezas asidas como se hallaron, en la casa de Ventosilla.

El otro caso es que estando el Señor Rey Don Felipe Tercero, que haya gloria, en Aranjuez, en un soto de aquella ribera del Jarama que se llama Soto Gordo, aguardando unos lobos en un raso que tiene dicho soto, salió una manada de gamos, empezando a reñir dos de ellos, y se enclavijaron los cuernos de manera que no se pudieron apartar; espantado su Majestad de tan porfiada batalla, acabándose la tarde, fué a ellos y los hallamos como he dicho, y, con harta admiración de lo sucedido, los cogimos.

Esta caza del remedo de la voz del venado no es para donde hay muchas reses, porque allí se vale el hombre de otros modos para matarla, como es el lazo, el hurto, el aguardo y batidas, sino para donde están muy perseguidos, y es su braveza tanta, que de día se meten en la espesura y la dejan en los crepúsculos, desde que se pone el sol hasta que nace otro día; los demás están encamados, porque andan muy perseguidos. Para buscar el balletero estas reses, se va a sus querencias al poner del sol y escucha si los oye bramar, que los venados bravos no se oyen a todas horas del día, como los de los bosques, caso que le oiga bramar, toque el balletero su cuerna, teniéndole cuenta cómo él brama, que cuando están muy celosos, es muy recio y a menudo, y a aquel modo le ha de tocar y hacerle fieros rebramándole, que con aquello se enciende más y viene a buscar al que oye. En viendo que no vuelve a responder, ha de procurar buen puesto en que aguardarle, de manera que no le vea, que son animales de gran vista; y asimismo ha de procurar estar en parte alta y clara, que allí llegan con menos recelo, y son aquéllos los puestos que comúnmente buscan para bramar, y particularmente en las horas que va faltando el sol, toda la caza anda por

tierra más alta y se recela de lo más espeso y oscuro, particularmente cuando no llevan el viento en la cara; si le oyere tornar a bramar y viere que se le viene acercando, respóndale más bajo y temeroso que la primera vez, que con ello cobra más ánimo y gana de llegar a ver su contrario, pareciéndole que ya le teme, y en muy breve tiempo le tendrá a sus pies; si el venado lleva ciervas, irse acercando a él y bramarle muy recio, para que viendo que se le acerca su enemigo, le salga a recibir, y entonces vienen bramando desatinados y es muy buena ocasión de tirarle.

En el principio de la brama es muy buena esta ballestería, que es cuando ellos están muy celosos, hasta que pasa la mitad del celo, que todo este tiempo gastan en buscarse unos a otros, y por eso vienen en oyendo la cuerna; puédese con buena luna hacer esta ballestería, aunque por la mayor parte la caza sale a la tierra más rasa de noche; si tocando la cuerna el balletero le responde el venado, hallándose rabo a viento, en el mismo punto ha de salir de allí a toda prisa e ir a ganársele al venado, porque si viene y le topa o su rastro, conoce el engaño y se escapa. Dos cosas requiere esta caza: buscarla siempre con el viento en la cara y andar muy secreto, y advertir que si

hace viento recio, si no es en parte muy rasa, no le vendrá ningún venado, y como tienen tan veloz vista, si no hay donde se pueda encubrir el hombre, es fuerza le vea, y los días de viento, como se mueven las matas, de todo se recelan.

De todos los animales bravos, los machos son más recatados que las hembras, y mientras más perseguidos, guardan más esta costumbre, y muchas veces vemos, al recogerse la caza por las mañanas, dejar los machos las hembras e irse ellas a encamar a una parte y ellos a otra; esto es muy común en jabalíes y venados. El día que conociere esto el ballestero, ya porque lo vió desde alguna atalaya, ya porque atraillando estas reses le aparta el perro el venado a una parte y el rastro de las ciervas a otra, ésta es muy buena ocasión para matarle este día.

Hase de hacer esta diligencia: antes de ponerse el sol, le ha de aguardar en el rastro de las ciervas cerca de donde ellas entraron a encamarse, y allí ha de estar hasta la oración; que si el venado está celoso, a esta hora ya las habrá venido a buscar y le habrá oído bramar o rebramar, que los venados bravos poco braman, si no es al salir y al ponerse el sol, que con la braveza que tienen no lo osan hacer, si no es de no-

che; y si hasta esta hora no le ha oído ni venido a buscar las ciervas, toque la cuerna un poco alto y rebrame y esté apercebido, que en oyéndole el venado, vendrá a toda prisa, que bien sabe las dejó allí y que tienen quien las galantee, y eso le trae cuidadoso.

Ya pasada la mitad de la brama, aunque los venados braman, no andan tan celosos que se busquen unos a otros, como lo hacen en el principio de ella, que braman en las partes que tienen querencias; algunas horas del día andan con las ciervas, y otras sin ellas; de esta manera pasan hasta que se les acaba el celo. A este tiempo no vienen los venados a la cuerna, pero responden a ella, que es lo que busca el balletero para saber dónde están. En esta ocasión son buenos dos compañeros, para que el uno toque la cuerna y el otro atalaye donde suena el venado, y busque por donde le pueda entrar a tirar; que es gran cosa que el venado esté respondiendo al otro, que aquello le sirve de quitarle alguna atención a su cuidado, que le es de grande útil al balletero; el cual, si no fuere muy bueno el hurto para entrar cubierto, ya cerca del venado, no se ha de mover, si no es cuando él brama, que para eso es bien de aparte le brame el compañero para que él responda, y en aquel breve tiempo le ha de procu-

rar ganar tierra para arrimársele, que para bramar alza la cabeza y con su misma voz divierte el oído; con lo cual puede gozar el hombre de su trabajo, consiguiendo lo que desea.

Los gamos tienen también su celo; no braman como el venado; a su voz llamamos ronca; son celosísimos y juntan sus gamas, como el venado las ciervas, y las está celando el más valiente, peleando con los que se las quieren quitar hasta quedar vencedor o vencido. Los que no tienen gamas, las andan buscando, y con el mucho celo, en las partes que tienen querencia, acuden algunas horas del día y noche, y allí están roncando y aguzando los cuernos en las matas, y escarbando con las manos hacen unos hoyos que llamamos picaderos. En estos sitios, cuando el balladero los halla muy tomados, los aguarda al amanecer y anochecer, y si hay buena luna, toda la noche; en ellos se matan muchos gamos. Es el gamo muy recatado, de mucha vista y oído; es necesario mucha maña con ellos y no hollar la tierra donde los han de aguardar, y reconocer las entradas que allí tienen; y si el viento no fuere muy a propósito, todo esto no aprovechará, porque en recelándose, jamás volverán a aquel puesto.

CAPITULO XVIII

De la naturaleza del corzo.

ESTE animal es más pequeño que el gamo y cabra montés; críanse en toda España en los mayores montes y faldas de las sierras; no quieren tierra agrísima de peñas, como la cabra, sino montes grandes y que tengan espesura, aunque no es su mayor habitación en la de montes bajos, como jarales y estepares; quiere mucha espesura, pero montes huecos, que su mayor defensa es huir, y busca para esto lo más abierto y tratable; son muy amigos de soledad y muy medrosos y pusilánimes; cualquier perro, por moderado sabueso que sea, si le llega a alcanzar, lo mata; porque en él hay muy poca defensa, que como está dicho, ellos la fundan en sus pies; son ligerísimos, dando grandes saltos, que no saben correr unidos, como el venado y gamo; su color es cervuno, que tira a ceniciento; tiene el hocico negro, no tiene cola; los machos son algo mayores que las hembras; tienen unos cornuzuelos con dos o tres puntas, y desde el cimientto del cuerno hasta lo alto de donde ellas salen del asta, son granujados, con grano más áspero y resaltado que

los que tienen los venados en sus cuernos; es animal muy bobo para defenderse; mátanse muy bien con el caballo a lazo y estribo, si se aciertan a hallar en buena tierra para ello, porque aguardan mucho; mátanse en ojeos con redes y arcabuces. Atraíllan los sabuesos muy bien los corzos, porque es su rastro más vivo y caliente que el de las otras reses. Esto los perros lo enseñan, porque los siguen de mejor gana; es su carne delgada y fría, más que la del venado y gamo, y comida en cantidad, descompone el vientre.

CAPITULO XIX

De la cabra montés.

SON éstas mayores que las mansas; críanse en algunas partes de España en las más ásperas sierras y tierra de peñas y de poco monte; andan con grandísima agilidad por las más ásperas, tan sin miedo como pudieran por lo llano, siendo así que a nuestra vista parece cosa imposible que ningún animal pueda trepar por ellas; su color es cervuno, y los pies y manos zahonados entre cervuno y negro; tienen velocísima vista, y por el lado ven de la misma manera que por delante, que tienen los ojos muy rasgados; es

el más limpio animal que se conoce, y a esa causa habita donde otros no le puedan hollar la tierra ni enturbiarle las aguas; tienen la cabeza armada, machos y hembras, de unos cuernos muy largos y pesados, que los echan atrás hacia los lomos; haylos de más de cinco cuartas de largo, y particularmente los de los machos son mucho mayores; los unos y los otros, a trechos tienen unos cercos a la redonda que los fortalecen mucho; tienen estos animales particular amor y cariño a sus hijos, y siempre la parentela anda junta; parece que reconocen el beneficio que reciben unos de otros, porque en la vejez al descaecido acompañan los otros, y le lamen el pelo, y se le ponen lustroso y parece los consuelan, dando a entender les pesa de su daño; ámanse tanto, que si aciertan los cazadores a coger alguna, las otras no saben huir, porque no quieren desamparar la compañera, y tal vez por esperarla pierden la vida.

El modo como se cazan es atalayándolas cuando dejan la tierra intratable en que andan, y salen a comer de noche a los prados más altos en las cumbres de las sierras; pónenles redes cerca de su huída, y luego salen a ellas, que vienen volando a su querencia y quedan presas en la red; mátanlas también a

hurto con el arcabuz, que este instrumento en toda parte se hace lugar. Asimismo las atalayan para coger las dentro de algunas breñas, que no tienen otra parte por donde salir, sino por la vereda que entraron, tomanse, y por ella misma entran a ojeirlas y allí las matan o hacen que se despeñen. Asimismo, en los tiempos de mucha nieve baja a la orillas de las sierras a la tierra llana, y con perros y redes las matan. Este es el modo de matar estos animales, que su naturaleza los cría en partes tan remotas y poco usadas de los hombres, que no todas veces se halla ocasión para ejecutarlo.

Plinio llama a estas cabras silvestres, rupicapras, y dice que hay otros géneros de ellas, como capreas, yvices, origues, damas, pigragos, estrepicerotes, moscos, omflones. Todos estos animales son extranjeros de las sierras y montes de España que yo conozco, y hay tan poca noticia de ellos, que los ignoro; y aunque pudiera decir de ellos lo mismo que Plinio, no lo hago, porque quiero tratar de estas cosas con toda verdad, y sólo de las que alcanzo con mi corta experiencia, sin valerme de autores, que aunque dan luz de muchas cosas, tal vez los llevo a tener por sospechosos.

CAPITULO XX

*De la carrera de gamos, que la hace la montería
de su Majestad con sus telas.*

LA carrera de gamos es fiesta real, y en España sólo la puede hacer el Rey nuestro Señor, que el instrumento con que se han de coger estos animales son las telas, y no las tiene más que su grandeza. Hase de ejecutar esta caza cogiéndola mañosamente, respecto que el ruido que con las telas se hace cuando las ponen no se puede ejecutar ni el dejar de ser sentidos de la caza, y en llegándose ella a recelar y a huir la primera vez que se intenta, después tiene mucha dificultad; y así, dos cosas se deben advertir: la una, que se procuren echar en el reposo de estas reses, que desde las ocho de la mañana hasta la una del día es el tiempo en que menos campean; la otra, jugar muy de afuera, cogiendo mucha tierra, que ellas cercan una legua en redondo, y luego, tras esto, entra la astucia del balletero, que procura ponérselas encubiertas de su vista, valiéndose de las cañadas y quiebras del monte, y habiéndoselas de descubrir, que sea por algún camino, que la caza esté hecha a ver pasar

gente. Y asimismo se hacen otras muchas diligencias, conforme lo pide la disposición de la tierra en que se ha de coger esta caza, que cuando ella piensa que está en su libertad, se ha de hallar cercada a lo largo. Luego se procuran restringir, que es ponerlos en menos distrito; lo cual se hace atajando la tierra con telas hasta que los estrecha de manera que los encierran en un toril; para correrlos les hacen una calle con las telas de cuarenta pasos de ancho y cuatrocientos de largo; al cabo de la calle está un tablado, en que están sus Majestades; por lo bajo está hueco lo mismo que es la calle de ancho, y allí están los caballeros de la Cámara y otros grandes señores que se convidan para aquella fiesta, con las espadas desnudas para desjarretar los gamos que pasaren por debajo del tablado; en este estado sueltan cinco o seis gamos, los cuales, en viendo por donde huir, lo hacen con grande agilidad, tomando la calle, y para que con mayor velocidad la pasen, suéltanles algunos sabuesos, y aun a muy buenos galgos se les escapan, de manera que no les pueden dar alcance. Es grande el apercebimiento de los caballeros, que de cada cuchillada piensan cortar el gamo por medio, y tal vez al pasar por donde están, da el gamo tan gran salto, que

no le alcanzan con las espadas, y otras, que aunque le alcanzan, no le cortan pierna ni brazo; finalmente, algunos matan. Es fiesta de grande entretenimiento, y al peso que se ve tan pocas veces, es más apetecida. Las gamas no quiere su Majestad les hagan daño, y así pasan libremente su carrera.

CAPITULO XXI

De la naturaleza y calidades del jabalí.

ES éste, por su naturaleza, muy bravo, valiente y ejecutivo, y cuando se ve acosado, tan dañino, que su ferocidad compite con la de los más fieros animales; en su defensa nada teme; sus armas son dos colmillos en las quijadas de la parte de abajo, con otros dos dientes redondos en las de arriba, que llamamos remolones; estos colmillos, en tiempo de necesidad, los aguza en el remolón y pone tan agudos, que tirando un golpe a un caballo, le corta las cerdas en el aire, cosa que se ha visto muchas veces; para hacer la herida saca hacia fuera la quijada de la parte que tira el golpe, y todo lo que hinca carga sobre ello el remolón, y lo que coge en medio lo corta con tanta

sutileza como si fuera una navaja; y por eso los colmillos del jabalí entre ballesteros y monteros tienen ese nombre.

Cuando está colérico no hay a que comparar su soberbia; los ojos le revientan sangre, la boca llena de espuma, sus golpes son muchos, sus heridas muy grandes, que yo he visto de una herida de un jabalí cortadas cuatro costillas a un perro, y de otra echar las tripas fuera a un caballo con la facilidad que pudiera un toro; y cortarle a otro perro el espinazo y dejarle partido, sin que pudiese menearse de allí, que con una espada de a caballo parece dificultoso. Hay jabalí que le sueltan una montería de veinte sabuesos y lebreles, y mata los más de ellos y se escapa. Los jabalíes han muerto muchos hombres, que queriéndose llegar a ellos cuando están perseguidos han quedado hechos pedazos.

Es animal pesado y de poca agilidad, pero de mucha fortaleza en la tierra que habita, que siempre es muy montuosa; tiene mucho tino para ir donde quiere; de lejos ve poco, y no osa salir a tierra rasa porque no se fía de su vista y agilidad para huir cuando se le ofreciere; en lo oscuro ve mejor, a causa de traer la cabeza muy cerca de la tierra; anda siempre retirado

de mucha luz; lo más que campea es de noche, porque conoce que en descubriéndose a lo raso es perdido, por las causas dichas; la espesura es muy a propósito para que él huya, que con aquella trompa y su mucha fortaleza rompe el monte con mucha facilidad, que no le embaraza para huir, como a los otros animales, y así él, en sus necesidades, continúa este camino sin dejarle.

Es cosa muy común que los jabalíes viejos que han sido perseguidos traen en su compañía otro jabalí pequeño, que llamamos escudero, y está muy recibido entre los ballesteros, que es con cautela, aunque en lo irracional no cabe discurso; mas conócese lo dicho por las cosas que hace, que en las partes que él tiene recelo echa al otro delante para que si hay peligro lo padezca, y él se ponga en salvo. Y asimismo, cuando en la espesura están encamados y les sueltan perros, siempre el puerco viejo se está quedo hasta que el otro huye delante y los saca tras sí, y él, como astuto, en este tiempo, por otro camino, se escapa. Aún pasa más adelante su astucia, que cuando está solo, la primera salida que hace huyendo de ellos, es pico a viento, para que por él le sigan sin trastrearle, con lo cual los engaña; porque en la primera mata se queda

alastrado, y como van tan recios, porque le han venteado, creyendo le llevan delante, no reparan, y con cien pasos que se alejen de él se hallan desatinados, y en viendo que han pasado, revuelve atrás, echándose el viento encima; con lo cual los perros quedan perdidos y rabo a viento, para que no le puedan seguir si no es por el rastro; y esto les ha de costar mucho trabajo, particularmente en monte espeso y bajo, donde no pueden hacer la mitad de diligencia, y como él no tiene cosa que le embarace, en el tiempo que se detiene en buscar su rastro ya se ha escapado. Tiene en esta huída gran ventaja, que como lleva el viento encima, oye y ventea los que le siguen; con lo cual hace más o menos diligencia, como en aquel caso pide la necesidad; y si huyera pico a viento, como al principio, le alcanzaran luego los perros, que son mucho más ligeros que él, y como les iba echando su viento, no tenía que detenerse en rastrearle y fuera cierta su perdición, y con este conocimiento usan de estos ardis, que parece es menester discurso para pensarlos el hombre, y es muy cierta verdad que usa de ellos este bruto muy comúnmente.



CAPITULO XXII

En que se advierten los recatos del jabalí por su naturaleza, y los descuidos que tiene por su ociosidad.

LA conservación de los animales es su cuidado; es mayor en ellos, según la raza de cada uno, que por naturaleza hay unos más bravos que otros, y en la persecución todos acuden a la defensa; que es amable la vida, y para no perderla, bravos y menos recatados, hacen lo que pueden; entre todos, el más montaraz es el jabalí, como queda dicho. Grandes males acarrea el ocio; muchos ejemplos pudiéramos traer de esta verdad; pero apliquemos esto a nuestra caza, y en particular a este animal, de quien vamos hablando, que por naturaleza es incesante el cuidado con que se gobierna y guarda, y con eso se conserva y vive; sólo tiene un enemigo, que con dificultad se puede vencer, y él viene a ser causa de su perdición; porque contra él es difícil la resistencia, y aun si le llega a tener el hombre, que es capaz de entendimiento, si no es con particular auxilio de Dios, estará siempre a peligro de perderse; éste es el ocio, y con él, el entendimiento

humano anda vagueando a todas partes, sin saber seguro puerto. Y si en lo racional causa esto, ¿qué podrá hacer en un bruto?; el cual, habiendo de guardar el orden que le dió su naturaleza para conservarse, en viéndose en bosques guardados, en parte segura, sin persecución de cazadores que le inquieten, empieza a descuidarse y va cada día perdiendo el miedo y recato; y el que por su natural costumbre se recogía y encamaba antes que saliese el sol, con lo cual se libraba de las asechanzas de sus enemigos, ya se toma licencia para recogerse dos horas después de haber salido; y habiendo de estar encamado hasta que llegase la noche, se le hace tarde, y se levanta mucho antes y descubre y detiene en tierra rasa, cosa tan fuera de lo que ellos acostumbran, que sólo el ocio les ha podido mudar de naturaleza, habiendo por esta causa perdido el miedo a sus enemigos. Al fin no queda esto sin castigo, pues de esta libertad se les ocasiona que el hombre los halla fuera de sus querencias, donde con facilidad les quita la vida. He dicho esto para dar a entender al balletero cómo debe buscar estos animales, conforme la tierra en que ellos habitaren, para hacer más o menos diligencia para matarlos; si bien mi consejo es que sea tal su vigilancia

y cuidado, que con los bravos y menos recatados se porte de manera que no les dé ocasión para que se recelen de él ni lleguen a conocer que los sigue.

CAPITULO XXIII

Cómo se ha de aguardar el jabalí a la tarde después de concertado.

HABIENDO reconocido el concierto, ha de procurar el balletero que el sabueso le ventee las reses, haciendo lo que dice el capítulo séptimo del libro segundo. Conseguido esto, y sabiendo poco más o menos dónde están encamadas, se ha de salir afuera, porque mientras más acerca anduviere, hay mayor peligro de darles algún sentimiento, y se debe huir mucho, y más a res o reses que se han de aguardar; porque en teniendo algún género de cuidado, no guardan regla de las que puede saber el balletero, y muchas veces hasta que es de noche oscuro no salen de donde están encamadas.

Para aguardar esta res, suele ser su más cierta salida por donde se recogió por la mañana; mas hanse de observar las causas que puede haber para obligar

a esta res a que a la tarde siga aquel camino o tome otro. Señales y causas hay que pudieran casi asegurar lo uno y contradecir lo otro, y debe saberlas el ballestero y conocer los accidentes porque será o dejará de ser. Las ordinarias, para no salir por donde entró, es haber tenido al recogerse algún sentimiento a aquella parte o después de encamado o habérsele mudado el viento, no serle a propósito para salir con él en las narices o no haber hallado en la parte que anduvo la noche pasada bastante sustento, y determinarse irle a buscar a otra parte; por estas causas mudan la salida.

Las que pudieran afirmar que saldrá por donde entró son éstas, y por aquí las ha de conocer el ballestero: busque el rastro del puerco en la cena de aquella noche, y si desde que salió de ella guía derecho a la querencia, cuando hacen esto es señal que van satisfechos, porque han hallado en aquella parte suficientemente lo que han habido menester, y entonces no se mudan a otra si no hay accidente. Cuando a los jabalíes no se les halla la cena, poca comida hay, y vanla buscando en muchas partes, y no tienen querencia segura y se encaman donde les parece, y esto es causa de que muden los caminos.

Lo segundo, se ha de mirar si por la parte que esta res entró tiene otros rastros, entradas y salidas frescas en aquella querencia, aquél es su paso y allí se le ha de aguardar.

Lo tercero, si se encamó a la entrada de ella, lo hizo con cuidado de volver a salir por allí y no se metió más adentro, por tener menos que andar a la tarde. Si se encamó pico a viento, es señal que va seguro, que no le siguen, que si viviera con ese cuidado no entrara él en la querencia de esa manera. Asimismo tomará de buena gana aquella salida, por la seguridad que halló cuando se vino a encamar, y porque aquel día ha estado seguro y no ha sentido cosa que le dé cuidado.

De esto ha de tener conocimiento el balletero, y luego ver la parte más apretada, donde halla los rastros más juntos y frescos de esta res, o por la apretura de la tierra o por el monte más continuado y espeso, y elegir el aguardo, que será desdicha, concurriendo estas circunstancias, no matarle, en particular si no se le ha mudado el viento de como fué aquella mañana, que res que se metió en la espesura con él en las narices, lejos está de tener malicia, y saldrá a la tarde con él en las espaldas.

CAPITULO XXIV

*De lo que se ha de hacer para matar las reses recatadas
y maliciosas.*

YA dejamos dicho que la ociosidad muda la costumbre; pues asimismo hemos de entender que la persecución pone mayor cuidado a los animales, y para los muy cautelosos es necesario hacer más diligencia para matarlos. El jabalí ballesteado vive con gran recato y con poca ocasión huye: por dondequiera que va, es con mucha inquietud; no da un paso en balde ni sigue los de los otros; desde la comida jamás va derecho a donde se ha de quedar; no osa pasar por tierra clara mientras dura la luz del día, y si alguna vez le es fuerza, va buscando lo más cubierto, y a falta de monte, la tierra más honda y oscura, las cañadas y badenes, y siempre lleva este cuidado; cuando se va a encamar, para estar seguro y saber si le siguen y rastrean, aunque tenga la querencia cerca, si no es el viento a su modo que pueda entrar en ella con él en las espaldas, va rodeando hasta poderlo conseguir, con lo cual vivamente goza del oído y del olfato; todas

estas prevenciones lleva cuando se encama, y en sintiendo algo, se pone en huída, que reconoce que de otra manera va perdido, y por eso hace tan ajustada diligencia, con que deja burlados sus enemigos.

Conociendo el cuidado y recato de este animal en las cosas que le ve hacer, y que no se le puede aguardar al salir de la querencia; porque la diligencia que hace de encamarse rabo a viento es para salir de ella con él en la cara, y que si le quisieren aguardar en su rastro a la tarde, no lo puedan conseguir, sin que sea fuerza que él sepa lo que le está esperando y se escape; a estas astucias le obliga mucho su recelo, y así no da paso que no sea en su favor; al fin ha de saber el hombre prevenir remedio contra la cautela de este bruto, buscándole los pasos fuera de la querencia, donde son menores sus recelos, atraillándole desde que sale de la comida, y desde ella, cuando se vuelve a encamar, que con esto verá los caminos que toma, por qué partes y puertos pasa y con qué vientos los continúa, que es fuerza halle muchas partes donde matarle, sin que le pueda hacer daño el viento, y que aunque la res venga, no se le pueda tomar, aunque le traiga en su favor, que será entender el arte; pues para eso hay medios vientos y revocos de él, y en alguna de estas

partes se podrá librar el hombre de este peligro y engañar a este bruto, que no se ha de entender que precisamente puede buscar el viento por una línea derecha para valerse de él en su necesidad, cosa que no puede ser, particularmente en tierra desigual de barrancas y laderas, donde retrocede a todas partes y toma diferentes caminos, que sus mayores recatos tiene al entrar y salir de las querencias, o cuando pisa alguna parte excusada, allí pone más cuidado, y por eso anda en la oscuridad de la noche para excusar el no ser visto; mas todo esto no le basta, que quien les conoce el natural les acertará sus caminos, reconociendo que cuando van por las medias laderas, es buscando en ellas la parte más llana por el monte más oscuro y continuado de espesura, hasta que llegan a los remates y collados de ellas y a los puertos de las cañadas, donde se dividen unas de otras; de esto se ha de valer para este aguardo, que bien se sabe estas reses no repechan cuesta arriba ni bajan derechas cuesta abajo, que como pesadas, buscan el camino de su comodidad; porque ni quieren reventarse en el uno ni despeñarse en el otro. No es balletero el que no alcanza esto, que las puertas del campo son muy anchas, y el que no las procurare estrechar se hallará

burlado, que pensar que se alcanza acaso es locura; porque cuando el hombre llega a tener este conocimiento, ya se le han pasado en este ejercicio muchas Navidades, donde habrá tenido muchos gustos matando la caza, y muy malos días y noches siguiéndola, que la experiencia se alcanza con el desvelo y trabajo.

CAPITULO XXV

Cómo se ha de aguardar el jabalí levantándole de donde está encamado.

DESPUES de concertado el jabalí, ha de ventear el balletero aquella tierra con el sabueso, que es diligencia forzosa en todos los conciertos para saber, poco más o menos, dónde está encamado; hecho esto, ha de mirar dónde tiene el puerco otra querencia adonde huir, echándole de la en que está encamado; y habiéndolo hecho, se ha de poner para tirarle lo más cerca del que se pudiere, en parte donde en levantándose y saliendo de la mata le pueda ver; y puesto que halle esta comodidad, el lograrla las más veces consiste en llegarse con todo secreto de manera que el jabalí no haya tenido sentimiento a aquella

parte de que pueda recelarse; porque si ha conocido que le puede haber sentido, no tiene que aguardarle; puesto en ella por la otra parte cogiéndole el que le ha de levantar en medio, y desviado de él doscientos o trescientos pasos, entrando a esto un hombre solo sin hacer otro ruido que cortar con el cuchillo en un árbol, y si no se quiere levantar, se ha de arrimar a él y tornar a cortar hasta que se levante; que cuando no salga a la ballesta, irá menos recatado, y suele ser muy cierta esta ballestería, y en ella se matan muchos jabalíes; porque como se sabe dónde está la res, se arrima el balletero de manera que por maravilla se escapa sin que le tiren, y en saliendo de la cama se pone a escuchar, que el ruido del cortar no le atemoriza, que es fuerza le haya oído muchas veces, y cuando no se le ha tirado, no va con tanto recato como si al levantarle le dan voces y oye ladridos de perros, y con esta seguridad para en la primera que-
rencia y se puede volver a concertar y hacer segunda diligencia, que la porfía, etc.

Cuando se concierta en mucha tierra y en monte espeso, que no se puede entrar a ventear la res ni arrimarle la ballesta, porque no se sabe dónde está, conforme corriere el viento se le han de buscar los

pasos que tiene desde la querencia en que está a la más cercana donde podrá huir, y mirar para esto el camino más corto, llano y espeso, de manera que no se haya de descubrir a tierra clara. Estos pasos no se han de buscar en la querencia, sino apartado de ella en el camino de la otra, en la parte que mejor le cayere a la res para huir a ella rabo a viento, que en sintiendo que le atraíllan, aquél es el camino que en estas ocasiones suele tomar. Y asimismo se han de mirar los rastros de este puerco cuando él de su voluntad pasa de esta querencia a la otra. Esto da conocimiento de dónde se ha de poner el balletero, y puesto en el aguardo, por la parte que él se entró a encamar, le vayan atraillando hasta que le levante; y aunque salga de la cama al revés de como el balletero le espera, le han de atraillar hasta echarle fuera de ella; que muchas veces no la deja hasta que conoce que le siguen, que entonces se determina a huir, y es muy cierto en los pasos, caso que en el que le esperan no salió; visto el camino que lleva, el que atraílla se esté quedo en el ínterin que el balletero se va a poner delante al paso de otra querencia, y en pareciendo que puede estar puesto, volver a seguir el rastro. De esta manera se matan los más astutos jabalíes.

CAPITULO XXVI

Donde se declara en qué ocasión se ha de soltar el sabueso para tirar al jabalí.

PUEDESE hacer esta ballestería sobre puerco concertado, sabiendo bien la tierra en que está y los pasos para otras querencias, o a ventura de si el sabueso le topa en ella; hásele de soltar en el rastro, puesto que haya concierto, y no habiéndole, abarcando la querencia con el viento; esto se ha de hacer con todo secreto, sin que el puerco haya sentido otra cosa que el sabueso, y cuando esté llamando, con él se ha de ir arrimando donde llama, llevando el viento en la cara, y en reconociendo el monte donde está, ha de ir entrando a él por donde pueda ir más secreto y encubierto, procurando tomar lo más hondo y oscuro, porque no le vea y le acontezca una de dos cosas: o que le arremeta y le suceda una desgracia, o se le ponga en huída, que es ordinario suceder, y entonces ya no tendrá que seguirle, y en esto se ha de poner mucho cuidado, que el jabalí es animal muy valiente, y a un perro solo en la querencia no le huye, si no ha tenido otro sentimiento; de mata en mata se anda amena-

zándole, y da mucho lugar para que el balletero haga su diligencia; y muchas veces, cuando huye el sabueso del perro, si siente a su amo cerca, le persigue con más prisa, y siempre que se retira es hacia él, y de esta manera le trae el jabalí a sus pies. Es caza que es menester maña y espera, tomando despacio esto, hasta que llegue la ocasión; pues el puerco, andando tras el sabueso, se descubre en muchas partes donde se le puede tirar.

Si haciendo su diligencia no lo puede conseguir, por ser el monte muy espeso, que no se puede arrimar sin ser sentido, sálgame afuera bien apartado, dejando libre el paso para otra querencia, donde el puerco pueda huir, y déle muchas voces, animando al sabueso para que le persiga, y asimismo para que el puerco tema y deje aquel puesto; y hecho esto y escuchando el ladrido del perro, para conocer el camino que toma el puerco, váyasele a poner delante al paso, que en teniéndole ganada la huida será fácil de tirarle; porque el sabueso va diciendo por donde va, y no es menester más que esperarle. Y si el puerco se detiene en otra parte y hubiera mejor tierra, vuelva a hacer la diligencia primera, que la porfía alcanza lo que pierde la negligencia, que esto es lo más que puede hacer un hombre solo.

CAPITULO XXVII

*Cómo se ha de buscar el jabalí para matarle
en su querencia.*

ES este animal el que más aguarda encamado, fuera de conejo o liebre, que su braveza y natural le hace esté siempre retirado en grandes espesuras, y por no ser visto de sus enemigos, teme salir de ellas, en particular cuando están muy gordos; que como es pesado, conoce que en desamparándolas es perdido, y por no verse en esta necesidad, suele aguardar muy cerca,, pareciéndole que por este camino se podrá escapar, quedándose escondido, mejor que poniéndose en huída, que de aquella manera le habrá sucedido muchas veces, y así, se suele estar quedo hasta que llegan a él; y los que aciertan a encamarse en montes donde andan vacas o yeguas que están hechos a aquel ruido, aguardan con mayor seguridad.

Ha de entrar el balletero a buscarle tomando su sabueso, y el arcabuz bien apercebido y abarcar el viento, e ir por la querencia andándola con mucho espacio, sin hablar palabra, procurando no hacer más ruido que el que hace una res que atraviesa el monte,

de manera que aquello le parezca al jabalí; de esta suerte ha de ir andando las matas, para que el sabueso pueda ventear lo que hay en ellas, y para que el puerco no le pueda tomar el viento, que si le toma, se le levantará delantero y no le podrá tirar; y asimismo las abarque, porque se le podrá quedar, que lo suele hacer muchas veces: unas, porque conoce al hombre, y otras, por no poderlo conocer. Cuando aguarda con malicia, es cuando le echan el viento y le hacen ruido dando voces para que huya, y él no quiere ir a la parte que le echan porque ha tenido algún sentimiento o por no tener allí su querencia, y aguarda hasta que llegan a él, y entonces rompe por los que le buscan y toma el camino que quiere. Otras veces aguarda, aunque oye ruido, que piensa que es el ganado, y se está quedo hasta que le es fuerza huir, porque llegan a su misma cama, y para saber lo que es, se determina salir de allí, y muchas veces no lo puede conseguir por ser la tierra de modo que no ha podido tomar el viento.

En esta salida suele ser muy cierto el matar este animal, porque en levantándose a veinte pasos se para a reconocer de lo que huye, y en él es dificultoso, por ser muy corto de vista, y como el balletero va apercebido, le tira muy a su gusto, y sucede antes que el

puerco se levante, saber que está allí, porque se lo ventea el sabueso, que para eso se lleva. Este modo de caza se llama el resalto: es para los que pueden trabajar y andar todo el día en las espesuras buscando esta ocasión, cuando por la mañana no han podido concertar; de esta manera se matan muchos jabalíes y los más recatados; y si el balletero tiene otro u otros compañeros, los pone en los pasos de secreto, antes de entrar él a buscar el puerco, y es maravilla escaparse de uno o de otros.

CAPITULO XXVIII

Cómo se han de aguardar los jabalíes de noche en los panes o viñas, y de día en las entradas y salidas del monte.

HAY diferentes tiempos para aguardar estos animales. Cuando la tierra está abastecida de comida y la hallan en cualquiera parte, se ponen muy gordos, y entonces son muy dificultosos de matar en los aguardos; porque como no han menester hacer diligencia para buscar de comer, guardan su natural, que es andar lo más de noche, y por eso no tienen en-

trada ni salida cierta, que como se hartan en breve tiempo, lo más de él están encamados. Otro tiempo hay para ellos malo, y es cuando pasan necesidad; ésta los hace salir temprano y recogerse tarde, que el comer es inexcusable; y cuando la tierra está estéril de lo que ellos han menester, es fuerza hacer mayor diligencia para buscarlo y tomar más tiempo del que acostumbran, y así lo hacen, como está dicho.

En esta sazón es buena esta ballestería del aguardo, gobernándose para acertar el puesto por sus entradas y salidas, conforme la parte donde tienen las comidas, como tengo advertido; otros aguardos hay en los panes o viñas, que son para de noche; porque los jabalíes, fuera de sus montes y querencias, no salen de día a esta comida; hállanla en el verano, y en los que son muy secos, poca dentro de los montes, y de noche salen a buscarla; y si hallan panes o viñas, acuden muy de ordinario a ellas mientras hallan aquel grano. En hallando donde comen estas reses, se ha de buscar la parte más andada, donde ellas hacen más asistencia, y para haber de entrar a ella se han de hacer dos veredas encontradas, porque si se muda el viento, se pueda entrar por la una de ellas; han de estar tan limpias, que puesto el hombre en ellas, al pi-

sarlas, piense que es una alfombra. Estas veredas las ha de hacer el balletero muy de mañana, para que a la noche, cuando la res venga, esté de todo punto perdido su rastro, que mientras que con mayor recato se anduviere en estas cosas, se matarán con más facilidad, que de su naturaleza son muy recatados, y lo serán mucho más en dándoles ocasión. Mírese lo que hacen cuando quieren entrar en esta comida, que es tierra cultivada y más hollada de la gente que los montes; pues conociendo esto, vienen a ella a la medianoche y llegan con sobresalto, y primero que entrehace las diligencias que el que viene a hacer un robo, que es lo primero venir con la oscuridad para no ser visto; lo segundo, con mucho secreto; lo tercero, escuchando; y de esta manera está mucho rato asomado donde quiere entrar, y de allí se vuelve atrás y torna a escuchar, hasta que se determina y entra y se pone a comer, y como le parece está en parte mal segura, de su mismo ruido se asombra y suele salir huyendo como si le hubiesen tirado, y escucha y vuelve a entrar; con esta inquietud anda hasta que se asegura.

No se le ha de aguardar en la misma comida, porque no puede haber certidumbre por dónde entrará este jabalí en ella; que aunque sus rastros enseñan

por dónde suele entrar, podrá venir por otra parte y topar con el hombre o su rastro, y por esta causa es mejor aguardarle fuera y entrar a tirarle cuando esté comiendo; pero hase de aguardar primero a que se asegure, porque de recién entrado es su mayor cuidado, que después está con toda seguridad. La parte por donde se ha de entrar a tirarle ha de ser la más honda y más sombría y oscura, por no hacer viso, porque si entra por donde le pueda hacer es muy contingente que le vea. Y se ha de advertir que, estando ya cerca de él, es muy dañoso andar para arrimársele; lo más seguro es aguardar que él se arrime, que teniendo sufrimiento, lo conseguirá, que el jabalí es muy inquieto y en ninguna parte está mucho tiempo quedo, y él se vendrá a las manos solo; cuando el entradero es muy bueno, que hay mata o peña con que poderse encubrir, se puede arrimar a él, y los animales y los hombres que ven poco de día suelen ser lince de noche; y aunque el jabalí no huya, si se ha recelado de lo que ve o siente, con aquel cuidado estará siempre, y no se arrimará a aquella parte, que ellos sin ocasión son recatados, y en teniéndola, mucho más. Después de haber hecho las veredas para entrar, ha de pasar una noche sin aguardar esta res, para ver si le ha causado nove-

dad el rastro del hombre, que lo reconocerá en el mismo de la res, mirando si entró en el pan o viña por la parte que solía, sin andar a la redonda a ventear lo que hay en ella. El hacer esto es recelo; cuando no lo tienen, hacen lo mismo que otras veces; habiéndolo reconocido el balletero, sabrá sus astucias. Esta es la diligencia que se hace para aguardar las reses en las comidas que están fuera del monte.

CAPITULO XXIX

Cómo se han de aguardar los jabalíes en las encinas que se hallan tomadas de ellos, y en los bañiles y aguas.

POR septiembre empieza a madurar la bellota, y los jabalíes, el verano, los años secos, pasan necesidad, como está dicho, y hacen gran diligencia para buscarla, y en empezándole a caer alguna de ella se ceban, y acuden a esta comida, que es gran sustento para ellos, y porque la hallan en sus mismos montes, salen más temprano aquí que en otras partes; lo que se ha de hacer para matarlos, es mirar con cuidado la parte donde más acuden, que se conoce en sus rastros, y en las mismas encinas que estuvieren más tomadas

y comidas de ellos, que en habiendo alguna temprana, la hallan, y hasta que maduran las otras acuden allí sin faltar; allí se han de aguardar; y se ha de advertir que desde que salen de sus querencias y vienen a estas encinas señaladas, se ha de guardar mucho el ballestero de no hollar esta tierra, porque estas reses no topen con su rastro; que como salen más temprano aquí que a otras partes, en hallando algún azar en el camino, temen y se detienen; en esto se ha de poner todo cuidado, y en las encinas que hubiere de aguardar, procurar que no haya monte bajo, sino que estén en parte rasa; y por la mañana, en siendo de día, pasar por ellas a caballo y derribar algunas en dos o tres partes, no de manera que el puerco se harte, sino que halle más que las ordinarias, y en la que le hubieren de aguardar, varearle más que en las otras, para que tenga gana de llegar a ella; y el aguardar esta res o reses, sea dos días después de haberles vareado estas encinas, porque estén cebados y sean ciertos en ellas. Asimismo se ha de mirar mucho que el viento sea bueno para este aguardo, y si no lo fuere, no aguardar hasta que haya buena ocasión, porque si una vez se recelan, jamás volverán a ellas. Es muy buena ballestería en los principios cuando estas reses la empie-

zan a tomar, que tienen necesidad; porque en habiendo abundancia y estando gordos, ni son ciertos estos aguardos, ni las reses salen temprano.

Después que los jabalíes han comido la bellota, toman muy bien las aguas y son muy ciertos en ellas por dos cosas. La una, porque están muy gordos y ser ellos de su naturaleza muy fogosos. La otra, porque a este tiempo empiezan a andar en celo; y estas dos cosas juntas les obligan a buscar el agua. Para haber de aguardar en la baña, se han de hacer las veredas, como está dicho, para las viñas o panes, y asimismo aguardar fuera del bañil, habiendo primero pasado una noche y viniendo muy de mañana a requerir lo que ha hecho el jabalí, si ha entrado en la baña o no; si ha habido novedad, no habrá entrado por el camino que solía, abarcará el viento, queriendo saber lo que hay. Con esto se conoce que este tal ya tiene recelo y se quiere guardar; esto lo habrá causado el rastro del balletero, que sin este recelo entrará como otras veces y no haría esta diligencia; la cual es de creer hará siempre que viniere, por lo menos tres o cuatro días, hasta que el tiempo le haga perder el cuidado; porque aunque el primer día quedó desengañado, su braveza le recata y hará lo dicho la primera vez que viniere.

A quien vive con este cuidado será menester mañana para engañarle, procurando buscar otra cautela contra la que él hace.

Hase de mirar con particular cuidado la diligencia que él hizo cuando quiso tomar el viento del bañil, y seguirle sus mismos pasos. Cuando hay monte bajo y espeso, se arrimará, que como haya de ir escondido sin descubrirse a tierra clara, de cerca hará esta diligencia, y cuando la van a hacer, es con mucho secreto, que apenas ponen los pies en la tierra, por si acaso hay lo que buscan, escaparse sin ser sentidos. Si el agua está en parte rasa, no se arrima tanto: hace su diligencia desde donde con más seguridad lo puede conseguir. Mirado, pues, el rastro de esta res, se le ha de aguardar en el mismo; si es en monte espeso, en algún árbol o peña o clara, donde mejor comodidad tenga, que allí será muy cierto matarle; que como no se haya mudado el viento de como era cuando quiso saber lo que había alrededor del bañil, seguirá los mismos pasos sin errarlo, que con el cuidado que lleva por desengañarse de su recelo, se viene muchas a veces meter debajo del arcabuz. Y caso que a este aguardo no le venga y entre derecho al agua, desde él ha de haber hecho su vereda, para poder por ella llegarse a tirarle.

En las aguas que tiene esta caza dentro de sus espesuras es donde les da mayor miedo el rastro del hombre, y por eso allí ponen tanto cuidado. A los venados y gamos es necesario aguardarlos en la entrada de los bañiles, porque a estas reses no se les puede entrar como al jabalí, que son de muy aguda vista y corre peligro el arrimárseles para tirarles; por sus mismos rastros se conocerán sus entradas, y en él se los ha de aguardar en la parte más descubierta, que es la que toman cuando vienen a tomar el agua, advirtiendo que si vienen pico a viento, es mejor ponerse en su rastro después que hayan entrado en el agua, que por allí volverán.

CAPITULO XXX

Cómo se han de buscar los jabalíes cuando andan levantados por la tarde, y de noche en las comidas.

COMUNMENTE se levantan estos animales después de puesto el sol, y cuando lo hacen más temprano, es en tiempo de necesidad de comida, y en los que son lluviosos y nublados, que, como queda dicho, siempre huyen de mucha luz; cuando tienen las

comidas fuera de los montes, por las orillas de ellos se andan entreteniendo, hasta que llega la oscuridad, y con ella salen fuera; si la tienen dentro de ellos, la andan buscando desde la hora dicha. En hallándoles estas comidas, son buenos de matar, particularmente si corren vientos recios, entra el balletero con ellos en la cara, y el sabueso delante venteando aquella tierra, hasta que se las señala o el balletero las ve, y conforme la parte en que andan han de hacer su diligencia; cuando el viento da lugar, la mayor y más cierta es ponérseles delante; si van pico a viento y no puede hacer esto, ha de seguirlas con mucho secreto, y en viendo ocasión de poder entrar a tirar, ha de atar el sabueso y llegarse, acordándose de lo que dice el capítulo que trata de entrar a hurto, para no ser sentido o visto.

Si se han de buscar estas reses de noche, ha de ser con buena luna, y las mejores de todo el año y las más claras son las de agosto, y enero, dos días antes del lleno y dos después, que es cuando ella está más alta y se descubre mejor la caza. Y ha de advertir que cuando entre no se ha de descubrir donde le dé la luna, si no tiene alguna cosa que ponerles delante para ir cubierto, particularmente si no lleva la luna en la

cara para que él con su cuerpo tape su sombra, tiene el mismo peligro que el sol, para que vean las reses que lo mismo será la sombra que la persona, y ellas de noche andan huyendo del monte, que de día le tienen por defensa y de noche, cuando andan comiendo, se recelan de las matas espesas; y si es puerco solo, es mayor su recato que cuando hay manada, que ellos mismos hacen mucho ruido, y es aquello tan ordinario que pasan por ello; y en no siendo cosa considerable lo que sienten, no se recelan de manera que huyan, dan una carrera y vuelven a comer. El puerco, como anda solo, de su mismo ruido no se espanta, que bien conoce él cuándo lo hace, y en oyendo fuera de aquello alguna cosa que le da cuidado, se pone a escuchar mucho rato y baja la cabeza, y hace que come, y está con aquel recelo, y en llegando a parecerle es algo su sospecha, sale huyendo y bufando; ésta es malicia y no certidumbre, y para certificarse se para luego y está escuchando muy gran rato hasta que se asegura. Lo mismo debe hacer el balletero en sucediendo esto, sentarse, y en conociendo que ha perdido el puerco el recelo, tornar a entrar, sirviéndole de escarmiento lo pasado; que el jabalí es animal que ve poco, pero es grandísimo su oído, y en no teniendo sentimiento, es

fácil el llegarse a él. Pero advierto que si cuando salió huyendo del balletero arruó (que es un género de gruñido que hacen cuando han conocido de lo que huyen), no parará aquella noche en parte descubierta, y así, no hay que seguirle, que lleva mucho miedo; y ésta es la diferencia que tienen en huir, que cuando es del recelo bufan, y cuando se certifican, arrúan. Esto le servirá de aviso al balletero que no fuere experimentado para conocer el modo de huir de las reses, y asimismo cómo se han de buscar para tirarlas con el arcabuz en las comidas por la tarde, o de noche con la luna.

CAPITULO XXXI

Cómo se matan los jabalíes con monterías de perros, sabuesos y lebreles, de día y de noche.

DOS maneras hay de montar con perros. La una es concertando con las reses, y la otra, buscando el rastro en las salidas de la noche. La montería se compone de veinte o treinta sabuesos y lebreles. Cuando se ha de montar jabalí concertado, se reparten estos perros: ponen paradas de ellos en los pasos

que el jabalí tiene desde la querencia donde está a otras a que podrá huir. Repártenlos en tres o cuatro puestos, con cada cuadrilla de sabuesos un lebrel o dos, que con media docena de lebreles tiene hartó una montería; los demás han de ser sabuesos y podencos, que éstos son muy ágiles y grandes mordedores, y en estando bien cebados, son muy buenos. Puestos los sabuesos y lebreles en los pasos con todo secreto, la cuadrilla de perros, que se ha de soltar al jabalí en la cama, ha de estar junta y apercebida para soltar cuando el balletero ordenare; el cual suelta un sabueso ventor en el rastro del jabalí o con el viento, y están todos escuchando, y en llamando con el puerco, le suelta otro, y estando juntos éstos, los demás de esta cuadrilla, y si no sale huyendo, soltarle dos lebreles; los que están en los pasos se han de estar quedos, porque los jabalíes que aguardan en la cama suelen ser muy valientes y hacen mucha riza en los perros y se suelen escapar; y si es día de viento recio, hacen una salida pico a viento y se rehurtan de los perros, y de esta manera se escapan, y entonces dan en las paradas; por esto se han de estar en sus sitios aguardando hasta ver si los que andan sueltos lo matan o echan de la querencia a las paradas, que están aguardando.

Asimismo se matan con estas monterías de noche; buscan la salida de esta res al anochecer por las orillas de los montes; llevan un sabueso de trailla delante, y en topando la salida del puerco, o le sueltan un ventor en el rastro o se van a abarcar el viento de la parte donde come esta res, y allí se le sueltan. Están con gran silencio escuchando al ventor, el cual, en topando con el jabalí, llama. A este tiempo se suelta otro, y en estando juntos, los demás, y luego los lebreles. De esta manera se matan muchos jabalíes: si hay luna, es caza de gusto; si oscuridad, es trabajosa, particularmente para gente regalada y que no está hecha al trabajo.

CAPITULO XXXII

De la montería de telas, que tiene su Majestad, y de la manera que se ponen éstas para coger los jabalíes y otra cualquier caza.

SI se ha de encerrar algún jabalí en estas telas, lo primero se ha de concertar y saber en la parte fija que está, porque para haberlas de echar es necesario ver la tierra a la redonda por donde las han de tender, que conforme la disposición de ella se hace,

porque alguna vez es necesario tomar mucha y otras poca. Las diligencias que se hacen primero que se empiencen a poner, es procurar asegurar el puerco, para que no se vaya, y como esto está en su mano, buscar el hombre alguna astucia para engañarle. Lo primero, al monte en que está se da una vuelta redonda a caballo, para que por todas partes tenga sentimiento de él, y cuando llegue el mayor de echarle las telas, espere ya, mas de cauteloso, que por no tener conocido lo que le anda a la redonda. Hecho esto, se llevan todos los carros a la parte más alta, que tiene el concierto; esto se hace porque se vayan tendiendo cuesta abajo, por el mucho peso de ellas, que cuando es necesario ir cuesta arriba, es grandísimo el trabajo que se pasa para ponerlas; y asimismo no se pueden repechar los carros con ellas, aunque es mucha la gente que trabaja en esto.

Desde el principio donde se pone la primera tela se dividen los carros, y van diez por una parte y diez por otra, y esto asimismo se hace para que cojan en medio el monte donde está el jabalí y él tenga sentimiento por entrambas partes; porque al principio de tender las telas es cuando mayor peligro hay de que se levante, que en empezando a sufrir el ruido, ya

aguarda con cautela, como está dicho; siendo posible, se ha de procurar empezarle a cercar pico a viento y más lejos de él que por donde se haya de rematar el cerco; que hasta que él esté empeñado en su bellaquería, queriéndose quedar escondido, como lo habrá hecho muchas veces, no es bien sepa todo lo que le anda a la redonda, que tal vez por no mirar mucho en esto se atemorizan de manera que, estando ya casi puestas las telas, se levantan y rompen por la gente.

Si la tierra no fuere a propósito para empezarle a cercar pico a viento, se ha de procurar que el primer sentimiento de que él se pueda recelar se le haga de la parte que él tiene la huída para otra querencia, que es muy considerable circunstancia para que aguarde oír el ruido en el camino que él había de tomar, y por no ser visto no osa salir de donde está, y si le hacen este sentimiento al revés y le dejan su huída libre, las más veces deja burlados los monteros y se escapa; esto se ha de hacer hasta cercarle; ya cercado a lo largo se procura poner en menos monte, para lo cual se asegura muy bien el cerco, cargando lo que sobra abajo de la tela de mucha tierra y echando grandes clavos en las cuerdas, donde hay hoyos y badenes, atando las telas a los árboles y carros, y for-

taleciendo las lanzas que las levantan hasta que queden seguras.

Luego se reparten los monteros en dos tropas, unos a la redonda de la tela, guardándola no se caiga, particularmente los días que hace viento; todas las prevenciones no bastan; los otros entran a levantar el jabalí, el cual sale huyendo para escaparse, y da en la tela, y cuando ve aquella pared, que él no puede saltar, anda una y muchas veces a la redonda, y como los que la guardan desde la parte de afuera le dan voces, en desahuciándose, que no puede salir, se vuelve a su espesura. Los monteros procuran arrimarle a alguna parte donde le puedan estrechar con otras telas, para meterle en donde (cuando se haya de correr) salga luego sin que se canse; y así lo hacen, echándole atajos de telas y restringiéndole todo aquello que les parece han menester.

En este estado se mira dónde ha de ser la contratela (que así se llama la plaza donde se ha de correr el jabalí), que para ella se busca la parte más rasa y llana a la redonda de donde está cercado, y que esté más en el camino de la querencia, adonde él podría huir si se viese libre. Esta plaza ha de tener de largo y ancho cien pasos; desde ella se hace una calle de

telas, que llega adonde está el jabalí, con otras atravesadas, las cuales bajan cuando le quieren meter en ella, de manera que, en levantándole de donde está, pueda entrar, y en faltando por encima, las alzan, para que no se pueda volver al monte y vaya a la plaza, donde están el Rey nuestro Señor, y la Reina, y damas en carrozas. Aguarda allí el Rey a caballo a la jineta, vestido de gala, a uso de montería, que este día es muy célebre y de grande festejo. Están asimismo con el Rey los caballeros a quienes les toca aquel lugar por sus oficios, que vienen a ser el montero mayor y los gentileshombres de la Cámara, el mayordomo y caballerizo mayor de la Reina nuestra Señora, el alcaide de aquel bosque y su teniente o guarda mayor, los ballesteros; y si algún otro hubiere de entrar, ha de ser con particular licencia.

Asimismo para esta fiesta, si hay algún príncipe extranjero, le manda convidar su Majestad. Junto a la carroza de la Reina están dos monteros de guarda con sus venablos, y en las de las damas, uno. En estando despejada la plaza de la demás gente, y caballos de las carrozas, da el montero mayor a su Majestad una horquilla, la asta de pino tan larga como un garrochón de torear, el hierro de esta horquilla dorado,

y ella tan ancha que quepa en ella el hocico del jabalí de los ojos abajo; a los demás caballeros se les dan todas de pino. En este estado manda su Majestad al montero mayor le traigan, y él da la orden para que se ejecute. Bajan entonces las telas de la plaza por la parte que ha de entrar y van por él; en faltando dentro la contratela, alza las telas y queda cercado, y visto que no tiene por donde huir, hace cara; sale su Majestad a él, y en viéndole delante, le arremete para herirle el caballo; pónale la horquilla en el hocico, y allí desarma el golpe; pero muchas veces no aprovecha esto y le da muy grandes heridas; de esta manera quiebra muchas horquillas. Cuando el jabalí es muy valiente, hay fiesta para todos, porque al que se le arrima arremete como un toro, y los señores quiebran otras muchas. En estando cansado, para embravecerle más, le sueltan dos sabuesos, y suele en breve tiempo darles muy grandes heridas y dejarlos hechos pedazos; en estando tan cansado que no puede arremeter, le sueltan toda la montería, que es muy de ver la riza que hace; llegan los lebreles y ásenle, con que se acaba la fiesta.

A la noche llevan los monteros el jabalí delante de las ventanas del Rey; allí se hace una hoguera, en

que le chamuscan, y ponen una mesa y le abre el montero más antiguo; están los demás a la redonda con los lebreles y sabuesos tocando las bocinas a la muerte del jabalí; traen mucho pan hecho pedazos, y mojado en la sangre lo dan a los perros para que se ceben, junto con el corazón y tripas. Tienen los monteros este día (demás de su ordinaria ración) seis carneros, cien panecillos, un pellejo de vino y doce ducados en dinero; y lo mismo se les da siempre, que con las telas cercan alguna de estas cazas, jabalíes, venados, gamos y lobos, aunque su Majestad no quiera ver después esta fiesta.



CAPITULO XXXIII

Cómo se montean los jabalíes a caballo con la lanza.

HABIENDO dicho cómo se matan los jabalíes con arcabuz y ballesta, monterías de sabuesos y lebreles, de día y de noche, y cómo se hace la montería de telas, nos falta cómo se matan estos animales con caballo y lanza, caza de que gusta mucho el Rey nuestro Señor. He deseado tratar sólo lo necesario para el buen uso y conocimiento de la ballestería y montería, procurando excusar decir sucesos que si alguna vez sirven de entretenimiento, las más son de embarazo; y aunque las excelentes y admirables virtudes de su Majestad me ocasionan en los más capítulos a referir muy singulares hechos suyos, por no estorbar la doctrina con la admiración, lo he rehusado hasta aquí, que por ser esta acción de matar jabalíes a caballo con lanza la de mayor resolución, riesgo y agilidad, y la más propia imitación de la guerra, y en que ha obrado su Majestad tan resuelta y bizarramente, me ha parecido sería saltar a la obligación de vasallo y criado suyo, dejar esto en silencio; y así, aunque con



brevedad, y por mayor, daré alguna breve luz de lo singular de sus acciones.

Es su Majestad (Dios le guarde) tan grande hombre de a caballo, y obra sobre este bruto con tanta maña y despejo, que aunque es a pie muy airoso, lo que ejecuta sobre él, parece que le da más vivos movimientos, siendo admiración en las fiestas públicas, así en la igualdad de sus parejas como en la disposición y velocidad de las escaramuzas, donde errándolas los más caballeros cada día, en fiesta que su Majestad se haya hallado, jamás hubo el menor yerro de su parte, por ser su prontitud y atención tan libre de embarazo e ignorancia, que el pueblo, gozoso y admirado, no cesa de bendecirle y vitorearle.

En lo militar de los borrenes, ¿quién dió los aires a la lanza como su Majestad?, y ¿quién tan ciertas tuvo las ejecuciones, así en la sortija como en la visera? No sólo es su Majestad ágil y airoso en la silla, mas tan fuerte, que en caballos valentísimos, por tierra de monte desigual, de barrancos y laderas, ha habido día de matar tres jabalíes corriendo a toda furia, poniéndose en esta acción a muy gran peligro, pues sacó el caballò muy mal herido; y en otra ocasión corrió en otro caballo hasta que de cansado empezó a echar es-

padañas de sangre por la boca, y viendo este accidente, saltó de él con toda diligencia y al punto reventó.

No es singular su Majestad sólo en lo que he referido, que lo es en todo género de armas; con el arcabuz, ninguno ha llegado a su destreza ni a matar tanta caza. Con la bala, ha muerto más de seiscientos venados y mayor cantidad de gamos, y más de ciento cincuenta jabalíes; lobos, más de cuatrocientos; cosa que parece imposible, y que el cazador más cursado del mundo no habrá muerto el diezmo de lo que digo. En tirar al vuelo hace muy conocidas ventajas a los mayores tiradores y es sinnúmero la caza que ha muerto. Y porque no parezca que me alargo, años que el monte de El Pardo tiene mucha bellota, acuden a ella grandes cantidades de palomas torcaces y zuranas, pónenles señuelos en las encinas, con que las llaman; y asimismo en el río en los bebederos que ellas toman, en entrambas partes es muy grande el número que ha muerto de estas aves: en un bebedero, desde las dos de la tarde hasta las cuatro, mató ciento y treinta cobradas, sin otras muchas que no parecieron; aunque creo que por la agilidad de los cobradores, y esto no tirando a bandadas, sino a una palomá sola; y no digo esto por la mayor cantidad, que días ha ha-

bido de mayor número, y es tan grande su agilidad y presteza, que teniendo en el puesto cuatro arcabuces y cargándolos yo y Juan de Cepeda, que me ayuda en este oficio, no tenemos manos para dárselos a tiempo. Conejos corriendo, no tiene número los que ha muerto a pie y desde el caballo; lo mismo hace con las perdices; en todas estas cosas no es comparable, según se ha experimentado. De apuesta tiró con Jerónimo de Torres, que fué balletero de su Majestad y traído a su servicio por el mayor tirador del vuelo, que se ha visto en esta Corte (aunque han venido a ella infinitos de todo el reino), tiraron a los vencejos con igualdad en los puestos y armas; porque su Majestad me mandó le diese de sus mismos arcabuces los que quisiese, pólvora y munición de la misma que tiraba su Majestad, y le ganó con muchísima ventaja, que su mucha presteza y agilidad no es comparable.

No sólo obra su Majestad con estas armas, pero por sí es muy diestro balletero; y hablo de esta manera porque le he visto obrar. En El Pardo quiso darnos a entender su destreza, y fué al monte solo, sin ballesteros; llevó un mozo de trailla con un sabueso, metióse por las querencias de los jabalíes con su caballo, hasta que levantó uno, que quiso saber primero si

era grande antes de concertarle, y asimismo darnos a entender su destreza, porque una res levantada de donde está tiene mayor dificultad el volverla a concertar. Hecho esto, dejó su caballo al mozo de tralla y tomóle el sabueso, siguió al jabalí y concertóle en unos jarales, y tuvo tal conocimiento de la salida que aquella res había de tomar, tornándola a levantar que se puso en ella y mandó al mozo entrase a levantar el jabalí, y le vino y mató; prueba bastante de su mucha destreza y gran conocimiento en este arte, pues es ésta la acción de mayor primor, que hace el balletero acertar el camino que aquel animal ha de tomar de su voluntad, que aquí no puede haber fuerza, cosa que los muy diestros y cursados intentan muchas veces, y lo consiguen las menos, y su Majestad (Dios le guarde) de la primera.

En otra ocasión quiso concertar otro jabalí para encerrarle en las telas; hízolo y se las cargó, trazando por donde se habían de echar, que tiene mejor elección que los que servimos en este oficio. Es asimismo gran balletero del caballo y lazo, caza que se ejerce con venados y gamos; tiene en esto gran conocimiento de las salidas de estas reses, y muchas las conoce mejor que el balletero que lo va ejerciendo, y le enmienda sus

yerros. Y porque habiendo hecho y entendido las cosas de este arte con tanta destreza y maña, podrá juzgar alguno que su Majestad ha gastado en ellas más tiempo de lo que permiten las obligaciones de tan gran Monarca, diré aquí, con limitación, de la manera que procede en todo. En los tiempos a propósito para la caza sale su Majestad un día en la semana, y no en día de fiesta, que en la veneración del culto divino es ejemplo de todos; no sale asimismo en viernes, por tener señalado este día para que le consulten las cosas de justicia; siempre que sale ha oído misa, y cuando viene a la noche, todo lo que es necesario en el despacho lo hace, como el día que ha estado descansado en palacio; y si ha de dormir alguna noche fuera, por tener alguna montería lejos de la Corte, le han de asistir aquella noche sus dos secretarios de Mercedes y Cámara; y aunque sea en aldea corta o casa de campo, despacha como si estuviera en Madrid, que por su asistencia y cuidado no ha de haber falta en el despacho. Lo que más se debe admirar es que, acudiendo a todo con tanta puntualidad, es tan grande su virtud, que tiene particulares horas todos los días para el estudio de armas y letras. Pudiera decir otras muchas cosas, mas en mi capacidad no cabe referir sus exce-

lentes virtudes, y así, las dejo para otros ingenios, contentándome de haber dado alguna breve luz de lo mucho que tendrán que decir sus plumas; y volviendo a nuestro intento, diremos cómo se matan los jabalíes con caballo y lanza.

Antiguamente, muchos caballeros en España usaban este género de montería; creo se ha perdido este uso, pues ya no se trata de ella o porque hay menos jabalíes que en tiempos pasados, o porque se gusta más del instrumento del arcabuz después que se maneja con tanta destreza y porque son menos los montes donde se puede ejercer esta montería; que como la caza anda tan amedrentada de los tiradores, ya no salen estos animales a tierra a propósito para poderlos correr con los caballos, que el miedo les tiene metidos en las mayores espesuras, y si no es de noche, no las desampan; sólo en algún tiempo del año suele haber ocasión de poderlos correr, y esto no en todas partes, sino en algunas, donde, por venir a buscar los panes y uvas, dejan sus querencias, por caerles este sustento lejos de ellas, y se suelen quedar en poca espesura por gozarlo con comodidad; métense en ella antes que sea de día y guardan la cama hasta que vuelva la noche; cuando se aciertan a hallar en esta

parte, se matan bien. Hay unos carrizales en tierra de Toro dos leguas de la ciudad, muy grandes, donde se hallan estos animales, y los caballeros usan correrlos con caballo y lanza, y en algunos bosques guardados, como el Hato de D. Ana, en el Andalucía, y en Almería y Salvatierra. En Portugal y montes bajos donde se pueden correr, allí montó algunos el señor Rey D. Felipe III, que está en gloria; el Rey N. S. los ha corrido muchas veces en la ribera de Manzanares, en los sotos de Casa Nueva y Somontes, que está camino de su Real monte de El Pardo; y asimismo en otro montecillo que se llama Zarzuela, que está media legua de dicho monte, donde estos animales se quedan cuando hay panes y uvas. En sabiendo que están en ellos, se avisa a su Majestad, que aguarda que los echen fuera; y como la querencia donde han de huir es al Pardo, en sacándolos, hay media legua de tierra rasa, aunque no llana, porque hay barrancos y laderas; aquí los corre su Majestad y los alancea. Asimismo ejerce esta caza cuatro leguas de Madrid en unos montes de chaparrales bajos que se llaman Viñuelas, tierra del Marqués de Malagón, y que se puede correr con los caballos, aunque con dificultad; mas a su Majestad no se le pone eso por delante. El día que se hallan en

aquellos montes, se procuran concertar, y en avisando los ballesteros, que son ciertos, en dos horas se pone su Majestad allá, y ha muerto en este tierra muy valientes jabalíes.

CAPITULO XXXIV

De la naturaleza y calidades del lobo.

EL lobo es un perro silvestre; la proporción y hechura de su cuerpo es lo mismo que los perros. Pruébese esto con más evidencia, pues se ven cada día parir las lobas perros, y las perras lobos, porque se juntan unos con otros; como asimismo se ve en los jabalíes, que toman las puercas mansas. En su ayuntamiento, los lobos se quedan ligados como los perros, y están las lobas preñadas lo mismo que las perras. El mes de febrero es el de su celo, y paren entre abril y mayo, quince días más a menos; su color ya se sabe, por lo común, aunque yo los he visto todos negros y blancos, y esto es adulterarse la casta, como queda dicho; de medio cuerpo atrás son algo derrengados; de medio adelante, muy bien hechos, fuertes brazos, grandes pechos, la cola es algo corta y la tienen muy

poblada de pelo; la cabeza es grande, la boca muy rasgada, los ojos muy vivos, las orejas derechas y puntiagudas; son de mucha fuerza y ligereza, mucho olfato y aguda vista; los más campean de noche; es animal cauteloso, roba solo y acompañado; aunque haya cuadrilla de ellos, no andan siempre juntos, porque cada uno busca lo que ha menester, y por esto se dividen; para hacer daño se juntan, y con aullidos se llaman desde los sitios que lo acostumbran, que por la mayor parte es en la tierra más alta de donde ellos habitan, y allí hallamos sus rastros y escarbaderos; son sus aullidos temerosos, y la primera vez, al que no los ha oído, le atemorizan, particularmente de noche; relúcenles los ojos en la oscuridad como unas candelillas; es muy cariñoso de sus hijos, y para cuando la loba ha de parir, busca donde esconderlos en cuevas o grandes espesuras y partes secretas; y en recelándose del hombre, los muda a otra parte y cerca de donde los tienen no hacen daño al ganado. Mientras los hijos son muy chicos, está la madre con ellos, y el lobo la trae con qué sustentarse, hasta que los cachorros empiezan a comer de lo que él trae; a este tiempo sale la madre a buscarles sustento y los deja; en siendo mayorcillos, que comen bien, entrambos, macho y hem-

bra, les acuden y les dan de lo que ellos han comido, porque allí lo vomitan, que parece echan de ver no lo pueden digerir de otra manera, y por eso se lo dan mascado y menudo.

Cuando son para poder campear, los llevan consigo para enseñarlos cómo se han de sustentar, y para que aprendan sus astucias, y esto lo consiguen con mucha brevedad, porque su natural les ayuda y la necesidad obliga, que entonces los padres no les acuden. Es este animal muy cobarde, y su mayor defensa funda en huir, y aunque esté junta una cuadrilla de ellos, no se ponen en defensa ni se aunan para socorrer al caído; de cualquier ruido se atemorizan, particularmente de la gente, y en sintiéndola, ni la madre aguarda al hijo ni el macho a la hembra; cada uno procura ponerse en salvo, perezca el que menos puede; cosa que no hacen los otros animales, porque la cierva, gama y jabalina siempre aguardan a sus hijos y los llevan en su compañía, y muchas veces, por no desampararlos, pierden la vida. En los lobos no hay este amor: en pareciéndoles pueden tener peligro, y esto lo vemos aquí cada día en las monterías que hace el Rey nuestro Señor, que es muy aficionado a matar estos animales con el arcabuz. Diré aquí su manera

de huir y lo sucedido particularmente en dos montañas, entre otras. En un soto que está en la ribera del Tajo, cuatro leguas más abajo de Toledo, que es de la Santa Iglesia y se llama Ventosilla, en un puesto tiró su Majestad trece lobos en menos de una hora, y estando todos dentro, cuando los empezaron a batir con la gente, cada uno procuró escaparse; y así vinieron uno a uno. En otro puesto, ojeando un cerro que se llama de San Pedro, que está entre Colmenar Viejo y Guadalix, tiró su Majestad once; digo esto para que se conozca su cobardía, y que cuando se juntan, es para hacer más daño, y si se ven perseguidos, no hay amor ni compañía en ellos. Muchos han reparado qué sea la causa que no se multipliquen los lobos en tanta cantidad como los otros animales; si decimos que el ganado tiene pastor, que le lleve y traiga en buena tierra, y que con éste cuidado se multiplica; también se conservan y aumentan las reses bravas, venados, gamos, jabalíes y otros, sin tener más pastor que su cuidado y recato, y éste no le falta al lobo; y asimismo vemos que no pare una oveja, ni una cierva ni gama más que un hijo, y la loba, cinco, siete y nueve lobos, y de éstos, por maravilla, se dice: Matóse en tal parte un lobo, y nos consta que de ganado y caza mayor se

matan cada día numerosas cantidades; lo que tengo por muy cierto, que es providencia divina, que siendo los lobos tan rigurosos y poderosos enemigos de estos animales, no se multipliquen como ellos, para que el ganado pueda prevalecer.

Toda la gente del campo, particularmente pastores, ballesteros y monteros, tiene por cierto que no se crían todos los lobos ni llegan a ser grandes, porque viene a ser muy poca la cantidad que hay de ellos, respecto de los otros animales.

La causa de esto es que como se sustentan de carne y ésta no la alcanzan siempre que quieren, por esto pasan grandísimas necesidades, y la vez que cazan o hallan alguna res muerta, comen hasta no poder más, aunque sea carne dañada y corrompida, y cuando son cachorros, de cuantas inmundicias hallan hinchán el vientre; que como no son astutos para buscar sustento, como los lobos viejos, es mayor su necesidad, y apretados de la hambre se hartan de tierra a más no poder; cosa que otros animales sólo la comen por vicio; así dice el adagio que la tripa del lobo nunca se harta. Esto lo verificamos cada día, que para juntar estos animales para hacer ojeos a su Majestad, los cebamos echándoles alguna cabalgadura muerta; y el día que

toman bien el cebo, no dejan rastro de ella, que comen hasta los mismos huesos, y para esto no son menester más que dos o tres lobos, que bastan para no dejar nada; y las más de las veces van tan hartos, que vomitan mucha parte de lo que han comido y lo entierran, y cuando tienen necesidad lo vuelven a buscar. Asimismo, si hay cuadrilla de ellos, los más valientes comen en la res, y los otros andan a la redonda a ver si pueden coger algo; y así vemos que cuando hay muchos lobos juntos, de la res o cabalgadura que comen, en una parte se halla el hueso de una pierna y en otra el espinazo, y de esta manera cada hueso de por sí, que la pitanza que cada uno puede coger huye con ella porque no llegue otro, que ellos son envidiosísimos; por su naturaleza tienen poca vida, y de las hartazgas de las inmundicias que comen se les corrompe el aliento muy brevemente, y así, están sujetos a morir de cualquier herida: el perro, lamiéndose, sana de las suyas, y el lobo, las corrompe y encancera, y de esto dicen que mueren las tres partes de ellos. También se verifica así esto, en ver con la presteza que se corrompe este animal, porque de una hora muerto no hay quien llegue a él, que inficiona su mal olor; y pasa esto aun más adelante, que si al-

guno se viste la piel de la res que mató el lobo, es cosa común henchirse de sarna, y ella de piojuelos; y si se llega a tejer esta lana, se pudre y corrompe más aprisa, porque del aliento del lobo quedó inficionada; ya se ve la antipatía que tienen unos animales con otros; pues es cierto que un pellejo de león junto a uno de lobo, éste se pela y pudre, y el otro se conserva entero y con su pelo. Lo mismo hace el pellejo del lobo con los de oveja. Lo mismo se ve en las plumas del águila que las del ánsar, y otras aves junto a ella se corrompen y pelan, y ellas se conservan con toda sanidad.

Los más fieros animales vemos que doman su fiereza y cobran amistad y cariño al hombre y no le son traidores, y aunque es verdad que se suelen criar los lobos desde pequeños en casa como un perro, mas jamás se halla en ellos verdadero amor, que la mala naturaleza suya les tira a que cuando menos piensa el hombre hagan de las suyas; y particularmente se ha de temer esto en este animal siempre que esté comiendo, que entonces ni tiene amor ni respeto a su dueño, y le estará mirando a traición, y él dá a entender su mal natural; si se acierta a coger un lobo vivo y le tienen encerrado, siempre le verán arrinco-

nado, la cabeza baja, en lo oscuro, dando a entender su cobardía, y aunque le hagan mal, no procura defenderse, ni se embravece como el jabalí y el gato, que en viéndose cerrados, son más valientes. Los lobos no lo son, si no es en cuadrilla, cuando se juntan para hacer sus robos, y entonces cualquiera empresa acometen, y así matan todo género de ganado mayor y menor, vacas, yeguas, carneros, cabras, venados, gamos y puercos; y, finalmente, donde ellos andan, no hay seguridad en los ganados en el campo; cuando quieren acometer a una res grande, primero la procuran cansar, andan a la redonda de ella y la res hace lo mismo, por guardarse de ellos; y en viendo que se descuida o que ya no puede más, en arremetiendo el primero, le ayudan los otros, de manera que en un instante le echan las tripas fuera, porque en poniendo el lobo la boca y manos, saca el bocado entero.

Andan estos animales siempre tras el ganado, porque es su sustento; son muy mañosos y astutos para cogerlo; si es de día, antes de intentar de hacer la presa, hacen algunas diligencias. Lo primero, atalayar dónde anda el pastor y los perros, y se guardan de no ser vistos de él ni sentidos de ellos; a él le ponen alguna mata o peña delante, y por detrás de ella se meten

como un cazador a una res, y al ganado entran con el viento, para que él ni los perros no los sientan; cuando no pueden gozar de esta comodidad, se están quedos hasta que la puedan tener; si tienen ocasión, la ejecutan con increíble presteza; cuando han de arremeter, van la barriga por la tierra, cubiertos con alguna mata, como queda dicho, y aguardan que la res se les arrime; esto hacen por estar en más descanso y aliento; si es cordero el que quieren coger, o cosa que ellos pueden llevar en la boca, con grande agilidad lo hacen; cuando es res grande que no la pueden llevar, con otra astucia la sacan de entre las otras; ásenla del pellejo del pescuezo o de la oreja, de manera que no la hacen mal, y encamínanla a donde la quieren llevar y arriaman su cuerpo a ella, y con la cola la van dando por detrás, y con el miedo que lleva de él, huye muchísimo y en un instante se desaparecen del ganado, que las más veces no son sentidos. Esto lo más ordinario es hacerlo un lobo solo de día. Si es de noche y hay cuadrilla de ellos, con otra astucia dan en el ganado; divídense en dos tropas y la una se queda cerca de él; éstos con el viento en la cara, y los otros pasan echándosele al ganado, para que los sientan los perros y salgan tras ellos, como lo hacen, y en pareciéndoles que están

apartados del ganado, los que se quedaron arremeten a él y cogen lo que pueden, y en dejando los perros tras los que fueron, ellos por el rastro buscan a los que tienen la presa, y así, todos gozan de ella.

Paréceme que dirá el que leyere este capítulo, si tuvieran discurso estos animales, creyera lo que refiere el autor; pero sin él parece imposible; mas de esta verdad los pastores experimentados serán fieles testigos y no hallarán duda en ello por la experiencia que tienen de lo que les sucede muchas noches, que su instinto, obligado de la necesidad, les enseña estas malicias y otras que parecen increíbles. Es su natural tan malo y tan dañino, que no se contentan con comer hasta que se hartan; pero si alguna vez aciertan a hallar el ganado solo, sin defensa de pastor y perros, matan cuanto pueden, porque su sed de hacer daño jamás halla hartura; propia condición de los avaros, que por mucho que tengan no se hartan. Es muy cierto que los lobos se mudan en seguimiento del ganado de unas tierras a otras. Larga experiencia hay de esto, porque se averigua que cuando el ganado baja de las montañas de León y pasa a Extremadura, ven los pastores ir los lobos en su seguimiento, y lo testifican; porque hay algunos tan señalados, que los conocen y

los ven en el verano en una parte, y el invierno en otra; con su malicia reconocen los perros valientes, y en el ganado que tiene alguno que se muerde con ellos y los maltrata, no osan llegar a él, y si los perros son cobardes, embisten y no temen delante de ellos coger la presa; y si los siguen, en siendo más de un lobo, comen lo que llevan sin hacer caso del perro, y si no es más que uno solo y ve que le sigue mucho, suelta la presa y arremete a él, y le maltrata para que le deje y no llame con su ladrido otros y se la quiten. Si es cuadrilla de ellos y el perro es valiente, juntos le acometen, mátanle y se lo comen; y esto se ve muchas veces, porque en faltando el perro de la majada, le van a buscar y no suelen hallar de él más que las carlancas, que son unos collares de hierro con muchas puntas, que les ponen para que no les puedan morder del pescuezo.

Las noches de tempestades son cuando más a su salvo hacen sus robos, que en éstas campean más y no dejan cosa que no andan, y en cuatro leguas o más de donde habitan no hay cosa segura de ellos; son tan voraces, que si se ven apretados del hambre y alguno de ellos está enfermo y le ven descaecido, lo matan y se lo comen, que son lobicidas de sí mis-

mos, cosa que no se ve en otros animales. No para esto aquí, que es muy cierto haberse comido muchos hombres, y esto sucede muy ordinario en las montañas, donde en el invierno por ellos, y por las nieves, encierran de noche todo el ganado en los lugares, y la necesidad los obliga a que dentro de las mismas casas intentan sacarlo; y en tiempos tales se topan en el camino algún hombre sin defensa, le acometen y se lo comen, lo cual no se sabe que les haya sucedido a los pastores y otros hombres que ordinariamente duermen en el campo. Y es de creer que en los montes que ellos andan de día y de noche hallan muchos durmiendo y escondidos en las matas y no los acometen; pues asimismo no podremos asegurar que de hartos los dejan, y debemos creer que los han hallado cuando están hambrientos. La causa, pues, por que acometen a los que hallan en los campos y tierra rasa, y no a los que están durmiendo en las matas, éstos dormidos y callando; los otros despiertos y haciendo ruido para que les huyan; éstos procurándolos ofender y defenderse, y los otros sin ninguna noticia de ellos. Son tan cautelosos estos animales, que en ver aquel hombre dar voces, conocen es miedo, y por otra parte, el verle en tierra descubierta, donde les parece no puede haber

engaño para ellos, les da mayor atrevimiento y con descaro le acometen. Los que hallan escondidos en los montes, como ven que están callando, aquí les parece que les tienen armada la cautela y los temen, y en dándoles el viento de ellos, huyen. Mucho es de temer una traición disimulada, pues hasta los irracionales la recelan, más que el peligro cara a cara. Prueba de esta verdad sea lo que he visto hacer a un lobo.

Estando en una montería de estos animales en un puesto con el Rey nuestro Señor, vino un lobo huyendo de los ojeadores y pasó por media legua de tierra rasa y muy llana, donde había una manga de gente puesta; ésta, cuando le descubrieron, le empezaron a dar grandes voces, y al mismo paso él huía a toda prisa, viniéndose nos acercando al pueblo; pasó un arroyo, que llaman de Mediano, y llegó a cosa de trescientos pasos de donde le esperaba su Majestad, que nos parecía ya no se nos podía escapar. A este tiempo paró súbitamente y se detuvo un instante y revolvió huyendo a los que le estaban dando voces, y se pasó por medio de ellos, y aun certifico le dieron algunos palos con garrotes que le tiraron y se escapó. Lo cierto es que no vió a su Majestad ni a mí, que le estaba asistiendo por mi oficio, ni se receló de allí,

porque teníamos buen viento; dióle el de la otra manga, que estaba encubierto en una cañada y callado, que oían las voces que los otros daban, y esperaban, o que tirase su Majestad o que les asomase a ellos, todos nos hallamos burlados, y su Majestad admirado de que este animal temiese tanto el viento de la manga que no veía ni le daba voces, y que huyese de ella, yéndose a meter con los que veía y le estaban amenazando.

Son muy amigos de tierras altas y no de espesura, por verlo todo; entre dos matillas o encima de una peña se echan, y desde allí están atalayando todo el día dónde anda el ganado, perros y pastores, que como son de tanta vista, todo lo registran; andan de noche por las trochas y veredas altas, y allí comúnmente les hallamos sus rastros; y si están en sotos y riberas, en los arenales y orillas de los ríos, que como de su natural son inquietos, no guardan la cama, como otros animales. Finalmente, son enemigos de todo viviente y de ningún provecho; y así, son muy aborrecidos y es tan grande el daño que hacen, que obligan a los hombres a buscar diferentes modos para matarlos: pónenles redes y ojean los montes donde andan, y en ellas los matan. Asimismo los aguardan con el

arcabuz y con ballesta y hierba de balletero; mátalos también un arcabuz, que lo ponen en una mata, y a cosa de diez pasos atan un cabrito de pies y manos a una estaca y unas maticas a la redonda de él, dejándole una parte por donde el lobo pueda entrar, sin mata ni otro embarazo, y el arcabuz está de manera que cuando se desarme dé en el cuerpo al lobo. Desde el cabrito al arcabuz hay un cordel atado al desarmador, de manera que en tirando el lobo del cabrito, dispara; con este instrumento se han muerto muchísimos. Asimismo los matan con un instrumento que llaman cepo; éste está metido debajo de la tierra y por encima disimulado con ella; ármansele en las trochas y veredas, donde hallan más rastro de ellos. Está armado de día y de noche, y cuando el lobo va a pasar por la vereda, se le hunde la mano y desarma el cepo, que son unos garfios de hierro, y mientras más el lobo tira, más se aprietan; y es tan mal animal, que ha sucedido muchas veces cortarse el brazo con la boca y dejársele en el cepo e irse; este instrumento usan mucho en las montañas y matan muchos con él. También con los mastines del ganado, que si no fuera por ellos, él no se pudiera conservar, porque de día y de noche velan sobre él y con eso le defienden. Final-

mente, no conocemos para el ganado otro animal más pernicioso. Fuera de muchas cosas malas que tiene el lobo, dicen que se hallan en él algunas muy provechosas para la salud del hombre. Apretándose el vientre con el pellejo del lobo, es remedio para la colica. El pulmón molido y bebido en vino o caldo es remedio para poder respirar los que tienen en esto dificultad, y el corazón molido y bebido dicen quita la alferecía. El hígado y la mano derecha del lobo los aplican para el dolor de ijada y otros males; estos dos deben de ser más eficaces, porque muchas personas me han pedido estas dos cosas para dichos males.

CAPITULO XXXV

Cómo se matan los lobos en la carne que ellos han muerto o hallándoles sus hijos.

CUANDO los lobos han muerto alguna res mayor, vaca o yegua, y comen la mayor parte de ella, suelen volver a buscar esta carne a tercera noche; porque el día que hay mucho que comer, se llenan de manera que han menester tiempo para digerirlo, y si la carne está en parte que no embarace la gente para que el

lobo llegue a ella, a tercera noche son certísimos; para tirarlos con arcabuz se ha de arrastrar la carne que han dejado, y hase de hacer así: Tomar un palo con un garabato y atarle de una soga, y con él asir la carne que los lobos han dejado, y si es posible que esto se haga a caballo, es mejor, porque si no hollare el hombre la tierra y la carne con pies y manos, menos tendrá que recelar; que es su recato tal, que sin ocasión andan medrosos y con ella estarán maliciosos y recatados. La hora para empezar a hacer la rastra, sea una antes que se ponga el sol, porque después de puesto es cuando empiezan a campear todos los animales. Esta carne se ha de empezar a arrastrar desde donde ella está y sacarla pico a viento, porque cuando los lobos vengan a buscarla, puedan ventear el rastro por donde la han llevado. Ha de ir siempre el que la lleva por lo más raso que pudiere, porque de las matas se recelan. Hanla de arrastrar mil pasos o poco menos, porque hayan perdido el recelo que tienen al principio que la empiezan a seguir.

Cuando el que la lleva esté en el paraje que digo, se ha de ir revolviendo hacia un lado, el que mejor le pareciere, trescientos pasos, y ha de parar rabo a viento, dejando la carne en la parte más rasa y descubierta

que pudiere, y quitarle el garabato y sogá, y venga a estar de manera que cualquiera animal que siguiere la rastra no pueda tomar el viento al puesto, el cual se ha de hacer del mismo monte y disimulado de manera que el lobo no conozca diferencia en la postura de las matas; que es animal de mucha vista y de tan grandísimo recato, que aun no consiente para que se pare, le hagan seña como a los otros animales, y es fuerza haberle de tirar corriendo o dejarle comer; y así se ha de hacer con atención el puesto, y no habiendo mata a propósito, se ha de hacer hoyo en la tierra para encubrirse el hombre hasta que él lobo se pueda descubrir y tirarle; esto se debe hacer siendo de día; si es de noche, no necesita de tanto cuidado, estando arrimado en lo más oscuro de las matas, y donde no le dé la luna ni haga viso, que con eso no le verán. Hase de aguardar hasta la medianoche, porque los lobos son muy amigos de andar, y por esto suelen venir tarde a buscar la carne que han dejado, y lo más cierto es venir a hacer noche; de esta manera matará muchos lobos el que lo ejecutare.

En los meses de mayo y junio es cuando les suelen hallar a la loba sus hijos para matar la madre, y hallados, se le ha de arrastrar alguno con las circunstan-

cias que la carne, y en volviéndole rabo a viento, aguardarla en el mismo rastro, que sin duda irá en seguimiento de su hijo. Cuando los lobos tienen tomado algún camino o vereda (que son muy amigos de andar de noche por ellas), si los quieren aguardar, a tiro de donde hubieren de estar, se ha de arrastrar una capa en el mismo camino y dar una vuelta con ella, como veinte pasos en redondo, que será certísimo, si pasa lobo, ponerse a oler aquello que le hace novedad; con que da lugar a que le puedan tirar sin hacerle seña.

CAPITULO XXXVI

Cómo se han de batir los montes con perros y gente.

EN las partes y querencias que se sabe hay caza mayor, los que no son ballesteros ni siguen estos animales por la trailla, la matan batiendo los montes. Juntanse veinte o más hombres que saben la tierra y están hechos a ver huir esta caza por muchas partes; que ella, conforme en las que anda, tiene sus pasos, particularmente en los que son muy conocidos de todos, por ser la tierra tan apretada por laderas y barrancas o hilos de monte, que obligan a que forzosa-



mente los haya de tomar la caza; aquí se ponen unos, y otros entran dando voces con perros sueltos para que la hallen y sigan. Esta es caza muy válida después que se tira al vuelo, porque los que la usan la matan; así, los que se ponen a esperarla como los que se la van a echar, que de unos u otros es maravilla se escape, con lo cual ya se ha perdido el uso de la ballestería y las delgadezas de ella, por la facilidad que hay de matar todo género de caza con el arcabuz. Cuando a res parada había de tirar el balletero, no la mataban todos, sino aquellos que sabían el arte de montería, y la buscaban mañosamente y sabían los requisitos necesarios para conseguir lo que pretendían. Ahora esto se funda en fuerza más que en ciencia, valiéndose del rigor del arcabuz; antes un hombre solo, ahora muchos, cosa que atemoriza y destierra la caza de los montes, y para cuatro reses que matan, ahuyentan cuarenta. A un hombre con maña le sucedía esto muy al contrario, pues de treinta reses que tenía un monte, se le escapaban muy pocas, porque cuando alguna se recelase de él, no sería para dejarle, como lo hacen con la persecución de los perros y batidores. Los que cazan con secreto son dueños de las vidas de los animales, porque cuando alguno se llega a recelar

del ballestero ya habrá estado a peligro de perder la vida o se la habrá visto quitar a sus compañeros. Pero la montería ha de ser a gusto de los que la ejercen, y para los que son amigos de las batidas de gente y perros diré lo que se debe hacer para conseguir lo que desean, que es matar la caza.

Tres cosas se han de observar, importantísimas en estas batidas. La primera, supuesto que la caza ha de salir de su habitación y querencia, sea para echarla a otros montes donde piense hallar el mismo albergue y defensa que tenía para librarse de los que la van persiguiendo, porque cuando los animales forzados desamparan sus querencias no llevan otra mira que ir a defenderse a otras y toman este camino de muy buena gana para llegar a aquel sagrado en que les parece está su conservación y descanso; así, se ha de poner muy particular cuidado de echarlos a buenas querencias y mayores montes que los que desamparan. La segunda, para la elección del puesto, en que se les ha de aguardar, se les ha de buscar el camino más cerca para el monte donde han de huir, el cual ha de tener el que aguarda a sus espaldas, y mirar asimismo el monte más continuado de espesura, desde el uno al otro, y los hilos de él, donde se rematan unos en otros;

las apreturas de la tierra en las medias laderas y collados, donde todas estas cosas se juntan y estrechan, que éste es el camino que toma esta caza para escaparse de los que la siguen, porque la tierra en que ella habita la sabe, como el hombre su casa o lugar. La tercera, que el viento sea favorable, que el que aguarda le tenga en la cara, y los que ojean, en las espaldas, que de esta manera llegará segura la caza al puesto. Esto es lo que se debe observar en los montes que se baten. Y si habiendo elegido el aguardo con las dichas diligencias se le mudase el viento, le aconsejaría no se echase la batida; mas siendo fuerza haberse de correr los montes, cierta cosa es que, viniendo la caza pico a viento y dándole el del que la aguarda, no llegará a tiro, que en llegando a reconocer la traición, huirá por otra parte para escaparse.

Aquí es donde ha de buscar el arte remedio contra este daño: el que tiene es que otra persona ocupe el puesto principal del camino que le parece al balletero tomará esta caza, no habiendo inconveniente para que con el recelo de allí tome diferente salida, la cual es fuerza sea por uno de los dos lados del puesto que se recata; ¿cómo acertará el que será para ponerse en él? Mirando con mucho cuidado por cuál parte de estas

dos tomará la caza con más brevedad la huída que llevaba; que aunque es verdad que halló inconveniente en aquel paso, es desviándose de él, y dejándole atrás, vuelve a seguir su derrota hasta que llega a su querencia. Esto, aunque tiene mucha dificultad, se puede conseguir con lo advertido; y asimismo, conociendo las calidades de las reses, que los puercos y lobos tomarán lo más espeso y oscuro, y los venados lo más descubierto y alto, que la tierra no ha de ser tan igual que totalmente no se reconozca para elegir el puesto más ventaja en una parte que en otra. Pero caso que no le haya y que los puestos sean iguales en el viento, en el que no ocupare la ballesta se ha de poner otra persona, para que cuando la caza llega a recelarse del puesto principal y repara a reconocer y determinarse por dónde ha de echar, éste le haga algún sentimiento, no que la atemorice, sino sólo que sienta allí quebrar un palillo u otra cosa a este modo, que sólo esto bastará a hacerla que dé de ojos en la ballesta; esto es cerrar las puertas al campo, pues de tres caminos que forzosamente han de tomar estos animales, no les queda más que uno, en el cual hallan la muerte, escogiéndole por el más seguro para escapar la vida. Sin ardidés no se logran estos trabajos, y aun con ellos

no puede el hombre asegurarse, porque aunque de su parte haga lo que pide el arte, de lo que ha de suceder sólo Dios es dueño de ello.

Cuando el viento no es malo de medio a medio para el puesto, sino algo atravesado, para remediar que la caza no entre por la parte que tiene peligro de tomar el viento de la ballesta, lo que se ha de hacer es ponerle una persona a aquel lado un poco delantera de ella, para que si la res viniere a entrar por la parte que haya este peligro, antes que le reconozca le haga algún sentimiento, para que, recelándose de él, se desvíe y entre a la ballesta por donde no sepa ni se pueda recelar de ella; esto se ha de hacer cuando no hay mangas de gente ni más que ballestas y batidores; cuando las hay y se cercan los montes de gente, si el viento es malo para el puesto principal, apartar la ballesta de la manga, que carga el viento a la caza, y arrimarla a la que está libre, que ella siempre se aparta de donde conoce el peligro; y aunque teme la otra manga, se arrima a ella, porque con certidumbre no sabe dónde lo hay. Estos son los remedios que puede el balletero tener cuando sucede batir los montes y no serle el viento favorable.

CAPITULO XXXVII

De la montería del hoyo.

EN algunas partes de España, particularmente en tierra mísera, poco poblada y de muchos montes, suele hacer mucho daño la caza mayor y los lobos, y tanto, que obliga a los naturales que se junten las comarcas para matar estos animales o desterrarlos de ellas, para lo cual hacen un hoyo en la parte que mejor les parece y ojean la caza de aquellos montes para que caiga en él; pero muchas veces padecen el trabajo y coste de hacer dicho hoyo, sin tener el fruto que pretenden por la poca experiencia del sitio donde se ha de hacer, y para esto es necesario elección de gran balletero y que concurran en aquella parte los requisitos necesarios para que la caza llegue a él. En este hoyo se ha de mirar, para su elección, lo mismo que para las demás batidas, como queda dicho, y él ha de ser de tres estados de hondo y algo más ancho, para que la caza no le pueda brincar; ha de ser por bajo de él, vaciado el estado y medio más ancho que por arriba, porque los animales que cayeren dentro no

puedan volver a salir, que en siendo las paredes derechas, trepan por ellas con mucha facilidad, particularmente lobos y zorras, y estando vaciadas por donde han de empezar a subir, no lo pueden conseguir, porque aunque hacen diligencia para ello, les falta la tierra, que no hallan en que hacer fuerza con los pies y dan de espaldas.

Hácese el hoyo largo o redondo, conforme se halla la comodidad en la tierra y parte donde se ha de hacer; por lo hondo ha de tener una puerta por donde se pueda sacar la caza que cayere dentro, y para obligarla a que caiga, se hacen desde el hoyo dos paredes de rama, de altura que no pueda saltarlas la caza, las cuales han de tener su principio desde la boca de él, cogiéndole en medio; éstas han de hacer una calle derecha del ancho que él tiene y se han de continuar en aquella conformidad trescientos pasos poco más o menos, y desde allí adelante se han de ir abriendo estas paredes de manera que no hagan tope ni rincón, y se han de ir ensanchando todo lo necesario para que abracen en medio el monte donde está la caza, de manera que el hoyo sea un buitrón. Cuando no quieren hacer las paredes tan largas como son los montes, lo que falta de esto lo guarnecen de gente hasta donde se

empieza a batir, que forzosamente suele ser mucho distrito, respecto de estar la caza dividida y haberla de juntar de muchas partes para conducirla a aquel buitrón. Hase de tener atención que el hoyo esté de manera que cuando la caza haya de llegar a él, vaya algo cuesta arriba, porque no puedan ver desde aparte cosa de que puedan temer ni recelarse, y que hayan de estar en el aire cuando puedan reconocer el daño; para lo cual se hace una bardilla, que se pone delante del hoyo, con que esté aquello disimulado, y ésta viene a ser del alto de tres cuartas, y hecha de ramas del mismo monte, de manera que cualquiera animal que venga la pueda brincar. Lo demás del hueco del hoyo se tapa por encima con ramas muy delgadas, de modo que en dando el animal en ella se hunda abajo.

Para obligar a que la caza dé en el hoyo, en la calle que decimos, que se hace de trescientos pasos de largo, a cincuenta del hoyo ha de haber dos hombres: uno a una acera y otro a la otra; éstos han de estar metidos en unas chocitas de rama y escondidos de manera que la caza no los pueda ver, y otros cincuenta pasos más atrás ha de haber otros dos escondidos de la misma manera; todos están esperando que la caza llegue, y en pasando de los primeros, salen a ella y la

dan prisa, haciendo ruido con unas piedras que tienen en las manos, dando una en otra; con lo cual hacen dos cosas: amedrentarla para que huya más aprisa y avisar a los otros dos que están delante, los cuales, en pasando de ellos, salen a ella y la obligan a que salte, sin reparar por dónde.

Su Majestad (Dios le guarde) ha querido ver esta montería y tuvo tres de ellas en diferentes partes: una en Aranjuez y dos en tierra de Valvelada y Real de Manzanares, que es todo ensanches y límites del Real monte de El Pardo, en que ha visto caer mucha caza. Hácese el puesto en que ha de estar su Majestad en la cabecera del hoyo, donde pueda ver venir la caza y caer en él, sin que ella pueda recelarse y temer de allí. El puesto se adorna de hierbas del campo, y cuando se ha de hallar en esta montería la Reina N. Señora, se traen dos sillas para sus Majestades y una alfombra para las damas. Los caballeros que hubieren de estar allí alrededor están en pie. Es cosa de mucho gusto ver venir la caza, y cuando le parece que va libre de quien la sigue, dar dentro del hoyo, levantándose aturdida para huir; y cuando se halla imposibilitada, muestra su fiereza o cobardía; el lobo, como ladrón, baja la cabeza y cola, buscando

donde esconderse, que quisiera hundirse debajo de la tierra. El venado, mirando hacia arriba, para satisfacerse si su agilidad le sacaría de aquel peligro y conociendo la dificultad, no se atreve a saltar. Y lo mismo hacen el gamo y demás animales; quien más inquieto se muestra entre los otros es el jabalí, que, en viéndose encerrado, acomete a todos. La zorra, con sus malicias, anda a todas partes buscando salida, y es tal su astucia, que hemos visto valerse de los otros animales, saltando en los lomos de los venados, y de ellos a las paredes del hoyo, y todo no le aprovecha. Es cierto de ver tanta cantidad y diversidad de animales metidos en tan pequeño distrito. Sirvese su Majestad de los monteros para estas monterías y para las en que se ponen telas y redes, y asimismo para las en que él mata los lobos con el arcabuz. Con la minuta que da el balletero, que ordena esta montería conforme la disposición de la tierra que se ha de correr, van los monteros, y mayeren la gente necesaria, y la llevan donde él los señala y ordena el puesto en que ha de estar Su Majestad, y desde él forma la montería, haciendo dos alas de gente, que cogen el puesto en medio, y desde el remate de él se pone el cuerpo de la batida.

CAPITULO XXXVIII

De la raposa y su calidad.

ES este animal especie de perro, como el lobo; su tamaño es mediano, el color rojo, las orejas pequeñas y puntiagudas, los ojos muy vivos, el hocico agudo y negro, la cola larga y muy poblada de pelo, la punta de ella blanca, su voz es un gañido largo, como que remeda al perro; lo más común es oírle de noche, aunque se suele oír de día; son estos animales muy cariñosos de sus hijos; por la mayor parte los paren y crían en cuevas, y mientras no comen, está la madre con ellos, y de noche sale a buscar su sustento; paren comúnmente cinco y siete; en su ayuntamiento se quedan ligadas como los perros, y están preñadas lo mismo que las perras; paren por mayo y junio. Es animal que caza a todas horas de día y de noche; es muy mañosa y astuta; para llegarse donde quiere hacer la presa, entra siempre a la caza pico a viento y con gran sutileza, y no arremete sino cuando la tiene muy cerca, y entonces con grandísima presteza coge todo género de caza, conejos, liebres y otros animalejos de la tierra, y lo

mismo hace de noche con las aves que duermen en ella, como perdices, gangas, ortegas, sisonos y otras. Campea toda la noche, es de muy grande olfato, y en dándole el de las aves, se arrima a ellas con gran secreto, y particularmente las noches de recios vientos, que ellas se meten en los abrigos, donde las halla dormidas, y las arremete y se queda con la presa en la boca. Hacen grandísimo daño en los sotos y montes donde hay caza menor, que no sólo matan los conejos que están encima de la tierra, sino que por el olfato conocen las gazaperas donde los conejos paren sus hijos, que los paren debajo de la tierra, y escarban y los sacan.

Asimismo hacen mucho daño en los corderos cuando son pequeños. Para enseñar a cazar a sus hijos, cuando empiezan a campear, en la tierra que hay conejos, los lleva en ala, y ella va en medio haciendo diligencia por hallarlos, y en levantándole, madre e hijos hacen lo que pueden por pescarle; son muy dañinos si entran donde hay gallinas, o patos u otras aves mansas; si es de día, se contentan con llevar una en la boca; si de noche, y no hay quien las defienda, es su natural tan malo, que no se contenta con matar la que ha de comer, sino que no deja ninguna viva.

Dicen es cosa cierta que si a estas aves les echan hiel de raposa en la comida, aunque ella entre donde están, no llega a ellas; es muy inclinada a comer los erizos, y ellos tiemblan de verla, y luego se hacen un ovillo, pareciéndoles que sus púas les defenderán; mas no le falta a ella maña contra esta astucia: vuelve la boca arriba y se orina encima de él, con lo cual quita la respiración y le ahoga, y entonces se abre el erizo y se lo come. Cuando están enfermas, se curan comiendo resina de pino y otras hierbas. En el estío se les calienta demasiado el hígado; pero su natural las libra de esta enfermedad arrojando la sangre requemada a la superficie del cuero, y entonces se les cae el pelo y sanan. Es asimismo perseguidora de lirones, ratones de agua y topos, que se crían en las riberas y tierras húmedas, los cuales caza con mucha sutileza, hasta las lagartijas y grillos; y es muy de ver cuando anda tras ellos, que va con tanto secreto levantando un brazo y volviéndole a asentar con gran cuidado, para no ser sentida, y cuando llega cerca, ponen el oído para escuchar dónde suena y atinar con su agujerillo, y en viéndole fuera, se le tapa con la mano y se lo come; si va a pasar en tiempo de hielo por encima de alguna agua que está helada, pone la mano, y si le

parece no está firme y que suena cerca, echa por otra parte; porque hace esta y otras muchas cosas la tienen por muy astuta; lo cierto es que para buscar su sustento no le falta maña; mas para defenderse de los cazadores no son tan astutas como el jabalí y el lobo; antes en alguna manera son simples, que cada día las vemos, cuando cazan estas sabandijas, andar por los rasos tan divertidas en esto, como si no tuvieran ningún enemigo, y cuando no se han recelado de él, son fáciles de matar.

Tienen estos animales algunas cosas muy provechosas para la salud del hombre: su pellejo es muy bueno para el abrigo, puesto en la parte que ha habido frialdad o herida, que es calidísimo; frita en aceite, untando con ello las junturas donde hay dolor y convulsiones de nervios, quita el dolor y los desencoge. Sus compañoncillos los estiman las damas por eficaz remedio para el mal de madre, poniéndoselos encima del vientre; mátanse con redes y con perros, corriéndolas como las liebres, y con el arcabuz en ojeos y rastras, que vienen como los lobos, en arrastrándoles unas tripas de alguna res muerta, como sean frescas; y se ha de hacer la rastra, como queda dicho se hace para los lobos. En el pueblo no es necesario

tanto cuidado; por su simpleza paran a cualquier seña.

Asimismo vienen al chillo, remedando el del conejo, que como están hechas a matarlos, y entonces ellos chillan, en oyéndolo, acuden con mucha presteza. Es necesario saber hacer esto de manera que no haya sentido género de ruido, porque si ha tenido algún sentimiento, se recela y huye. Hase de saber chillar, y el chillido no ha de ser más largo que el que da un conejo, y en viéndola venir, callar un poco, que ella se pone a escuchar, y luego chillarle más aprisa, y en viendo que está atinada de donde suena aquello, callar hasta que llegue, que con brevedad hacen, en dando tres chillidos de una parte, deteniéndose un poco de uno a otro; y si en tanto tiempo como ha estado chillando no ha asomado la zorra, no hay sino mudarse a otro puesto; éste ha de hacer todo lo apartado del otro, que le parece se podrá haber oído el primero; quiere esto mucho secreto y que no sea día de viento recio, porque en moviéndose el monte, de todo se recelan; y asimismo los puestos se han de hacer en parte rasa y monte claro, que de lo espeso también temen y no llegan.

CAPITULO XXXIX

Del gato montés y de su calidad.

ES este animal muy semejante al león en la postura de su cuerpo; su color es pardo, rayado de listas negras; es mayor de cuerpo que los caseros; relúcenle los ojos de noche, como si fuesen de fuego; sus niñas crecen y menguan con la luna; no llega a tener más hijos la gata en las veces que pare de veintiocho, que son los que la luna da vuelta al zodiaco; tiene la lengua áspera como una lima, y si se lame mucho en una parte, se desuella; tiene la cabeza redonda como el león y las orejas cortas, y es muy parecido a él en el andar y cazar. Son estos animales muy lujuriosos, y las hembras muy amigas de hijos; y así, aunque padecen dolor cuando se juntan con los gatos, por ser su simiente tan caliente que les abrasa el útero, con todo ello los solicitan con voces por quedar preñadas, y en cumpliendo su apetito huyen de ellos, y por esta causa se suelen comer los machos los hijos recién nacidos, porque viéndose la madre sin ellos, los vuelva a admitir; son muy amigos de andar jugando con las manos; mayormente cuando son pe-

queños, para enseñarse a asir cualquiera cosa con las uñas, la cual ponen donde haya dificultad, y entonces usan de su maña y presteza; son limpiísimos y amigos de tener el pelo lustroso, y mojándose las manos con saliva, se lavan la cara, y lamiendo el pelo, le ponen muy brillante; son de su naturaleza fríos, y en tierra fría no se crían; su mayor habitación es en peñas y cuevas; son grandísimos cazadores de animalejos, como conejos, liebres y todo género de ratones y aves. De ellos pudiéramos aprender los cazadores cómo habíamos de entrar a tirar la caza, para no ser sentidos ni vistos de ella; aunque son tan ágiles, no corren mucho a carrera larga; arremeten a la caza de salto, que con su mucha sutileza y maña se la acercan tanto, que aquello les basta para alcanzar la presa y son certísimos en ella; porque jamás yerran golpe y tienen cruel boca y uñas. Asimismo en su defensa son muy valientes; ningún animal de su tamaño se le iguala; no obstante esto, son muy huraños; siempre que pueden excusar batalla lo hacen, y cuando no pueden huir por la tierra, se encaraman en los árboles; pero llegado a ser fuerza el defenderse, lo hacen valerosamente, maltratando los perros que los persiguen, y son su boca y uñas muy venenosas.

Es animal nocturno; lo más que anda es de noche; recógese a su cueva antes de salir el sol, y sale de ella después de puesto; su carne es muy semejante en el color y sabor a la de la liebre, que es blanda y caliente, y lo mismo es su hiel y unto, que resuelve y ablanda con grande eficacia; usan de ello para la gota, y de la hiel, contra las mordeduras venenosas.

De los instrumentos que hay para matar estos animales, el más común es armarles unas trampas, que son al modo de ratoneras, y ponerles dentro una paloma u otra ave, y por cogerla caen dentro. Búscanles sus cuevas, cávanlas y sácanlos; y tal vez en ojeos suele venir alguno, y también vienen al chillido, como la zorra, por la continuación y conocimiento que tienen del de los conejos que matan; espéranlos al anochechar al salir de la cueva, y tíranles con el arcabuz.

CAPITULO XL

Del tejón: su calidad y costumbres.

ES este animal de los que más se guardan de la claridad del día, y así, por maravilla se deja ver, porque su habitación es debajo de la tierra y está

en cuevas muy hondas; su sustento es miel, y come las mismas abejas, y asimismo gusanos, lombrices, caracoles y otras muchas sabandijas que halla debajo de la tierra, que la levanta con el hocico, como el puerco, y con el olfato conoce dónde están; su color es como el del lobo; tiene el pelo más largo y gordo que él; los pies y manos, de perro, muy negros, y largos de uñas; las piernas muy cortas; es todo él muy pesado y anda muy poco, y por eso le crecen las uñas más que a los otros animales; es dañoso en las partes que hay conejos, no porque tiene agilidad para cogerlos, sino porque cuando crían hallan mucho las gazaperas y hacen más daño que la zorra; si caza algo, es mañosamente, aguardando a lo que quiere coger tendido en la hierba, y cuando lo ve muy cerca, arremete con mucha presteza y se queda con la presa en la boca; si la yerra, no tiene agilidad para seguirla; está siempre muy gordo, porque se sustenta de lo dicho y hace muy poco ejercicio; son en su postura muy fuertes, cortas piernas y anchos lomos, el cuello corto, la cabeza ahusada, los dientes muy agudos; son grandísimos mordedores fuera y dentro de sus cuevas; de cuatro perros y más (aunque sean valientes), como no sean alanos o lebreles, que le ha-

gan presa, se defenderán muy bien de ellos y los maltratará, y siempre saldrá el tejón victorioso, porque muerde desaforadamente; tiene asimismo astucia para defender la parte más delicada de su cuerpo, que es el hocico, y para que no le den golpe o le muerdan en él, siempre se anda escudando con el brazo, recibiendo allí y en los lomos los que le dan; y es tan duro, que aunque le den mil palos, no se queja, que como no sea en el mismo hocico, parece no siente el daño, y en él con pequeño golpe queda desatinado; y así, naturaleza les dió modo para defenderle, y cuando le meten debajo del brazo, detienen tanto el aliento, que se les llena el cuero de aire, y con esta detención reciben cualquier golpe sin mucho sentimiento, y se les pone tan duro el pellejo, que aun los perros no le pueden hincar los dientes; y cuando se ve muy acosado de ellos, se echa boca arriba para herirlos con ella y con las manos, y es muy venenosa su mordedura, porque se sustenta de muchas sabandijas, que le tienen, como alacranes, escuerzos, salamanquesas, víboras y otras que halla a este modo. Tiénese por cierto que de noche huyen de ellos los lobos y otros animales feroces. Dicen que es contra los que tienen malos ojos, siendo preservativo de su daño, y por eso a las criaturas les po-

nen manos de tejón, y a los animales, correas de su pellejo, el cual es el que más defiende del agua, y así, muchos hombres del campo se calzan de ellos. Para hacer salir pelo blanco en cualquiera parte del cuerpo de un caballo, no necesita más de quitarle el pelo a navaja y untarle con el unto de este animal y miel cruda, todo mezclado. La sangre del tejón destilada es antídoto contra veneno.

CAPITULO XLI

De la comadreja, turón, hurón y patialbillo.

DE las comadreas hay diferentes castas, porque el hurón, turón y patialbillo se originan de ellas, aunque éstos son diferentes en el cuerpo y en el pelaje, pero en las demás costumbres todos tienen una inclinación; particularmente debajo de la tierra es grande su atrevimiento y valentía; allí pelean y matan los conejos y aves que duermen y se esconden en las quiebras y agujeros de las peñas. Es el cuerpo de la comadreja largo, delgado y pequeño, más que el de estotros animales; su color es bermejo y algunas lo tienen ceniciento; el vientre es blanco; hacen su cueva

o nido con cuatro puertas, y en tiempo frío cierran las tres y abren la más guardada del viento. Son estos animales muy cariñosos de sus hijos, y dicen que los mudan muchas veces de unas partes a otras porque no se los hallen; son tan ligeras y sutiles, que se dice de ellas por cosa cierta que pasan por el agua a saltillos, sin hundirse ni nadar; su natural es cruelísimo, porque siendo tan pequeñas, acometen a un ganso y pavo grande y lo degüellan, y en entrando donde hay gallinas o palomas, hacen grandísimo daño en ellas, matando todo lo que pueden, y comen los huevos que hallan en los nidos de las aves.

El hurón es dos veces mayor que la comadreja y de su misma hechura; su común color es lobuno, unos más oscuros que otros. Hay en España gran cantidad de ellos, aunque fueron traídos de Africa; pare una hurona siete y ocho de una vez; están preñadas cuarenta días; nacen ciegos los hijos, y en otros cuarenta días tienen fuerza para poder cazar; amánsanlos desde pequeñitos y los ceban en pichones, pollos y gazapos, que ellos degüellan para hartarse de su sangre. Vélese el hombre de este animal para las cacerías de los conejos, particularmente cuando crían. Hay hurón que en una noche saca de debajo de la tierra ciento cin-

cuenta gazapos y más, y los que andan a hurtar esta caza, hacen gran daño a los dueños de ella; cazan con los hurones de diferentes maneras, atados unos con una trailla, que es un cordel de cuatro o cinco brazas, y entran ellos en las viveras de los conejos, y en hallándole, le hacen presa de la cabeza, y es tanta la fortaleza de su boca y la presa que hacen, que sacan el conejo arrastrando en tirándole el cazador de la trailla. Otros los echan sueltos y con un prisuelo en la boca, y ponen a la puerta de la vivera una redecilla, que llaman capillo, y el hurón, cuando halla el conejo, como no lo puede morder, le araña con las manos y lo persigue hasta que lo hecha fuera y queda preso en el capillo. Tienen los hurones el miembro genital como de hueso, y dicen que es provechoso para echar las piedras que se crían en los riñones, tomándolo hecho polvos en vino o caldo.

El turón es mayor que el hurón; el cuerpo, de su misma compostura; tiene el pelo desigual, el color pardo oscuro, los remates de pies y manos negros, y por el cuerpo tiene el pellejo manchado de unos como lunares negros o más oscuros que su pelo; cría en cuevas y peñas, como los conejos, y los caza y hace gran daño en estos animales; y asimismo se sustenta de ra-

tones y peces, que caza como las nutrias; todo lo que coge degüella, como el hurón, y es tan cruel como la comadreja, que jamás se ve hartado de sangre.

Hay otra especie de hurón que llamamos patialbillo; su color es castaño oscuro, y por debajo del cuello es blanco; huele su pellejo como almizcle, y se cree es este animal el que llamamos jineta; amánsase con facilidad si no lo enojan; tiene la misma habitación que el turón y es tan dañino como él, y en las partes que hay aves o caza hace notable daño. Dicen que el miembro de este animal hecho polvos es contra el veneno de las serpientes.

CAPITULO XLII

De la liebre y su calidad.

EL más ligero de los animales que se conoce es la liebre, y de su tamaño y cuerpo, ninguno le iguala en esto; todas las partes de su cuerpo tiene cubiertas de pelo, hasta las plantas de los pies; tiénele muy blando, y de color entre bermejo y barcino, por lo cual se disimula mucho en la tierra. Las orejas son de tres colores; las puntas negras; lo de encima de ellas,

entre bermejo y barcino, como el pellejo, y lo de debajo, plateado; el pelo es más largo que el del conejo y más espeso; no les pasa de la superficie del cuero, y por esta causa no los curan para forros, aunque son muy blandos y calientes, porque se pelan con mucha facilidad. Tiene los ojos grandes en conformidad de su cuerpo, es algo corta de vista, no tiene pestañas en ellos y duerme los ojos abiertos; susténtase de hierba; es cierto que tiene cuajo, cosa singular entre animales que tienen dedos formados. Muchos han dicho que tienen entrambos sexos y que paren machos y hembras, y asimismo engendran unos y otros; pero esto es falso, y el engaño está en que así en machos como en hembras suelen hallar unas grietas semejantes a la cerviz del útero, y se las hacen con las uñas, y por esto dicen que han hallado muchas preñadas con testículos.

Las liebres se amansan con facilidad, y no temen al hombre criándolas desde pequeñas en casa, y llegan a tomar el pan de la mano; mas son animales tan simples, que no son capaces de ninguna disciplina, ni conocen si les mandan algo, ni que se alleguen o aparten; son por extremo medrosas y de corazón pusilánime; su defensa en todas ocasiones es huir y esconderse de la gente, aves y animales, y por no descu-

birse a ellos, aguardan tanto en la cama. Mudan de morada conforme hace el tiempo frío o caliente: en el verano se encaman en las sombrías, donde corre el viento más fresco, y con eso se defienden del calor; en invierno, en las solanas y abrigos, guardándose del viento que al presente hace; en los tiempos de mucho hielo, que no pueden abrir con las manos la tierra para hacer su cama, se meten en las que tienen hechas en otros tiempos, y otras se van a los manantiales de agua, donde la tierra se hiela menos, y allí la hacen. En este tiempo, los cazadores, que las ven estar echadas, las van a buscar desde que empieza a salir el sol hasta que está dos horas más alto, y conocen dónde están (sin verlas) en el vaho que despiden de sí; y para conocerlas mejor, las buscan la cara hacia el Sol, que como no esté más de dos horas en alto, se conoce muy bien en su claridad, y si las buscan con el sol en las espaldas, no se conoce lo dicho.

Crían las liebres los ocho meses del año en cesando el rigor del invierno; paren tres y cuatro lebratoncillos vestidos de pelo; tiénenlos encima de la tierra y los mudan cada día a diferentes partes, porque no se los hallen, y divídenlos unos de otros; no tienen más nido que alguna matilla a que están arrimados; temen a las

zorras, que hacen mucho daño en ellos, que como de noche campean mucho, los hallan, y mientras no tienen los pies que han menester para huir, matan muchos, y parece que previniendo la madre esto, los divide unos de otros, porque llegado el peligro, no perezcan todos. De cualquier ruido que oyen o voz de ave de rapiña, se amedrentan y se alastran en la tierra, y les aprovecha mucho ser tan de su color para que no las vean; porque de estas aves reciben mucho daño, y asimismo por ellas guardan tanto la cama, recogándose antes de salir el sol y levantándose después de puesto, que a ningún tiempo de estos pueden campear. Esto es general costumbre de caza perseguida, que donde está mansa degenera de esta costumbre, porque a todas horas se deja ver; mas siempre que siente el enemigo se duplica en ellas el cuidado.

Campea este animal mucho de noche y va a buscar la comida muy lejos de su querencia; particularmente acude mucho a las avēnas y melonares, de que es muy goloso, y aunque se alargue dos y tres leguas, lo va a buscar y se vuelve a encamar donde tiene su habitación y morada, que como es tan ligero, en breve tiempo anda este camino. Cuando las liebres se encaman, hacen el hoyo justamente lo que ha menester

su cuerpo y quedan metidas en el ras con ras de la tierra, y como son tan parecidas a ella, son dificultosas de ver; y parece lo alcanzan, pues en metiéndose allí, aguardan tan cerca al hombre y de esta manera guarecen muchas veces la vida, porque las más se quedan sin que las vean.

Muchas maneras hay de matar estos animales; diré las que en España usan: Córrenlas con galgos, que aquí los hay ligerísimos, y asimismo lo son algunas liebres, que se les escapan sin poderlas alcanzar; y no porque las corren hoy dejan de volver a su querencia; antes estas liebres corredoras las continúan, porque tienen conocido el camino de su huída y por la mayor parte se encaman cerca de alguna senda o camino, orilla de algún soto, monte o laderas o tierra pedregosa, que aquello buscan para su defensa; porque conocen que en tierra blanda donde ellas zahondan son luego perdidas, y así huyen de ella y de ir cuesta abajo, que las alcanzan luego; en las laderas y tierra tiesa parece que vuelan. En los tiempos del año que más corren es cuando huela, que los machos están con más vigor y las hembras no están preñadas, y a ellas les ayuda lo que daña a los galgos, que éstos con la frialdad y hielo se despean; porque se pone la tierra

tan dura y áspera, que se les hacen llagas en los pies y reciben dolor en ellos y en las uñas, y por estas causas no corren tanto. La liebre es de suyo ligerísima, y la misma dureza de la tierra la ayuda para que lo sea más, y como ella tiene los pies calzados de pelo (como está dicho), no siente el frío ni la aspereza de la tierra. Mátanse asimismo con perros podencos; de noche y de día las buscan en montes, que no sean muy espesos, y en las veredas que van a su querencia, que ésa es su verdadera huída; pónenles unas redes que llaman albanegas, que se tienen con dos tientos; son de ancho lo que basta a tapar la vereda, y en habiendo armado el monte de estas redes, sueltan los podencos; son éstos de mucho viento y grandes rastreros, y en topando la huella de la liebre, la siguen hasta que la levantan y meten en la red. Mátanse asimismo con ballesta y arcabuz en ojeos y a espera, por las mañanas, al recogerse a los montes, y por la tarde a la salida de ellos en los majadales y praderías donde salen a comer, y también en las veredas y encrucijadas, que son muy amigas de andar por sendas seguidas, y en particular acuden mucho a los salgueros, donde se da sal al ganado; no son amigas de grandes montes, sino de tierra clara, donde puedan gozar del viento, que

son muy fogosas, y así se multiplican y conservan más en tierra fría.

Acuden asimismo mucho a las aguas en tiempo de verano, y en tierra seca, donde hay poca, se matan muchas las noches de luna, que vienen a ellas de dos y tres leguas. No se encierran en cuevas si no es a necesidad, cuando no les han valido sus pies; son de su naturaleza limpísimas y amigas de tierra cencida, que no esté hollada de otra caza; y así, generalmente, en parte que hay muchos conejos no se multiplican las liebres, porque el conejo es de suyo puerco y siempre guarda una querencia cerca de su vivera, y la tierra que alcanzan la huellan y ensucian mucho con su estiércol y orín, lo cual es contra el natural de la liebre, y por esta causa no se conservan juntos. Mátanlas también con lazos y asimismo las vuelan con los halcones.

Es la carne de la liebre algo gruesa, no tanto como la vaca; es caliente, y su sangre más gustosa que la de otros animales, y bebida en vino, es remedio contra veneno; sus sesos los aplican para hacer salir los dientes a las criaturas, untándoles con ellos las encías; su cuajo es muy eficaz para cortar y dividir la leche o sangre que se cuaja en el estómago, y bebido con vinagre, es remedio contra la alferecía.

CAPITULO XLIII

De los conejos.

SON estos animales muy semejantes a la liebre en todas las partes del cuerpo, excepto en el color y tamaño; son algo menores que ellas; el pelo lo tienen de ratón casero, más oscuro o claro, conforme la tierra donde se crían: si son sotos y riberas, que alcanzan prados y anchuras, son más claros que los que se crían en espesuras de jarales y otros montes, y asimismo tienen mejor carne, más blanda, blanca y de mejor gusto; a éstos comúnmente los llamamos albares; los otros, montesinos, que no son de tan buena calidad; son más sagaces que la liebre, aunque la naturaleza en ser medrosos y cobardes es toda una; crían los cinco y seis meses del año; paren comúnmente cinco, siete y nueve de un parto; antes de parir la coneja la ayuda el macho a hacer el nido o gazapera, y la componen de hierba la más blanda que hallan; no pare dentro de la vivera, sino fuera y apartada de ella: hace un agujero en que ella cabe entre dos tierras, y para tener los hijos más calientes y blandos, se pela

la barriga, y con aquello y las pajas que junta, está el nido muy caliente; nacen los gazapos sin pelo, y cuando los deja la madre en la gazapera para abrigarlos y que no les entre el aire, los cubre con la tierra; y asimismo porque no se los hallen los deja de manera que allí no se conoce lo que hay, y ellos están al cabo del agujero, donde no llega la tierra; en pariendo, con aquella sangre se vuelve a empuñar, porque el macho la está aguardando y sin dilación la cubre.

El andar de estos animales es a saltillos; empuñanse muy ordinariamente en dos pies; los cuales, desde las corvas, los tienen casi siempre en la tierra sentados sobre ellos. En teniendo los hijos pelo, los muda la madre de donde los ha parido y los lleva a su vivera, que tiene debajo de la tierra, y éstas hacen en todas partes, en montes, en raso, en peñas, y siempre habitan en ellas el tiempo que no buscan de comer, y entonces se apartan muy poco, particularmente de día, si no hay espesuras en que esconderse; porque aunque son muy ligeros, son muy poco animosos para correr a lo largo, y en viéndose apretados de los perros, pierden la vereda y el tino de su vivera, con que perecen. Multiplicanse mucho, porque son muy fecundos, y desde febrero hasta julio se hallan

gazapos, y los tempranos crían aquel año dos crías, y las madres todos los meses; y así, es sinnúmero la cantidad que se junta en poco tiempo. No tiene cada conejo vivera aparte; en un vivar habitan muchos, y hay algunos que tienen mil conejos.

Mátanse de muchas maneras: con hurón, con redes largas y pequeñas, y con lazos que les ponen en sus veredas; hácenlos de alambre y los atan una estaquilla, que está hincada en la tierra, y cuando el conejo va a pasar, se queda asido en él. Este instrumento mata mucha caza sin hacer ruido, porque a todas horas de día y de noche, y con todos tiempos, está armado, lo que no se puede hacer con otro instrumento. Mátanlos también con podencos, que llaman conejeros, y asimismo con arcabuz y ballesta, ojeándolos y esperándolos en las comidas; y al salir de las viveras, chillándoles, y a este chillido salen todos, machos y hembras, paridas y preñadas, y los gazapos, y no se sabe la causa por que salen estos conejos: si vinieran solos los machos, pudiéramos decir venían celosos a las hembras o a socorrerlas en su necesidad; si vinieran las hembras paridas, que las traía el cariño de sus hijos; mas, como digo, vienen las preñadas y los mismos gazapos con ellas.

Para matarlos de este modo se contrahace la voz del conejo, metiendo en la boca una hojita de encina o una paja hueca, o se hace un chillo con una plumita de milano dentro, puestas estas cosas en los labios de manera que, chupando hacia dentro, suene la voz del conejo; otros, sin poner nada en la boca, chillan; otros ponen una hoja de gamón y otros una de ajo; mas hay en estos modos de chillar mucha diferencia, y no se puede usar de ellos en todas partes.

Lo primero que se ha de observar es que se ha de cazar con buen tiempo. Lo segundo, que se ha de andar con todo secreto; porque de todos los animales, el oído del conejo es el mayor, y como él es tan pequeño y el hombre no sabe dónde le ha de hallar, ha de llevar mucho cuidado no sea sentido; porque en oyéndole, aunque el conejo esté de muy buena sazón y gana de salir al chillo, en habiendo sentido algún género de ruido, se recela y no saldrá. Lo tercero ha de saber atravesar el monte a todas partes, abarcándolo con el viento para chillar siempre con él en la cara. Los puestos se han de ir haciendo en conformidad de lo que le pareciere al hombre se podrá haber oído lo que ha chillado, y antes en esta parte se ha de alargar más; porque el conejo que no ha venido porque

se le hizo lejos, está con grandísimo cuidado, y aunque le parezca que no pone los pies en el suelo, lo sentirá llegar y no vendrá. Para chillar no necesita de mucho puesto; como el hombre esté arrimado al tronco de un árbol o a una mata que no haga viso por encima, basta; que como el conejo no vea menear nada, no conocerá; el arcabuz o ballesta ha de tener en la mano izquierda a punto, para poderlo poner en el encaro; la mano derecha en la boca, para ayudarse a chillar; el cuerpo ha de estar arrimado al árbol o mata y quedo; sola la cabeza se ha de menear a todas partes, para que el conejo no se le meta sin verle, y en viéndole venir corriendo, emballestarse; que si lo hace cuando él está parado, le reconocerá y arrancará a huir, y cuando corre no repara tanto; y caso que pare a reconocer, en el estado que le cogiere se ha de quedar, sin hacer movimiento, que en haciéndolo, es perdido el lance. El primer chillido ha de durar como un credo, y si viere salir el conejo, menos; y si se estuviere quedo, de allí a otro tanto volverle a chillar, y como él se fuere acercando, más quedo, y dejarle hasta que se llegue a tiro. En la tierra que hay mucha caza, se ha de chillar muy quedo, para que la que estuviere algo apartada no lo oiga; que como queda dicho, está con

aquel cuidado, y en viendo o sintiendo al hombre, zapatean y escarmientan a los otros.

Cuando se anda a esta caza en montes largos y que hay poca, es mejor la hoja del gamón y del ajo que los otros chillidos, porque suena mucho más vivo, y es asimismo mejor, porque es fuerza haber de hacer los puestos dilatados; la hoja del gamón y del ajo se desuella un poquito por una parte, de manera que quede descubierta la telilla delgada, y ésta ponen en los labios, y soplando hacia fuera, suena como conejo. Para ponerse a chillar, se ha de procurar poner en la tierra más clara para verle venir y poderle tirar, y se ha de estar con mucho cuidado, que suelen venir por donde menos se piensa; y si fuere por donde le pueda tomar el viento, no tendrá remedio, y por eso se ha de estar meneando la cabeza para mirar a todas partes y tirarle antes que se le tome. Cuando es la tierra espesa, esto es muy contingente, y por eso se le previene; y asimismo, cuando son montes bajos de jara u otros a este modo, suele venir el conejo y no verlo el hombre hasta que le tiene junto a sí; y acontece estar tan cerca, que si menease los brazos le vería y le dejaría burlado, porque en conociendo huye mucho. Para remediar este daño, cuando se pone a chi-

llar en la espesura, ha de tener el cazador el un pie puesto encima de alguna ramilla, de manera que le tenga alto de la tierra. Esta diligenciá se hace para si acaso se le metiere el conejo sin verle y estuviere a peligro de que le vea o tome el viento; en este caso, de repente ha de dar con el pie que tiene alto un golpe en la tierra, y esto con mucha presteza; con lo cual el conejo, sin saber de qué huye, da tres o cuatro saltos y se para a reconocer, que es lo que al hombre le basta para en el ínterin poderse mover para tirarle. Es diligencia que la habrán alcanzado pocos, y los que de hoy más la usaren, sé que me agradecerán el aviso.

Hay unos tiempos más a propósito que otros para chillar conforme a la variedad de la tierra: en la caliente salen muy bien al chillido en marzo y abril, y en la tardía, en mayo y junio. Los mejores días de esta caza, para que salgan bien, es estando llovida la tierra cuando hace bochorno y calienta el sol nublándose y descubriéndose, y que hace poco viento. Las mejores horas del día son desde las diez a las dos, que es cuando reposa la caza y les coge aquello descuidados en su mayor silencio. Es caza esta de que se escarmentan mucho los conejos, y en el monte que se ha

chillado y que ellos lo han oído, el que se recela entonces, no vuelve a salir si no ha llovido y se ha mojado la tierra después que la chillaron. En días de vientos recios no hay que chillar, porque temen con el mucho ruido de las matas, y aunque estén de muy buena sazón no salen.

CAPITULO XLIV

Del erizo.

ES el erizo del tamaño de un conejo; está su cuerpo vestido de espesas y agudas espinas, excepto el vientre, pies y hocico; tiene los testículos, como las aves, pegados por de dentro al lomo; cuando se juntan, para no herirse con sus mismas espinas, están en pie entrambos macho y hembra, que los tienen muy cortos, y para poderse tener se cruzan y enclavijan las manos; sustentanse de diferentes cosas, conforme el tiempo: en el verano, de fruta, moras, madroños, uvas y otras, aunque éstas les son más acomodadas para llevarlas, porque son animales que hacen provisión para el invierno, como las hormigas, y se cargan de estas cosas revolcándose encima de ellas, y las llevan

a los huecos de los árboles y quiebras y cuevas de la tierra, y van cargados, sirviéndoles de presas sus mismas púas. En el invierno buscan grillos, caracoles, lombrices y otros gusanillos de la tierra, y de esta manera pasan; no son animales que hacen ningún daño; crían en el verano; paren comúnmente dos y tres; tienen en su habitación dos puertas y tapan la una para guardarse del viento, y cuando se mudan, cierran la otra y abren aquélla; temen mucho los erizos el parto, por el dolor que sienten en él, que los hijos nacen con aquellas espinas, aunque las tienen más blandas de la humedad que sacan del vientre de la madre, y como por esta causa se detienen en parir, mientras más se dilata, crecen más las púas en los hijos y es mayor el daño en ellas; cuando les aprietan los dolores, se meten en la estrechura de alguna piedra o árbol y hacen fuerza para pasar por ella, con que se ayudan en este trabajo y les facilita el parto.

Son las culebrás sus capitales enemigos y entran en sus moradas a perseguirlos; en sintiéndola, el erizo se hace un ovillo, que ellos no tienen otra mayor defensa, y cuando ella le va a morder, no halla otra parte que por las espinas; y visto que no puede hacer la diligencia que la raposa para abrirle, busca ardid con

que le mata, aunque algunas veces es muy a su costa: visto que no le puede dañar con la boca, le ciñe con muchas vueltas y le aprieta de manera que le ahoga, barrenándose ella misma su cuerpo por muchas partes, hasta que sucede venir entrambos a perder la vida. Son animales que, traídos a casa, se amansan, y andan por ella, aunque los más de noche, que son nocturnos, y tienen el hocico como el puerco, y en la casa que los tienen son de mucha limpieza, que comen las arañas y escarabajos y otras sabandijas que allí se crían.



LIBRO TERCERO

CAPITULO I

*Del águila y sus propiedades, y de otras aves
de rapiña.*

LA reina de las aves es el águila; tiene propiedades nobles; la mayor es no ser envidiosa; no les quita a otra ninguna sus sustento, porque ella tiene valor y agilidad para buscarlo. Tiene el águila los huesos con poca medula; los ojos muy encendidos, el pico grueso y corvo, las manos grandes, las uñas negras y muy fuertes y agudas; es calzada de pluma hasta donde se empiezan a dividir los dedos; en eso se diferencia de las demás aves y casta de águilas, que a sola ésta la llamamos águila real o caudal.

Es muy cariñosa de sus hijos, y los cría con mucho cuidado y limpieza; no bebe esta ave jamás; su bebida y de sus hijos es la sangre de la caza que mata, como conejos, liebres y perdices, y otras muchas aves; cé-

base asimismo en el ganado, corderos y cabritos, y en los zorrillos nuevos, si los alcanza a ver a las bocas de sus cuevas, se abate a ellos y se los lleva en las uñas; y a este modo mata otros muchos animales. Para confirmación de lo cual diré lo que vi andando a caza con el Señor Rey Don Felipe Tercero, de gloriosa memoria: en El Pardo, bosque de su Majestad, salió la Señora Reina Doña Margarita, N. Señora, de gloriosa memoria, una mañana a pasearse por el monte cerca de la Real Casa, y el Rey andaba cazando de la otra parte del río, y vimos bajar una águila a la tierra y hacer presa; creímos había cogido algún conejo o liebre; un compañero mío, balletero de su Majestad, pasó la ribera por quitársela, y la halló con una perrilla en las uñas con un collar de cascabeles de plata. Era de la Reina N. Señora, que la estimaba en mucho, por haberla enviado de Flandes la Señora Infanta Doña Isabel, que está en gloria.

Era algo mayor que una liebre, el color aplomado; andaba tras los conejos y apartóse de la gente y murió a manos del águila; y cuando llegó el balletero, que se llamaba Estacio García, le había comido el corazón, abriéndola con el pico por debajo del brazo, y de esta manera la vió su Majestad y los que allí asistíamos, y

no hay que admirar que una águila haga esto, pues cada día vemos que matan los cervatillos y gameznos nuevos.

Es ave de agudísima vista y subido vuelo; dicen que pasa de las nubes y se levanta a más alta esfera que otra ave alguna; son muchas las diferencias que hay de águilas en España; las que tenemos por reales, son rubias encendidas, que imitan el color del león; las hay todas negras y otras apedreadas, los encuentros de las alas de negro y blanco, como avutardas; hay otras que llamamos águilas pescadoras, porque caen de lo alto al agua y con los pechos la rompen y se escabullen tras los peces y los sacan en las uñas. Estas son más largas de cuello y cola, y hay algunas pechiblancas y los lomos negros, y otras algo aplomadas de plumaje. Hay otra especie de águilas más pequeñas de cuerpo que las reales; son del tamaño de un gerifalte; llamámoslos meliones; tienen el pecho apedreado de plumas blancas y pardas; el plumaje es más redondo que las águilas; es esta ave muy ligera y fuerte y grandísima cazadora: mata todo género de caza, como el águila.

El modo como se matan estas aves es con el buey de cabestrillo; de esto tratará el capítulo postrero de

este libro. Con este animal se solía matar con ballesta, y les tiraban con unos lances que llamaban rallones, que tienen la punta como corte de escoplo; mátanse asimismo arrimándose el que ha de tirar a un caballo, encubriéndose con él, y el que va encima le va guiando hasta que se le arriman a tiro, y en el ínterin que pasa el caballo la apuntan, y no tiene ella lugar de reconocer si se para el que la tira, y así no se recelan y aguardan. Mátanse a hurto, y asimismo atalayándolas en las dormidas, y viendo el árbol donde se quedan, entran a él a medianoche, que entonces no se recelan, por estar hechas a sentir pasar la caza, y por eso aguardan al hombre, el cual procura hacer poco ruido y meterse debajo del árbol, y a la vislumbre del cielo las ve y tira; que por la mayor parte se sientan en lo más claro; mátanse también armándoles una red en la tierra; pónenles en ellas alguna paloma, y cayendo a ella o a carne que tiene allí algún perro o cosa tal quedan presas; ásenlas asimismo poniéndoles un lazo en los árboles en que acostumbran dormir, que en teniendo querencia en una parte, son allí muy continuas, y siempre se asientan en una misma rama, que llamamos alcándara; allí les ponen el lazo, y cuando se van a levantar, se quedan colgadas de él por los

pies; mas tienen tal fortaleza en el pico, que con él rompen la prisión, si no acuden con brevedad.

Son las águilas aves que viven mucho, y tiénese por cierto que con la vejez se les viene a poner muy corvo el pico, y aunque hacen presas, no pueden comer, y de este accidente, que en ellas es enfermedad, vienen a morir por falta de sustento. Aunque no es de mi profesión, pondré aquí los nombres de los halcones que yo conozco, porque son aves de rapiña.

CAPITULO II

Del halcón gerifalte.

EL mayor de los halcones es el gerifalte; es del tamaño de un melión, que es menor algo que el águila; críanse en las montañas de Noruega y en las de Irlanda y Suecia; los mejores son de Noruega, aunque son mayores de cuerpo los de Irlanda, y tienen el plumaje más blanco; en sus principios son pintados de plumas pardas y blancas, y por el lomo más oscuros que por el vientre y pechos; después de mudados, lo que era pardo por el lomo, queda de color azul, y las pintas blancas mucho más claras; tienen los geri-

faltes los pies y piernas de color entre azulado verde-mar, y con el tiempo se les van poniendo más blancos y algunas veces amarillos; sosténtanse de las aves que rinden en el aire; matan ánsares, garzas, labancos, zarcetos, trullos, palomas, perdices; y apretados del hambre, matan cualquier ave que topan, por fuerte y ágil que sea, porque es mucha su ligereza y ánimo; son de su naturaleza muy cálidos, y no se crían sino en tierras muy frías, ni se conservan bien en las calientes si no es teniéndolos en lugares frescos y cazando con ellos en invierno, porque con el calor no tienen suficiente aliento para volar; cazan con ellos solos y acompañados, siendo su compañero de su misma especie, y habiendo de ser de otra, es necesario que los cazadores con su industria los hayan hecho que se conozcan; su sustento es siempre carne fresca y caliente de las aves que matan; lo primero que comen de ellas, después de haberlas degollado, es el corazón y lo que está más cerca de él. El vuelo que generalmente matan con ellos es el milano rubio, y es caza de que se gusta mucho ver pelear dos aves de rapiña casi tan grande la una como la otra. Son los gerifaltes aves pacíficas entre sí y muy hermosos a la vista, aunque son dificultosas de amansar.

CAPITULO III

Del halcón sacre.

ES el sacre poco menor que el gerifalte; críanse éstos en Armenia y de allí pasan a diferentes regiones; yendo de paso toman muchos en las islas de Candía, Grecia, Malta y Sicilia; son sus plumas pardas, y por los pechos mezcladas de pintas blancas; tienen la cabeza grande, el pico fuerte y corvo, como las demás aves de rapiña; los ojos encendidos; las piernas blanquecinas, gruesas y nudosas; las uñas recias y agudas; témenlos todas las aves porque son de grandísimo ánimo, y en acometiendo a cualquiera, por dificultoso que sea, la mata, si no busca su defensa en los árboles o en la tierra; porque en llegando el sacre a cubrirlos y ponérseles encima, ninguna se atreve a porfiar con él, que son sus uñas de mayor presa que las de los demás halcones; porque en cerrando la mano, por maravilla suelta, es su vuelo tan prolijo y constante, que sin volverse a sentar vuela todo un día; son de calidad más templada que los gerifaltes, y por esta causa les dura más el aliento; vuelan tan alto, que se remontan del otro cabo de

las nubes, y allí suelen asir las aves. Es su condición áspera y enojosa, y es tanta su crueldad, que viéndose apretado de la hambre, acomete a otros halcones, aunque sea de su misma especie; particularmente si andan dos o tres en compañía, dan tras el forastero, y el primero que come es el más valiente, y el de menos valor, a la postre. Estos y los gerifaltes hacen lo que no se ve en los otros halcones, que es matar un milano, con ser ave tan grande, corvo pico y rasgadas uñas. Después de todas las acedías de esta ave, estando bien enseñada, vuelve a la mano del cazador. El vuelo del sacre es más prolijo que el del gerifalte, mas no es tan presto y ligero como él.

CAPITULO IV

Del halcón neblí.

LOS neblíes se crían en las montañas de Persia y Moscovia y en muchas de las regiones de Escitia que caen debajo del Norte y en las alturas de los Alpes, aunque en toda la Francia, Flandes e Italia los tienen por pasajeros y no saben de dónde vienen, y

los suelen llamar peregrinos, y danles con propiedad este nombre por las muchas tierras que andan. En España los llamamos neblíes por la condición que tienen en amansarse. Reconocen el regalo de su cazador, sin que en ellos se conozca muestra de enojo; de éstos se cogen muchos en las campiñas de Flandes y en las de Chipre y Rodas; pero los que se toman en Creta son de grandísima estimación. En España los toman en tiempo de invierno, cuando las palomas torcaces vienen a invernar a ella, que como es lo más de que se sustentan, se vienen tras de ellas y es tan grande su conocimiento, que si el verano se van a criar a su tierra, vuelven el invierno al monte donde tienen que-rencia. Esto se comprueba habiendo asido algunos y amansándolos y después perdiéndose y estado el verano en su libertad, y en el invierno siguiente haberle vuelto a coger en el mismo monte; esto es cosa muy común que ha sucedido muchas veces.

Es el plumaje del neblí pardo en su principio, y en mudando, azul oscuro, de color de flor de endrina; son blancos por los pechos, los cuales tienen llenos de pintas azuladas; su cuerpo es menor que el del sacre, pero de más velocidad y ligereza y de mayor aliento, y por esto se atreven a pasar anchos mares, y algunas

veces se ha visto sentarse en las entenas y árboles de los navíos para descansar; tienen los pies del color del gerifalte, y cuando se ceban mucho en palomas, se les ponen más amarillos; hacen sus cazas en las campiñas rasas; sus presas son palomas, ánades, zarapitos, sisones, alcaravanes, cuervas y otras aves del tamaño de éstas, aunque en poder de los cazadores matan la garza.

CAPITULO V

Del halcón baharí.

LOS baharíes se crían muchos en nuestra España, en peñas muy altas; cuando pollos son pardos, y mudados, vuelve su color, algo semejante al del neblí; pero no es color tan vivo ni de tanto lustre, y cuando tiende las alas, se le ven entre ellas pintas coloradas oscuras; son algo menores que los neblíes y de grande ligereza, pero no perseveran mucho en el vuelo; suelen los cazadores criarlos en algunos castillos o torres altas, donde desde chiquitos les dan de comer y después los sueltan, y toman costumbre de acudir a la hora que se lo suelen dar, y con esto se hacen más

veloces en el vuelo que si los tuvieran en la prisión; son muy animosos, mayormente los mudados; mas no de tanta fuerza como los neblíes, y así no llegan a hacer tan grandes presas, aunque en su compañía a cualquiera acometen.

CAPITULO VI

Del halcón montano.

LOS halcones montanos fueron llamados así porque se crían en las montañas; es su color ceniciento, variado de pintas oscuras; son casi del tamaño de los neblíes, más cortos de cuerpo y pluma, pero muy fuertes; es su condición áspera y airada; son tan animosos, que acometen a cualquier ave, por fuerte y grande que sea; no se deben echar a la que no pueden matar, porque se desesperan y pierden; y si alguna vez vuelven al cazador, se vuelven contra él o contra el halcón que les ayuda: que son de muy mal natural.



CAPITULO VII

Del halcón borní.

ALGO semejante a los pasados son los que llamamos en España borníes, los cuales son de su mismo tamaño y se crían en las montañas de León y en otras provincias. En su principio son pardos claros, y en mudando quedan como azulados; es su condición áspera; en su natural matan palomas y aves pequeñas; en poder del cazador, perdiz y liebre, y en compañía, matan la cuerva.

CAPITULO VIII

Del halcón alfaneque.

LOS alfaneques se crían en Berbería y se venden muchos en Orán; su color, en el principio es blanquecino, con unas pintas pardillas, y después de haber mudado se vuelven más blancos, y las pintas se hacen como azules claras, blanquecinas deslavadas;

éstos son más flojos que los demás halcones y menores que los baharíes, y así, no matan sino avecillas pequeñas cuando están en su libertad, y con la industria de los cazadores matan la perdiz y picaza y vuelan la liebre.

CAPITULO IX

Del halcón tagarote.

LOS tagarotes también se crían en Africa; son del color de los neblíes, aunque lo blanco de sus plumas es algo encendido, como color de Brasil; son más pequeños de cuerpo, pero de grandísimo ánimo, tanto que suelen acometer grandes aves, aunque, como pequeños, no tienen fuerza, y se ha visto asir un cisne y no soltarle hasta que se zambulló debajo del agua. Cazan en su natural todas las aves que los otros halcones de mayor cuerpo, y así, con razón, son muy estimados; es su condición noble, que por ella y por su forma han entendido algunos ser generación de neblíes, pero diferéncianse de ellos en batir más aprisa las alas.

CAPITULO X

Del halcón azor.

ES el cuerpo del azor más corto que el del neblí; es más alto de piernas que él; su color, oscuro, que tira a negro; por el vientre, pecho y lados tienen ondas de blanco y pardo oscuro, que le hermosean; son sus ojos dorados y muy lustrosos; cazan estas aves palomas, perdices y liebres; es más astuto que los demás halcones; vuela muy junto a la tierra, por no ser visto de la caza, hasta estar sobre ella, y para esto en viéndola, se encubre con las peñas o matas hasta que llega muy cerca del ave o animal en quien pretende hacer la presa, la cual ejecuta con gran presteza, y son tan ciertos en hacerla, que por maravilla dejan de quedar con ella en las manos, en las cuales tienen grandísima agilidad. Hase de procurar traerlos bien sustentados y no demasiado gordos, y de ordinario en la mano regalándolos, y no fatigarlos en el vuelo y no soltarlos en viendo águila, porque es tanto su temor, que dejan la caza.

CAPITULO XI

Del halcón aleto.

EL aleto es una especie de halcón que se cría en las Indias, pequeño de cuerpo, pero de generoso ánimo; es su brío y aliento tanto para volar todas las aves que se ofrecen, que dicen acomete a los ánsares y grullas, y no teme a ninguna, aunque sea el águila, y en compañía la acometerá; es casi del color del neblí; tiene la cabeza grande en proporción de su cuerpo, los ojos encendidos y lustrosos, el pico corto y ancho, las alas largas y levantadas, las plumas de la cola cortas, los muslos fuertes y las piernas escamosas, los dedos de los pies nudosos; crían en peñas altísimas, donde no pueden llegar pies humanos; son de muy buenas costumbres y se amansan fácilmente, y así se estiman mucho; vuelan con ellos las perdices, porque son los que mejor y más matan; para su agilidad no le embarazan las espesuras, que por las matas entran tras de ellas, como si no hubiera monte; cosa que no lo hacen los otros halcones; y asimismo vuelan la pi-

caza y volarían, si los impusiesen en ello, todo lo que vuelan los otros halcones. Es necesario darles de comer siempre carne fresca, y de manera que esté sin haber perdido el calor natural, porque con ella se sustentan con sanidad, y dándole fría y corrompida, enferman.

CAPITULO XII

Del halcón gavián.

ES el gavián especie de azor; es mucho menor de cuerpo que él; tiene las piernas largas y el plumaje redondo como el azor, el color prado azulado claro, el pecho variado de pintas menudas; tiene las piernas y pico amarillos; cría en peñas y rocas altas, y en árboles muy grandes; mata en su libertad tordos, cogujadas y otras aves de este tamaño; y en poder del cazador una paloma, si la ve sola, y un perdigón nuevo y las aves frías, y esto no a vuelo largo, sino en breve tiempo; en lanzándole de la mano a dos o tres tiempos que le tira la ase, y si la yerra, la deja.

CAPITULO XIII

Del halcón esmerejón.

EL esmerejón es muy pequeño, menor que el gavilán; tiene las alas largas respecto de su cuerpo, la capa de él muy oscura y las pintas de los pechos muy pardas; los pies amarillos; mata en su libertad aves pequeñas, gorriones, cogujadas, alondras y calandrias, y otras a este modo; vuela con grandísima ligereza, es animosísimo, y en doquiera que se le mete la presa entra tras de ella; hase de amansar para reducirle dentro de ocho días, y en dejándole más tiempo, no es de provecho.

CAPITULO XIV

Del halcón alcotán.

HAY otro halcón, que llamamos alcotán, menor que el gavilán y mayor que el esmerejón; amán-sase con facilidad; es estimado en poco; caza en su libertad lo mismo que el esmerejón; en poder del cazador los primos matan aves frías; las plumas de este

alcotán son más oscuras que las del gavilán, y los pechos, variados de pintas oscuras y blancas.

CAPITULO XV

Del halcón cernícalo.

EL cernícalo tiene la cabeza grande y ancha, en proporción de su cuerpo; el pico corto y casi negro, los pies amarillos y las uñas negras; el color de su plumaje, por la capa, es canelado, y la cola con unas pintas negras; sobre lo canelado es el más innoble de los halcones en su natural; suele matar algunos pájaros, y los que son de buena casta en poder del cazador matan las aves frías y tal vez la paloma. Hay otras muchas generaciones de halcones adulterados que, por no cansar, no los refiero: el que quiera saber el modo de criarlos, y enseñarles para la caza, y el regalo con que se han de tratar, y la curación de sus enfermedades, lea a Belisario Alberto, a Pedro Crescentense y a Demetrio; y en lengua francesa, a Guillermo Tardebo, y en alemán, a Everardo Tapio, que todos escriben largamente de los halcones, y algunos otros, cuyas obras son más comunes.

Asimismo hay otras generaciones de aves que llamamos de rapiña, que no se amansan ni se caza con ellas, que todas se sustentan de carne que hallan muerta y de sabandijas que matan. Hay buaros redondos, buarillos, dardabasíes, arpellas y milanos negrillos y milanos rubios, y de todos éstos, éste es el más inútil; cébanse en carne muerta y en lagartos y ratones, y alguna vez es atrevido para robar los pollos. He hecho estos apuntamientos para cumplir con la definición de la cetrería, que puse en el principio de este arte, y por no ser de mi profesión, doy aquí los autores que lo escriben, para quien lo quisiere saber más en particular.

CAPITULO XVI

Del buitre y quebrantahuesos, aves que se sustentan de carne que hallan muerta.

DE las mayores aves que conocemos en España es el buitre; la compostura de su cuerpo y su plumaje es, la cabeza y cuello, al modo de un pavo, aunque el pico le tiene vuelto hacia abajo como ave de rapiña; las manos, como el águila, más gordas, y las

uñas, mucho más botas; las piernas, en comparación del cuerpo, son muy cortas, y asimismo la cola; las alas, muy anchas, y de punta a punta de ala tiene doce o trece pies; los hay rubios y negros y de un mismo tamaño; son aves muy simples en cuanto a matar caza, porque no tienen valor ni agilidad para ello; comen la carne que hallan muerta; tienen muy grande olfato, más que otras aves, y dicen que a muchas leguas de donde están huelen la carne, si viene de allá el viento, que ya que no pueden cazar, la omnipotencia de Dios no desampara a sus criaturas, hasta la más miserable sabandija; en oliendo la carne acuden a cebarse, si están en parte que no les embaraza la gente, que son muy recatados.

Los modos como se matan es a hurto y con el buey de cabestrillo, que a este animal todo género de caza le aguarda bien, y es necesario de cualquiera manera que los hayan de entrar lo hagan con mucha maña, que tienen agudísima vista. En la montaña los matan a palos; el motivo que tienen para esto es que les ponen una cabalgadura muerta en un hoyo, que le hacen a manera de un plato hondo, para que puedan bajar a la carne a pie, porque no se recelen, y junto al hoyo hacen una choza, donde se puedan esconder

dos hombres, o detrás de alguna peña o mata, y están a treinta pasos del hoyo mirando si bajan buitres a la carne, que estando en parte sola luego son ciertos; déjanlos entrar y que se harten, que ellos de su naturaleza son muy glotones y pesadísimos para levantarse de la tierra, que para haberlo de hacer van dando saltos a vuelopíe; cuando les parece están bien hartos, arremeten al hoyo de improviso, y como hasta que asoman encima no ven los hombres, de turbados y pesados se dejan matar a palos con mucha facilidad.

Su Majestad (Dios le guarde) mandó hacer una bóveda por debajo de la tierra en su Real monte de El Pardo, para matar estos buitres, y a verla se puede venir de muchas leguas; es de quinientos pasos de largo, hecha de ladrillo, tan alta que cabe en pie en ella el mayor hombre; a trechos va teniendo unas ventanas por entrambos lados para que tenga luz y para ver los buitres, que muchos se sientan en las encinas cerca de donde está la carne, y allí los tira. Al medio de esta cueva está un aposento con sus poyos para poderse sentar, y en él dos ventanas, que salen a una plaza rasa, donde les ponen la carne; al remate de la bóveda hay otro aposento de la misma manera; desde entrambos ha muerto su Majestad muchos buitres.

Suelen esterar y entapizar la buitrera, que así se llama la bóveda, como para el Rey nuestro Señor; hízola el Marqués de Flores siendo alcaide de El Pardo.

Otra ave hay que se llama abanto, poco menor que el buitre y de su misma calidad; susténtase de carne, como el que asimismo no sabe matar caza; son más angostos de alas y la cola mucho más larga, y la tienen al modo del hierro de un venablo; los hay de diferentes capas, unos negros, y otros el cuerpo ceniciento y las alas negras; otros son apedreados en los pechos; habitan siempre en sierras y peñascos, como los buitres, y allí todos crían sus hijos, donde no puede alcanzar la gente, y así, por maravilla, se los hallan; mátanlos con el buey de cabestrillo y a hurto.

De la misma hechura que el buitre es el quebrantahuesos; es la mitad menor de cuerpo; hailos de dos colores, unos blancos por el cuerpo y las alas y cola negras; otros negros, de la misma color que el buitre; son estas aves muy cobardes y habitan más entre los poblados que los buitres; susténtanse de carne muerta y de sabandijas, que buscan; particularmente son muy amigos de andar en dehesas donde hay ganado vacuno, porque en las boñigas se crían muchos gusanillos y escarabajos, y cuando no hallan carne, de

aquello se sustentan y de otras cosas a este modo. Dicen que se llaman quebrantahuesos, porque los que hallan enteros y siente que tienen alguna medula dentro, cuando no lo pueden sacar con el pico, los suben en el aire y los dejan caer encima de las peñas para que se quiebren, y de aquella manera comen lo que tienen dentro; son muy cariñosos de sus hijos y los asisten mucho; por la mayor parte hacen su nido en riberas donde hay terreras y peñas altas; cuando crían se les pone el cuello y cabeza de color azafra-
nado; son de su naturaleza mucho más mansos que el buitre; ellos son de tan poco provecho y de tan mala carne, que no hay quien los apetezca ni haga caso de ellos. En las redes que matan los milanos, que les ponen un perro muerto u otra carne, cogen algunos.

CAPITULO XVII

*Del cuervo carnicero, que se sustenta de la carne
que halla muerta.*

TIENE el cuervo carnicero el color muy negro, y todas las partes de su cuerpo: piernas, uñas y pico, el cual tiene derecho, y fuerte; las uñas menores

que las aves de rapiña, aunque las tiene a aquel modo; su andar es a pasos graves; su sustento es carne muerta; acuden a ella de muy lejos, que tienen muy grande el olfato, como los buitres; de la res que hallan muerta, lo primero que comen son los ojos; por eso se debió de decir: "Cría el cuervo, etc." Hanse visto alguna vez blancos, variedad de la naturaleza; mas son tan pocos, que se pueden tener por prodigio; andan comúnmente en compañía macho y hembra; son entre sí muy pacíficos y poco lascivos y muy vocingleros; parece que dice su voz "cras"; amánsanse con facilidad, particularmente los nuevos, y andan sueltos por las casas; son muy parleros, hasta imitan las voces humanas y de otras aves y animales, y hasta los instrumentos; cuando pronostican vientos, parece que se les enronquece la voz, y les da zollipo, de manera que no se la deja pronunciar; crían en el mes de marzo, temiendo los truenos del verano; los cuales les suelen engorar los huevos, porque de miedo de ellos no los asisten; ponen tres o cuatro. Hay quien dice que, sacados los pollos, no les dan a comer en siete días, porque los desconocen en el bello blanco que tienen; esto tengo por fabuloso, y lo dicta la razón, que un pollo recién nacido, ¿cómo ha de tener calor para sustentarse sin

alimento siete días? Lo que es verdad, que cuando ellos empiezan a emplumecer, les muestran más cariño y les acuden con más puntualidad, y esto no carece de misterio, que los padres, como ven los hijos más crecidos, conocen han menester más sustento, y así se le dan; que su naturaleza les da conocimiento a todas las aves y animales, de la manera que han de sustentar sus hijos. Es esta ave muy fuerte y animosa; no teme a las de rapiña, aunque sea al águila, y sobre la comida a todas se atreve. Antiguamente sirvieron los cuervos de halcones y mataban con ellos otras aves, soltándolos el cazador de la mano; son inclinados a hurtar, y cuando son mansos, todo lo que hallan en la casa esconden; tiénese por cierto que viven mucho.

CAPITULO XVIII

De la corneja.

ES la corneja especie de cuervo; es menor de cuerpo que la cuerva panera y algo mayor que la graja; tiene todas las partes de su cuerpo muy negras, y su plumaje es más brillante que el del cuervo y cuerva; que puesta la corneja donde le dan los rayos del

sol, le resplandece la pluma, haciendo muy lustrosos visos; tiene el pico todo negro y de la misma hechura que el cuervo; pero al principio de él, en su mismo nacimiento, desde cerca de los ojos le nacen unas barbas muy negras, a manera de cerdas gordas, y por la parte de abajo de ellas tienen unos granillos a manera de cabezas de hormigas muy chiquitas, asimismo muy negros; susténtase esta ave de diferentes cosas, como de carne muerta, cuando la halla, que ella no tiene actividad para matarla, y de otras semillas y frutas; en particular son muy amigas de nueces, y tienen tan fuerte pico, que las parten; y si alguna vez no lo pueden conseguir, las llevan muy altas y las dejan caer encima de las peñas hasta que se quiebran y pueden comer lo que en ellas se encierra. Ponen dos huevos muy pintados, al modo de las picazas, de los cuales sacan macho y hembra, y desde que los ponen está la madre siempre encima de ellos hasta que nacen los pollos, y el macho tiene cuidado de traerla el sustento. Nacen estas aves al revés de las otras, rompiendo el huevo con los pies, saliendo de él hacia atrás. Nacen los hijos ciegos, y los padres, con grandísimo cuidado, los acuden hasta que saben volar. Tiénese por cierto es esta ave de muy larga vida, como el cuervo, y es muy

amiga de habitar en tierra yerma, por estar siempre en soledad; tiene grande antipatía con los lobos, y si llega a comer de la carne que ellos han dejado, muere en breve tiempo, que, según este efecto, es veneno para ellas. Andan siempre macho y hembra juntos, y en llegando a tenerse compañía, jamás desampara el uno al otro, y se guardan fidelidad; verse una de ellas sin la compañera se tiene por desdichado agujero de viudez y soledad, y por esto les dan nombre de infaustas; son muy recatadas en la honestidad, porque jamás las han visto cuando se juntan, siendo así que se dejan ver de día. Tienen particular enemistad con la lechuza, porque las inquieta en su nido y, si puede, les quiebra los huevos, y ésta es la causa por que no se levanta de encima de ellos.

CAPITULO XIX

De la picaza.

ES esta ave de dos colores, el vientre y parte de las alas muy blanco, y lo restante del cuerpo negro y muy lustroso, que cuando reverbera el sol en sus plumas, hace unos visos verdes y azulados que agradan mucho a la vista; son comunes en todas par-

tes; tienen el cuerpo algo menor que la paloma; el pico es largo, al modo del cuervo; las piernas, asimismo, algo largas, y mucho más la cola, y todo muy negro; su andar es a saltillos; tiene la lengua ancha y arpada; crían en árboles; forman su nido de pelo y lana y guarnécenle por de fuera de ramos y espinas; tienen dos entradas en él, y cuando está dentro, tiene en la una tendida la cola y sale por la otra, sin peligro de que se le quiebren las plumas de ella. Son estas aves de su naturaleza inquietas y muy celosas de sus hijos, y por eso quieren deshacer los nidos ajenos y ahuyentan todas las aves de donde tienen los suyos. Mudan muchas veces la voz, imitando muy al vivo las humanas y las de los animales, como el relinchar de los caballos, ladrar y aullar de los perros, balar de los corderillos, mugir de los bueyes y silbar de los pastores. Estímanse las picazas en poco, por ser tan comunes como queda dicho, y son llamadas parleras y locuaces; son muy atrevidas, pues vemos que se sientan encima de los más fieros animales, y esto con tan poco miedo, que los andan espulgando y quitando las sabandijas que se les crían en el pelo, y son muy golosas y amigas de comer de todos manjares, aunque sean dañosos.

CAPITULO XX

De la cuerva y graja.

HAY otras aves muy parecidas al cuervo en el plumaje, pies y pico, bien conocidas en España; la cuerva y graja no son de un mismo tamaño, porque la cuerva es mayor; en esto y en la cabeza se diferencian estas aves; la graja la tiene cana, y lo demás del cuerpo es negro; asimismo la cuerva tiene ceniciento el pico hasta la mitad de él, y la graja lo tiene todo negro; en lo demás todas son de una hechura, aunque cada una tiene estas cosas en la conformidad de su cuerpo. El sustento de estas aves son: langostas, lombrices, gusanillos de la tierra, y asimismo semillas y bellota; crían por el mes de mayo; ponen sus nidos en grandes árboles; guarnécenlos de ramos espinosos; son muy graznadoras ellas y sus hijos, y en la parte que crían muchas, como es en Aranjuez, les suelen derribar los nidos por el gran ruido que hacen. No hay cosa particular que decir de ellas, mas de que tienen las mismas condiciones que el cuervo, que en eso se les parece, porque son de una misma especie; éstas las vuelan los halcones.

CAPITULO XXI

De las grullas.

ES la grulla de color ceniciento, las piernas negras y muy largas; los pies con cuatro dedos, tan largos como el de un hombre; tienen el cuello muy largo, y asimismo lo es el pico, y muy fuerte; las alas alargadas y las plumas de ellas negras, las cuales le cubren la cola, que es muy corta; con la edad se les oscurece mucho más el color; andan, como el hombre, a pasos largos, y se juntan en pie y en brevísimo tiempo, como los gorriones; pone solos dos huevos, y para sacarlos tiene en medio de ellos una piedra; suelen pelear en la tierra y es tal su coraje, que se dejan asir del hombre antes que apartarse de la pelea; yendo por el aire, se quejan con voz grande y ronca, que llaman gruir, y de aquí les viene el nombre grues o grullas; hacen muchas cosas con prudencia, mudando estancias, en el verano en una parte y en el invierno en otra, como lo hacen otras aves; aunque éstas en el invierno vienen a España cuando se van las otras; y cuando se llega el tiempo de irse, se juntan en un escuadrón y hacen su viaje, y sin descansar pasan larguísimos

mares; vuelan muy alto y pasan encima de las nubes, por nò ser combatidas de las tempestades y hacer su viaje con quietud. Tiénese por cierto que las conocen y bajan muy aprisa a la tierra, y echándose sobre ella pasan aquel trabajo, y primero vocean, llamando a su capitán, que las guía. Júntanse mucho cuando ven el águila y otras aves de rapiña, haciéndose un escuadrón en círculo, y puestas en orden, se aperciben para la pelea; y en viéndolas así el águila, se retira y no se atreve a embestirlas, y vuelan de esta manera; porque alcanzan a ver todas a su enemigo, y porque la basa que queda en medio del triángulo recoge el viento y les ayuda para su vuelo; pero si el viento sopla con violencia, no vuelan de aquella manera, sino en cuadro, porque no se perturbe su orden e impida su camino. Sirven de guía las más viejas, como más experimentadas en su peregrinación, y van tras de ellas las más cercanas a su edad; y de estas mismas también se quedan atrás algunas para recoger las más nuevas, y van dando voces para que se sepa no se queda ninguna. Es cosa cierta que en las dormidas de noche tienen centinelas que están velando, y en sintiendo algún ruido de que les pueda venir daño, dan voces, avisando a las otras, con que todas salen

del peligro; y aun cuando andan comiendo, siempre hay alguna que vela, mirando si se les acercá algo que las pueda dañar, y en viendo ésta que toma otra aquel cuidado, come ella; y si se apartan unas de otras, el capitán de ellas clama, dando voces para que se junten, que es república bien ordenada, y no se perderá por su negligencia. Suelen pelear el macho y la hembra sobre cuál ha de guiar sus hijos. En Colonia, donde las suelen criar mansas, dicen que se ha visto matar el macho a la hembra, porque impedía a los hijos le siguiesen.

Anuncian el invierno con su venida; cuando vuelan juntas con orden, pronostican tranquilidad y buen tiempo; mas cuando el marinero las ve andar dando cercos en medio del mar, revueltas unas con otras, cree que, impelidas de los vientos, no pueden continuar su camino; y hecho discípulo de ellas, si puede, vuelve a toda prisa al puerto. Susténtanse en los tiempos que las vemos en España, de semillas, y asimismo de las uvas; que aunque parecen aves marítimas en el tamaño, pies y pico, que lo tienen como las cigüeñas, garzas y otras aves que se sustentan de lo que cogen en el agua, no conocemos que éstas tengan otro sustento, sino el referido; lo más

que hacen es dormir en las riberas de los ríos en los arenales, y pedregales, y partes más enjutas y rasas; no se sientan en los árboles como las otras aves de aquella manera, y el dormir en las riberas es por asegurarse de noche, teniendo el río por resguardo de una parte, y la tierra rasa por la otra, donde no se les puedan meter sin que ellas lo sientan, que son aves muy bravas y recatadas, y de cualquiera cosa vuelan, aunque sea en la mitad de la noche.

Los modos que tenemos en España de matar estas aves son tirarlas con unos mosquetes muy grandes, de mucha munición; los cuales se traen en unos carrillos, y en ellos puestos un muñón con una espiga de hierro muy fuerte, que le ponen en la escalera del carro, de manera que le puedan guiar a una parte y otra de él, y éste le lleva una mula o dos bueyes, y cuando están comiendo en las sementeras se llegan a ellas, que como están hechas a ver las yuntas de los labradores donde ellas andan, aguardan a este carro; y como el mosquete puede tirar a ciento y cincuenta y más pasos, con él las matan; y asimismo con arcabuces largos y de mucha munición, cabestreándolos con el buey; y en las dormidas, que continúan en las riberas, suelen poner este mosquete con su

muñón fijo en la tierra, y hacen una choza muy disimulada y se mete el hombre en ella, y las aguarda a que vengan a la dormida, que siempre entran en ella más tarde que a la oración, y entonces las tiran; y asimismo en las canales de los ríos, por donde acostumbran entrar a las dormidas, que es muy ordinario ser por una misma parte, les arman una red en el aire y suelen matar algunas en ella.

CAPITULO XXII

De las avutardas, sisones, gangas, ortegas, alcaravanes, zarapitos, frailecillos y chorlitos.

LA avutarda es una ave muy grande y de mucha carne; es muy pesada y de cortas plumas y piernas; el color es algo ceniciento, con algunas plumas pardas, gamuzadas y negras; ésta es su capa; los cuchillos de las alas, la mitad blanco y negro; los ojos grandes, la lengua muy dura, el cuello delgado, los pies con tres dedos divididos; es ave que siempre habita en las campiñas rasas; susténtase de hierbas y semillas; crían en España, ponen sus huevos en la tierra sin hacer nido; sácanlos en treinta días; con ser aves tan grandes, que las hay de veinticinco y treinta

libras, no matan ni hacen daño a otras; mátanlas haciendo la diligencia que a las grullas, de mosquete, carro y buey de cabestrillo, porque están hechas a los carros y bueyes de la labranza; la mejor hora para buscarlas es desde las diez del día hasta las dos, que es el tiempo del reposo de esta caza y cuando ella más aguarda, particularmente si el tiempo es caluroso. Hase de procurar, en viéndolas de camino, cómo van a arrimarse a ellas, que es peligroso andarlas rodeando; que como son tan bravas, no lo consienten, y procurar tirarlas antes de llegarles a echar el viento, que aunque es verdad que la caza que ve lo que se le arrima no se recata del viento, como cuando se le echan sin haber ellas visto nada; por lo que estas aves tienen de escabrosas se ha de rehusar estó mucho cuando se anda con el carretón, y mucho más cuando se les entra con el buey, que el carro o carros, y yuntas de bueyes y mulas, que ellas ven de los quinteros, siempre llevan hombre, y están hechas a oler aquello, y por eso aguardan alguna vez; mas no ha de aventurar eso el cazador, sino procurar no echarles el viento; y al buey es esto más forzoso, que a él solo no le esperan por yunta, sino por animal, que anda paciendo, donde jamás toman viento de otra cosa que él.

Asimismo, cuando son grandes los calores, se buscan estas aves en la fiesta, y cuando hay caza nueva, en viéndolas, se procuran arrimar a ellas con una cabalgadura, y llevan dos galgos de la trailla, y en estando cerca arremeten a ellas, y antes que puedan tomar vuelo las alcanzan los galgos y las matan; y muchas veces ellas, si hace poco viento y es mucho el sol, se echan en la tierra para esconderse de los cazadores, y aguardan tan cerca, que las matan con ballesta, como una liebre echada.

Hay otro género de aves muy parecidas a éstas, en cuanto a la cabeza y plumaje; llámanlas sisones; son poco menores de cuerpo que un ánade; susténtanse de lo mismo que la avutarda y es cierto son de una misma naturaleza; críanse y habitan en las campiñas y tierra rasa, como las avutardas, y sólo en las piernas se diferencian; la avutarda tiene, en proporción del cuerpo, sus piernas cortas, y el sisón las tiene en esa conformidad más largas; son aves que vuelan mucho; son muy recatadas; ponen sus huevos en la tierra sin hacer nido, y los sacan en el mismo tiempo que la avutarda.

Hay otras aves algo menores que éstas, y suelen andar en su compañía, que son las ortegas y gan-

gas. La ortega es algo menor que el sisón y mayor que la ganga. Todas estas aves se sustentan de semillas; crían de una misma manera, y habitan en una tierra, y se matan con el mosquete y buey a cabestri-
llo; y asimismo las matan con redes en las comidas, y en las aguas y en las querencias, donde de ordinario se asientan. De todas ellas se hacen señuelos tan al vivo, que son de sus mismos pellejos; porque las desuellan con sus plumas y salen enteros, que ellas son de muy dura carne, e hínchanlos de lana o paja, y quedan como cuando están vivos; pónenles un palo por lo bajo e híncale en la tierra encima de la red, y parece que está el ave en pie; y para que los vean, tienen una paloma blanca en un cimillo, que con un cordel desde el puesto del cazador le hacen que alee cuando andan estas aves por el aire; las cuales va otra persona a buscar, y las levanta de donde están, y como ven alear a la paloma y conocen los señuelos, se vienen a sentar con ellos; y es de manera que tal vez no se escapa ninguna de la banda. La red está tendida en la tierra y disimulada con ella, y desde el remate hay una cuerda que, tirando de ella, se vuelve lo de arriba abajo. El puesto del cazador está en un hoyo, de manera que la caza no le puede ver, porque con cardos o tomillos

o las hierbas de aquel campo está disimulado, y en viendo la caza encima, tira muy recio de la cuerda y las coge debajo.

Hay otras aves que se llaman alcaravanes, que se crían en esta misma tierra, y hacen sus nidos en ella, de la misma manera que las otras, y crían dos pollos; éstos comen de noche, que son aves nocturnas; son altos de piernas, la cabeza y pico largo, como la avutarda; los ojos dorados, como el azor; sustentanse de langostas, gusarapos, grillos, lombrices y otras sabandijas, que buscan de noche; son del color de la liebre, algo más pardos; agárbanse en viendo la gente en la tierra y son dificultosos de ver; mátanse éstos con el arcabuz, y es ave que la vuelan los halcones.

Hay otras aves que llamamos zarapitos, del mismo color del alcaraván; son muy altos de piernas y tienen el pico muy largo y delgado y algo corvo; sustentanse de semillas, de gusarapas y lombrices; son aves que siempre andan en tierras húmedas, en riberas y prados donde hay agua o mucha humedad, y crían entre juncos en las marinas, y comúnmente duermen en las riberas, casi dentro del agua, y sacan con aquel pico largo los gusanillos y sabandijas que ella cría; mátanse a hurto y con el buey.

Hay otras aves menores que éstas y de diferente color; la capa es negra, y por el pecho blanco parece hábito de fraile dominico; en la cabeza tienen unas plumas largas como plumaje, que la hermosean, y unos llaman frailecillos; otros, aves frías. Hay muchas diferencias e estas aves frías, que no quiero cansar al lector con ellas, porque ni son buenas para alimento ni tienen cosa particular que se diga de ellas.

CAPITULO XXIII

Del faisán ave.

ES esta ave muy hermosa, por la variedad de sus colores y lucidas plumas, tanto, que con imitación no se puede pintar con la pluma; tiénelas muy resplandecientes, purpúreas, verdes, cetrinas y doradas, con algunas pintas negras, blancas y cenizas que hacen en él varios y ondulados visos; tiene los ojos grandes y hermosos; los oídos anchos y cubiertos con unas plumas largas, que las levantan y bajan a manera de orejas; el pico es fuerte y de color sufeo, y de la misma manera los pies y uñas; la cola larga; su postura a manera de órgano; las plumas de en medio, largas, y las de los lados, cortas; y todo él muy gallardo

y hermoso, tanto que hay pocas aves que le puedan competir; las hembras son todas pardas, con algunas pintas; críanse en grandes espesuras y en los montes más altos y ásperos de España, y en riberas y tierras húmedas; sustentanse de frutillas de árboles y principalmente de semillas; son muy amigos de mijo y avena; crían una vez al año y ponen hasta veinte huevos; sacan los pollos en veintiún días; críanlos como las gallinas; aflígenles mucho los piojos, y para librarse de ellos acostumbran a tomar tierra los más días con que los echan de sí.

Son aves muy ignorantes, pues en escondiendo la cabeza, les parece no los pueden ver, dejando todo el cuerpo fuera, como la perdiz; cázanlos con redes, que las arman en las comidas y pastos, que ellos continúan a tomar cuando salen de la espesura y les ponen señuelos de ellos mismos y aun contrahechos, y son tan enamoradizos, que los quieren como si fueran vivos, y viniendo a ellos quedan enredados en el trasmallo, que es la red que les arman. Asimismo los cazan de noche con luz, buscándolos en los árboles, donde tienen querencia, que son muy continuos en ellos, y de la luz de noche no huyen como se ande con secreto, y en viéndolos, los tiran con el arcabuz. Hanse de bus-

car para que aguarden bien en las noches más oscuras y que no haga viento, porque no mate la luz. Parán los perros esta ave, como la perdiz; hállanlos en grandes juncas; son aves de corto vuelo, y cuando los levantan los perros, se encaraman en los árboles, y como se ponen a ladrar debajo, con el cuidado del perro dejan que se acerque el cazador, y de esta manera los matan. Son muy lascivos, y tanto, que si encierran un faisán macho entre gallinas y no tiene hembra de su casta, la tiene en ellas. Es la carne del faisán muy estimada para las mesas de los grandes señores, y es muy regalada y sustanciosa comida.

CAPITULO XXIV

Del francolín.

EL francolín es algo mayor que la perdiz; son pintados de pardo oscuro y gamuzado; cortos de pluma, como ella; es su vuelo más pesado, aunque a aquel modo, porque son aves de mucha carne; su canto suena como "Queréis cerecitas tres"; y esto repite tres-veces; crían en la tierra; son muy amigos de monte bajo, juncas, zarzales y tierra llana, de sotos y riberas; sustentanse de semillas y hierbas; escón-

derse mucho y son muy malos de ver, por ser muy de color de tierra; guardan siempre la querencia de la espesura, apartándose muy poco de ella, y aunque salen a los sembrados, al primer vuelo vuelven a ella, que es ave que no se detiene en el aire, sino que vuela y se asienta y apeona mucho. Matan estas aves con los halcones y perros, que tienen el rastro aún más vivo para ellas que la perdiz, y así las siguen mucho y las paran, y son fáciles de matar con el arcabuz, porque el vuelo que tienen es derecho y flojo; mátanlas a revuelo, entrando unos a levantarlas y estando otros en las caídas, y como son pesadas, al segundo vuelo las toman, como los faisanes; para librarse de la persecución de los piojuelos toman continuamente tierra; mátanlas con la red que llamamos tiraza, la cual le echan encima en teniéndole parado el perro, y aguardan muy bien a esto; es muy gustosa su carne y la tienen por una de las de mayor regalo; son muy fecundos; sacan tantos hijos como la perdiz y en los mismos días, y tienen el nido en la tierra muy escondido. El Señor Rey D. Felipe Segundo, de gloriosa memoria, los hizo traer de Aragón y los mandó echar en Aranjuez y en la Casa de Campo, y no ha prevalecido ninguno.

CAPITULO XXV

De la perdiz.

ES la perdiz del tamaño de una paloma, pero tiene mucha más carne que ella; el pico y los pies son de color purpúreo; su capa, por encima, se inclina a leonado; es algo más pardo; debajo del pico y ojos tiene una pluma muy menuda y blanca, y alrededor ciñe esta blancura una lista negra, que también perfila los párpados colorados de los ojos, descendiendo de ellos por los lados alrededor del cuello unas pintas negras sobre lo blanco, tendiéndose hasta el pecho, que la hermosean, el cual es de color gríseo o frailego, que es mezcla de blanco, azul y negro; y por los pechos y lados son sus plumas de noguerado, oscuro, cabellado y blanco, que de todo se hace mezcla; el vientre es amarillo oscuro color de cera; los machos son algo mayores; tienen en los pies garrones, aunque no agudos y largos, como el gallo. Hanse visto alguna vez blancas todas, y otras remendadas de su color y blanco; hay de éstas mucha cantidad en España.

En tiempo del celo tienen los machos los testículos mayores que otras aves, y fuera de él parece

que no los tienen. Es esta ave de muy corta pluma, y es de bajo y corto vuelo, porque es muy pesada, respecto de tener mucha carne; su canto es cuchichear, y los machos celosos, además de su canto, castañean; son muy amigas de una hierba que se llama campanilla; sustentanse de ella y de otras muchas, y de semillas y de uvas y bellotas; son aves que campean mucho y que se crían en todas partes, en montes y en tierra rasa; son en el andar ligerísimas, duermen en la tierra, y por la mayor parte amigas de estar en lo más alto; son muy cariñosas de sus hijos; ponen los huevos en la tierra hasta cantidad de veinte; dicen los mudan a una parte y a otra porque no se los hallen; la verdad es que los esconden en el monte y broza más que otra alguna ave, y escóndense asimismo porque los machos son tan celosos, que les quiebran los huevos en los nidos; y dicen de ellas que si alguna pierde sus huevos, hurta a las otras los suyos y saca los pollos, como si los hubiera puesto; mas en saliendo del huevo y oyendo la voz de su madre, la conocen y se van a ella, cumpliendo con el amor natural, y desamparan a la que es madre fingida. Ayúdanse los perdigoncillos a salir de los huevos rompiendo el cascarón con los picos, y en sacando fuera los pies, corren

con ligereza asidos a ellos y acuden al sustento, que todas las aves que vuelan poco andan en naciendo y salen vestidas de pluma.

La perdiz, cuando ve venir el cazador cerca de donde están sus pollos recién nacidos, salen huyendo de él, cojeando y haciendo de las que no pueden volar, como si estuviesen heridas, para que las sigan y apartarle de ellos; y sabiendo hacer estas bellaquerías y astucias, en otras cosas son muy bobas y simples. pues en escondiendo la cabeza, les parece que no las pueden ver, dejando todo el cuerpo descubierto, como el faisán, y no viendo ella nada, le parece está segura; si están heridas, se curan como la paloma y cigüeñas, poniendo orégano en la herida, y enfermas, se curan purgándose con laurel. Cuando los machos están celosos y quieren pelear unos con otros por las hembras, cantan primero, como amenazándose los unos a los otros, y mueren por alcanzar victoria.

Hay muchas maneras de cazar estas aves, por ser su carne, entre los alimentos, la más loable, particularmente cuando son nuevas, y así, codiciosos de ella, la mata todo género de gente: los pobres, para aprovecharse del dinero, y los ricos, por comerla; que verdaderamente es manjar para las mesas de Reyes y

grandes señores. Cuando son peores para comer es cuando andan en celo, que tienen menos sustancia. Es la perdiz de muchísima vista, aunque no tiene olfato, que sola ella y la paloma torcaz conocemos no le tienen. En uso de medicina dicen que se hallan en ella grandes remedios para la salud del hombre; de esto tratará quien le tocara, y de los modos de matar estas aves, adelante habrá capítulo que trate de ello.

CAPITULO XXVI

De las palomas.

DE las palomas hay tres especies, que andan en el campo, que de las castas que se crían mansas en casa hay muchas en una misma especie. De las del campo, la mayor es la torcaz, y luego la zurana, y tras ésta la de palomar bravo. La paloma es símbolo de la honestidad; guárdanse como buenos casados, y si no es soltera o viuda, no desampara el nido; sufren mejor que las mujeres el ser mandadas de los maridos, aunque para ellas sean malos, por quitar la sospecha de adulterio; y si alguna vez el macho la hiere con el pico, en satisfacción la besa y halaga; y para

atraerla al acto venéreo, la adula y galantea, andando a la redonda de ella muchas veces.

El amor acerca de los hijos es en entrambos igual, y por esta causa muchas veces castiga el macho a la hembra, si se tarda en acudir al nido. Cuando la hembra ha puesto los huevos, ayuda el macho con su calor a sacarlos, poniéndose encima de ellos, y después de sacados los pollos, la primera cosa que les echan en la boca es la tierra más salada que hallan, que la recogen en el paladar, preparándoles el gusto para darles de comer. Beben de una vez, sin levantar la cabeza en alto, como otras aves; suelen vivir mucho tiempo, y su vejez se les conoce en lo largo de las uñas, que cuando llegan a mucha edad les crecen mucho; todas tienen una misma manera de canto, el cual acaban con un gemido; en el invierno son mudas hasta que llega la primavera. La torcaz se diferencia de las otras por el collar blanco que les ciñe el cuello y por ser más largas de cola, y tienen el pecho de color algo encendido; sustentanse de semillas, algarrobas, yeros y lentejas, y otras comen bellotas de todos géneros: encina, alcornoque, roble y haya; y cuando esto les falta, se sustentan de hierbas; crían en árboles de todo monte. Son las más sustanciosas de las palomas, aun-

que la carne es toda de un color y sabor; pero la torcaz es la más tierna, particularmente en el invierno, cuando comen la bellota; es su color gríseo azulado; no cría más que dos pollos y los saca en el mismo tiempo que las caseras. El modo de matar estas aves: en el mes de noviembre vienen grandísimas cantidades de ellas de Berbería y otras partes, que pasan a invernar a España, y en las dehesas que hay mucha bellota es grandísimo el número que acude a ella, y entonces, para matarlas con ballesta y arcabuz, cogen algunas de ellas con redes para señuelos, y para amansarlas y que se puedan servir de ellas; luego, en cogiéndolas, con unas agujas muy delgadas las vuelven los ojos sin quebrárselos y quedan ciegos; y hecho esto, toma el hombre la paloma en las manos y en la boca mete su cabeza de ella, y da un gran grito, y con aquello la ensordece, con que queda ciega y sorda; y para darle de comer, les meten el pico en la boca, y allí se lo llenan de trigo y las sustentan. Para que sirvan de señuelos las enseñan de esta manera: Pónenlas en una vara de cinco cuartas de largo, y ésta atan por el remate de ella en una rama de un árbol, y luego la vuelven a atar contra otra por la mitad, y en la punta de esta vara cosen un orillo, y allí sientan la

paloma, que con aquello se tiene firme, y en la punta de la vara atan un cordel, que llaman cimbel, y cuando el hombre, desde su choza, tira de él, mueve la vara y la paloma alea para tenerse, y como las que andan en el aire la ven, vienen a sentarse con ella; pónense en el árbol que se caza dos o tres señuelos pico a viento, que las palomas siempre entran a sentarse con él en la cara, y ponen unos más altos que otros, y toca el cazador el que mejor le parece, conforme corre el viento; la choza de él está debajo del mismo árbol, y cubierta y disimulada con ramas, de manera que estas aves no se pueden recelar, y en sentándose la paloma, le tira. Hay día que con ballesta mata un hombre cuarenta y cincuenta pares de ellas, y más se matarán con arcabuz.

Mátanse asimismo las torcaces con el buey de caestrillo, cuando en las dehesas comen la grana de la hierba; y como generalmente en todas hay ganado vacuno, le aguardan mucho; vienen grandísimas bandadas de ellas a esta comida; los mejores días para matarlas de esta manera, y en las chozas con los señuelos, son los de vientos recios, que entonces toman bien los árboles, y cuando pastan, van siempre comiendo pico a viento. La diligencia que hace el cazador es po-

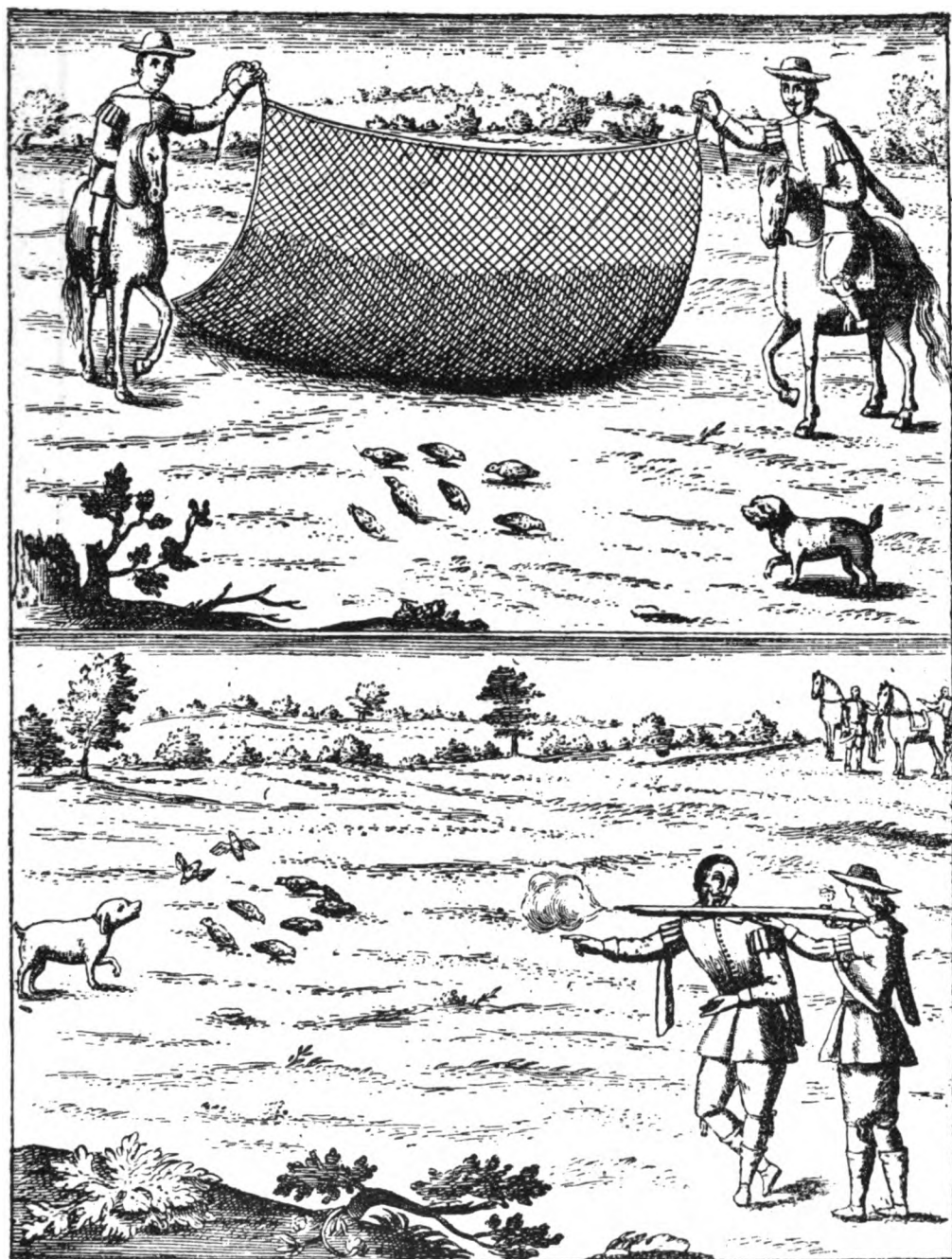
nerse con el buey encima de él después que las tiene aseguradas, y conforme el camino que llevan, írseles poniendo delante; y cuando no hay buey, le hacen fingido de angeo, y se mete el hombre dentro, y como ellas no tienen viento, como tengo advertido, no conocen lo que allí hay, y una vez en aquel paraje, se anda muy despacio aguardando ocasión para hacer su tiro, cuando llegan cerca del buey y le ven delante; las primeras se van deteniendo y las otras van llegando, y se hacen una piña, y con arcabuces de mucha munición se hacen grandísimos tiros en ellas. También las matan de noche en las dormidas con falderuela y las tiran con ballesta, y por la parte que el candil hace sombra le arriman una red, que traen en el aire armada en unas cañas, y las que no aguardan al tiro, huyendo de la luz, dan en la red, y suelen con estos instrumentos matar muchas.

La segunda especie de paloma es la zurana; es más pequeña de cuerpo que la torcaz y de su misma color por la capa de arriba; el pecho tiene más azulado y la cola más corta; crían de la misma manera que las torcaces y se sustentan de lo que ellas; vienen por la simienza grandísimas cantidades y las matan como a las torcaces; pero en mayor número en redes, que

las arman en los bebederos, en hallándolos bien tomados en las riberas y arenales de los ríos, que por su mismo rastro de ellas los conocen; y porque asimismo las atalayan y ven los que mejor toman, allí les arman la red y ponen señuelos de ellas en las orillas del agua, y uno con un cimbel sentado en un palo, que llaman cimello, de manera que tirando el cazador desde una choza en que está escondido, se mueve el palo y se levanta en alto cosa de una vara; con lo cual, al volverse el cimello a su lugar, la paloma alea, y como las que vienen al bebedero ven alear aquélla y los demás señuelos sentados en él, caen allí infinitas, el cazador, desde su choza, tira de un cordel, que hace que la red se levante en el aire, y las coge debajo; son sin número las que se toman de esta manera; no caen en estas redes tan bien las torcaces, porque son más recatadas, aunque se matan algunas. La tercera especie de paloma es la de palomar; éstas son más mansas que estotras, aunque se sustentan de lo que hallan en el campo de semillas, que no comen bellota, como la torcaz y zurana; duermen asimismo en poblado en los palomares y se sientan en los tejados de las casas, y se dejan llegar más cerca de la gente; crían los cuatro meses del año, lo que no hacen las otras, y muchos

tienen granjería de ellas, y de la palomina, que es su estiércol, que es mejor que el de los otros ganados para el beneficio de las tierras; mátanse estas aves con redes, y todas las palomas se matan con el arcabuz, que para él no hay ave reservada; los días de vientos recios vuelan bajas y pico a viento, y tienen sus pasos conforme de la parte que al presente corre; en las apreturas de las laderas, collados y remates de ellas las aguardan los tiradores de vuelo, y al paso matan grandes cantidades de ellas.





CAPITULO XXVII

De la tórtola.

ES la tórtola algo menor que las palomas; algunos han dicho que son especies de ellas, por ser tan parecidas en todas las partes de su cuerpo y composición de sus plumas; su color es ceniciento, y por el lomo tira a gamuzado; son estas aves muy amigas de sotos y riberas y aguas claras. Atrae el macho a la hembra con arrullos y halagos, besándola muchas veces, y con muy menudos pasos la galantea, cercándola a la redonda y torciendo y ensanchando la cola hacia la tierra, hasta que la mueve a su amor; empiezan a tener generación desde seis meses; en teniendo huevos, ayuda el macho a la hembra, estando presente cuándo los pone, y poniéndose alternativamente sobre ellos para sacar los hijos; y después los alimenta con igual cuidado que la madre. En naciendo los pollos, se vuelven a juntar para otra cría, y en dieciocho días perfecciona los huevos en el vientre y los pone en otro nido, y tardan otros dieciocho días en sacarlos, y siempre acuden el uno o el otro a alimentarlos.

Hállase en esta ave la ley de firme matrimonio y un constante amor mientras les dura la vida, y en muriendo el compañero, viven en perpetua viudez. Son aves que mudan estancias: vienen a criar a España por la primavera, y en las primeras aguas del otoño pasan la mar a Berbería y otras partes, y en este tiempo están muy gordas y es muy regalada comida; su sustento es de semillas y hierbas; en el tiempo que están en España crían tres veces. Cázanse estas aves con el arcabuz, como las demás, y particularmente en tiempo de mucho calor; en la siesta aguardan al caballo, con él se les arriman y las tiran; que por no volar de los árboles que están y descubrirse al sol, se están quedas aguardando que pase, y va un hombre arrimado a él y las tira; que si se para el caballo, no le aguardan. Asimismo, en bebederos y comidas matan gran cantidad de ellas con las redes, y en casa las ceban y engordan, y las hay mucho después que se han ido.



CAPITULO XXVIII

De la codorniz.

ES ésta ave de paso, como las tórtolas, porque viene en el verano a España a criar y se vuelve en el invierno; viene por principio de abril, y en llegando el mes de septiembre se va; y en habiendo el primer día de escarcha, no parece ninguna; aunque el día antes haya habido muchas, aquella noche marchan y caminan con el viento cierzo, que es el que más favorable tienen para su viaje; el ábrego es muy su contrario, y si les acierta a correr cuando van caminando, las detiene y paran muchas en los navíos que topan y se dejan coger, y otras veces se sientan en el agua y con una ala hacen vela para sustentarse encima, hasta que han descansado para tornar a volar. En las islas de Cerdeña y otras que están en aquel paraje cogen muchas al tiempo de su paso. Son estas aves en la compostura de su cuerpo muy parecidas a la perdiz, mas son mucho más pequeñas y de diferente color; tiénenle pardo variado de pintas oscuras; el andar y esconderse es de la misma manera que ella; los machos

tienen el cuello más gordo, y con unas plumas negras debajo del pico; las hembras no las tienen. Hacen su nido en la tierra y sacan los pollos en el mismo tiempo que la perdiz; ponen diez y doce huevos; en sacando los pollos, caminan velozmente a buscar con qué sustentarse. Escóndense mucho las hembras de los machos cuando ponen los huevos, porque es tanta la lujuria y salacidad de ellos, que no las dejan parar en el nido ni empollarlos.

Son estas aves muy terrestres; jamás se sientan en árboles; sustentanse de semillas, trigo, cebada y mijo, de que son muy amigas, y asimismo del ave de gambre, que es veneno mortal y para ellas agradable manjar; y aunque en general es regalada comida, por esta causa muchos la estiman en poco. Mátanse estas aves con el arcabuz, como todas las demás; páranlas los perros de muestra como a las perdices. En el reino de Navarra se matan muchas, y les echan una red encima cuando las tiene paradas el perro; que estas aves siempre están en panes o en espesuras de monte bajo y aguardan mucho. Con estas mismas redes matan muchas en el tiempo de su celo, que es por mayo; contrahaciendo el reclamo de la hembra tienden la red en los panes y reclaman, y ellas responden y vienen

hasta los pies del hombre, y en sintiendo está debajo de la red, se levanta y, yendo ella a volar huyendo de él, queda presa en ella. Otras veces las arman unas redecillas bajas a raíz de la tierra, que se llaman trasmallos, y se tienen en pie con unas estaquillas de una tercia de alto y tocan el reclamo, y en respondiendo, se pone el hombre de la otra parte del trasmallo veinte pasos más atrás para que no le puedan ver, y vienen y entran por la primera malla, y están haciendo fuerza para pasar adelante y quedan presas en la red, sin poder volver atrás.

CAPITULO XXIX

De la chocha perdiz, o gallina ciega o coalla, que todos estos nombres tienen en España estas aves.

ES esta ave del tamaño de una paloma; su vuelo parece algo alde la gaviota, porque es de largas alas y muy cortos pies; su andar es muy bajito, anadeando; su plumaje es de color de canela oscuro, y entre algunas plumas algo más oscuras; las piernas, blanquecinas y más delgadas que las perdices; tiene

los ojos grandes y muy saltados del casco; el pico es delgado y muy largo, que tiene poco menos de media cuarta; es ave nocturna que campea y come lo más de noche, y no se ha hallado qué, porque jamás tiene nada en el buche; muchos dicen que se sustenta de la humedad de la tierra; lo cierto es que siempre se hallan en parte que hay manantiales y en riberas. Dicen que mete todo el pico en la tierra, lo cual le basta para sustentarse de la humedad que de ella recibe. No se hallan estas aves en Castilla sino en tiempo de invierno, cuando se van otras; su carne es gustosa y de buen alimento, y por los meses de diciembre y enero, cuando hiela mucho, están muy gordas. En llegando el mes de marzo no queda aquí ninguna; no se sabe a qué parte van, si bien en el verano dicen que se hallan algunas en los montes Pirineos; ellas son aves de paso; páranlas los perros de muestra y muy pocos las quieren tomar en la boca ni comer sus huesos, y no se sabe a qué se puede atribuir.



CAPITULO XXX

Del cuervo marino.

ES el cuervo marino poco menor que el ánsar; la hechura de su cuerpo es larga, más que la de las otras aves, y parece esto así, porque tiene las piernas muy cortas y cerca de la cola; y ésta es la causa por que cuando está sentado, parece estar empinado sobre los pies; tiene el color negro ahumado, aunque es la pluma muy reluciente, que hace muy lustrosos visos cuando le da el sol; tiene los pies palmeados y del color ahumado de sus plumas; el pico es fuerte y largo, y no aplanado, como los ánsares, sino redondo, y por el extremo corvo y agudo, acomodado para hacer presa en los peces, que es su común sustento; son grandísimos pescadores, zambúllense debajo del agua con increíble presteza y son tan veloces allá dentro, que alcanzan los peces y los sacan en el pico.

En Inglaterra y otras partes marítimas, los acostumbran a criar mansos, y los tienen por el provecho que sacan de ellos; yo he visto dos de allá, y los soltaron en un estanque y sacaron muchos peces y los

traían a su amo, que los llamaba con una poca de carne; y si se tragaban algún pez, se le hacía vomitar apretándole el buche y cuello. Son estas aves de alto vuelo y vense siempre en las orillas del mar o en riberas de ríos o en estanques. En queriendo haber mudanza de tiempo, la conocen y huyen a la mar o a las riberas de los ríos, dando clamorosas voces; crían en las marinas, en rocas o árboles muy altos, y son muy cariñosos de sus hijos; y ellos tienen tal viveza y natural, que desde muy pequeños se sustentan por su pico de los peces y mariscos que pescan.

CAPITULO XXXI

De los ánsares y ánades reales y otros géneros de aves de agua.

SON los ánsares, o gansos bravos, como los comunes; su color es ceniciento; la hechura de su cuerpo, sin diferencia de la de los caseros; los mansos son de muchos colores, porque entre ellos se ha adulterado la casta. Es esta ave muy brava y vive con gran recato; tiene mucha vista y olfato; sustentánse de las gusarapas y sabandijas que hallan en los ma-

nantiales y en los ríos, donde comúnmente andan, y de semillas y frutas de árboles, como bellotas y otras comidas que hallan a este modo, y lo más que comen es de noche. La carne de estas aves es buena para cecina, y si es nueva, se empana o cuece, y es muy sabrosa.

Hay otras especies de ánades o patos reales; son más pequeños, la mitad que el ánsar; de éstos, el macho es algo mayor que la hembra y de diferente color que ella; tiene la cabeza y parte del cuello verde oscuro, que parece tornasol, y le relucen estas plumas y hacen muchos visos muy agradables a la vista; el pecho y parte del cuello tiene con otro plumaje, que tira algo a morado, y de ahí abajo es blanco, con algunas plumas variadas de blanco y pardo muy menudo, y lo mismo por los lados de las alas, y ellas tiran algo a verde oscuro, y en medio de ellas tienen una mancha de plumas verdes, y encima de las plumas de la cola, unas plumas rizadas hacia arriba, negras, que le hermosean. Son las hembras todas de una pluma pintada de pardo y más pardo. El sustento de estas aves es el mismo que el del ánsar, porque son de una misma especie y crían en las marinas y lagunas, y sacan sus huevos en treinta días, y en teniendo pollos, se entra a

zambullir en el agua, que son calidísimos, y en la misma agua se tornan a juntar para otra cría, que hacen dos cada año; no sacan cría de huevos ajenos; son grandes comedores y se huelgan mucho con hierbas frías y húmedas, que tienen el vientre calidísimo. Huyen mucho del laurel, porque si le comen, luego mueren; son muy vocingleras; la voz del ganso llaman graznido, y la de los patos, parpar, y por eso en muchas partes llaman a estas aves parros. Hay de esta especie de ganso y pato otras muchas de menor cuerpo; los que aquí conocemos son zarcetos y trullos, y de este género hay otros muchos, que aquí no son conocidos. Temen todas estas aves de agua mucho a las de rapia, particularmente al águila, y es tan grande esta aversión, que hasta en las plumas de una y otra se conoce que las del ánsar juntas con las del águila se pelan y consumen. La carne de estas aves, siendo ellas nuevas y gordas, es regalada comida.



CAPITULO XXXII

De la garza.

ES la garza de menor cuerpo que la cigüeña, de que no escribo por no ser ave de caza; su común color es ceniciento, y de éstas, unas mucho más blancas que otras; son aves de ribera, aunque no tienen los pies palmeados ni nada; tienen las piernas, cuello y pico como la grulla; su cuerpo es largo, las alas y cola cortas. Hay tres géneros de ellas: unas llaman garzas blancas, son más pequeñas de cuerpo, tienen en los pies cuatro dedos, tres delante y uno atrás; las uñas largas, y tanto, que algunos las traen para mondarse los dientes, porque son muy delgadas y agudas; la de en medio de cada pie es más larga que las otras, con admirable providencia de Dios; porque por la parte de abajo está llena de dientes a manera de sierra, para que con ella pueda tener las anguilas y pescados resbaladizos, que son su ordinario sustento, porque todo lo que comen lo sacan de debajo del agua, y para pescar se ponen en las riberas o lagunas dentro del agua las piernas, de manera que no se le moja la

pluma, y se pone encogida que parece un tronco y se está queda; y así, el pescado no la teme y anda a la redonda de ella y con facilidad lo pesca, así de noche como de día; es calidísimo su buche, y aunque coma los peces grandes y tengan muchas escamas, digieren el pescado y vomitan los otros excrementos; crían en árboles muy altos y ponen sus huevos con grandísimo dolor, y se juntan muchas, como las cuervas, y dan los pollos muchos gritos y graznidos; y cuando las aves de rapiña les quieren comer sus hijos, para defenderlos, los padres vuelven contra ellos sus colas y les arrojan sus excrementos, con que les abrasan y corrompen la pluma, y de esta manera los libran.

Cuando la garza saca sus hijos del nido para enseñarlos a volar, los acompaña y guía, y sustenta hasta que están fuertes y se pueden valer por su pico. Son comúnmente enemigas de estas aves las águilas, halcones y demás aves de rapiña, y cuando se ven perseguidas de ellas, si han comido mucho, dicen vomitan los peces, ofreciéndoselos a los que las persiguen. Yo digo que para aligerarse y poder huir, que el mayor remedio de su vida en aquel tiempo son sus alas. Es tan alto y prolijo el vuelo de las garzas, que suben

más altas que las nubes. Cuando ven el neblí o gerifalte y se ven de ellos alcanzadas, no habiéndoles aprovechado sus alas, vienen huyendo a la tierra, y encajando el agudo y fuerte pico en ellas, vuelto para su defensa hacia arriba, se deja caer de lo alto, y bajado el enemigo a ella, halla en la presa su daño, porque hincándose por los pechos el pico de la astuta garza, suele venir muerto del aire a la tierra. Cuando barruntan tempestad, vuelan, dando muchas voces, a las marinas o riberas de los ríos.

Cazan estas aves con los halcones por grandeza, porque ellas y su carne son de muy poco provecho; sólo su unto le estiman para algunos medicamentos. De los otros tres géneros de garzas que hay, dicen que se ve muchas veces criar la blanca y ceniza en un nido, y también las mayores y menores; y así, es cierto ser una misma especie, aunque mestiza, y que se hacen de ellas diversas generaciones. Hay otras que llaman garzotas; son mucho más pequeñas y blancas como la nieve; en la cabeza tienen un penacho, que lo echan hacia el lomo y es de muy lucidas plumas. Otras hay del mismo tamaño de color ceniciento, que llaman martinetes, y otras dorales, y todas son de la calidad que la garza, y las vuelan los halcones.

CAPITULO XXXIII

De las gaviotas.

DE la generación de las gaviotas hay muchas diferencias: unas blancas, muy semejantes a palomas; otras mayores, del cuerpo de un milano o algo más pequeñas; las alas algo cenicientas y el cuerpo más blanco que ellas; la cabeza negra, y asimismo las piernas. Otras tienen las piernas y pico muy colorado; todas son de pies palmeados, tienen largas alas y cortas piernas; sustentanse de sabandijas y mariscos del agua, y se zambullen debajo para pescar estas sabandijas; crían en las orillas del mar, en peñas y rocas altas, en parte que dificultosamente les pueden coger los hijos; son de su naturaleza vocingleras; es de ningún provecho su carne y pluma. Hay otras muchas maneras de avecillas que andan en el agua y sus orillas, que llaman cigöñuelas, agachadizas, andarios y gallinejas, que por no ser estas y otras de provecho, no escribo de ellas.

CAPITULO XXXIV

Del buho, ave nocturna.

ES el buho del tamaño del águila, de más cortas plumas y más bajo vuelo; tiene las variadas de pardo, amarillo y negro; tiene la cabeza grande y redonda, y en ella unas plumas levantadas en forma de orejas; los ojos mayores y más resplandecientes que todas las demás aves; el pico corvo y fuerte; las piernas cubiertas de pluma hasta los dedos; las uñas grandes, como ave de rapiña; su voz es triste y congojosa, que dice su mismo nombre, buho, y siempre que se oye es en los crepúsculos, porque de día siempre está escondido y campea de noche; son grandísimos cazadores de todo género de aves y animales, como conejo, liebre, perdiz, paloma y otras aves, en la tierra y árboles; y como de noche están seguras, hace presa en ellas, que tienen en la oscuridad mucha vista; dondequiera que esté escondida la caza, la ven y la matan, y donde ellos andan, hacen grandísimo daño; son por esta causa las aves sus enemigos; y así, cuando de día le aciertan a descubrir, le persiguen y llegan a picar

los ojos; particularmente le siguen las picazas, cuervas y rendajos, las cuales cacarean y hacen mucho ruido para juntar otras aves, que todas acuden a él; y los cazadores de halcones no tienen otro señuelo que el buho para las cuervas y milanos, porque en viéndole volar, aunque estén muy lejos, acuden a él, y entonces les echan los halcones. Crían éstos en las peñas y quiebras de ellas, en cuevas y barrancas. Son muy cariñosos de sus hijos, y no los sacan del nido hasta que saben volar o tienen fuerza para ello y pueden cazar como ellos.

CAPITULO XXXV

De la lechuza y otras aves nocturnas.

LA lechuza es especie de buho, y es parecida a él en todas las partes de su cuerpo y en cazar y andar de noche, que asimismo es ave nocturna. Hay de ésta cuatro diferencias; las mayores tienen la cabeza redonda y unas plumas encima en forma de orejas; su color tira a amarillo; los ojos son grandes, las niñeras negras, con unos cercos como de fuego. Otras hay más pardas por encima y el vientre y cuello blan-

co, alrededor del cual parece que tienen una gorguera o rebozo. Hay otras menores que se crían en montañas y tierras solas; éstas son de color ceniciento con pintas blancas y pardas, y son algo más pequeñas de cuerpo. Hay otras que llamamos cárabo o autillos, y de todas, son éstas las más pequeñas y tienen el plumaje más pardo; son aves nocturnas que no vuelan de día, si no es en necesidad, levantándolas de donde están escondidas; y por esto comúnmente las llaman aves de desdichado agüero, porque se sientan de noche en los sepulcros, comen aceite de lámparas y siempre hacen sus robos en lo tenebroso de la noche.

También el mochuelo es de esta generación, aunque es más casero y común, porque se deja ver más de día que las lechuzas. Dicen que de todas las aves que tienen uñas corvas y se sustentan de carne, solas éstas ven en naciendo, por el mucho resplandor que tienen en sus ojos, el cual les da vista, aun en tinieblas y oscuridad de la noche. Son enemigas de todas las demás estas aves, como el buho, y en la pelea que suelen tener con ellas se echan en la tierra y ponen los lomos hacia ella y los pies hacia arriba, con los cuales y el pico se defienden para que las otras aves no les piquen en los ojos.

CAPITULO XXXVIII

De los modos que hay de cazar las perdices.

EN el capítulo veintiséis declaramos la forma y calidades de la perdiz; ahora diremos cómo se mata. Cazan estas aves con el reclamo, remedando su canto conforme los tiempos. Desde que la perdiz empieza a poner sus huevos, que es por fin de abril hasta San Juan, quince días más o menos, que sacan sus pollos, se reclama como hembra; que como en aquel tiempo se esconden en sus nidos y los machos carecen de ellas, en oyendo su canto vienen y con el arcabuz las matan. Y asimismo usan la perdiz de jaula; escóndenla en una mata y la cercan de unos lazos que llaman perchas; en viéndose sola canta, acuden a ella los perdigones machos y quedan presos en estos lazos. Después de esto, cuando la cría de los perdigones está igualada, se caza con entrambos pájaros macho y hembra, que en oyendo a cualquiera de ellos acude la banda junta; el primero de los silvestres que acomete a la jaula del perdigón manso es el capitán de ellos, que llamamos rey de banda, al cual señaló naturaleza

con unas pintillas blancas en la punta de la cola o debajo de las alas. En cayendo éste en el lazo, van entrando los otros, y sin conocer el engaño, suelen quedar los más de ellos presos. Si es hembra la de la jaula, se le oponen otras, deteniendo a los machos, para que no las dejen a ellas, y por esta causa muchas veces vienen los perdigones machos al reclamo sin responder en oyendo el canto de ella, porque las otras no le sigan ni estorben, y en llegando a la jaula, incita a la perdiz que calle, porque no llame a otro con quien le ha de ser fuerza pelear, que son tan celosas estas aves, que mueren por vencerse unos a otros; y los cazadores, para hacerlos más bravos, suelen poner una perdiz hembra entre dos machos, apartados uno de otro, pero que se vean; y es tanto el celo que toman, que allí encerrados se quieren hacer pedazos por embestirse, y si los soltasen, pelearían hasta que quedase el uno en la demanda.

Esta ave siempre asiste en la tierra y no vuela sino en necesidad, huyendo de sus enemigos, que son muchos los que la persiguen. Son amigas de andar donde hay ganado vacuno, cabras y venados, que estos animales las amansan. De este conocimiento se vale el cazador para engañarlas, y así las caza con el buey de

cabestrillo; y cuando no tiene este animal, le hace fingido de angeo, y también finge la cabra, y en cualquiera de ellos se mete el cazador y usa de ellos para diferentes intentos, redes o arcabuz. La red es un buitrón puntiagudo del remate y muy ancho de la boca. Esta red se arma entre dos matas en alguna vereda seguida de la caza o ganado; ha de estar en hueco disimulada, de manera que las perdices no se puedan recelar de ella, y que en llegando a entrar por la boca, vean la luz por el otro cabo. Desde la boca del buitrón hacen unos aleros de matillas de las mismas que es el monte y toman de distancia doscientos pasos; éstos sirven de tapar las veredas a las perdices, y que en aquella distancia no hallen otras más que las que van a parar al buitrón.

Hecho esto, se mete el cazador en su buey o cabra fingida (si no tiene buey de cabestrillo), toma el reclamo, por dos cosas para que le respondan, y traerlas a donde tiene armada la red, y conforme le responden, las va a buscar. La mejor hora para seguir esta caza, es desde que amanece hasta dos horas salido el sol, que es el tiempo en que ella anda pastando y no está recogida como lo restante del día, hasta que llega la tarde, que desde las tres hasta que se pone el sol

vuelven a pastar; en estos dos tiempos las ha de seguir muy poco a poco, yendo siempre por la tierra más descubierta, de cuando en cuando tocando el reclamo; hase de ir por lo más raso, para poder ver las perdices desde aparte, y que ellas asimismo vean al buey; en alcanzándolas a ver, se ha de parar un poco, cuanto pareciere puede comer tres o cuatro bocados, en el cual tiempo le reconocerán ellas, y se les a de ir apartando para ver si están mansas o bravas, que en ellas mismas se echa de ver; si se esconden, es señal que se recelan; es necesario desviarse más, que de aquella manera se aseguran, y a la vista de ellas se ha de ir llevando el buey a la parte más clara y descubierta, donde no le pierdan de vista; y en viendo que van perdiendo el cuidado, se ha de ir arrimando a ellas, careándolas hacia donde tiene la red armada; en pareciéndole toman buen camino, se les ha de poner detrás y dejarlas que se diviertan; no atajarlas apretándolas, sino desde afuera irles a ganar la cara, para que no echen por otra parte, que cuando ha rato que han visto el buey, unas veces lejos y otras cerca, ya se van descuidando, y perdiendo el recelo de él, y puede hacer el hombre lo que quisiere, poniéndoseles delante por todas partes; que una vez aseguradas, se suelen

andar entre los pies, y entonces se les ha de guiar a la boca de los aleros; porque una vez dentro de ellos, lo demás hasta meterlas en la red, no tiene dificultad, arrimándoseles por las partes que fuere necesario, se conseguirá lo dicho; y cuando toman el camino del buitrón, irse arrimando a ellas, que viendo el buey cerca y no hallando por todas partes salida, se dan prisa a ir a buscarla, y la primera que topa con la vereda que va al buitrón, guía a las otras. Cuando ve el cazador que llegan a la boca de él, se descubre a ellas, que arrancan a correr para pasar la mata y volar, y se hallan dentro, y el cazador a la puerta suele tomar la banda entera.

Puédese hacer ésta con el buey o cabra fingidos, porque la perdiz no tiene viento para conocer este engaño, y tomar el del hombre, que a tenerle, no le aguardarán. Y la mayor prueba de esta verdad es ver que, a puro atajarlas, ya por esta, ya por aquella parte, se consigue el llevarlas al buitrón, y es fuerza se haga esto muchas veces rabo a viento. Es caza de mucha espera y trabajo, particularmente con la cabra, que es fuerza haber de andar el hombre todo el día agachado, respecto de ser este animal más pequeño que el buey.

Asimismo se toman estas aves con otro engaño: hácenlas unos cebaderos de trigo en las partes que tienen querencias, que siempre son allí continuas, y particularmente habitan en las tierras más altas, si están cercadas de cerros y laderas; que aunque de lo alto las vuelan a ellas, luego vuelven arriba; en la parte más acomodada les hacen el cebadero: echan un poco de trigo en el espacio de tierra que puede tomar una sábana, y para que más aprisa le allen las perdices, desde él se hacen dos rastrillas, en que va echando algunos granos, para que si las hallan, las traiga al cebadero; de esta manera las ceban cuatro o cinco días, y en viendo le toman bien y que son continuas en él, de noche les arman una red, la cual está tapada con la tierra y el trigo encima; desde ésta sale un cordel, que va a donde el cazador hace su choza, y al amanecer se mete en ella y toca el reclamo, al cual acuden, y todas se juntan en el cebadero y suelen coger la banda entera. Esta misma red les arman en las aguas en el tiempo de septiembre; en viendo que la toman, ponen la red, y desde las diez del día hasta las tres de la tarde las aguardan, reclamándolas de rato en rato, y allí se vienen a juntar padres e hijos, y son envidiosas como las gallinas. En llegando a beber

la primera, acuden juntas; suelen coger muchas de esta manera, que son muy fogosas y toman mucho las aguas.

Asimismo se cazan estas aves con unos perrillos, que llaman de ageo; son del tamaño de una zorra y de su mismo color o alobunadillos; búscanlas por la mañana y a la tarde, en las horas que pastan; en hallándolas el perro, se aparta de ellas, y a su vista se anda, atajándolas por todas partes, revolcándose de manera que ellas no se hallen apremiadas; con lo cual se juntan y andan ageando azoradas del perro, que piensan es zorra, no se amedrentan ni huyen. A este tiempo, el cazador hace conforme ve la ocasión; si se puede meter a tirarles a hurto, lo hace; si la tierra no da lugar a ello, se mete en la cabra fingida, en la cual lleva una cencerrilla de las que trae el ganado y se les descubre de lejos, para que la reconozcan, y va de esta a aquella y esta parte, para que les parezca anda comiendo, y de esta manera, poco a poco, se les va arriando, hasta que ve ocasión de emplear su tiro; y si tiene espera, se suelen hacer muy buenos.

También hay otros perrillos al modo de los pasados, que llaman de encarbo; éstos buscan las perdices en tierras de montes altos y huecos de encinares o pi-

nos y olivares, tierra que por lo bajo se arrasa y sin monte en que se puedan esconder; en hallándolas, corren detrás de ellas, y si vuelan a la tierra, van a las caídas, y por el rastro las hallan y tornan a volar; y como no tienen monte bajo donde esconderse, se encaraman en los árboles y se pone el perro a ladrar debajo de ellas, con lo cual acude el cazador, y como el perro divierte la perdiz, él se arrima por donde mejor puede y la mata.

Armanlas asimismo unos orzuelos, en que caen, que es como una ratonera de agua, con un hoyo por lo bajo, engoznada de modo que, en cayendo la perdiz, se vuelve a cerrar, de suerte que siempre está armada y pueden caer tres y cuatro. Ponen muchos de éstos en las veredas más seguidas, donde tienen querencias estas aves, y están tan disimulados, que ellas no se pueden recelar de ellos. Con esta invención suelen tomar muchas.

Mátanse con alares, que son las perchas de cerdas; de éstas llenan las laderas y cerros, donde comúnmente habitan, poniendo en todas las veredas su lazo, y las que les parece son anchas, las cubren con las ramas o tomillos del mismo monte. Hecho esto, se suben a lo alto a buscar las perdices y las vuelan a las laderas

y se van a poner de la parte de abajo de donde ellas han caído, las cuales, para volverse a juntar, se suben a lo alto y quedan presas en los lazos; y son tan necias, que aunque vean revolar la que va delante, que se ha asido, no por eso vuela la otra. Lo que hace es echar por otra parte, y como están tomadas las veredas, es fuerza que caiga en otro lazo. Es este modo de cazar tan engañoso, que acaba las perdices en muy breve tiempo, que como a todas horas está armado el lazo, y es cosa que no hace ruido para que le recelen, ni le impide el mal tiempo, mueren muchas con él.

Arman también otros lazos a estas aves, los cuales ponen en una vara que esté encorvada, haciendo fuerza para soltarse. En la punta de la vara está un lazo arrimado a la tierra, que le tiene un palillo como ratonera; en medio tiene una espiga; ponen muchos de éstos en las partes que pasta esta caza; la perdiz, que acierta a ver la espiga y pica en ella, queda asida en el lazo por el pescuezo, porque se suelta la vara y la ahorca en el aire. Estas mismas espigas las ponen debajo de unas lanchas de piedras, las cuales se sostienen con unos palillos; ponen debajo la espiga, llega a picar la perdiz en ella, mueve el pie del palillo y cae la lancha y la coge debajo.

Cázanse con calderuela. Los cazadores de esta caza es necesario que sepan muy bien la tierra y las partes donde duermen; esto es muy necesario, porque se ha de cazar con la oscuridad de la noche, y las mejores para ejercer esta caza son las más oscuras y de poco viento; y no teniendo el cazador buen tino, se perderá cada instante, que la cosa que más desatina en la oscuridad es la luz. El modo como se ejecuta esto es éste.

Lo primero, de parte de tarde atalayan las perdices para saber en qué parte quedan. Si no las ven, las van a levantar con perros al poner del sol. En volándolas y sabiendo en qué parte han caído, conforme corre el viento, conocen dónde se quedan aquella noche. Hecho esto, dejan pasar tres o cuatro horas de ella, y en el mayor silencio las van a buscar. Dos compañeros llevan una linterna, que pueda traer dentro una buena tea u otra luz que alumbré bien, y el uno lleva esto y otro una red, que se arma en el aire en dos palos o cañas; es del tamaño de una sábana. Con esta prevención van a buscar las perdices. El que lleva la luz delante, cosa de cien pasos, va alumbrando hacia la tierra y a los lados, y él va tapado con la sombra de la linterna y en la otra mano lleva una vara de cosa

de cinco cuartas, con un hierro abajo puntiagudo para poderle hincar cuando fuere necesario. De esta manera anda en las querencias de estas aves hasta que las ve, y entonces les pone la luz muy de lleno en lleno; con lo cual se encandilan, y con esta novedad se juntan unas con otras, y a este tiempo hinca el tiento y se va saliendo afuera por el camino que había venido, y esto con mucho secreto, procurando hacer con los pies el menos ruido que pudiere, y no quitándoles la luz, en llegando a juntarse con el compañero, se les quita de súbito; allí arman la red y juntos vuelven a las perdices, el de la luz delante y el otro cubierto con él y con su sombra. Llegados a descubrir el tiento, se arriman muy despacio y con todo secreto a ellas, de manera que les puedan echar la red encima. En este tiempo van bajando la luz, y a su sombra el compañero las cañas, y a un mismo tiempo de improviso les quita la luz y el otro deja caer la red, en que suele coger toda la banda.

Otras cazas se matan con esta luz, como hemos dicho. Cázanse estas aves a revuelo. Júntanse una docena de hombres, llevan sus perrillos de levantar, vanse a las querencias de la perdices; los unos y los otros se ponen en las caídas escondidos; en levantándolas,

con voces avisan a los compañeros y las amedrentan a ellas, y cuando van a caer, de improviso salen hombres y perros, y las vuelven a dar voces y a levantarlas, y al segundo vuelo las cogen. Mátanse con los halcones; particularmente las vuelan con azores, borníes y aletos, y aun los perdigones nuevos los matan los gavilanes; y cuando son nuevos, a carrera de caballo y con perros los matan.

Mátanse con el arcabuz volando, y por esta causa ya no las hay en tanto número como la había antes, ni hay tales perros de muestra que las busquen y paren con tanta maestría, que con ballesta les mataban gran cantidad de ellas. En aquel tiempo eran diestrísimos los cazadores, los cuales hoy faltan, que como se mata la caza con más facilidad, nadie quiere gastar el tiempo en enseñar perros, puesto no se han de tirar las perdices en la tierra, y no se aprovecha el hombre de ellos más de para que le levanten la caza, y esto no le cuesta mucho trabajo, que el perro de su natural la sigue. Pero porque de todo punto no se olvide esta caza, que en sus principios fué tan ejercitada, y que tiene algunos primores, que el curioso se holgará de saber, haré de ella el capítulo siguiente.

CAPITULO XXXIX

De la caza del perro de muestra.

ENTRE los muchos modos que hay de matar las perdices, el que generalmente parece de más gusto al cazador es ver las diligencias que hace un perro para hallarlas, que este animal es de grandísimo trabajo y es su aliento y agilidad tan grande, que desde la mañana a la noche no deja de correr; que hay algunos tan ligeros, que parece vuelan por encima de la tierra, y cuando el perro es diestro, en topando rastro de estas aves, multiplica estas diligencias hasta que las para, que es lo que desea el que le sigue. Antiguamente fué el perro de muestra el instrumento con que más se mataban las perdices: en aquel tiempo se ejercía esta caza con los primores que ella requiere, que no se alcanzan sino con la continuación de seguirla, y sin aquel trabajo le podrá ser de provecho a algún aficionado la inteligencia de este capítulo. En lo que se debe mirar mucho, es en la crianza de los perros de muestra en los principios de su enseñanza; porque como lo que ha de obrar es estando en su libertad, es necesario disponerlos a ello cuando son nuevos.

Lo primero que se les ha de enseñar, que sean bien mandados; que para el castigo vengan a su dueño de tan buena gana como para el halago, que en sabiendo obedecer, cualquier vicio que tengan le pierden con facilidad, y del conocimiento de su natural dependerá esta disposición, que unos con sólo reñirlos obedecen, y otros aun el castigo no les aprovecha; y así es necesario saber cómo se le ha de dar, mucho o poco y a qué tiempo. Esto se les ha de enseñar antes de sacarlos al campo, y en casa, por travesura que el perro haga, no se le ha de dar rigurosamente, para que en adelante no se atemorice; y puesto que se le haya de dar, primero se ha de probar si obedece a lo que le mandan, riñéndole, y cuando esto no bastare, castigarle hasta que obedezca.

En sacándolos al campo, se conoce lo que son, y cómo se inclinan a buscar las perdices por el rastro o por el viento. A los que tienen pocos pies y narices, yo no aconsejo tomen trabajo en enseñarles, porque aunque el cazador sea muy diestro, de perro que le faltan estas dos cosas tan importantes, no sacará provecho; pero a todos se les ha de ir imponiendo que busquen las perdices más por el viento que por el rastro, metiéndolos a la caza pico a viento, para que se

hagan ventores y no rastros, que hay gran diferencia en buscar estas aves de una o de otra manera.

El perro de pocos pies y narices, todo su modo de cazar es rastreando, porque en perdiendo el rastro de la caza, no tiene viento para hallarla de otra manera; y asimismo es muy apocada su diligencia, por la falta de agilidad. Los perros que tienen estas cosas tan necesarias aventajadas, obran en todo mucho mejor: en topando el rastro de la perdiz rabo a viento, se apartan de allí y le van abarcando, dando uno y muchos cercos y traviesas, tentando desde aparte, si pasa, o se queda el rastro, hasta que consigue hallar lo que busca; pero para esto es necesario la ayuda del buen cazador; porque los perros nuevos siempre se inclinan al rastro más que al viento, y si los dejasen, seguirán aquella inclinación; pero si cuando el cazador ve que el perro topa el rastro rabo a viento, y le sigue, le manda que le deje y se salga afuera, a cuatro veces que le suceda y reconozca el perro que por el viento halló la perdiz que rastreaba, adelante usa aquella maestría, sin que el dueño se lo mande, y con aquel modo de cazar se queda para siempre; y cuando no tiene quien le sepa mandar, pico a viento y rabo a viento, seguirá la perdiz por el rastro.

Asimismo debe saber el cazador, cuando el perro hace el delito, por qué ha de ser castigado y de qué manera ha de ser este castigo, que no se le ha de dar de una suerte en todos los yerros que hace, que tal vez merece mucho levantando la perdiz, y otras, aunque la levante, no se le ha de dar con todo rigor. Cuando el perro va pico a viento con el de la perdiz y no le arremete, y ella se levanta porque no quiso aguardarle, aquí puede tener el perro culpa, porque se arrimó algo a ella; por esto se le ha de castigar, y basta que esto sea tirándole de las orejas, diciéndole tente afuera; porque el intento del perro fué parar la perdiz, y por quererlo hacer cerca de ella se le levantó, y para que otra vez no se arrime tanto, se le ha de castigar. Cuando el perro va pico a viento y sabiendo dónde está la caza, desatentadamente la arremete y la levanta; por esto se le ha de castigar con rigor, que éste es el mayor delito que él puede hacer, y al paso de esto ha de ser el castigo; que de no saberlo hacer con modo y a su tiempo, conforme el daño que ellos hacen, vienen a tomar mil resabios, de que tiene la culpa el cazador; y hay algunos tan poco inteligentes, que muchas veces yendo el perro rabo a viento, sin haber topado rastro de la perdiz, se halla encima de

ella y se le levanta, porque no tuvo gana de aguardar, y por esto le mata a palos, no habiendo tenido el perro culpa de aquello; y como le hacen esta sinrazón y no sabe por qué, ni pico a viento ni rabo a viento se atreve a cazar, por ignorar en qué yerra o acierta, y muchas veces huye del cazador sin querer andar cuando él se lo manda, y lo hace cuando se le antoja; y llegado a pararse con la perdiz, en viéndole venir a tirarla, como está amedrentado, deja la muestra y se le pone detrás, que es como si no la hubiera hecho; y para que estos animales no lleguen a tomar este vicio, ha menester ser diestro el cazador, castigando el perro, como le conociere el natural y fuere el delito que ha cometido, y siempre en los principios ha de andar corto en esto; que es bien usar antes del halago que del rigor, para que no llegue a suceder lo dicho; que mucho mejor es, por quitarle un vicio al perro, castigarle de tres veces, que amedrentarle la primera.

A los perros que menos rastrean y que buscan las perdices por el viento, aguardan mucho más estas aves, que se llegan a ellas conforme las tienen, mansas o bravas, que por el viento conocen su inquietud o sosiego; y aunque andan entre ellas, no conocen que las siguen como cuando van por su rastro; que lo que más

las atemoriza es ver ir el perro siguiendo las huellas por donde ella se ha ido a esconder, y si esto lo hacen rabo a viento, es muy ordinario tropezarlas y que se levanten, y aunque tal vez paran la perdiz, no está ella segura, porque no yendo el perro pico a viento, es fuerza se haya de parar donde le alcanzó á dar el calor de ella y es muy ordinario sea muy cerca, y por esto no le aguarda.

Cuando se usó esta caza había perros muy diestros y hombres muy científicos en esta profesión, y el que se preciaba de cazador traía su perro tan ajustado, que, como dicen, no le faltaba sino hablar, y los que hacían perros cebándolos con ballesta, fueron siempre mucho mejores que todo lo que el instrumento tiene de limitado había de suplir la maestría del cazador y perro; pues para tirar la perdiz parada era fuerza estuviese en parte donde la pudiese ver y no embarazasen las matas el tiro, y cuando el perro paraba donde no podía haber esta comodidad, si la destreza por algún camino podía alcanzar conseguir este intento, es cierto que por la inteligencia del cazador no se perdía, y el que no lo fuere no lo alcanzará, que de su parte ha de haber tres cosas, todas muy esenciales y de grande utilidad: buena vista, cuando el

perro tiene parada la caza, andar alrededor de ella lo más secreto que se pudiese y saber por la parte que se ha de arrimar a verla, que estas cosas facilitaban las dificultades que en esto se ofrecen, y los que salían a caza y las ignoraban, a casa volvían con más hambre que perdices. Los buenos cazadores entre estas aves observaban muchas cosas que son muy necesarias, y de su conocimiento resulta el matar o no esta caza. Hoy, como no se ha de tirar en la tierra con ballesta, no hay quien se acuerde de los primores que hubo antes que cuando el cazador veía el perro parado, antes de entrar a verle la perdiz, miraba dónde ella tenía su querencia, adónde había de volar, y lo primero que procuraba era ganarle aquel paso, porque en dejándole libre y arrimándose a verla por la otra parte, no le había de aguardar, que esto nos lo enseña la experiencia de seguir esta caza, y con este conocimiento la mataba, procurando tirarla en la media vuelta que mira a la querencia, que sin esta diligencia raras veces aguarda; y caso que por esta parte no le fuese posible verla, de allí adelante se iba apartando, para que viendo la caza se alejaba, le aguardase, y cuando llegaba otra vez a haberle tomado la querencia, se le arrimaba más que la pasada hasta

que conseguía el intento; que como esto se ha de obrar sin fuerza, se valía de la maña y sutileza, conociendo el peligro que hay en andar mucho a la redonda de la caza, y los perros enseñados a esto, entendían lo que les mandaban sus amos, sin darles voces, haciéndoles fuesen donde querían, llamándolos con un pequeño silbo, señalándoles con la mano hacia qué parte, y estaban tan diestros en estas cosas, que si volaban una banda de perdices, había perro que les hacía diez muestras a cada una. Hasta conseguir esto le costó trabajo al hombre la enseñanza de este animal, que una vez puesto en aquel estado y desengañándolos cómo les habían de matar la caza, cada día van estando más diestros en su seguimiento. Ya que el perro sabe parar la perdiz, ha cumplido con su obligación, y llega la del cazador, que es matársela, y para conseguirlo ha de hacer lo que queda advertido, que esto no tiene dificultad, que ellas mismas lo enseñan, que raras veces vuelan para otra parte que a la que tienen su defensa, que es a lo que llamamos querencia, donde se piensan defender. Para ver la caza, que tiene el perro parada, se ha de atender a la postura de él, cómo tiene el hocico, alto o bajo; si alto, la tiene más desviada; si bajo, más cerca; fuera de lo

dicho, que es guardarle la querencia, cuando se anda en la vuelta, ha de ir muy secreto, procurando no hacer ruido con los pies y con mucho espacio, mirando dónde los pone, que cuando se anda a la redonda de ella, del palito que se quiebra y del cardo que se pisa, no ha menester más accidente para levantarse, y hase de andar despacio para mejor repasar las matas con la vista, que la perdiz es ave que se esconde mucho y es menester conocimiento, y esto se ejecuta mal andando aprisa. Asimismo cuando se anda en la vuelta, no se ha de parar ni dar paso atrás, ni andar meneando la cabeza a los lados, que todas estas cosas son dañosas para que la caza aguarde.

Fuera de lo advertido, ha de entender el cazador que no todas las veces tiene el perro la perdiz en la parte que señala con el hocico, que suele ir rabo a viento y quedarse parado, y no lo está con la perdiz, sino con el revoco de su viento, y por eso está rabo a viento, y de aquella manera no puede él olerla. La causa de esto es que en la tierra desigual no corre el viento derecho, y suele coger el de la perdiz y dar con él en una parte, y de allí retrocede a otra, y allí acierta a llegar el perro y se queda parado. Si al cazador le falta experiencia, no extrañará esta postura del pe-

rro, y si le quisiere ver la perdiz, mirando donde él la señala, no lo conseguirá, porque no está allí. Debe mirar de dónde le puede venir el revoco, y entonces verá la perdiz. Capítulo tiene este libro que sólo trata de los revocos del viento, aunque aplicado al sabueso y caza mayor; pero lo mismo se debe entender del perro de muestra y caza menuda.

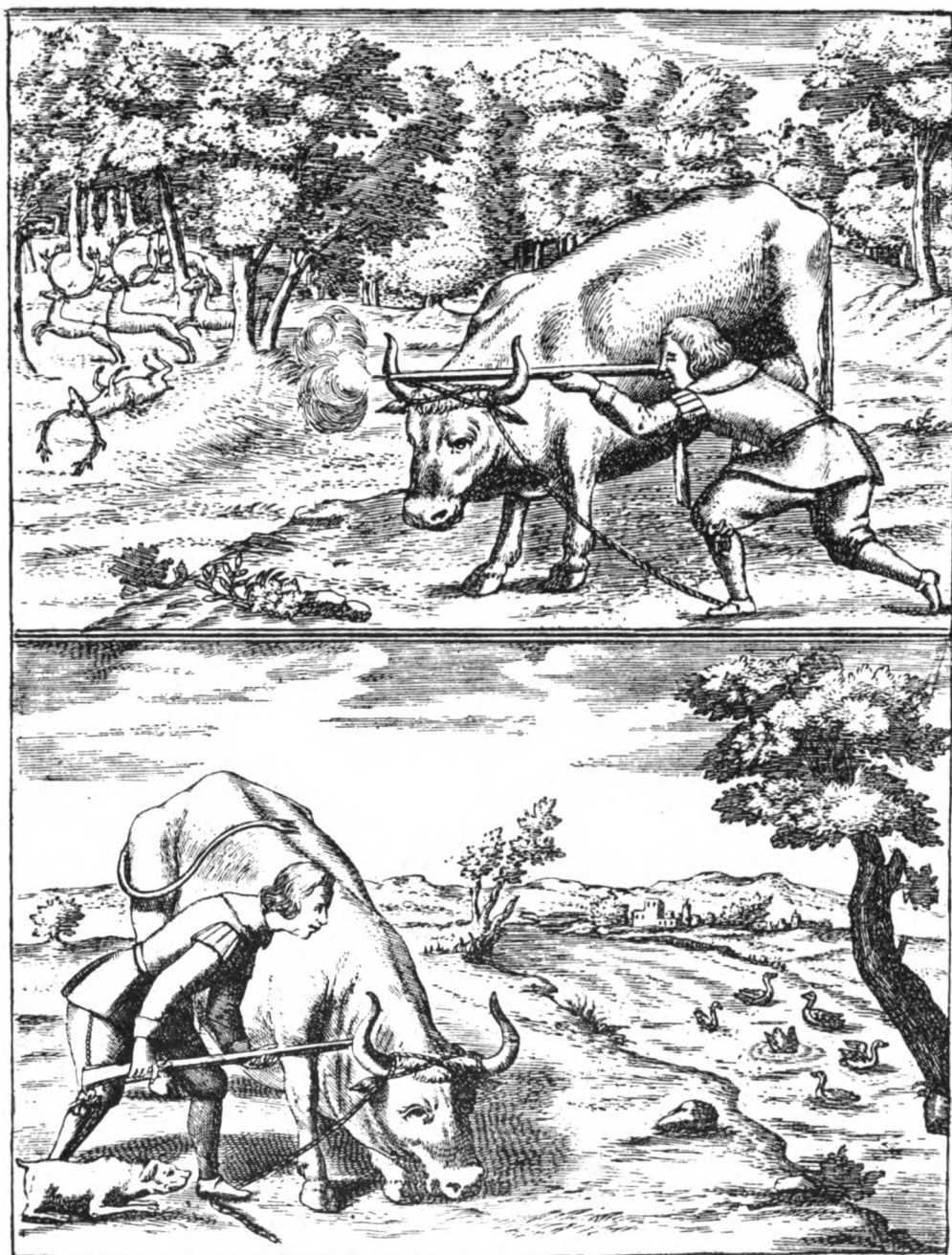
Hay tres maneras de parar los perros: unos, que decimos de punta, y otros, de vuelta sola, y otros, de vuelta y punta; los de punta, en llegando a parar la perdiz, se están quedos en la parte que les alcanzó a dar el viento de la caza, y a éstos, en general, no aguarda ella tan bien, que el verlos cerca de sí parados le da miedo, y por esto huye. De los de vuelta se aseguran mucho más, por dos razones: porque como se saben mover de donde están, si les acierta a dar el viento de la perdiz muy cerca de ella, se apartan lo que les parece necesario para que los aguarde, y también, como andan a la redonda, ella se esconde más, pareciéndoles que no sabe dónde está; y a éstos no les sucede lo que a los perros de punta en los revocos del viento, porque como andan a la redonda, es fuerza les dé el viento de la perdiz y del revoco. En los perros de vuelta hay dos modos de

parar la caza: unos que la rodean y nunca paran en la muestra, y cuando llegan donde les da el viento de la perdiz, vuelven hacia allí el hocico, señalando adónde está, sin detenerse, y algunos lo hacen tan disimuladamente, que si el cazador no los entiende, por maravilla verá la caza, si hay monte o roca en que se esconda. Otros hay que rodean y se paran con el viento, señalándola; éstos son los mejores, que fijamente dicen al cazador dónde la tienen. Otros hay que dan media vuelta y se paran con el viento; éstos las más veces no saben lo que hacen, y si quieren dar vuelta entera, se pierden en ella y tropiezan con las perdices, y las espantan.

De todas estas maneras cazan los perros; pero los mejores son los de punta y vuelta y de vuelta sola; y siendo los unos y los otros malos, es mejor el de punta, porque, al fin, la vez que llega a parar se está quedo y no tropieza la caza; pero siendo buenos todos, el de vuelta y punta vale por muchos de los otros. Las calidades que ha de tener el buen perro, mucho viento y muchos pies, bien mandado y buena color. A los blancos y encerados aguarda comúnmente mejor la caza, que no hay animal blanco a quien ella tema, ni que la espante como el lobo y zorra y gato

montés; y asimismo los que son oscuros de pelo, en tierra de monte se desaparecen muchas veces de su dueño y suele gastar mucho tiempo en andarlos a buscar.





CAPITULO XL

Del buey: su modo de cazar con el de cabestrillo.

YA que hemos dicho algo de lo mucho que hay en la ballestería y montería, y de la caza del perro de muestra, diremos ahora cómo se mata la caza mayor y menor con el buey, pues se ejecuta con arcabuz o ballesta. Aguarda mucho la caza a este animal, en particular la que habita, y se cría en tierra donde anda este ganado vacuno, que lo general es en dehesas, sotos y riberas en que hay venados, gamos, corzos, conejos, liebres, perdices, palomas, águilas, buitres, labancos, sisones, gangas, ortegas y otras aves, que todas conocen muy bien al buey y su mansedumbre, y la continuación de verle siempre en las partes que ellos habitan les tiene quitado el miedo y sospecha, que por aquella parte les puede venir daño; porque como siempre le ven de una manera, no inquietándose con ningún accidente que tenga por sí solo, aunque la caza sea muy brava, le aguarda muy cerca, como no esté escarmentada del mismo buey por haberla tirado desde él, que sólo por esta causa puede recelarse.

No se ha de ejercer esta caza en las espesuras, porque tiene inconveniente, que por donde se ha de empezar a asegurarla es por mostrarles el buey desde lejos, y en tierra espesa no se puede hacer esto ni andar secreto, que es lo que ella requiere. Hase de procurar enseñar el buey a las aves o animales desde lejos, a lo menos aquello que fuere necesario para que la caza, aunque sea muy brava, no le huya viéndole tan apartado y reconociéndole se asegure. Con el jabalí no se podrá ejecutar lo dicho por dos cosas: porque por maravilla de día se descubre a tierra clara, y lo otro, por ser corto de vista, y aunque le quieran enseñar el buey desde lejos, no le reconocerá y huirá, como lo hace de todos los animales. Esto no se ha de entender con la caza mansa de bosques, sino con la brava y perseguida. La demás caza, venados, gamos, corzos y aves, tiene veloz vista, y a cualquiera animal que ven, aunque sea muy lejos, le conocen, y particularmente a éste.

Las calidades que han de tener para esta caza ha de ser grande; muy manso, que haga el cazador cuanto quisiere de él; de buen color, ni sea negro ni blanco; siendo muy oscuro, lo recela y conoce más la caza; si es blanco, no se encubre tan bien el hombre

en él; la color que más se disimula, rubio encendido. Hanle de enseñar a que aguarde bien el arcabuz y la ballesta, y para traerle sujeto, se le ha de echar una trailla de cerdas por debajo de los cuernos, y desde allí, con ella misma, se le echa un lazo a una oreja, con que los sujetan mucho, que es lo mismo que echarle a un caballo un freno. Después de enseñado el buey, ha de estar muy diestro en volverse a todas partes, en queriendo el cazador, que muchas veces, entrando a tirar a la caza, le es fuerza haber de volver el buey y tomar otro camino para poderse acercar a ella. Esta vuelta se da de dos maneras: o se encubre el hombre de ella entre los brazos y barba del buey, o en sus ancas. Para encubrirse en sus brazos, le hace levantar la cabeza y le vuelve el pescuezo hacia el hombre, y descubre más el hombro a la caza. Cuando se encubre en las ancas, le echa la trailla por encima del lomo, con lo cual vuelve a la parte que él quiere. Es fuerza que haya de saber hacer lo dicho con destreza, que de otra manera no se puede encubrir bien el hombre, y es muy ordinario haberse de dar estas vueltas cuando anda cerca de la caza y ella tiene gran conocimiento, y no haciendo esto con mucha sutileza, no se conseguirá lo que se pretende.

La primera diligencia que se ha de hacer es asegurar la caza; conseguirse de esta manera: Mostrándoles el buey de muy lejos, como está dicho, y allegándose a ella con el viento en la cara. Si cuando la caza alcanza a ver el buey, se le asoman cerca, será muy contingente que huya, que con la braveza que tiene no repara en lo que es, y ésa es la causa por que no espera; y por esto es bien mostrársele de lejos, que, por lo menos, por falta de reconocerle no se vaya. En descubriendo la caza, se ha de parar el buey bajada la cabeza, que parezca está paciendo, y de esta manera ha de estar un breve espacio; en el cual se ha de mirar si está la caza mansa o brava, que ella misma lo da a entender en su cuidado; si son reses mayores, venados o gamos, y están bravos, en viendo el buey levantan la cabeza y no le quitan los ojos, estando siempre el cuello levantado y sin hacer otro movimiento, se están hasta que arrancan a huir o se determinan a aguardar. A toda la caza que hace esto es necesario huir de ella, sacando el buey afuera, procurando no le pierdan de vista, y ponérsele en parte rasa, meneándole de cuando en cuando a todos lados, y esto con mucho espacio, hasta reconocer la caza ha perdido el primer cuidado; y hacen lo mismo que

cuando la alcanzó a ver, si estaba echada y se levantó, se ha vuelto a echar, y si comía, lo dejó, ha vuelto a comer; y cuando se anda huyendo de la caza, se ha de tantear la tierra por donde se ha de llegar a tirarla, que siempre es la mejor lo más descubierto y raso, y hacia allí ha de ir llevando el buey. Esto no se puede decir aquí ajustadamente, que el cazador ha de obrar según la disposición de la tierra y como corre el viento.

Lo que se ha de procurar, siendo posible, arrimarse de camino, cómo van, que siempre tiene peligro el dar vuelta, particularmente estando cerca de la caza, y asimismo que ella jamás vea hacia sí la cara del buey, metiéndosele travesado, arrimándole el hombro y sofrenándole con la trailla, para que se pueda esconder bien el cazador; y para que ella, viendo la cara del buey hacia otra parte, piense que se le desvía, que con esto se engaña y aguarda.

Si a más no poder se ofreciere volver el buey cerca de ella, sea volviendo las ancas de él, y encubriéndose el cazador entre sus brazos y cuello, y de esto no tomen tanto como si le diesen la vuelta la cara del buey a la caza, que entonces piensa que toma el camino de donde ella está. Lo mismo que hacen las re-

ses hacen las aves, que si no quieren aguardar, luego levantan los cuellos, y de aquella manera están hasta que se levantan, y cuando quieren aguardar, en reconociendo el buey los bajan y dejan de estar con cuidado. Esto debe entender el cazador para entrar a la caza cuando fuere ocasión, pues como queda advertido, el descuido o cuidado de ella le ha de dar este conocimiento.

Caso que se entre a tirar reses en monte de chaparrales u otro de esta manera, en éstos come el ganado vacuno el ramón, y es muy ordinario, para alcanzar lo más tierno, que son los cogollos, alzar los bueyes la cabeza a las cimas de las matas, y por esto se vuelven muchas veces a un lado y a otro. En este caso es muy bueno, habiéndose de volver el buey, se encubra el cazador en las ancas de él y que la caza le vea la cabeza, que es lo que continuamente está hecha a ver, y por eso no se recela.

Algunos han querido introducir que al buey aguarda toda la caza, aunque sea rabo a viento; la causa de esto dice es que el calor del buey mata el del hombre, y por eso no le conocen. Es desatino no digo creerlo, sino imaginarlo; y si alguna vez aguarda la caza al buey rabo a viento, que juzgo es manifiesto

engaño, será en parte donde hay mucho ganado; y en tierra de bosques y caza muy mansa, y que jamás le hayan tirado desde el buey, y la continuación de verse juntos unos y otros les tiene quitado el miedo a cuidado, y viven con esa seguridad, que por aquella parte nunca reciben daño, y aguardan al buey como los otros, no haciendo caso ni reparando en el viento del hombre. Esto no sucederá con caza brava y que vive cuidadosa, recelándose de todo lo que le parece le puede dañar; y más si alguna vez ha sido tirada la del buey, aunque esté donde haya este ganado, si se le arriman rabo a viento, conoce el engaño y se escapa. El que quisiere saber lo cierto de lo que escribo, haga la experiencia, que con brevedad conocerá el desengaño, que le huirá la caza como si no llevase buey.

Entre otros animales que aguardan bien al buey, los que más se aseguran de él son los gamos y los conejos, respecto que éstos no campean de noche tanto como el venado y la liebre y jabalí, que todos ellos desamparan sus querencias y van fuera de ellas a buscar su sustento. Los gamos se crían en tierras más llanas y guardan más sus querencias, y el tiempo que en ellas hallan lo que han menester para sustentarse no las dejan ni lo van a buscar a otra parte

Lo mismo hace el conejo, que su habitación es cerca de su vivera, y por esto campean poco. Esta es la causa que los gamos y los conejos aguarden mejor al buey que los otros animales, porque él y estos dos géneros habitan siempre juntos, y el verse a todas horas les tiene quitado el recelo que de él pudieran tener, y así vemos que andan unos entre otros con gran descuido.

Para estos dos géneros de animales es mejor tirarlos con la ballesta que con el arcabuz, que ésta mata y no espanta, que suele llegarse el cazador a un gamo y darle una saetada, y los que están junto a él no saben lo que le sucedió; y como no ven más que el buey, aunque el gamo herido huya, no se lleva a los otros; porque ellos ignoran de lo que huye, y así se están quedos, y con ellos hace lo mismo. Entre los conejos es esto de mucho gusto, porque los trae el cazador de entre los pies del buey, matando muchos de ellos sin que se recelen ni conozcan el engaño. En particular es esto muy bueno con la luna, que esta caza está fuera de sus viveras, sin género de cuidado de guardarse de este animal.

El que usare el cabestrear con el buey y quisiere lograr su trabajo, ha de hacer lo siguiente: Jamás se

ha de descubrir a la caza ni desamparar el buey, aunque sea después de haberla tirado, porque la que no mató, quedara escarmentada con haber visto al hombre junto al buey, y este recelo no se les olvida tan presto; que si donde mayor seguridad tenían conocieron el engaño, esto les pone mayor temor.

Asimismo se les propone que si para entrar a tirar a la caza había de tardar un cuarto de hora, no lo procure abreviar; antes gaste otro tanto más tiempo, que la espera y espacio del buey, cuando se entra a tirarla, es el cuchillo con que se degüella. En todo caso, se procure llegar a ella con buen viento, que en echándosele a la caza, no tiene que seguirla, y no digo al presente, pero de allí a quince días no lo aguardará. En lo que debe el cazador tener muy particular cuidado es entrar el buey siempre la cabeza baja, que no dé tres pasos sin que parezca se detiene a comer, que esto viene a ser lo más primoroso del cabestrillo.

F I N



EL PRESENTE LIBRO DEL
ARTE DE BALLESTERIA Y MONTERIA
QUE POR LA INICIATIVA DE
D. ALBERTO DE COMENGE Y JERPE
PUBLICA E. P. E. S. A.,
LO TERMINÓ DE IMPRIMIR BLASS, S. A. TIPOGRÁFICA,
EN LA CONMEMORACIÓN DEL SANTÍSIMO CORPUS CHRISTI,
A 20 DE JUNIO DE 1946, EN MADRID.



BIBLIOTECA DE MONTSERRAT



13020100010192

BIBLIOTECA

DE

MONTSERRAT

Armario **L** **D**
Estante **8:**
Número **63**



